

**Universidad Nacional de La Plata**

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Instituto de Relaciones Internacionales

*Matar para mejorar la vida.*

*Racismo religioso o la constitución del sujeto exterminable durante la Guerra  
Global contra el Terror.*

Tesis de Doctorado

Mariela Cuadro

Año 2013



*Matar para mejorar la vida.*  
*Racismo religioso o la constitución del sujeto exterminable durante la Guerra Global*  
*contra el Terror.*

Doctoranda: Mg. Mariela Cuadro

Director: Dr. Norberto Consani

Co-Director: Dr. Alejandro Simonoff

## **CONTENIDOS**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	1
<b>CAPÍTULO 1</b>	13
<b>Aspectos epistemológicos y metodológicos: el post-estructuralismo, el discurso y su análisis</b>	
1. Lenguaje y RRII	14
2. Sobre el post-estructuralismo	18
3. El post-estructuralismo, el discurso y su análisis	25
4. El método	31
<b>CAPÍTULO 2</b>	40
<b>Racismo, biopolítica y liberalismo</b>	
1. Racismo y biopolítica	41
2. Biopolítica y liberalismo	47
3. Liberalismo	
a. Michel Foucault	53
b. Carl Schmitt	63

<b>CAPÍTULO 3</b>	76
<b>El liberalismo en el ámbito mundial</b>	
1. ¿Por qué liberalismo y no “gobernanza” o gubernamentalidad?	79
2. John G. Ikenberry y el orden liberal mundial	81
3. El gobierno liberal mundial	
a. Introducción: Michel Foucault y las RRII	87
b. Del Estado y su supervivencia a la vida de la población mundial y su mejoramiento: nuevo objeto y nuevos objetivos de gobierno global	89
c. Del reglamento a la regulación: el intervencionismo en el marco	100
d. De la razón de Estado al gobierno liberal mundial: los cambios en la espacialidad	106
<b>CAPÍTULO 4</b>	120
<b>Guerra y liberalismo</b>	
1. Sobre la guerra	123
2. Transformaciones de la guerra	127
3. Guerra y liberalismo	140
a. El nuevo objeto de las guerras: la vida de la población mundial	141
b. Nuevos objetivos y modos de intervención: mejoramiento, democracia e integración	143
c. Transformaciones en la espacialidad	152

<b>CAPÍTULO 5</b>	160
<b>Racismo religioso: la constitución del sujeto exterminable</b>	
1. <i>Defender la sociedad</i>	162
2. El racismo como práctica discursiva: identidad (universalismo) y diferencia (otredad)	173
3. Racismo religioso	
a. Religión y RRII	181
b. Islamofobia	187
c. Racismo religioso	192
<b>CONCLUSIÓN</b>	210
<b>BIBLIOGRAFÍA CITADA</b>	221



## INTRODUCCIÓN

*Ser humano, debido a la responsabilidad inescapable hacia el otro que implica, establece la lucha por o a favor de la alteridad -y contra aquellas fuerzas que bregan por hacer desaparecer, borrar o erradicar la alteridad- como el imperativo político o el predicado de la vida (Campbell, 1998a: 520)*

*(E)l uso público y libre de la razón autónoma será la mejor garantía de la obediencia, con la condición sin embargo de que el principio político al cual se hace obedecer sea también conforme a la razón universal (Foucault, 1996b: 91-92)*

El 11 de septiembre de 2001, con una diferencia de 17 minutos entre ellos, dos aviones se estrellaron contra las Torres Gemelas en la ciudad de Nueva York, otro más lo hizo en Pennsylvania -en lo que fue descrito como un acto de heroísmo por parte de los pasajeros que viajaban en él- y un cuarto, contra el Pentágono, edificio del Departamento de Defensa de Estados Unidos (a partir de ahora, para hacer referencia a esta serie de acontecimientos se utilizará la abreviación 11-S). Nueve días más tarde, en su discurso ante el Congreso, el Presidente George W. Bush, quien había resultado electo recientemente en un proceso electoral muy contestado, señalaba como responsable de los “ataques” (así fue definido el “hecho”) a la red *Al-Qa'ida*. La misma fue descrita como “un movimiento marginal que pervierte las enseñanzas pacíficas del Islam”<sup>1</sup>. A partir de entonces, los significantes “Islam” y “musulmán” (*muslim*) ocuparon un amplio espacio no sólo en los discursos de la administración, sino también en los de los medios de comunicación internacionales. A pesar de los intentos por parte de la administración Bush de desligar de responsabilidad a dicha religión de los atentados, esos significantes emergieron constantemente en los mismos contextos discursivos en los que lo hicieron los de “terrorismo” o “Guerra Global contra el Terror”. De este modo, los musulmanes fueron constituidos como amenaza.

En efecto, a partir de entonces el terrorismo islámico –que hasta dicho momento, y una vez disuelta la amenaza soviética, había estado compitiendo con otras amenazas (entre

---

<sup>1</sup> <sup>1</sup> CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

otras, medio ambiente, narcotráfico)- pasaría a ocupar el lugar principal indiscutido en la economía discursiva de la peligrosidad de Estados Unidos. Esto, a pesar de la escasa frecuencia relativa de atentados terroristas por parte de movimientos políticos islámicos contra blancos norteamericanos, y su poca representatividad contributiva en el número total de muertes a nivel internacional, en comparación con las causadas por guerras civiles, intervenciones militares, enfermedades prevenibles o hambre, por poner sólo unos ejemplos.

Lo que se busca resaltar a través de esta lectura es el papel fundamental que juega el discurso en la articulación de las amenazas. Éstas no son condiciones objetivas, sino que se constituyen como tales en una necesaria relación con aquel que se siente amenazado. Lo cual pone en el centro de la construcción de las amenazas a la cuestión identitaria. El rol del discurso en la articulación de éstas, por otra parte, no se restringe únicamente a establecer una jerarquía del grado de seriedad de los peligros, sino al hecho anterior de adherir y cristalizar determinado referente a determinadas amenazas. Fue así como la “Guerra Global contra el Terror” (GGT) no se constituyó como una guerra de exterminio del terrorismo en general, sino particularmente del islámico, adhiriéndose al significante “terrorismo” (de significado negativo) aquél del “Islam”. En sus esfuerzos por sacudirse el carácter islamóforo, el discurso bushiano apuntó contra cierta comprensión del Islam que lo postulaba como una forma de identidad comunitaria, frente a la concepción individualista, propiamente liberal, de la religión.

La tesis que aquí se presenta afirma que esta demonización, que se puso en práctica con la persecución, discriminación, arrestos y aplicación de torturas a árabes y musulmanes en buena parte del globo, no “refleja” una realidad (es decir, que no todos los terroristas son musulmanes, ni todos los musulmanes son terroristas), ni constituye un artilugio retórico que oculta intereses inconfesables, o una excepción (tal como -se verá- fue planteado desde algunos círculos intentando desligar a la administración Bush de la “tradición” estadounidense en lo que a política exterior respecta). En cambio, forma parte de un mecanismo que, siguiendo a Michel Foucault, es denominado racismo y que fue articulado, en este caso en particular, en torno a un lenguaje que tenía en su centro a la religión, pues el enemigo fue identificado a partir de sus rasgos religiosos.

El racismo, afirma el filósofo francés, es un mecanismo propio del gobierno liberal que permite al mismo ejercer el poder soberano de muerte. A lo largo de la tesis, esta afirmación es fundamentada, desarrollándose el particular concepto foucaultiano de racismo y aplicándose el de gobierno liberal al plano mundial. Esto se hace definiéndolo a partir de su objeto de gobierno (la vida de la población mundial), el objetivo del mismo (el mejoramiento de dicha vida), los mecanismos de intervención que aplica para cumplir con este último (intervención en el “marco” o intervención “ambiental” que supone la integración de las poblaciones no integradas al “mundo”), las modificaciones experimentadas por la espacialidad mundial en relación a la espacialidad propiamente westfaliana, y, finalmente, el modo en el que esta racionalidad gubernamental construye a su enemigo (momento en el que entra a jugar el racismo).

Ahora bien, más allá de que, a fin de exponer la definición que maneja, la tesis precise dar cuenta de los aspectos “positivos” o “productivos” del gobierno liberal mundial, lo hace para luego enfocarse en sus aspectos *necropolíticos* (Dillon, 2008). De allí que la guerra, y más específicamente la GGT, descrita como guerra liberal por excelencia, ocupe en ella un lugar destacado. En efecto, el modo de dar muerte en el espacio internacional continúa siendo a través de las guerras (amén de que éstas lleven otro nombre, tal como el de “intervenciones humanitarias” o subsidiarios). Los análisis más comunes de la GGT tendieron a preguntarse más por el por qué que por el cómo y la respuesta más generalizada tendió a plantear la existencia de intenciones ocultas cuyo fin último estaba dirigido a la invasión de Irak y a los intereses petroleros de la potencia norteamericana. Estos análisis, que anulaban la importancia de la dimensión discursiva, fueron compartidos por las más diversas corrientes al interior de las RRII<sup>2</sup>, dejando en evidencia el materialismo y el positivismo que reinan en la disciplina.

La presente tesis tiene como objetivo principal articular la existencia de un discurso de racismo religioso en la administración Bush con la *posibilidad* del mismo. No es un análisis puramente teórico, tampoco uno puramente histórico. No debe esperarse encontrar aquí extensos desarrollos acerca del concepto de religión o el rol que ésta juega en la actual

---

<sup>2</sup> Se utiliza el modo abreviado con mayúsculas -“RRII”- para hacer referencia a la disciplina académica, y el modo sin abreviar y con minúsculas -“relaciones internacionales”- para referir al aspecto no-discursivo del mismo.

configuración de relaciones de poder. La religión no es incorporada más que como un cierto tipo de lenguaje en torno al cual se despliega la práctica racista. De allí que este trabajo no se pregunte por cómo son los musulmanes “en realidad”, o que no busque la “verdad” de dicha religión en sus documentos (no se efectúa una lectura de *El Corán*, ni de los *hadices*<sup>3</sup>). Asimismo, no es una tesis sobre terrorismo, ni sobre *Al-Qa'ida*, ni sobre la GGT en general. Todos estos temas estarán presentes en ella, pero ninguno de ellos es el tema central. Éste, en cambio, es la constitución de la subjetividad exterminable a nivel mundial, en el marco de un régimen liberal de gobierno, cuyo centro es la libertad y su objetivo, hacer vivir a la población. Por lo tanto, si bien deberán hacerse algunas afirmaciones al respecto, lo que interesa, sobre todo, es el discurso desde “Occidente”. Ya que la forma en que el Otro es caracterizado habla menos de ese Otro que de “Nosotros” (o de quien lo caracteriza), se trata de un análisis crítico del modo de construcción de las identidades propias y ajenas del gobierno liberal mundial. Es el modo de ejercicio del poder occidental en el actual momento histórico lo que importa; el rostro de muerte del liberalismo en el plano mundial.

De lo dicho se desprende que la tesis no busca responder a ninguna pregunta vinculada a un por qué, sino que se enfoca en el cómo. ¿Cómo es posible ejercer el poder de matar a nivel mundial en el marco de un poder que tiene como objetivo hacer vivir? ¿Cómo se articula el racismo contemporáneo si luego de 1945 ya no puede hacerlo a través de líneas biológicas? ¿En nombre de qué se hacen las guerras? ¿Qué espacio ocupa la seguridad, el territorio y la población en ellas? ¿Cómo se efectiviza el racismo, a través de qué tipo de prácticas? ¿Cómo se constituyen los sujetos/objetos exterminables en el marco de un gobierno liberal mundial? En fin, ya que en las prácticas racistas no es sólo el Otro el que es construido, sino, asimismo, el Yo, ¿cómo se presenta este último en dicho contexto?

Por lo tanto, la tesis gira en torno a los modos de subjetivación (constitución de identidades y otredades) en las relaciones internacionales, partiendo del supuesto de que el poder se efectúa a través del discurso en tanto éste es comprendido como material. Tal como afirma Alejandro Grimson: “La cultura no es relevante porque sea una esfera; es relevante porque no existe ningún proceso social que carezca de significación” (2012: 41).

---

<sup>3</sup> El plural árabe para la palabra *hadiz* (حديث) es *ahdaz* (احداث). Se conserva el plural españolizado *hadices* por una cuestión de comodidad.

Subyace aquí una particular concepción del poder que lo comprende en su productividad. El poder no es entendido como una propiedad de sujetos pre-existentes, ni confinado únicamente a lo institucional. Una concepción del poder centrada en su productividad subraya su capacidad de producir significados, identidades y diferencias subjetivas; capacidades que las preguntas que giran en torno al por qué con frecuencia soslayan. Así, el análisis es reorientado de los actos intencionales de sujetos pre-dados a la problemática de la subjetividad en las relaciones internacionales.

De esta manera, la tesis se ubica en el espacio epistemológico del post-estructuralismo que, al interior de la disciplina de las RRII, ha sido escasamente explorado en América Latina en general y en Argentina en particular (ello explica, por otra parte, la abundante literatura en inglés a la que hubo de recurrirse). Las corrientes que han predominado en el estudio de las relaciones globales en nuestra región son el realismo, el liberalismo y, en los últimos años, el “constructivismo moderado” (Wendt, 1999). Éstas han realizado, por lejos, el grueso de los aportes a la disciplina y, por esto mismo, la han constituido<sup>4</sup>. Es por este motivo que la tesis insiste en resaltar, justificar y argumentar los supuestos de los que parte y sobre los que se sostiene.

Quizá el principal de entre estos, en el marco de las discusiones que tienen lugar al interior de las RRII, sea su anti-positivismo. Aquí no se encontrarán pretensiones de verdad ni de objetividad. El sujeto de conocimiento no es entendido como sujeto cartesiano, separado de su objeto, sino como estando inmerso en sistemas de saber y relaciones de poder. Esto no significa que no se haya buscado hacer un estudio riguroso o desprejuiciado. Significa que el sujeto de conocimiento se reconoce como parte de lo que estudia y de ningún modo ajeno a ello. De allí que intente explicitar continuamente cuál es su perspectiva.

Otro punto a destacar respecto a los supuestos epistemológicos sobre los que se sostiene la tesis que aquí se presenta se vincula al modo en el que comprende el discurso.

---

<sup>4</sup> Pueden encontrarse diversas razones que expliquen este predominio. Si bien no es éste el lugar para analizar estas cuestiones, las mismas pueden estar vinculadas, entre otras, a: la escasa representatividad de las perspectivas alternativas en la disciplina a nivel global, lo cual se traduce, dada la escasa participación de América del Sur en la elaboración de teoría en las RRII, en una cuasi inexistencia de las mismas en nuestra región; la falta de difusión de estas corrientes en idiomas distintos al inglés (sus principales puntos geográficos de emergencia son los países anglo-sajones); el carácter crítico de estas perspectivas, en el marco de una disciplina muy vinculada al mantenimiento del *status-quo*.

Durante el “cuarto debate” en la disciplina, en el que se abordaron cuestiones epistemológicas, surgieron las siguientes preguntas: ¿El lenguaje refleja o impone orden en el mundo social? ¿El orden de las cosas sociales está implícito o es creado por quienes estudian e interpretan las cosas sociales? Con regulaciones de intensidad y ciertos reparos, la tesis se inclina hacia los segundos elementos de estas dos disyunciones interrogativas. Esto no significa afirmar la preeminencia de lo discursivo por sobre lo no-discursivo. Esta distinción tajante se rechaza, pues, si bien el mundo existe independientemente del lenguaje, cualquier aspecto de él cuyo conocimiento (científico o no, poco importa) sea abordado, está mediado indefectiblemente por el lenguaje. De esta manera, “la existencia del mundo es literalmente inconcebible fuera del lenguaje y de nuestras tradiciones de interpretación” (Campbell, 1998b: 6). Por lo tanto, a contramano de lo que sostiene el discurso metateórico más común entre los practicantes de las RRII, el discurso, los modos de significación y de interpretación, importan. Quienes rechazan la proposición anterior tienden a hacer formulaciones del tipo “si todo es discurso...”, “si todo es lenguaje...”, “si no hay realidad...”, “si ejerzo el poder con sólo decir...”, etc. Luego de décadas de debate en torno al lenguaje, la interpretación y la comprensión en Ciencias Sociales, ese tipo de formulaciones no pueden ser realizadas inocentemente, ni pueden ser afirmadas como una verdad auto-evidente. El primer capítulo está dedicado a justificar y desarrollar estas elecciones epistemológicas.

Respecto al plano metodológico, ya que el racismo es entendido como práctica discursiva, el discurso está en el centro y corre a lo largo de toda la tesis. De allí que haga uso de la caja de herramientas que proporciona lo que fue dado en llamar “Análisis crítico del discurso”. Y de allí también que el trabajo esté sostenido fundamentalmente sobre el pensamiento de Foucault, en el sentido de que utiliza muchos de sus conceptos y nociones. Sin embargo, es necesario hacer una aclaración preliminar. Lo dicho no implica que pueda afirmarse que la tesis sea foucaultiana a nivel metodológico: no intenta una arqueología ni tampoco una genealogía, aunque puedan encontrarse rastros de éstas aquí y allá. A modo de ejemplo, el análisis del discurso tiene algo de arqueológico: se preocupa por lo efectivamente dicho, por el sujeto del enunciado (¿quién puede hablar?), por su objeto (¿de qué?), y por sus maneras de decir (¿cómo?); busca regularidades. Asimismo, entiende la

aparición de los discursos como acontecimientos y busca ubicar las condiciones históricas de la posibilidad de su emergencia. Sin embargo, no se trata de una arqueología fundamentalmente porque su objeto de estudio no es una “formación discursiva”, sino más bien un conjunto de enunciados que forman discurso.

Con esto quiere afirmarse que los conceptos y nociones elaborados por Foucault que se utilizan en las páginas que siguen, funcionan como herramientas. Esto tiene dos consecuencias. Por un lado, como se afirmó, la presente no es una tesis foucaultiana. Esto es posible observarlo no sólo en las aclaraciones hechas anteriormente, sino en la participación en ella –si bien en un segundo plano- de un teórico político como Carl Schmitt. El aporte de este último a la tesis se encuentra ligado a la elección de la unidad de análisis que se explica a continuación. En efecto, tal como es señalado en el Capítulo 3, el gobierno liberal mundial que sirve de marco al despliegue del racismo en el plano global, se sostiene sobre una tensión irresuelta entre el individuo como objeto y sujeto de gobierno y el Estado como portador de dicho rol. La atención prestada por el jurista alemán a los cambios en el rol del Estado y en la importancia de la territorialidad a nivel global, enmarcados en su crítica al liberalismo, permiten, desde la perspectiva que aquí se maneja, pensar mejor el rol que juegan los Estados con mayor capacidad para producir efectos de poder. En este sentido, la noción de microfísica del poder que propone Foucault es descartada para este análisis. Si bien se hará hincapié en la despersonalización del poder que supone el liberalismo (en términos de Schmitt), no puede negarse la importancia que aún hoy continúan teniendo los Estados en tanto unidades de las que emergen y sobre las que recaen políticas de poder.

Por otro lado, una segunda consecuencia de utilizar únicamente los conceptos y nociones de Foucault como herramientas y no su metodología más general, radica en la posibilidad de manipular a los primeros a fin de adaptarlos no sólo al ejercicio del poder en el plano internacional, sino al actual momento histórico. En efecto, los análisis del filósofo francés sobre el liberalismo hacen referencia principalmente a los siglos XVIII y XIX, años de formación del liberalismo. Aquí se ha utilizado este concepto para hablar de la política internacional de fines del siglo XX y comienzos del XXI, cuando el liberalismo se haya desplegado a nivel mundial a través de organismos internacionales y la globalización de

dicho discurso. Se explicará este salto temporal y espacial en el Capítulo 2. Dicha manipulación está basada en la idea de que “los conceptos son más importantes por lo que hacen que por lo que significan. Su valor radica en el modo en el que pueden proveer una adquisición para el pensamiento crítico en torno a problemas particulares del presente” (Rose, 2004: 9).

En relación a la elección de la unidad de análisis, y como última cuestión a ser tratada en esta Introducción, parece pertinente realizar una escueta justificación de ésta. Teniendo en cuenta lo que se ha afirmado anteriormente acerca de la tensión que habita al liberalismo entre individuos y Estado (ambos disputándose el lugar de objeto y sujeto de gobierno), es válido aclarar que la presente tesis no es un estudio de la política exterior de un país en particular, sino que pretende plantear una perspectiva de la política internacional. No obstante esto, se ha tomado como unidad de análisis a los discursos de la administración de Estados Unidos.

La potencia norteamericana no es pensada como ejerciendo un poder que ella misma determina y forma. Dada la comprensión del sujeto en el post-estructuralismo y, teniendo en cuenta que los Estados son sujetos (entre otros) de las relaciones internacionales, se desprende que Estados Unidos no es entendido como un sujeto soberano que sería fuente de sentido, sino como un producto de determinadas relaciones de poder que lo colocan en un lugar privilegiado en términos de distribución discursiva. Esto quiere decir, por un lado, que los funcionarios estadounidenses son también producto de una cierta configuración de relaciones de poder y, por lo tanto, están constituidos por el discurso que la acompaña; y, por otro lado, que al encontrarse en un lugar privilegiado respecto a la distribución discursiva, sus enunciados van a poder formar discurso y, por tanto, van a poder ejercer efectos materiales sobre la realidad, es decir, van a poder constituirlos.

En efecto, si bien desde la perspectiva epistemológica que aquí se maneja, los sujetos no son considerados como iniciadores de discurso (y, en ese sentido, se descarta el uso del concepto de ideología), ya que las relaciones de poder son asimétricas, la unidad de análisis ha sido elegida por el espacio privilegiado que ocupa al interior de las actuales relaciones de poder. Éste le ha permitido y le permite una mayor capacidad de formar discurso, es decir, de que éste sea escuchado y, por tanto, se efectivice. No todas las

lecturas de la “realidad” tienen la misma fuerza para imponerse: la participación en la economía discursiva se da en el marco de relaciones sociales signadas por una desigual distribución del poder. De este modo, algunas afirmaciones tienen más valor que otras, no porque sean más verdaderas, sino porque son más aceptadas al interior de un determinado régimen discursivo (y esto es perfectamente trasladable al plano científico).

Por lo tanto, esta elección no anula la afirmación de que se trata de una tesis que aspira a pensar la política internacional y no a ser un análisis de política exterior: los discursos de la administración en el poder en Estados Unidos han sido elegidos en tanto máximo exponente de la hegemonía liberal a nivel mundial. Por eso no se aborda la instrumentalización de las políticas de identidades en pos de la consecución de intereses nacionales, sino únicamente los rasgos a través de los cuales se trazan líneas de diferenciación identitaria. Es decir, el análisis de los discursos de la administración va más allá del enfoque acerca del ejercicio directo del poder estatal que apunta exclusivamente a la consecución de beneficios materiales. Se centra en modos más sutiles (pero no por eso menos efectivos) de ejercicio del mismo que tienen como objetivo la constitución de sujetos (auto)governables. El hecho de que los análisis de Foucault hayan descartado las investigaciones centradas en las políticas estatales, no significa que éstas hayan quedado por fuera de su atención, como se evidencia en *Seguridad, territorio, población*. Según Paul Rabinow (1984), la introducción por parte del filósofo francés de la temática del gobierno, funcionó como un nuevo modo de tematizarla relación del poder con el Estado. En efecto, el autor estudió las teorías, estrategias y tecnologías en las que éstas se enmarcan. En este sentido es que aquí se define la política internacional, al interior de la cual se inserta, en una posición privilegiada, la potencia norteamericana. Esto no quiere decir que la presente tesis forme parte de los enfoques centrados en el Estado.

Asimismo, el hecho de que se haya elegido a la administración Bush y a ninguna otra en su lugar, se explica porque se intentó postular a ésta como una excepción a la tradición liberal estadounidense. La presente tesis, en cambio, busca reubicarla al interior del liberalismo, ya no pensado como ideología sino como racionalidad gubernamental, dando cuenta de que en sus fundamentos discursivos también se encuentra la explicación de lo que es considerado como “exceso”.

Por otra parte, si bien no es una tesis sobre política exterior de Estados Unidos, el marco teórico que aquí se utiliza plantea que el despliegue del liberalismo (condición de posibilidad de las prácticas de racismo religioso) es inescindible del desarrollo del Estado (gubernamentalizado). Además, si bien se ha producido una gran transformación en el sistema westfaliano (transformación que es analizada), producto de ese mismo despliegue a nivel mundial, continúa existiendo una tensión entre el poder estatal y la libertad del individuo que hace que el primero no haya desaparecido. Es por esta razón que, como se afirmó, también se utilizan ciertos conceptos y nociones de Schmitt, a quien podría haberse declarado como uno de los padres del realismo, de no ser porque las RRII son “una ciencia social norteamericana” (Hoffman, 1991).

La tesis se estructura en cinco capítulos y una conclusión.

El Capítulo 1 está destinado a sentar las bases epistemológicas que la sostienen y a justificar su elección metodológica. En primer lugar, realiza un recorrido por el lugar que ocupó y ocupa el discurso en las principales corrientes de las RRII. Argumenta en torno a por qué el discurso fue hecho a un lado por las corrientes mayoritarias de la disciplina y postula que fueron el constructivismo y el post-estructuralismo aquéllas que lo tomaron como herramienta fundamental de análisis. A partir de allí hace un repaso por las características básicas del post-estructuralismo en las RRII, para inmediatamente abordar en detalle la concepción del discurso que la tesis pone en práctica. Finalmente, hace referencia específica a la metodología de análisis del mismo.

El Capítulo 2, por su parte, establece el marco teórico general de la tesis. En efecto, allí se establecen las relaciones señaladas por Foucault entre racismo, biopolítica y liberalismo, definiendo y desarrollando cada uno de estos conceptos contra el fondo del “poder soberano”. El último punto refiere específicamente al liberalismo. A la concepción foucaultiana que de él se maneja, se agrega aquélla de Schmitt no sin antes justificar por qué es posible trabajar con estos dos autores en conjunto aún cuando parten de supuestos epistemológicos diferentes.

Respecto al Capítulo 3, su función es trasladar el concepto de liberalismo elucidado en el Capítulo 2 al ámbito mundial. A tal efecto, lo primero que hace es descartar el uso del concepto de “gobernanza” y de aquél de “gubernamentalidad”. Asimismo, aborda el

concepto de orden mundial liberal acuñado por John G. Ikenberry y se diferencia de él. En tercer lugar, argumenta en torno al uso de la caja de herramientas foucaultiana en el estudio de las relaciones internacionales. A partir de allí, el gobierno liberal mundial es definido en torno a su objeto, a su objetivo, a sus mecanismos de intervención y a su espacialidad específica. Esto es realizado en un ejercicio comparativo con la “razón de Estado” (o sistema westfaliano) y utilizando como fundamentos documentos, conceptos e instituciones que delinear las principales características de este modo de ejercicio del poder y que fueron utilizados discursivamente por la administración Bush.

Ahora bien, el Capítulo 3 se detiene en los rasgos “positivos” o “productivos” del liberalismo mundial. Su “rostro de muerte” es abordado en el Capítulo 4 en el cual se trabaja sobre la forma que adopta la guerra en este particular modo de gobierno. Para ello, en una primera instancia se define la guerra y en una segunda instancia se desarrolla el significado que tienen sus transformaciones históricas. El tercer punto está dedicado al desarrollo de la “guerra liberal” definida a partir de su objeto, su objetivo, sus mecanismos interventores y su singular espacialidad. La GGT adquiere aquí una importancia fundamental como “guerra liberal por excelencia”. Finalmente, se da cuenta del modo de construcción del enemigo de las guerras así definidas. Lo que da pie para el abordaje de la cuestión del racismo.

Esto último es realizado en el Capítulo 5 que descansa en mayor medida sobre los discursos de la administración Bush, graficando continuamente a través de los mismos lo que se va desarrollando. Es importante notar, sin embargo, que también los discursos analizados recorren los demás capítulos. Luego de una breve Introducción en la cual se repasan algunas definiciones de racismo, se aborda la cuestión en detalle de la mano del Seminario de Foucault titulado *Defender la sociedad*. Del mismo se destacan las dos funciones que el investigador francés identifica para el racismo: la función de fragmentación y aquella de “mejoramiento de la vida”. El racismo es definido como práctica discursiva, como modo específico de constitución de identidades y otredades. En un tercer punto se plantea y argumenta la posibilidad de hablar de un racismo religioso. Para esto, primero se aborda la difícil relación entre religión y RRII; luego se argumenta en torno a la no utilización del concepto de “islamofobia” en este marco; y finalmente se

desarrolla el concepto de racismo religioso. De esta manera, se concluye que durante la GGT las líneas de fragmentación de la vida que el poder tomó a su cargo se articularon efectivamente en torno a un lenguaje religioso (separando musulmanes de no-musulmanes y musulmanes extremistas de musulmanes moderados) que postulaba que el exterminio de quienes debían morir no era sólo cuestión de mera supervivencia, sino que el mismo mejoraría la vida del portador del discurso, identificado con la universalidad.

La Conclusión cumple el rol de articular en pocas líneas lo trabajado durante la totalidad del texto y, de este modo, terminar de dar fuerza a las afirmaciones que se hicieron a lo largo de la misma.

### **ASPECTOS EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICOS: EL POST-ESTRUCTURALISMO, EL DISCURSO Y SU ANÁLISIS.**

*El discurso refiere a una serie específica de representaciones y prácticas a través de las cuales los significados son producidos, las identidades constituidas, las relaciones sociales establecidas, y los resultados políticos y éticos son hechos más o menos posibles. Aquellos que emplean el concepto suelen ser considerados como afirmando que 'todo es lenguaje', que 'no hay realidad', y que son incapaces de tomar una posición política y defender una postura ética debido a su idealismo lingüístico. Estas objeciones demuestran cómo las comprensiones del discurso están infestadas por la perspectiva de que la interpretación incluye sólo al lenguaje en contraste con lo externo, lo real, lo material. Estas dicotomías de idealismo/materialismo y realismo/idealismo continúan siendo poderosas concepciones de comprensión del mundo. En la práctica, sin embargo, una preocupación por el discurso no implica una negación de la existencia del mundo y de la significancia de la materialidad (...) mientras nada existe por fuera del discurso, existen importantes distinciones entre fenómenos lingüísticos y no lingüísticos (...) Es sólo que no hay forma de comprender los fenómenos no lingüísticos y extra-discursivos más que a través de prácticas discursivas. Comprender al discurso como compuesto tanto por lo ideal como por lo material, lo lingüístico y lo no lingüístico, significa que los discursos son performativos (...) El discurso es, así, no algo que los sujetos usan para describir objetos, sino lo que constituye tanto a sujetos como a objetos.*  
(Bialasewicz et al., 2007: 406-407, resaltado añadido)

La metodología de análisis utilizada en la presente tesis encuentra su fundamento en la elección de su objeto de estudio específico: el racismo. Como se verá en detalle en el Capítulo 5, éste es entendido como práctica discursiva. Por esta razón, resulta imprescindible dedicar unas páginas tanto a la concepción epistemológica del discurso como a la metodología de análisis del mismo desde la que se trabajará. No obstante, se considera conveniente, en primer lugar, ubicarlos al interior de la disciplina de las RRII. A tal efecto, se repasará sucintamente la perspectiva post-estructuralista desde la cual se parte.

Es menester aclarar, asimismo, que el discurso en su carácter más global tendrá una importancia fundamental a lo largo de toda la tesis. Por un lado, porque la concepción de gobierno liberal mundial que aquí se presenta y que sirve de marco general del concepto de racismo, es una propiamente discursiva, pues en su elucidación se sigue a Foucault, según

el cual el gobierno liberal constituye un tipo de *racionalidad* gubernamental. Por otro lado, porque uno de los principales supuestos de la tesis es que el discurso es constitutivo de la totalidad de las prácticas sociales, entre ellas, las relaciones internacionales. Como se verá a continuación, esta última afirmación no debe comprenderse como una de signo idealista. La tajante separación entre idealismo y materialismo queda anulada debido al carácter material que le es otorgado al discurso.

### **1. Lenguaje y RRII.**

Hasta lo que dio en llamarse como “giro constructivista” o “giro lingüístico” en la disciplina (Débrix, 2003a), el lenguaje no era tomado en cuenta en las RRII. Lo que se decía desde el ámbito académico o desde los sectores activos en la toma de decisiones no era objeto de análisis. El suplemento de esta actitud consistía en postular, desde una epistemología positivista, la posibilidad de una ciencia social objetiva. Esto se modificó con el “cuarto debate” entre “racionalistas” y “reflectivistas” (en términos de Keohane, 1988) y la llegada a la disciplina de las perspectivas constructivista y post-estructuralista. Éstas dieron un debate epistemológico sentando posiciones anti-positivistas, tomaron al lenguaje como una de sus principales variables y comenzaron a enfocarse en el estudio crítico de la disciplina, de los discursos políticos y en la lectura general de las relaciones internacionales a las que trataron como texto. Esto último significó un fuerte golpe al materialismo y al empirismo reduccionistas reinantes en la disciplina. En su lugar, comenzaron a proliferar estudios hermenéuticos centrados en los distintos discursos que conforman tanto a las relaciones internacionales en sí como a su comprensión. Como se verá más adelante, con esto no quiere afirmarse que exista una mutua exclusión entre el análisis del discurso y los estudios materialistas y/o empiristas. El discurso es material y empírico. Lo que sí hicieron estas nuevas corrientes fue descartar las nociones estrechas de materialismo y empirismo que hasta el momento dominaban en la disciplina (dominados por el fetichismo de los “hechos”, entendidos como pre-discursivos). Lo que se sostiene desde estas perspectivas es que el lenguaje no se limita a re-presentar una realidad ya-dada, verdadera, sino que la forma, la constituye.

Haciendo a un lado el constructivismo de Alexander Wendt -cuyo carácter de tal ha llegado a ser puesto en duda (Kratochwil, 2000)-, el constructivismo<sup>5</sup> y el post-estructuralismo tienen muchos elementos en común. En primer lugar, ambos se interesan fundamentalmente por la construcción de significado y de identidades y le otorgan un papel destacado al lenguaje. En segundo lugar, ambos sostienen la idea de un mundo construido por la interacción de los hombres en circunstancias determinadas. En tercer lugar, para ambos el conocimiento es socialmente construido. Y, por lo tanto y en cuarto lugar, ambos son anti-positivistas (o post-positivistas). La diferencia entre ellos, no obstante, es de intensidad, pero a un punto tal que se convierte en una diferencia cualitativa.

La presente tesis se sostiene teóricamente sobre el post-estructuralismo<sup>6</sup>. A los efectos de lo trabajado en este capítulo, interesa remarcar que entre éste y el constructivismo existen diferencias respecto a la comprensión del lenguaje y el rol que éste juega en el ámbito de la práctica de las relaciones internacionales y en aquél de su racionalización. Estas diferencias aparecen ligadas a los autores en los que se apoyan las respectivas corrientes. En el caso del constructivismo, en la filosofía analítica anglosajona de autores como el primer Ludwig Wittgenstein<sup>7</sup>, John L. Austin y John Searle y la noción de “actos de habla”. En el caso del post-estructuralismo, en autores como Foucault y Jacques Derrida. En tanto el constructivismo se enfoca en los aspectos normativos del lenguaje, el post-estructuralismo lo hace en su carácter performativo (Débrix, 2003b). Esta

---

<sup>5</sup> El constructivismo –al igual del post-estructuralismo, al que se hará referencia a continuación- no es una corriente homogénea. Para dar cuenta de su heterogeneidad han existido diversos intentos de clasificación. Ver, a modo de ejemplo, Hopf, 1998 y Wendt, 1999.

<sup>6</sup> Se ha decidido emplear el término post-estructuralismo y no el más general “posmodernismo” que utilizan algunos autores críticos de estas perspectivas (ver, por ejemplo, Salomón, 2001/2002). Esta decisión se ha tomado por considerarse que existe una clara diferencia entre ambos términos. En efecto, mientras el primero hace referencia a un conjunto de prácticas vinculadas a una metodología y a una determinada concepción epistemológica y, por tanto, aparece vinculado exclusivamente a prácticas académicas, el segundo consiste en una actitud más general que supone una ruptura radical con lo moderno. Además, y como se verá un poco más adelante, el post-estructuralismo no supone necesariamente una ruptura con todas las acepciones de la modernidad.

<sup>7</sup> Karin M. Fierke (2003) sostiene que el trabajo de Ludwig Wittgenstein puede ser dividido en dos momentos. El primero, plasmado en su *Tractatus logico-philosophicus*, buscaba mostrar la relación entre las proposiciones lógicas y el mundo. En él, el mundo aún era concebido como portador de una esencia y las proposiciones podían funcionar como espejo de esa realidad. El segundo momento, de sus más tardías *Investigaciones filosóficas*, en cambio, está caracterizado por la ausencia de dicha relación isomorfa entre el lenguaje y el mundo. La metáfora utilizada es la de un juego en la que el jugador no sólo aplica etiquetas a entidades existentes, sino que se involucra en acciones que implican decisiones entre varias alternativas posibles y normas que las constriñen.

última noción, tributaria del pensamiento de Austin (1962), da cuenta de una comprensión del lenguaje que no lo concibe como mero reflejo de la realidad o como instrumento de su re-presentación, sino como constitutivo de ésta. Según el autor inglés, los enunciados performativos son un tipo particular de ellos que no se limita a describir un hecho sino que lo realiza en el momento de su enunciación misma. Un ejemplo trabajado por el autor es el del enunciado “Yo prometo”: en este caso, la acción de prometer se está realizando en el mismo momento en el que éste es expresado.

El constructivismo sostiene que los hechos preceden a las palabras. De este modo, le otorga al lenguaje una función de re-presentación que, sin embargo, no es tan sencilla, pues, se sostiene desde dicha corriente, la existencia del hecho precisa del lenguaje. Es decir que el hecho sólo existe si pasa por el lenguaje. De allí que tomen el vocabulario austiniano y hablen de actos de habla. En cambio, para los post-estructuralistas no existe hecho anterior al lenguaje, pues es éste el que lo performa. Performar no significa construir, y cada uno de los autores que utiliza esta perspectiva se encarga de aclararlo. De allí que las acusaciones de idealismo que han caído sobre estos pensadores no sean más que modos de desacreditar la totalidad de lo que estos sostienen. Es una diferencia sutil, pero fundamental: a diferencia del constructivismo, según el post-estructuralismo, el lenguaje, los textos y el lenguaje en los textos, no son herramientas que permiten llegar a una realidad separada de éstos, sino que la constituyen.

Si bien el constructivismo también hace uso de la noción de performatividad, la concepción de ella de estos autores es distinta a la de los post-estructuralistas. Mientras que el constructivismo asume que el sujeto hablante (entendido como soberano) es el que performa y el lenguaje es entendido como la herramienta de este performador (Onuf, 2003), el post-estructuralismo sostiene que lo que performa es el lenguaje en sí, independientemente de las intenciones del agente (Butler, 1997). Es esta una de las diferencias más significativas entre el constructivismo y el post-estructuralismo: el constructivismo supone un sujeto libre, volitivo e intencional, soberano; el post-estructuralismo, por su parte, lo supone como constituido (precisamente, por el lenguaje).

La noción de enunciados performativos fue ampliada a la totalidad del discurso (Derrida, 1967; Butler, 1997) y aparece vinculada a la concepción materialista del mismo,

sosteniéndose que el discurso constituye sus propios objetos referentes. De este modo, difiere de la noción de construcción también adscripta al discurso. Esta última tiende a operar en dos sentidos. Por un lado, el discurso se vuelve tan potente que se corre el riesgo de prestar insuficiente atención a la materialidad del mismo, cayendo en una postura idealista. Por otro lado, también se corre el riesgo de otorgarle a la agencia de los sujetos un carácter volitivo extremo. En el contexto de las RRII, esto puede llevar a producir un argumento según el cual los decisores de política exterior u otros agentes involucrados en el proceso de toma de decisiones podrían construir deliberada y conscientemente la “realidad”. Dicha posición asume, cuanto menos indirectamente, que los hacedores de política (exterior) están ubicados por fuera del dominio de la constitución (es decir, no están constituidos por el discurso como aquí se sostiene) y tienen control intencional sobre los modos que adoptan las relaciones de poder.

Dado que, como se sostuvo, la presente tesis se enmarca en la perspectiva post-estructuralista, es menester, antes de avanzar más en las cuestiones atinentes a los aspectos epistemológicos y metodológicos del discurso y su análisis, entregar aunque sea un sucinto mapa de sus desarrollos al interior de las RRII. Más aún porque es una perspectiva que en Argentina no se ha desarrollado en absoluto (ni siquiera para discutir con ella). Asimismo, este movimiento se hace necesario pues, tal como sostiene Karin M. Fierke, “(u)no no quiere ser asociado con [esta corriente] más que con Estados canallas o terroristas” (2003: 70). La intención del próximo apartado, entonces, es justificar y dejar sentados los supuestos con los que la tesis trabaja.

## 2. Sobre el post-estructuralismo.

*En general no me auto-denomino 'posmoderno'. Esa figura es, con frecuencia, representada por sus críticos como una que piensa que la identidad es fluida y la vida ética no es importante. Los posmodernos son relajados, irónicos y narcisistas porque no anclan la moralidad en Dios o en la razón trascendental. Eso se corresponde bastante a cómo Tocqueville definía a los ateos en Estados Unidos en el siglo XIX. En mi lectura, lo opuesto es más cercano a la verdad. No se trata meramente de que nuestra moralidad pueda estar enfrentada a nuestros deseos o intereses, como los kantianos y neo-kantianos también sostienen. Es, nuevamente, que actuar éticamente es, con frecuencia, cuestionar ciertas comodidades de la identidad (...) En cualquier circunstancia, conectar la vida ética con la estructura de las relaciones identidad/diferencia es perturbar las comodidades que los moralistas asumen cuando establecen una equivalencia entre las demandas de moralidad de una identidad que ellos mismos confiesan (Connolly, 1991: xix)*

A fin de comprender la emergencia de disciplinas y de teorías a su interior, las mismas deben ser contextualizadas históricamente, poniendo en evidencia las transformaciones sufridas por el saber en un movimiento paralelo a aquéllas experimentadas por las relaciones de poder. En este sentido, la emergencia del post-estructuralismo en RRII puede ser situada en el marco del largo proceso que derivó en el fin de la Guerra Fría. La aparición del número especial de la *International Studies Quarterly* en septiembre de 1990, titulado “Hablando el lenguaje del exilio: disidencia en los estudios internacionales” (“*Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies*”) es sintomático al respecto. El punto final del conflicto cuyos dos protagonistas principales fueron Estados Unidos y la Unión Soviética, supuso la victoria de “Occidente” por sobre “Oriente”, la instauración de un orden unipolar y la consiguiente imposición del neoliberalismo en una buena parte del globo. El neoliberalismo no sólo debe ser entendido como un modelo económico, sino que también supone modos de construcción de subjetividades y configuraciones de relaciones sociales bien específicas. El proceso de globalización cobró tal velocidad que se convirtió en un fenómeno del todo novedoso. Esto trajo como consecuencia, asimismo, la pérdida relativa de poder de los Estados como actores internacionales y consiguientemente una miríada de actores no-estatales comenzaron a gravitar con inusitada fuerza en el plano internacional. La globalización entonces se tornó también cultural, engendrando resistencias del mismo tipo, convirtiéndose dicha dimensión en un tema relevante para la agenda de los estudios internacionales. Constructivismo y post-estructuralismo lo tomaron a su cargo.

Lo que se había globalizado era el modo de ejercicio del poder liberal. Ciertos autores comenzaron a hablar entonces de “gobernanza liberal mundial” (Dillon y Reid, 2001), sostenidos sobre el concepto acuñado por James Rosenau y Ernst-Otto Czempiel en los inicios de la década del 90 del siglo pasado (1992). Otros tomaron el concepto foucaultiano de gubernamentalidad y lo aplicaron a las RRII (Dean, 1999; Larner y Waters, 2005; Neumann y Sending, 2007, entre otros). De esta manera, efectuaron una lectura de la política mundial desde una perspectiva del todo distinta a la predominante en la disciplina. Y ya que el liberalismo fue colocado en el centro de la escena, buena parte de la “corriente post-estructuralista” -que incluye a un amplio abanico de autores de diversas tradiciones intelectuales- buscó reflexionar acerca del discurso liberal y su modo de ejercicio del poder asociado, siguiendo una preocupación central en estos análisis: la de la relación del saber con el poder.

El post-estructuralismo en las RRII se ha institucionalizado a través de publicaciones periódicas tales como *Alternatives: Global, local, political; Millennium – Journal of International Studies; European Journal of International Relations*, entre otras. No se define a sí mismo como una “corriente”, pues este término supone cierta homogeneidad que los propios autores que forman parte de ella rechazan<sup>8</sup>. Más bien es definido como un conjunto de prácticas intelectuales que utilizan diversos instrumentos conceptuales, metodológicos y de perspectivas como ser: la genealogía, el deconstruccionismo, la semiótica, la teoría psicoanalítica feminista, la intertextualidad (Der Derian, 1989). Si bien existen diferencias entre los autores que adscriben a este enfoque en las RRII, también hay similitudes entre ellos, ligadas, básicamente, a la preocupación por cómo el saber, la verdad y los significados son constituidos: cuáles son las relaciones entre saber y poder en el ámbito de la política mundial.

De allí la importancia central que adquiere el discurso. En efecto, se trata de un modo de análisis que concibe al mundo de las relaciones internacionales y al de las RRII como un texto y desde allí lo trabaja. De este modo, el post-estructuralismo procura derribar todas las afirmaciones y relaciones que se encuentran naturalizadas, dando cuenta de que éstas son producto de sistemas específicos de producción de conocimiento y, por lo

---

<sup>8</sup> No obstante, aquí seguirá utilizándose dicha terminología.

tanto, de circunstancias históricas específicas. Interroga dichas naturalizaciones preguntándose por las relaciones de poder que juegan en esferas y espacios que parecen estar por fuera de la política.

De lo dicho puede deducirse que una cuestión recurrente en los análisis post-estructuralistas es la historicidad (Ashley, 1989). Frente a la narrativa del discurso histórico moderno-liberal que encuentra su centro en una unidad postulada como lo “normal” que se desplegaría en una línea de progreso indefinida y, por tanto, concibe a todo aquello que se aleja de ese núcleo como una desviación, un accidente que hay que corregir, el historicismo post-estructuralista plantea partir de la diferencia. De allí sus lazos con la genealogía, que, en lugar de buscar el origen en una unidad idéntica a sí misma que las peripecias de la historia habrían adulterado, lo busca en los resultados de batallas. De modo que en el comienzo de la historia se encuentra el “disparate” (Foucault, 1992: 8). Tal como sostiene Foucault: “La genealogía (...) se opone al despliegue metahistórico de las significaciones ideales y de los indefinidos teleológicos” (1992: 7), es decir, que frente a una lectura moderna de la historia que ve en ésta el despliegue necesario de una esencia, la genealogía la entiende como el movimiento discontinuo de configuraciones de relaciones de poder. En otras palabras, en el comienzo no se encuentra la unidad, sino la diferencia, de modo que la primera es el resultado de una relación de poder.

Trasladado al campo del discurso y su análisis esto implica que es necesario situar históricamente la emergencia de ciertos significantes y los significados que se le fueron adosando, estableciéndose entre ambos elementos lingüísticos una relación de contingencia. Es decir que los significantes en general y los conceptos en particular no se mantienen inalterados a lo largo del tiempo, no existe un significado puro, verdadero, único, para ellos; por el contrario, son resignificados, cambian su sentido de acuerdo al momento histórico en el que emergen. En palabras de Derrida: “Si nos parece imposible al principio separar mediante interpretación o comentario el significado del significante y destruir así la escritura a través de la escritura que es la lectura, creemos, sin embargo, que esa imposibilidad se articula históricamente” (1967: 229). Un ejemplo al respecto lo proporcionan los cambios en el significado de la palabra “seguridad”. La misma ha pasado de nociones de riesgo en el Renacimiento, a la idea de defensa nacional durante la razón de

Estado, a la noción de seguridad, unida indefectiblemente a la de libertad de circulación (Shapiro, 1989; Bigo, 2011), tema que será tratado con más detalle en el Capítulo 4. En este sentido, la producción de conocimiento científico es una instancia privilegiada, en la que los intelectuales se presentan como estando por fuera de luchas de poder y, sin embargo, se encuentran atravesados por éstas.

Es así cómo estos instrumentos son utilizados, entre otras cosas, para establecer una crítica del discurso académico hegemónico en la disciplina. Esta crítica apunta a los supuestos intelectuales del racionalismo y del positivismo sobre los que este último se basa. Entre estos, una cuestión central es la separación entre sujeto y objeto de conocimiento, inscrita en la noción de “hecho”, fundamento del positivismo. Mientras neorrealistas y neoinstitucionalistas insisten en afirmar que estudian “hechos” objetivos, es decir, escindidos de sus propias prácticas como teóricos, los post-estructuralistas ponen el acento sobre el carácter de constructo discursivo de los mismos. Estos son entendidos como interpretaciones, es decir que el sujeto que los “lee” se encuentra ya atravesado por ciertas categorías, escalas de valores y formas de ver el mundo de los que no puede escapar.

Esta afirmación tiene como corolario la imposibilidad de encontrar una Verdad que pertenecería más al hecho que al sujeto que se la adscribe. Según el positivismo, el objeto estudiado es portador de una verdad (oculta) y la función del investigador radica en descubrirla. El post-estructuralismo rechaza de plano esta idea y postula, en cambio, una relación de inseparabilidad entre el sujeto y el objeto de conocimiento. En efecto, ya que según esta concepción no hay objeto posible por fuera del discurso, el objeto es concebido como un texto ya interpretado, pues, para convertirse en tal, debe necesariamente pasar por el discurso. En palabras de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe:

El hecho de que todo objeto se constituya como objeto de discurso *no tiene nada que ver* con la cuestión acerca de un mundo exterior al pensamiento, ni con la alternativa realismo/idealismo. Un terremoto o la caída de un ladrillo son hechos perfectamente existentes en el sentido de que ocurren aquí y ahora, independientemente de mi voluntad. Pero el hecho de que su especificidad como objetos se construya en términos de ‘fenómenos naturales’ o de ‘expresión de la ira de Dios’ depende de la estructuración de un campo discursivo. Lo que se niega no es la existencia, externa al pensamiento, de dichos objetos, sino la afirmación de que ellos puedan constituirse como objetos al margen de toda condición discursiva de emergencia (2004: 146-147).

El sujeto, entonces, también está constituido discursivamente. De este modo, el post-estructuralismo apunta contra la concepción del sujeto cartesiano autónomo y libre de toda relación con su medio histórico y social. El investigador/autor, atravesado por una multiplicidad de preconcepciones propias del contexto histórico en el que vive, trabaja sobre interpretaciones que ya han sido realizadas. Fuera del campo disciplinar y en aquél de las relaciones internacionales, este mismo razonamiento se repite. El autor en el ámbito académico es homologado con el decisor político en el campo experiencial. Éste también es concebido como un sujeto constituido discursivamente, cuyas intenciones y percepciones no resultan relevantes en sí mismas, sino como textos. Es decir que las justificaciones y argumentos para emprender una acción preceden al sujeto que decide sobre ella. En un doble movimiento, el lenguaje constituye a los sujetos y a los objetos. Éste es, sin embargo, también constituido por ellos. No estando la verdad ni en el objeto ni en el sujeto de conocimiento, la objetividad se torna imposible y, por lo tanto, también la ciencia en su versión iluminista.

Como puede apreciarse, el post-estructuralismo no parte a la búsqueda de variables determinantes y determinadas. Frente a las corrientes estructuralistas y a aquéllas que colocan el acento en la acción voluntaria del individuo, el post-estructuralismo se sostiene sobre una paradoja que no intenta resolver: al tiempo que afirma que la práctica depende de la estructura, también postula que la estructura depende de la práctica. De esta manera, se obtiene una estructura dinámica. El post-estructuralismo busca mantenerse siempre en el límite entre estas dos aserciones, sin inclinarse a favor de ninguna de ellas.

Por otra parte, si la modernidad se caracteriza por el remplazo del fundamento-Dios -propio de la Edad Media- por el fundamento-hombre, el post-estructuralismo se caracteriza por poner fin a todos los fundamentos, bregando por resaltar el carácter de constructos de estos últimos. De allí su marcado anti-esencialismo. De allí también la imposibilidad de una ciencia que dé cuenta de verdades objetivas. En palabras de David Campbell y Jim George:

El blanco de esta disidencia es el fundacionalismo y esencialismo de la filosofía científica de la post-ilustración, sus supuestos universalistas sobre el hombre racional moderno, su metafísica escondida, su compromiso metateórico con categorías de significado y comprensión dualizadas, sus estrategias logocéntricas de identidad y jerarquización, sus proposiciones teorizadas sobre la naturaleza humana, su fe dogmática en el método, sus filosofías de la intención y la conciencia y su tendencia hacia la gran teoría y las implicaciones de su imposición (1990: 280).

Todas estas características, fuertemente ligadas a su posición epistemológica, les han valido ser acusados de anti-modernos. Algunos de estos autores se han defendido de tales acusaciones utilizando la lectura de la Ilustración que efectúa Foucault (1996b). Según el filósofo francés, la característica central de este movimiento intelectual y político es la función de la crítica. Los post-estructuralistas aducen que, en tanto su función radica en pensar el presente históricamente (de allí que se sostengan sobre una analítica interpretativa), esta característica “está siendo practicada mejor por [ellos] que por los auto-proclamados racionalistas defensores de la fe” (Campbell, 1998b: 215). Y, en efecto, si se sigue la categorización de Robert Cox que establece una diferencia entre teorías de resolución de problemas y teorías críticas, el post-estructuralismo se encuentra ubicado en este último conjunto. Según el autor gramsciano, el segundo tipo de teorías

es más reflexivo acerca del proceso de teorizarse a sí mismo: ser claramente consciente de la perspectiva que da pie a la teorización, y su relación con otras perspectivas (para lograr una perspectiva sobre las perspectivas); y para abrir la posibilidad de elegir una perspectiva válida diferente desde la cual la problemática deviene una de crear un mundo alternativo (1986: 207-208).

Entonces, en lugar de patrullar fronteras que delinear los contornos no franqueables de una disciplina, estos autores se proponen atravesar esas fronteras establecidas por los discursos hegemónicos, proponiendo un pensamiento diagonal y multidisciplinario. De allí que busquen explicitar la teoría política subyacente en los discursos hegemónicos de las RRII y que, asimismo, luchen por reinsertarla en el ámbito de los estudios de política mundial (Walker, 1993). Lo mismo puede decirse respecto de la filosofía del conocimiento. Tal como afirma Campbell: “conscientemente o no, los teóricos de las RRII son filósofos del conocimiento” (1998b: 220). De lo que se trata es de visibilizar los supuestos que se encuentran sosteniendo el discurso hegemónico disciplinar. Se trata de una “actitud disidente” que insiste en plantear los supuestos como preguntas más que como afirmaciones (Ashley y Walker, 1990).

Si en los primeros años de la emergencia de esta perspectiva, en la mayor parte de los casos, los autores se dedicaron a sentar las bases de sus planteamientos y, al mismo tiempo, a criticar los fundamentos naturalizados por neorrealistas y neoinstitucionalistas, con el paso de los años fueron tomando distancia también de los constructivistas. Asimismo, comenzaron a plantear investigaciones que apuntaban sobre todo a comprender

los modos de construcción de identidades y otredades en las RRII y su relación con el poder (ver, entre otros: Connolly, 1989; Doty, 1996; Campbell, 1998b).

La Guerra Global contra el Terror (GGT) dio un nuevo impulso a esta perspectiva de análisis y emergieron en su interior otros dos conjuntos de autores que, a pesar de compartir varios puntos entre sí, tienen marcadas diferencias. Por un lado, autores encaramados sobre el concepto de biopolítica de Foucault al que han utilizado para pensar la política mundial (Reid, 2006; Dillon y Lobo-Guerrero, 2008; Dillon y Reid, 2009; Dillon y Neal, 2011, entre otros). Por otro lado, autores que se han basado en Schmitt para pensar el liberalismo global, en general, y la GGT como guerra liberal en particular (Rasch, 2003; Odysseos y Petit, 2007; Odysseos y Petit, 2008, entre otros). No hay espacio aquí para desarrollar esos aportes. Sin embargo, muchos de estos trabajos han servido como fundamento para la contextualización histórica y teórica del planteo central de la tesis y aparecerán a lo largo de la misma.

La mayor de las críticas que ha recibido el post-estructuralismo por parte de los “defensores de las fronteras” de la disciplina ha estado relacionada con su metodología de trabajo que es, precisamente, la elegida en estas páginas. El análisis del discurso, fuertemente ligado a la genealogía, ha sido (y es) calificado por los sectores hegemónicos como un mero divertimento que se elude de aquellas cuestiones que son verdaderamente importantes y centrales en el estudio de las RRII (principalmente: la eterna y necesaria lucha de los Estados por el poder). Este tipo de crítica es posible en tanto no pueden/no quieren considerarse las cuestiones epistemológicas que atañen al modo de comprensión del discurso por parte de los pensadores críticos. Frente al carácter de constructor de “realidad” que los post-estructuralistas le otorgan a éste, los positivistas lo piensan como una mera manifestación o reflejo de una “realidad” que ya está dada, a la espera de que el conocimiento revele sus verdaderos y ocultos mecanismos. A continuación se dejará en claro la concepción del discurso y su análisis que aquí se manejan.

### **3. El post-estructuralismo, el discurso y su análisis.**

Como se planteó, el post-estructuralismo y el constructivismo comparten muchos de sus postulados y, frente al realismo epistémico, que concibe al mundo como algo independiente de las ideas y creencias en torno a él, ambas corrientes dan al lenguaje un lugar fundamental. Son las cuestiones epistemológicas las que mayormente los diferencian; entre ellas, las relativas al discurso. Mientras que los constructivistas insisten en los aspectos normativos del mismo, los post-estructuralistas lo hacen en sus aspectos performativos. Como se ha dicho, esto no significa que muchos constructivistas no usen la noción de performatividad; sin embargo, ambas corrientes se refieren a cosas distintas con dicho término.

Bajo estos supuestos, la relación entre lo no-discursivo y lo discursivo es, para el constructivismo, una relación de representación en la que el segundo re-presenta al primero. Ambos elementos se suceden también cronológicamente. En este sentido, la palabra es lo que vincula al individuo con el mundo. En el post-estructuralismo no existe esta idea de sucesión entre lo no-discursivo y lo discursivo, pues el lenguaje hace o “performa” el hecho. En este sentido, el lenguaje no es comprendido como una simple técnica de mediación para alcanzar verdades que estarían en los hechos, sino que la propia realidad social está hecha de lenguaje. Es por esta razón que Derrida puede afirmar que “no hay fuera de texto” (1967: 227).

La centralidad del concepto de performatividad descarta la idea de la comunicación como función principal del lenguaje. Si el acto comunicativo supone un emisor, un receptor y un mensaje, los tres son producto de un discurso mucho más amplio que los engloba y, además, el mensaje, transmisor de significantes, puede ser cifrado de distintas maneras de acuerdo a infinidad de variables identitarias, culturales, históricas, políticas, etc. Ya que el lenguaje es constitutivo, en la situación clásica de comunicación no sólo se transforma el mensaje, sino que también lo hacen el emisor y el receptor. Por otra parte, la idea de comunicación supone sujetos que quieren decir lo que dicen y, en este sentido, son conscientes y transparentes, idea fuertemente criticada por el post-estructuralismo.

El método de análisis del discurso que utiliza el post-estructuralismo y que será desarrollado posteriormente, descansa sobre una determinada concepción epistemológica del mismo que toma elementos del pensamiento del segundo Wittgenstein<sup>9</sup>, de Derrida y de Foucault. Como se sostuvo al abordar la cuestión de la performatividad, principal y fundamentalmente el discurso es entendido como constitutivo de la realidad y no como mero reflejo de ésta, rechazando, como se ha afirmado, todos y cada uno de los esencialismos. Esto último los enfrenta con el “constructivismo moderado” (Wendt, 1999)<sup>10</sup>. El concepto de discurso es un concepto polisémico y su misma definición es fuente de debate. Por lo tanto, es necesario aclarar a qué definición se plegará el presente trabajo.

Ya que su función no se restringe a una meramente retórica, el discurso es entendido como un bien que plantea, desde su existencia misma –y, por lo tanto, no sólo en sus aplicaciones prácticas-, la cuestión del poder; un bien que es, por naturaleza, objeto de una lucha política (Foucault, 2002; Gabilondo, 1990). La relación entre poder y saber en Foucault es una relación de mutua implicación: las relaciones de poder no pueden ni establecerse, ni actualizarse, ni funcionar, sin una producción, una acumulación, una circulación y un funcionamiento del saber, efectivizado en el dispositivo discursivo. Este último es provisto de materialidad no sólo porque necesita un soporte material para ser (la voz, la escritura), sino porque, asimismo, posee condiciones y efectos materiales en la “realidad”. El poder somete al sujeto a la producción de verdad, pues no puede ejercerse más que a través de ella.

Foucault subraya que no todo es discurso, sino que éste coexiste con otras prácticas a las que el filósofo francés denomina prácticas no discursivas (Foucault, 2002). Sin embargo, esta última aseveración no supone tender una mano a las concepciones positivistas. Afirmar la existencia de prácticas no discursivas no implica el reconocimiento de una realidad esencial ya-dada que oculta una verdad la cual es preciso des-cubrir. En cambio, la noción de prácticas no discursivas apunta a señalar la existencia de acciones que se despliegan por fuera de lo discursivo. Como se graficó a través de las palabras

---

<sup>9</sup> Ver Nota número 6.

<sup>10</sup> Alexander Wendt reconoce como parte de su teoría un “esencialismo débil” (1999: 64), de allí que defienda una versión “moderada” de constructivismo (1999: 1).

anteriormente citadas de Laclau y Mouffe, el que existan prácticas no discursivas no anula la afirmación de que éstas sólo cobran significado a través de prácticas discursivas. Si la interpretación ocupa un lugar predominante en los análisis de Foucault esto se debe, precisamente, a la imposibilidad de postular verdades incontrovertibles, a la inexistencia de objetos por fuera del lenguaje a través del cual son constituidos. Por el contrario, las verdades son siempre consideradas como productos de determinadas relaciones de poder que son, como se vio en el párrafo anterior, relaciones de poder-saber.

Si bien tal como señala Rosa Buenfil Burgos (1996) la conceptualización del discurso por Foucault pasó por distintos momentos, ésta se encuentra atravesada por un dualismo que lo presenta a veces como estructura (en este sentido, se acerca más a su concepto de “episteme” –Foucault, 2008- ) y a veces como práctica social (de allí la categoría de práctica discursiva) (Díaz-Bone, 2008). El concepto de práctica en Foucault supone una regularidad y una racionalidad que permiten transformarlo en un objeto de reflexión y análisis (Castro, 2011). Este carácter dual que le otorgó al discurso lo llevó a afirmar que en torno a éste es necesaria una doble interrogación que apunte a señalar tanto sus aspectos estratégicos como aquéllos tácticos (Foucault, 2003). La pregunta por la integración estratégica del discurso busca pensar el contexto histórico de saber y poder que lo habilitan. Por su parte, la pregunta por su productividad táctica se dirige a los efectos recíprocos de poder y saber que asegura (Foucault, 2003). En este sentido, mientras la primera pregunta encuentra su espacio en la comprensión del discurso como estructura, la segunda lo encuentra en su concepción como práctica social. Ambas dimensiones serán abordadas en la presente tesis: el liberalismo será pensado como el marco estratégico en el cual se insertan las prácticas discursivas racistas.

Este punto es importante, pues separa a esta epistemología de aquéllas que, atrapadas en la discusión materialismo/idealismo, conciben al discurso como exento de materialidad. En efecto, entender al discurso como condición de posibilidad y como práctica social supone atribuirle efectos materiales. De este modo, el discurso es más que la lengua y las palabras y no es reducible a ellas (de allí que el análisis aquí presentado se distinga de un análisis lingüístico). Pues el discurso hace más que utilizar signos para indicar cosas, el discurso construye verdad y, por tanto, realidad. En este sentido, los

discursos no son comprendidos como simples expresiones o reflejos de una realidad que sería, de este modo, totalmente ajena a ellos, sino que participan como reproductores y creadores de relaciones de poder. Esto no significa que todos los discursos tengan la misma capacidad de generar efectos. La participación en la economía discursiva se da en el marco de relaciones sociales de poder. De esta manera, por ejemplo, en el actual contexto histórico, el discurso que emane desde la administración estadounidense tiene mayor capacidad de generar efectos que uno que emane desde las autoridades de un Estado no liberal como puede ser Irán. Esto no está ligado de ningún modo al carácter de verdad de ambos discursos, sino exclusivamente a la economía mundial de poder.

Por lo tanto, la afirmación de que las prácticas discursivas constituyen la realidad no implica adoptar una posición idealista en la que el lenguaje puede por sí solo transformarla. Por otra parte, el discurso no se concibe como el resultado de la intención de un individuo o grupo de ellos, sino como supraindividual. Es decir que el mismo forma al sujeto, puesto que es fuente de subjetividad. Esto no significa que el sujeto no tenga lugar en el discurso. Como se verá un poco más adelante, el sujeto es la mediación necesaria entre práctica discursiva y práctica no discursiva, es aquél que *transporta* sentido y, con éste, determinadas relaciones de poder (Jäger, 2003). Por tanto, si bien el sujeto no es concebido como “fuente de sentido” (Laclau y Mouffe, 2004: 164), sí lo es como portador de éste. De esta manera, como se afirmó, al escoger como unidad de análisis a la administración George W. Bush, al frente del poder ejecutivo de Estados Unidos entre los años 2001 y 2009, fue tomada en cuenta la posición institucional que, a nivel doméstico y mundial, ésta ocupaba.

Por lo tanto, se descarta el uso del concepto de ideología. Este último puede ser definido como el conjunto de ideas que guían a un individuo o a un grupo, que les proporcionan sus justificaciones y legitimaciones para alcanzar determinados objetivos (Van Dijk, 2008). Suele considerarse a este conjunto de ideas como creación de determinados sujetos. Aquí se trata más bien de lo contrario: de dar cuenta de cómo los sujetos son constituidos por los discursos y no de cómo los primeros constituyen los últimos. Es por esto que la “ideología” neoconservadora que ha ocupado páginas enteras<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Para un pormenorizado análisis sobre el gabinete de George W. Bush ver Mann, 2004.

no es más que ocasionalmente mencionada. En todo caso, la emergencia de ciertas ideologías (y no de otras) también da cuenta de una determinada configuración de relaciones de poder y, en este sentido, el concepto de discurso las engloba.

Por otra parte, el carácter neoconservador de la administración ha sido polemizado. Algunos estudiosos de la política exterior estadounidense, como Brent Scowcroft, lo discuten. En efecto, si bien el Consejero de Seguridad Nacional de George H. W. Bush (padre) reconoce a su interior elementos neoconservadores, también identifica realistas duros (como Donald Rumsfeld –Secretario de Defensa hasta el año 2006– y Dick Cheney –Vicepresidente durante ambos períodos–) y al propio presidente que no es clasificado junto a ninguno de los dos elementos anteriormente citados (Brzezinski, Scowcroft, 2008). Por su parte, Francis Fukuyama, auto-declarado neoconservador, al alejarse de las políticas de la administración, puso en duda el carácter neoconservador de ésta (2007). Para quien declarase el “fin de la historia”, se podría hablar, en todo caso, de un “neo neoconservadurismo”. Asimismo, otro elemento que debe ser considerado como formando parte de la administración es la derecha evangelista (Roy, 2008). Por otro lado, es válido destacar que las acciones de política exterior más polémicas de la administración Bush (v.g. la invasión a Irak en el año 2003) tuvieron apoyo del Congreso y, por lo tanto, no pueden ser pensadas como producto de la imaginación maquiavélica de un grupo de políticos que no representan la “verdadera” identidad estadounidense. Del mismo modo, la administración en cuestión fue producto del voto popular, cuyo apoyo, si bien es discutible durante las elecciones del año 2000, es innegable en las elecciones del 2004.

Además, si de ideologías se tratase, deberían corroborarse diferencias sustanciales entre las políticas exteriores de la administración demócrata de Barack Obama y la republicana neo-conservadora de George W. Bush. Si bien existen entre ambos diferencias de forma (desde la perspectiva que aquí se maneja, el intervencionismo bushiano era bastante más abierto que el del Premio Nobel de la Paz), no así de contenido. A modo de ejemplo, el asesinato de Osama Bin Laden por las fuerzas estadounidenses se presenta como una cruda actualización de los años más extremos de la GGT y de la administración Bush. En efecto, estuvo signado por la violación de la soberanía territorial de un país (Pakistán); por la utilización de la tortura como medio de obtención de información; por el

acompañamiento de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ante la política consumada; por la práctica del unilateralismo; por la caracterización del enemigo como uno no-político (de allí que pudiera asesinarlo y desaparecerlo). En palabras de Stuart Elden: “Hay más continuidades que contrastes entre las administraciones estadounidenses, un hecho que en un sentido no debe sorprender dado que son las fuerzas estructurales más que los actores individuales los que conducen los eventos” (2009: 177-178).

De este modo, en las páginas que siguen no intentará plantearse al discurso sólo como instrumento de justificación/legitimación de una determinada política; el discurso no será entendido como un artefacto meramente retórico al servicio de intereses inconfesables. Se lo comprenderá, por el contrario, como indicador de modos de ejercicio de poder, como una vía de acceso a determinadas racionalidades de gobierno y a los mecanismos que les corresponden. De esta manera, se propondrá que el modo liberal de gobierno mundial supone un cierto tipo de racionalidad que podrá ser rastreada en discursos que incluyen tanto a organismos internacionales cuyo objetivo es lograr la paz (Capítulo 3), como a instituciones tales como la guerra (Capítulo 4). Así, podrá determinarse que el racismo como práctica discursiva es un mecanismo propio de este tipo de gobierno (Capítulo 5).

Esta concepción del discurso como constituyente de realidad, como práctica social, hace hincapié en sus facultades productivas más que en aquéllas de deformación/ocultamiento. En efecto, entender al discurso como un simple instrumento de justificación/legitimación puede llevar a hacer hincapié en su carácter negativo y aquí, por el contrario, se busca poner en evidencia el carácter positivo de las prácticas discursivas en lo que respecta a la constitución de sus sujetos y de sus objetos<sup>12</sup>; particularmente, en lo que respecta a la constitución de los sujetos exterminables en el marco de un poder que tiene como objetivo “hacer vivir”, cuestión que será desarrollada a lo largo de la tesis. A modo de ejemplo, puede afirmarse que las justificaciones que dio la administración Bush para la invasión de Irak, contrastadas con la “realidad”, demostraron ser falsas: no existían armas de destrucción masiva, no pudo comprobarse ningún lazo del gobierno de Saddam Hussein con *Al-Qa'ida*, y la democracia allí instaurada puede ser puesta en duda. En esta lectura, el

---

<sup>12</sup> Como se verá en los sucesivos capítulos, frente a la hipótesis represiva, Foucault entiende al poder, al igual que lo hace con el discurso, también con facultades productivas. Una posible explicación de esta insistencia por parte del filósofo francés, puede estar relacionada con su intento de señalar las diferencias del nuevo modo de poder por él estudiado (el biopoder) respecto del anterior “poder soberano”.

discurso no puede más que indicarnos la verdad o la falsedad de las palabras expresadas por el entonces Presidente de Estados Unidos. No es ése el trabajo que se realizará aquí. En cambio, por un lado, la emergencia de determinados significantes y de ningún otro en su lugar será leída en clave de cómo se ejerce el poder en el actual momento histórico. En este sentido, la justificación democratizadora será tomada en serio para analizar qué función puede cumplir cierta concepción de democracia en dicha economía de poder. Por otro lado, los significados que se le adosen a determinados significantes permitirán pensar cuál es el lenguaje en torno al cual se construyen identidades y otredades. El tipo de lenguaje específico que sea utilizado también proporcionará elementos para el análisis del modo actual de ejercicio de poder.

Así, el análisis de los discursos de la administración Bush permitirá rastrear prácticas discursivas racistas en torno a la identidad religiosa de los objetos referentes. Estas prácticas serán colocadas en un contexto más amplio (también discursivo) que delinearán un modo liberal de ejercicio del poder. Por tanto, se argumentará en torno a la existencia de un fuerte vínculo entre el liberalismo, cuyo objetivo será definido como “hacer vivir a la población”, y el racismo, dando cuenta de las prácticas de establecimiento de diferencias y exclusión que caracterizan al primero y la posibilidad del ejercicio por parte de éste del poder soberano de matar.

#### **4. El método**

Como se ha dicho, respecto a lo metodológico el post-estructuralismo pone en práctica el análisis del discurso. Éste apunta tanto al discurso de la disciplina como a aquél cuyos portadores son los funcionarios que participan en los procesos de toma de decisión. Asimismo, han comenzado a aparecer trabajos que estudian el discurso de los medios de comunicación respecto a cómo estos presentan las relaciones internacionales o a los distintos países y regiones del mundo, campo de estudio que resulta de fundamental importancia y sumamente atractivo.

El análisis del discurso aparece relacionado, a su vez, con la construcción de la identidad internacional. El método deconstructivo planteado por Derrida lleva a los post-estructuralistas a concentrarse en los binarismos discursivos y los efectos que estos

producen, señalando el carácter contingente (es decir, político) de las oposiciones discursivas. La metodología no se postula como un *a priori*, sino, por el contrario, es adaptada a un objeto de estudio construido y seleccionado como tal: el nexo entre poder y saber, inscripto mayormente en la construcción de identidades y otredades. Así, lo que estos autores buscan no es mostrar la verdad o falsedad de las proposiciones que critican, sino los “régimenes de veridicción” que permiten que éstas se formen. En palabras de Foucault: “el régimen de veridicción (...) no es una ley determinada de la verdad, [sino] el conjunto de las reglas que permiten, con respecto a un discurso dado, establecer cuáles son los enunciados que podrán caracterizarse en él como verdaderos o falsos” (Foucault, 2007: 53). En este sentido, a Foucault y a sus seguidores no les interesa tanto determinar la verdad o falsedad de una proposición, cualquiera sea, sino cómo es posible que tal proposición y ninguna otra en su lugar pueda ser caracterizada como verdadera, cuál es el régimen discursivo que lo permite. Por lo tanto, la verdad y la falsedad son entendidas de un modo no-ilustrado, como construcciones factibles de ser realizadas en el marco de determinadas reglas de producción del discurso, ligadas de un modo inescindible a las relaciones de poder. Es necesario repetir que esto último no implica en modo alguno que se trate aquí de un voluntarismo: las construcciones se dan en un contexto socio-histórico. Los discursos-disciplinas y el marco no-discursivo en el que se despliegan están fuertemente imbricados, sin poder afirmarse que el uno determina al otro<sup>13</sup>.

Frente al “dogmatismo metodológico” del positivismo, el análisis del discurso se presenta más bien como una herramienta, una cierta perspectiva analítica. Esta “flexibilidad” metodológica ha sido fuertemente criticada, caracterizada como no-científica. Existieron intentos de sistematizar la metodología del análisis del discurso tanto en las Ciencias Sociales en general (ver, por ejemplo, Wodak y Meyer, 2003) como en las RRII en particular (Milliken, 1999). No obstante, estos intentos de sistematización que buscan darle a esta herramienta el carácter de método, a fin de hacerla aceptable de acuerdo a los parámetros discursivos de la disciplina, han resultado infructuosos y probablemente continúen siéndolo. Esto no supone hacerlos a un lado, sino entender y respetar la

---

<sup>13</sup> La lectura que hace Gilles Deleuze de Foucault sostiene que en la teoría del autor las relaciones de poder aparecen como determinantes y las relaciones de saber, como *determinables*, de modo tal que las primeras tendrían cierto predominio sobre las segundas (2003). Como se afirmó, es ésta una tensión que el post-estructuralismo no busca resolver.

especificidad de estas perspectivas de análisis, y su posición con respecto a la Ciencia y al lugar que en ella ocupa la metodología. Puede afirmarse que quienes utilizan la “caja de herramientas” del análisis discursivo comparten una agenda, un programa, ciertas preguntas, pero no existe entre ellos una homogeneidad metodológica, pues ni siquiera hay una concepción homogénea acerca de qué se entiende por discurso.

Como se sostuvo, siguiendo el carácter dual del discurso pregonado por Foucault, el análisis discursivo que aquí se utiliza se encuentra centrado en sus dos aspectos: el estratégico y el táctico. Según Laclau (2004), este último fue desechado por Foucault de sus investigaciones debido a su apartamiento de la discusión en torno a la noción saussuriana de signo (Saussure, 1961). De acuerdo al teórico político, al alejarse de esta discusión, Foucault suspendió el análisis del significado, centrándose únicamente en sus condiciones de producción, las cuales, según él, tendrían lugar por fuera de la significación (Laclau, 2004). Es decir que Foucault no prestó atención a la producción de significado en sí, sino, fundamentalmente, a sus condiciones de producción, no reducibles a la significación (Buenfil Burgos, 1996). Ya que la tesis tiene como objetivo rastrear las prácticas discursivas racistas en los discursos de la administración Bush a través de un análisis centrado en la significación, resulta imprescindible detenerse especialmente en este último aspecto.

Tal como afirman Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov (2011), la historia del concepto de signo saussuriano se ha modificado a partir de la segunda mitad del siglo XX. Si todas las definiciones tradicionales del signo suponían una simetría entre sus dos aspectos (significante y significado), los cuales eran pensados como las dos caras de una misma moneda y, por tanto, eran concebidos como inseparables, el giro lingüístico dado por las Ciencias Sociales otorga primacía al significante, puesto que se entiende que el significado está siempre en posición de significante. Esto no quiere decir, sin embargo, que significante y significado sean indistinguibles. No obstante, es una diferencia importante, pues, tal como afirman Ducrot y Todorov, “(a)l revelar la primacía del significante, al mismo tiempo que se libera el lenguaje del modelo del signo, se lo libera del modelo (...) de la comunicación” (2011: 395).

En el marco del análisis centrado en la significación, Laclau y Mouffe continúan la línea de la teoría de Jacques Lacan para quien el elemento fundamental no está en el nivel del signo sino en el de la “cadena significante”. Radicalizando la noción de sobredeterminación freudiana, Lacan establece la llamada lógica del significante que proclama el constante deslizamiento del significado con respecto al significante. Como consecuencia, el psicoanalista francés destaca la exterioridad del orden significante con respecto a los sujetos de enunciación (forma parte del movimiento de descentramiento del sujeto que efectúa el post-estructuralismo) y, por tanto, su autonomía. El significante se convierte en el elemento estable y los que varían son los significados que se le adosan (Laclau, 2004). Esta concepción se basa en el supuesto del desligamiento entre significado y significante y, por tanto, en la idea de que es imposible fijar significados últimos, lo que no invalida la necesidad de fijaciones parciales. Por lo tanto, estos autores plantean que la lucha política pasa principalmente por la fijación parcial de determinados significados a determinados significantes. Laclau y Mouffe (2004) llaman a estas fijaciones parciales, puntos nodales. Una de las funciones más importantes de estos radica en naturalizar los significados, lo que engendra supuestos que luego no son puestos en duda.

Junto con Siegfried Jäger (2003), aquí se sostiene que es posible tender puentes entre la epistemología laclauiana y la foucaultiana, a fin de otorgarle fundamental importancia a la construcción de significado, aún siguiendo los principios teóricos de Foucault.

Si el investigador francés afirma que las prácticas discursivas producen y reproducen la realidad social, en tanto que producen y reproducen determinadas relaciones de poder, Jäger (2003) encuentra que es necesario establecer entre ambas una mediación, un vínculo que, según el autor alemán, Foucault intentó a través del concepto de dispositivo, pero que, de todas formas, permaneció oscuro. Es así que reintroduce en la concepción de discurso de Foucault al sujeto, no ya sólo como producto sino como participante de su producción y, por tanto, de la producción social. Esto no significa que Jäger se aparte de Foucault y reinstaure al sujeto en un centro creador: “No es el individuo quien hace el discurso, sino que lo contrario tiende a ser cierto” (Jäger, 2003: 67), sino que el sujeto se presentará ahora como transmisor de discurso. Esto le permite a Jäger

establecer un puente entre la epistemología foucaultiana y aquella de Laclau (Jäger, 2003; Meyer, 2003): el sujeto será aquel que medie entre las prácticas discursivas y las no discursivas, definidas como “acciones sobre la base de un conocimiento” (Jäger, 2003: 62).

Esta mediación pasa por la capacidad de los sujetos de asignar significados a las cosas, pues, siguiendo a Laclau y Mouffe, Jäger afirma que “sólo dando significados a las cosas conseguimos hacer que sean cosas” (Jäger, 2003: 73-74). La puesta en escena del sujeto, entonces, le permite a Jäger establecer un vínculo entre prácticas discursivas y no discursivas, a través de colocar en el centro de su método analítico a la construcción arbitraria de significados en la sociedad y establecer, así, un lazo teórico (fundamental aquí) entre Foucault y Laclau. Siguiendo a Laclau y Mouffe, todos los objetos construidos como tales forman parte de lo discursivo en tanto que se les otorga un significado determinado. De acuerdo al significado que se le dé a un hecho, éste ocupará determinado lugar en la totalidad discursiva y, por tanto, habilitará determinadas acciones, también significadas de determinadas maneras.

Un ejemplo. El 11 de septiembre del 2001 un avión se estrella contra la torre norte del World Trade Center, en Nueva York; diecisiete minutos más tarde otro avión hace lo mismo, esta vez impactando sobre la torre sur. Este hecho es significado: se caratula a lo acontecido como un “ataque”, como un “acto de guerra”. Podría haberse rotulado de otra forma, podría haberse hablado de “atentado terrorista”, de “acto criminal”, de “masacre”. De hecho, anteriores administraciones actuaron de modo distinto frente a hechos similares, llevando adelante acciones policiales más que militares. Por ejemplo, luego de los atentados a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania en 1998, la administración del entonces Presidente Bill Clinton respondió lanzando misiles contra campos de entrenamiento de terroristas en Afganistán y contra una fábrica farmacéutica en Sudán. Esta acción le valdría fuertes críticas. Incluso, en su primera alocución televisada, luego de los sucesos, el Presidente Bush no utilizó el significante “guerra” (“Hoy hemos tenido una tragedia nacional. Dos aviones se han estrellado contra el *World Trade Center* en un aparente ataque terrorista contra nuestro país”<sup>14</sup>). Sin embargo, el 12 de septiembre, luego de haberse reunido con el Consejo de Seguridad Nacional, sí habló de un acto bélico (“Los

---

<sup>14</sup> CASA BLANCA (2001), “Remarks by the President After Two Planes Crash Into World Trade Center”, (11/09/2001). (Online), consultado en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov), en febrero de 2009. Traducción propia.

ataques deliberados y letales que fueron llevados a cabo ayer contra nuestro país, fueron más que actos de terror. Fueron actos de guerra”<sup>15</sup>). El mismo fue atribuido a la red *Al-Qa’ida*, a pesar de que su líder, Osama Bin Laden, negó responsabilidad en el hecho. Dicha red existe efectivamente, pero de la misma se subrayó su carácter terrorista e islámico. Una vez más, se podría haber hablado de ella en distintos términos, podría haberse hecho hincapié únicamente en su uso sistemático del terrorismo o en sus reivindicaciones políticas. Pero *Al-Qa’ida* fue rotulada como “terrorismo islámico”. A partir de haber significado a los atentados como ataque y de haberse identificado como enemigo a una red caratulada como terrorista e islámica, se pudo declarar, entonces, como consecuencia casi lógica, una “Guerra Global contra el Terror” que habilitaría el derribamiento de todas las fronteras, la violación de todas las soberanías. El hecho de que la administración Bush, al frente del gobierno de Estados Unidos en aquel momento, haya podido instalar ese significado a nivel mundial (y no sólo en el campo político se aceptó dicha relación entre significante y significado, sino también en el campo académico), el hecho de que haya emergido ese significado y no otro en su lugar, da cuenta de ciertas relaciones de poder. En efecto, el poder también se ejerce a través de la ligazón de un significado determinado a un cierto significante.

La cuestión de la relación entre significado y significante es fundamental para el tema que aquí se aborda: el racismo está íntimamente vinculado a la construcción de identidades y otredades, tema sobre el que han trabajado en profundidad Laclau y Mouffe. Se asevera no sólo que las identidades son producto de prácticas discursivas, sino que ellas mismas son discursivas por excelencia. En este sentido, se busca subrayar el carácter de construcciones de las identidades propias y ajenas y sus diversas articulaciones. Como se verá en el Capítulo 5, el racismo se efectiviza discursivamente a través del establecimiento de identidades y otredades: se homogeneiza al sujeto del enunciado -quien habla en nombre de la universalidad- y se homogeneiza, asimismo, al objeto del enunciado, en este caso, el sujeto exterminable.

El enfoque aquí adoptado se sostiene sobre lo que se dio en llamar análisis crítico del discurso. Lo que hace confluír a los autores que lo utilizan es que el análisis crítico del

---

<sup>15</sup> CASA BLANCA (2001), “Remarks by the President In Photo Opportunity with the National Security Team” (12/09/2001). (Online), consultado en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov), en febrero de 2009. Traducción propia.

discurso estudia el lenguaje como práctica social, interesándose particularmente por la relación entre el lenguaje y el poder. A tal fin, se esfuerza por hacer explícitas las relaciones de poder que con frecuencia pasan desapercibidas en las prácticas discursivas, reinstalando el contexto histórico en el cual emergen los discursos. Este tipo de análisis del discurso, enfatiza la necesidad de establecer métodos para la investigación empírica de las relaciones entre prácticas discursivas y no discursivas (Wodak, 2003a).

Como puede deducirse de lo dicho hasta el momento, la presente tesis no efectúa un análisis lingüístico, sino uno discursivo. La diferencia estriba, básicamente, que en el primero se trata del estudio de la lengua y en el segundo, del discurso (o, en términos de Saussure (1961), en el primero se trata de la lengua y en el segundo, del habla). Se hará uso de ciertas herramientas generales del análisis del discurso y algunas más específicas. Respecto a las últimas, el análisis será dividido en una parte estructural que contemplará los contextos enunciativos, institucionales e históricos en los que los discursos tienen lugar, y una parte de análisis de contenido en el que funcionarán formas de operacionalización de las variables indicadas para la construcción del concepto de racismo.

La unidad mínima del discurso en Foucault es el enunciado (Foucault, 2002). Éste se distingue de las proposiciones y las frases. En cuanto a las primeras, implican un análisis lógico del que se deriva su clasificación en verdaderas y falsas. Las segundas posibilitan un análisis gramatical que puede conducir a una inspección interpretativa: buscar en el documento lo no-dicho, lo que se quiso decir. Ninguna de estas dos es la vía de análisis del enunciado. Como se ha sostenido, este análisis no se propone ubicar la verdad o la falsedad de lo dicho y tampoco la intención del sujeto parlante o la invención de sentidos fuera de aquello que se presenta. Por el contrario, permanece en la superficie. Es decir que la lectura permanece al interior de los márgenes del texto analizado. Esto no significa que no se tenga en cuenta el contexto en el que los enunciados son proferidos. Por el contrario, éste forma parte esencial del análisis. Lo que significa, en cambio, es que tanto el contexto como el texto a analizar son comprendidos como constructos discursivos y que el análisis no va más allá de los enunciados efectivamente dichos: le pregunta al propio texto, no a los presupuestos implícitos que lo acompañan.

Por lo tanto, el análisis es en primer lugar uno de carácter interpretativo. Anteriormente se afirmó que las prácticas discursivas constituyen la realidad (de allí su materialidad). Esto lo hacen a través de la producción de una específica significación de la realidad social que no es más que una cierta interpretación de ésta (Díaz Bone, 2007). Interpretar no quiere decir aquí encontrar lo que hay de oculto en el discurso, leer más allá de éste, sino que todo discurso se supone como una interpretación, una dación de significado que no está dado en el suceso/acontecimiento/hecho de antemano, sino que se construye retroactivamente. Interpretar es, de este modo, imponer un significado. Tal como afirma Foucault, “el devenir de la humanidad es una serie de interpretaciones” (1992: 19).

Plantear una lectura superficial al tiempo que interpretativa de los discursos supone un trabajo de reordenamiento de estos para encontrar significados que no necesariamente están expresados de forma directa, pero que, sin embargo, tampoco están ocultos. En efecto, existe un régimen de los discursos que separa las cosas que pueden ser dichas, de aquellas que no pueden serlo. En estos últimos casos, a fin de evitar sanciones, ciertos significados se construyen indirectamente, a partir, por ejemplo, de la aparición de ciertos significantes en determinados contextos enunciativos o “hilos discursivos” (Jäger, 2003). Por ejemplo, no es necesario afirmar directamente que “los musulmanes son terroristas” para producir ese significado; basta con que el significante “musulmán”, “Islam”, “islámico” y sus derivados aparezcan en repetidas oportunidades en el mismo contexto enunciativo que el significante “terrorismo” para que esa fijación de sentido se realice. Es a partir de allí que se podrán comprender, por ejemplo, los pasados debates en torno a si permitir o no la construcción de una mezquita a 200 metros del lugar en el que se encontraban las derribadas Torres Gemelas.

Se sigue una metodología de análisis del discurso dirigida a rastrear las prácticas de racismo religioso en los discursos emanados desde la Casa Blanca durante las dos administraciones presididas por George W. Bush (2001-2009). A tal fin, se han tenido en cuenta únicamente los aspectos verbales de los discursos de los distintos miembros de la administración, haciendo a un lado aquéllos no-verbales. Se han analizado los discursos y documentos publicados por la página web de la Casa Blanca en el período indicado, estableciendo un recorte y analizándose, de entre ellos, únicamente aquéllos en los que

aparecía, por lo menos una vez, el significante *Islam y/o muslim* (musulmán). Los discursos han sido leídos en su lengua de origen y han sido traducidos al español.

Por otra parte, es válido aclarar que la tesis no busca presentar una descripción objetiva de los hechos que se sucedieron durante la GGT. Como se puede apreciar a partir de los postulados epistemológicos que se han proporcionado, desde el punto de vista que aquí se maneja, eso es imposible. En cambio, ya que se propone una lectura de los discursos de la Casa Blanca durante la administración Bush, la GGT será presentada y postulada desde dicha óptica. No sin aclarar, en todos los casos, que se trata de esa específica visión. Asimismo, es necesario tener en cuenta que se incluye a la administración en cuestión al interior de un más amplio discurso liberal que le sirve de marco. Los discursos de la Casa Blanca construyeron un mundo, sostenidos sobre una determinada lectura de los acontecimientos. A partir de allí, se efectivizaron en políticas. De este modo, el enemigo fue construido en torno a sus rasgos religiosos. De allí se dedujo que existía algún problema en tierras musulmanas. El diagnóstico radicó en que lo que explicaba la violencia era la falta de libertad. La libertad fue homologada con la democracia y, por tanto, se infirió que la solución al terrorismo islámico era la instauración de la democracia en tierras musulmanas. De allí Afganistán y de allí Irak.

### RACISMO, BIOPOLÍTICA Y LIBERALISMO

*Por naturaleza, los negros de África no tienen ningún sentimiento que se eleve por encima de lo insignificante. El Sr. Hume desafía a todos a citar un sólo ejemplo en el cual un negro haya demostrado talentos, y afirma que entre los cientos de miles de negros que son transportados a diferentes países, aunque muchos hayan sido liberados, aún no ha sido encontrado ninguno que haya presentado algo importante en arte o ciencia u otra cualidad loable. Sin embargo, entre los blancos algunos se han elevado de entre la muchedumbre más baja, y a través de dones superiores ganan el respeto del mundo. Tan fundamental es la diferencia entre estas dos razas de hombres; y parece ser igual de grande respecto a las capacidades mentales y respecto al color (Kant, Immanuel, “Observations on the feeling of the beautiful and the sublime”, citado en Gilroy, 2000: 58-59<sup>16</sup>).*

El concepto de racismo de Foucault fue desarrollado por el autor en el marco del desarrollo de su concepto de biopolítica. Con ésta el investigador francés hacía referencia a un nuevo modo de ejercicio del poder que tenía por objeto a la población. Cuando intentó desarrollar la noción de biopolítica, Foucault se vio remitido “casi involuntariamente” a aquélla de “gobierno” y, desde allí, a su particular idea de liberalismo. Los objetivos del presente capítulo son: dejar asentada la relación existente entre los conceptos de racismo y de liberalismo (para lo cual resulta necesario pasar por la biopolítica), y elucidar el concepto de liberalismo.

Para el desarrollo de este último punto, y como se adelantó en la Introducción, la tesis no sólo se sostendrá sobre Foucault, sino que también lo hará sobre Schmitt. Ya que ambos parten de concepciones epistemológicas distintas, se argumenta a favor de la posibilidad de, de todas maneras, trabajar con los dos autores, subrayándose las

---

<sup>16</sup> El texto citado es del año 1764. Esta idea recorre los distintos momentos del pensador liberal Immanuel Kant, fundamentando la relación entre racismo y liberalismo. Fue desarrollada por el filósofo cosmopolita tanto en 1774, en su ensayo titulado “Sobre las diferentes razas del hombre”, como en 1798 en su obra *Antropología desde un punto de vista pragmático*. Su célebre ensayo sobre *La paz perpetua*, en el cual se basa la “Teoría de la Paz Democrática”, abordada en el Capítulo 4 y aplicada mediante intervencionismos en distintas partes del globo en los últimos años, es de 1795.

conclusiones comunes en torno al liberalismo a las que llegaron. Como se explicó, la incorporación de Schmitt a la tesis es de suma utilidad para comprender las modificaciones en la espacialidad que supuso el advenimiento del liberalismo en el plano mundial (tema trabajado en el Capítulo 3).

## **1. Racismo y biopolítica**

El racismo será abordado desde la óptica establecida por Foucault. Es decir que no será entendido como un artilugio ideológico o desligado del contexto en el que se despliega, sino que, por el contrario, será considerado como un mecanismo necesario del modo liberal de ejercicio del poder. Por lo tanto, si bien el concepto será elucidado y desarrollado en páginas venideras, resulta necesaria su ubicación en dicho marco.

Foucault aborda la cuestión fundamentalmente en dos de sus obras: en el Tomo I de su *Historia de la sexualidad*, titulado *La voluntad del saber*, publicado por primera vez en 1976; y en el Seminario *Defender la sociedad*, dictado en el *Collège de France* durante el ciclo lectivo 1975-1976. En ambas, el racismo es contextualizado al interior de una nueva tecnología de poder que el autor denomina biopolítica.

Preocupado por los modos de subjetivación, constitutivos de los sujetos/objetos de gobierno, la obra de Foucault puede describirse como un recorrido genealógico a través de estos. En este marco, enfoca su atención primero en los modos de saber, luego en los de poder y, finalmente, en los de sujeción (Foucault, 1988). Ninguno de estos tres puede entenderse desvinculado de los otros dos y, asimismo, no debe concluirse de la afirmación anterior que el saber y el poder son sucesivamente dejados de lado. Por el contrario, los tres se articulan y se comprenden en sus mutuas correlaciones. En este camino, cuando enfoca su atención mayormente en el poder político o en el “gobierno de los otros”, Foucault distingue la existencia de tres grandes economías de poder en Occidente: el Estado de justicia, característico de la territorialidad feudal; el Estado administrativo, propio del territorio con fronteras; y, por último, el Estado gubernamental, definido ya no en relación al territorio, sino a la población. El racismo se ubica al interior de esta última economía de poder, en el marco del gobierno liberal. Ya que, siempre siguiendo a Foucault, este tipo de racionalidad de gobierno emerge como rechazo al “Estado policía”, característico de la

“razón de Estado”, también se abordará, aunque tangencialmente, la racionalidad propia del Estado administrativo. El Estado feudal, por el contrario, no entrará en consideración.

Tanto en el Estado de justicia como en el administrativo, reina el “poder soberano”. Si bien no es necesario detenerse en este último aquí, se deberá apelar a él toda vez que sea necesario, pues es en contraposición a éste que Foucault caracteriza y define el biopoder, tecnología que comienza a esbozarse con el Estado administrativo, pero que se torna dominante en el marco del Estado gubernamental. No obstante, es importante realizar una distinción aclaratoria de antemano: el concepto de soberanía de Foucault no se restringe únicamente a la soberanía estatal, tal como se comprende en RRII. En efecto, el filósofo francés llama poder soberano a un modo de ejercicio de poder específico que emerge en el Renacimiento y que básicamente se sostiene sobre la figura de la soberanía ejercida por la ley sobre un sujeto sometido (Bidet, 1978). Algunas de sus características serán tratadas a lo largo de este capítulo.

En la onceava conferencia de *Defender la sociedad*, sus investigaciones llevan a Foucault a caracterizar el poder soberano como un poder que tiene el derecho de hacer morir y dejar vivir, es decir, como un poder que se ejerce del lado de la muerte (la figura del suplicio desarrollada en el primer capítulo de *Vigilar y Castigar*, “El cuerpo de los condenados”, es representativa al respecto). Esto explica que sus apariciones y presentaciones no sean más que esporádicas y precisen de una política del espectáculo. Por el contrario, en el biopoder se trata de “hacer vivir y dejar morir”. En efecto, este tipo de poder se ejerce a través de la intervención con el objetivo de hacer vivir; en este sentido, el poder biopolítico se ejerce del lado de la vida. Pero no sólo eso, también interviene sobre la manera de vivir, sobre el cómo de la vida; en síntesis, puede determinar cuál es la mejor forma de vida (Foucault, 2000: 224). A partir del momento en que el poder se hace cargo de la vida, se ejerce de manera continua. Por otra parte, el hecho de que el poder soberano se ejerza del lado de la muerte también lo postula como un poder de sustracción: sustrae derechos (según la teoría de la soberanía propugnada por el *ius naturalismo*, los individuos deben ceder los suyos a fin de que éste nazca) y sustrae la vida<sup>17</sup>. En efecto, en el régimen

---

<sup>17</sup> Si bien la práctica política y la reflexión en torno a ella no se corresponden en Foucault, ambas forman parte de las racionalidades que subyacen a los modos de ejercicio del poder. Como se verá, y a modo de ejemplo, Foucault define a la gubernamentalidad liberal como un conjunto de reflexiones y prácticas de

de soberanía la vida está por completo en manos del soberano: tiene poder de tomar las fuerzas vitales de sus súbditos y emplearlas como quiera. Por el contrario, la biopolítica multiplica y aumenta la vida.

La concepción de la historia de Foucault busca diferenciarse de la moderna tanto en su versión de progreso lineal indefinido como en su versión dialéctica y fenomenológica. De esta manera, el pasado no se entiende como un momento superado de una vez y para siempre, ni se brega por la unidad de los opuestos, ni se plantea la existencia de un sujeto fundador de la historia. En *Seguridad, territorio, población* Foucault afirma que las modalidades de ejercicio del poder más antiguas en términos cronológicos “implican aquellas que aparecen como más nuevas” (2004: 8). Por otro lado, sostiene, las primeras no se anulan cuando aparecen las segundas. De hecho, pueden funcionar al mismo. Sin embargo, siempre hay una que es la dominante en determinado período histórico y también en determinado “sector” (2004: 10). Esto da cuenta de que el despliegue de modos de ejercicio del poder debe ser entendido en términos de procesos, es decir que no se efectivizan en cortos períodos temporales, sino en más largos. El despliegue del liberalismo a nivel mundial sólo pudo ser posible una vez que estuvo consolidado en una buena parte del globo que resultaba ser la hegemónica (v.g. Occidente) y una vez que la supervivencia del mismo no estaba en peligro. Como se verá, el predominio del gobierno neoliberal en el ámbito doméstico de los Estados, no implica necesariamente su predominio en el campo de las relaciones internacionales, aunque, asimismo, no se descarta la presencia de rasgos propios de dicha modalidad de ejercicio del poder en el plano mundial.

Esta concepción de la historia tiene como corolario que el poder soberano no haya quedado de una vez y para siempre en el pasado, sino que pueda actualizarse. Vale decir que el hecho de que el poder soberano se oponga punto por punto al biopoder, no significa que, cuando este último se torna dominante, el primero desaparece. Y, en efecto, la pregunta que permite a Foucault introducir en sus investigaciones el concepto de racismo es la siguiente: si el objeto y el objetivo de la biopolítica es la vida, cómo es posible, entonces, ejercer el derecho soberano de muerte al interior de dicha tecnología de poder. Es decir, en el marco de un poder ejercido con el fin de potenciar la vida, ¿cómo es posible ejercer el

---

gobierno. Subyace aquí su particular concepción de la relación entre el poder y el saber abordada en el capítulo anterior.

poder de la muerte?, ¿cómo actualizar el poder soberano? La respuesta será: a través del racismo inscripto en los mecanismos del Estado.

Esta particular respuesta debe ser situada en el marco de *Defender la sociedad*. En este Seminario, Foucault pone a prueba lo que denomina como “hipótesis Nietzsche”, es decir, la explicación del poder en términos de dominación y lucha. De este modo, propone un recorrido genealógico del concepto de racismo y ubica su superficie de emergencia en la “guerra de razas”. Esta noción es reservada para un particular modo de concepción de la historia que, paradójicamente, emergió a la par del proceso de estatización de la violencia bélica que desplazó las guerras del interior de los Estados hacia allende sus fronteras. Lo que el discurso de la guerra de razas sostiene es que la homogeneización del Estado no significó el fin de los conflictos internos, sino que, por el contrario, el orden es resultado de batallas que continúan batiéndose, pero bajo otras formas. De allí que Foucault pudiera ubicar aquí la inversión de la famosa tesis de Carl Von Clausewitz: “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (Foucault, 2000: 28). De este modo, la paz doméstica era combatida por este discurso y postulada como el resultado de una pacificación impuesta por los vencedores, es decir como una paz particular y partidaria. De esta manera, los portadores de este discurso planteaban la necesidad de *defenderse del Estado*.

Según el investigador francés, con la derrota de la aristocracia el discurso de la lucha de razas no desaparecería sino que sería capturado por el discurso del naciente Estado-nación. En efecto, a partir de los siglos XVIII y XIX el mismo es recentrado y absorbido por el discurso liberal-burgués que ya no plantea la necesidad de defenderse del Estado, sino de *defender la sociedad*. Y lo hace a través de un movimiento que hace coincidir el Estado con la nación. De esta manera, a un Estado ya no van a corresponder varias culturas o grupos humanos nucleados en torno de distintos ejes articuladores (religión, tribu, etc.), sino que nación y Estado se superpondrán; nacen así la universalidad estatal y la estatización de la nación. El desplazamiento aquí es importante porque implica abandonar un discurso que supone al cuerpo social dividido en dos bandos contrapuestos, por uno que sostiene la existencia de un único bando (la sociedad) amenazado por múltiples peligros tanto internos como externos. En efecto, a partir de entonces ya no se trata de la

guerra de dos razas opuestas, sino del combate de una única raza “dada como la verdadera y la única, la que posee el poder y es titular de la norma” (Foucault, 2000: 65), contra los innumerables peligros (biológicos) que la aquejan. Ya no se trata, por lo tanto, de defender a una raza contra otra, sino de defender la sociedad, entendida como una totalidad homogénea. Emerge, entonces, la figura de la “sociedad civil”, figura central que Foucault sitúa en el marco de la biopolítica y del gobierno liberal, cuyas relaciones serán expuestas en el próximo apartado.

La biopolítica tiene como objeto a la población. Es decir que esta tecnología apunta a los hombres en tanto constituyen una masa global. El otro elemento del biopoder<sup>18</sup>, la disciplina, también está dirigido hacia los hombres, pero en tanto individuos. De allí que se sostenga que el biopoder es un poder que se ejerce a través de la individualidad y de la totalidad. La biopolítica entiende a la población como un conjunto homogéneo, expuesto a determinadas condiciones variables que buscan modificarse (como se verá más adelante, el concepto de “medio” es, en este sentido, fundamental).

Por otro lado, el liberalismo también sirve como marco a la emergencia de la sociedad entendida como totalidad homogénea, puesto que uno de sus elementos principales es el universalismo. *Defender la sociedad* podría agregarse a *Seguridad, territorio, población* y a *Nacimiento de la biopolítica* que en la traducción alemana han sido editados bajo el nombre de *Historia de la gubernamentalidad* (Castro-Gómez, 2010b; Kelly, 2010). En efecto, la “Historia de la gubernamentalidad” que efectúa Foucault, es una historia de la gubernamentalización del Estado y, si bien *Defender la sociedad* podría pensarse como una genealogía del racismo, el Seminario postula también una lectura histórica alternativa a la propuesta por la teoría de la soberanía, acerca de la racionalidad que acompañó la formación del Estado liberal<sup>19</sup>. En ella el universalismo liberal tiene un rol

---

<sup>18</sup> Foucault utiliza indistintamente los conceptos de biopolítica y biopoder para referirse a esta nueva tecnología. Sólo en *La voluntad del saber* (en donde utiliza a la sexualidad como dispositivo que afecta tanto a la población como al individuo) establece una distinción al señalar que el biopoder está formado por la biopolítica, cuyo objeto es la población, y la disciplina, cuyo objeto es el individuo. Sin embargo, no vuelve a efectuar esta afirmación. Por tanto, también se ha decidido mantener esa indistinción aquí.

<sup>19</sup> “No quiero hacer la historia de lo que pudo ser, en Occidente, la conciencia de pertenecer a una raza, ni la historia de los ritos y mecanismos por los cuales se intentó excluir, descalificar, destruir físicamente a una raza. El problema que quise plantear es otro y no se refiere al racismo ni, en primera instancia, al problema de las razas. Mi interés era –y sigue siendo- tratar de ver cómo apareció, en Occidente, cierto análisis (crítico, histórico y político) del Estado, sus instituciones y sus mecanismos de poder” (Foucault, 2000: 85)

destacado que Foucault subraya al dar cuenta de la reelaboración política de la idea de nación (planteada por el filósofo francés como sinónimo de la de raza) acontecida durante la Revolución Francesa de la mano del Conde de Sièyes.

Esta reelaboración habilita la posibilidad de anular el discurso de la guerra de razas en nombre de un Estado que ya no podrá ser pensado más que como homogeneidad, pues se establece una homologación entre Estado y nación (raza). De esta manera, Foucault afirma que el discurso histórico-político que hacía de la guerra el principio constitutivo de la historia, fue enfrentado por otro discurso que colocaba a la guerra en el lugar ya no de principio motor, sino de protector y conservador de la sociedad. La guerra es necesaria, entonces, toda vez que la vida de la sociedad esté amenazada. “En ese momento”, afirma Foucault, “surgerà la idea de una guerra interna como defensa de la sociedad” (2000: 198). La emergencia de este nuevo discurso histórico que permite la incorporación del racismo en los mecanismos del Estado es posible, siempre siguiendo el razonamiento de Foucault, gracias a la reelaboración política de la idea de nación.

En el período de la territorialidad feudal en el que dominaba el poder soberano, la nación estaba representada por el cuerpo del rey. La reacción nobiliaria al Estado administrativo quebró esa nación en por lo menos dos partes: aquellos que de a poco iban ascendiendo socialmente, adquiriendo privilegios y prerrogativas, y los que descendían. Se produce entonces una inversión del discurso hegemónico y se asevera que, en realidad, “(n)o es el rey quien constituye la nación; [sino que] una nación se da un rey para luchar, precisamente, contra las otras naciones” (Foucault, 2000: 199). Ahora bien, la burguesía (cuyo pensamiento aparece graficado por Sièyes) trae consigo otra concepción de nación que vuelve a unificar a la misma bajo el tercer estado. Éste, en tanto condición histórica de la existencia de una nación, constituirá *la* nación y, en este sentido, coincidirá con el Estado. Tal como afirma Eric Hobsbawm (1992) y como se desprende de lo expuesto, no existe nación sin idea (presente o futura) de Estado (Hobsbawm llega a afirmar que el Estado construye la nación). De allí que el aspecto territorial sea fundamental en la constitución de este tipo de identidad. Esto no sucede ni con el Cristianismo ni con el Islam, religiones modernas que aspiran y apuntan a la universalidad. Pero volviendo a la construcción de la idea de nación durante la Revolución Francesa, el discurso entonces

vigente efectuó una lectura distinta de la relación entre la particularidad y la universalidad a la planteada por el discurso de la reacción nobiliaria. Si esta última afirmaba que la universalidad no era más que una particularidad universalizada a causa de una victoria, el discurso de la burguesía revolucionaria planteará al tercer estado como el portador de la universalidad estatal. Y ahora sí es posible comprender la expresión “racismo inscripto en los mecanismos del Estado”. Pues éste se desplegará desde los mecanismos estatales a fin de salvar a la nación, entendida como la única raza verdadera del Estado en cuestión, ante peligros considerados como biológicos (sub-razas).

En resumen, el racismo foucaultiano debe ser enmarcado en el ámbito de una nueva tecnología de poder que el filósofo francés dio en llamar biopolítica. Al constituir el objetivo de esta última la multiplicación y el aumento de la vida de la población, entendida como totalidad homogénea, el antiguo poder soberano de matar será posible a través de la captura del discurso aristocrático de la guerra de razas convertido en un racismo de Estado. Ya no se tratará de la lucha entre dos razas ubicadas al mismo nivel y opuestas entre sí, sino que en este último los enemigos serán considerados como enemigos biológicos de la sociedad toda y su muerte tendrá como función no sólo la salvación de la propia vida, sino también su mejoramiento.

En el Capítulo 5 se desarrollará en mayor detalle el concepto de racismo. El presente busca establecer el marco teórico que permita afirmar su funcionamiento ya no sólo al interior del Estado-nación, sino en el plano mundial. Para esto resulta necesario establecer puentes entre las nociones de biopolítica y liberalismo entendido como forma de gobierno y, asimismo, postular el carácter mundial de este último, lo que se hará en el Capítulo 3.

## **2. Biopolítica y liberalismo**

Preliminarmente debe aclararse, tal como se hizo en la Introducción, que tanto la noción de biopolítica como la de liberalismo que aquí se aplican para la fase actual y que, además, son utilizadas para el análisis del poder global, son consideradas como herramientas. En este sentido, no debe esperarse que se dé cuenta de ellas en los exactos mismos términos en los que Foucault lo hizo. Las nociones sirven más bien como guías, como perspectivas que son

aplicadas para el análisis del objeto de estudio aquí escogido. Esto no significa que el lector tenga que aceptar sin más los significados de ellas que aquí se proponen. Sin embargo, la argumentación que se da tiene como objetivo que se acepten los postulados que permiten sostener la presente tesis. Por otro lado, esta última se fundamenta también en la utilización de estas nociones que hicieron autores que han sido o serán citados a lo largo de la misma, tales como Vivienne Jabri, Julien Reid, Andrew McNeal, Michael Dillon, David Campbell, etc. Todos estos autores y otros más sobre los que el análisis se sustenta han aplicado los conceptos desarrollados por Foucault para el análisis de las relaciones internacionales contemporáneas.

La noción de biopolítica funciona aquí únicamente a modo de puente, como forma de establecer las relaciones necesarias entre racismo y liberalismo. En este sentido, se sigue el camino emprendido por Foucault en su estudio del poder político y la atención se centra en el liberalismo en detrimento de la biopolítica<sup>20</sup> (Castro-Gómez, 2010b). Sin embargo, ya que el primero se constituye como marco de la segunda, la definición de biopolítica resulta también de utilidad, a modo de trampolín que permita alcanzar y captar más acabadamente el concepto de liberalismo en Foucault. Pues entre ambos se establecen múltiples relaciones ligadas a su objeto, a sus objetivos y a sus mecanismos.

Si bien la noción de biopolítica foucaultiana emerge por primera vez en una conferencia dada por el autor en Río de Janeiro en 1974, titulada “El nacimiento de la medicina social”, es en la última parte de *La voluntad del saber* y en la última lección de *Defender la sociedad* donde se encuentra más desarrollada. En ambos, la biopolítica –que,

---

<sup>20</sup> Santiago Castro-Gómez efectúa una lectura deleuziana de la obra de Foucault y entrega una posible explicación acerca de las razones por las que este último abandonó el concepto de biopolítica. Según su hipótesis, el investigador francés habría encontrado en el concepto de *gubernamentalidad* una “grilla de inteligibilidad” de las relaciones de poder que le permitían referirse no sólo a aquellas ligadas a la conducción de la conducta de los otros en instituciones disciplinarias, sino también a aquellas vinculadas a la conducción de un Estado o de un cuerpo social (2010b: 54). Es decir que, según el filósofo colombiano, el concepto más amplio de gubernamentalidad explicaría lo mismo y más que el de biopolítica. De esta manera, a partir del año 1978 Foucault comienza a pensar el poder en términos de “gobierno”, lo cual le permite incluir en su definición la libertad como un elemento fundamental. Así, da por tierra con las concepciones liberales del poder que entienden a éste y a la libertad en una relación de oposición y mutua exclusión. Según Foucault, y es lo que le va a interesar por demás en el modo liberal de ejercicio del poder, sólo es posible hablar de relaciones de poder en tanto los sujetos sobre los que éste se ejerce son libres, es decir, tienen múltiples posibilidades de acción (Foucault, 1988). A partir de entonces, la contraposición a la que se hizo referencia anteriormente entre poder soberano y biopolítica, se trasladará a la noción de gobierno.

según el autor, emerge a mediados del siglo XVIII alentada por el naciente capitalismo, su necesidad de mano de obra y fenómenos de explosión demográfica- es presentada en su doble faz: como poder sobre la vida y como poder sobre la muerte (racismo). Efectivamente, en cuanto a su objeto, éste se encuentra constituido por la vida de la población. En relación a su objetivo, tal como se anticipó, se trata de “hacer vivir y dejar morir”. Con respecto a la vida, se trata de administrarla, aumentarla, multiplicarla, controlarla, regularla. De esta manera, este tipo de poder es un poder expansivo que intenta incorporar a su gestión a la totalidad de los individuos, no sólo en tanto tales, sino en tanto especie biológica. Y esta incorporación es posible sólo a través de una intervención permanente sobre esta vida que se trata de gestionar a fin de aumentar y organizar las fuerzas que somete.

Los dos Seminarios siguientes de autoría de Foucault *Seguridad, territorio, población* (1977-1978) y *Nacimiento de la biopolítica* (1978-1979), anuncian el tratamiento de la misma, pero se desplazan hacia la cuestión del gobierno y del liberalismo como contexto de su emergencia.

En efecto, cuando el investigador francés introduce el curso de los años 1977-1978, señala su objetivo: comenzar el estudio del biopoder. Es así como aborda la cuestión de los “dispositivos de seguridad”, fundamentales en esta tecnología de poder, pues su función es asegurar la vida a través de mecanismos de normalización. Foucault entrega aquí una idea más acabada de este último concepto que la que había otorgado en *Vigilar y castigar*. Sostiene el investigador que, a diferencia de la disciplina, en donde se ponen en funcionamiento mecanismos binarios que buscan establecer una separación entre lo normal y lo anormal y encerrar y disciplinar a aquellos que caen en esta última categoría a partir de una norma que es fijada *a priori*, la biopolítica establece la norma *a posteriori*, a partir de lo dado (la “naturaleza”). En otras palabras, si en la disciplina se trata de acercar a los individuos a una norma que está dada de antemano, en la biopolítica se trata de construir esa norma a partir de todos los casos (a partir de, por ejemplo, los sanos y los enfermos). De esta manera, las divisiones binarias, propias del poder soberano, sin llegar a desaparecer, son desplazadas: la biopolítica está caracterizada por un carácter fuertemente inclusivo.

Y, en efecto, el análisis describe a estos dispositivos como centrífugos (incluso aparece la noción de mercado mundial para dar una idea de su alcance), integradores y montados sobre lo que el autor francés denomina por momentos “naturalidad” y, por otros, “realidad efectiva”. La omnipresente idea del *laissez-faire* que se deduce de su carácter, conduce a Foucault a hablar del liberalismo y de la noción de libertad. En efecto, tal y como son presentados, los dispositivos de seguridad no pueden funcionar más que con libertad, con la libertad de dejar a los procesos del mercado considerados como naturales, desplegarse sin obstáculos. En términos de Nikolas Rose: “La importancia del liberalismo no radica en que fue el primero en reconocer, definir o defender la libertad como el derecho de todos los ciudadanos. Más bien, su significancia radica en que, por primera vez, las artes de gobierno estuvieron ligadas sistemáticamente a la práctica de la libertad” (2004: 68).

El segundo punto que aborda en este Seminario, siempre ligado a comenzar el estudio del biopoder, es la cuestión de la población. Pero una vez que Foucault llega aquí el curso se sale de su eje biopolítico para abordar la problemática del “gobierno”. El investigador explica este desplazamiento como uno de carácter casi involuntario: “a medida que hablé de población, había una palabra que volvía sin cesar (...), es la palabra ‘gobierno’. Más hablaba de población, más dejaba de decir ‘soberano’” (2004: 77). En tanto la población no es pensada como un conjunto de sujetos con derechos, sino como un conjunto de fenómenos naturales, el soberano y sus leyes pierden efecto: no pueden actuar sobre ella, pues las variables de las que depende la población biopolítica la hacen escapar de su acción voluntaria.

La emergencia de la noción de gobierno, o más precisamente de la de “artes de gobernar”, se encuentra vinculada a la cada vez mayor importancia que va cobrando la economía, entendida como gestión de la familia y de la casa. De esta manera, “el arte de gobernar es, precisamente, el arte de ejercer el poder en la forma y según el modelo de la economía” (Foucault, 2004: 98). En este contexto, la economía va adoptando su definición moderna, convirtiéndose en un campo de intervención para el gobierno. Este último es entendido no como el modo en que efectivamente se ha gobernado, sino como la manera en que la práctica de gobierno ha sido objeto de reflexión. A pesar de que Foucault fija el momento de su aparición en el siglo XVI, de la mano de los movimientos de Reforma

protestante, afirma que el gobierno permanece bloqueado por el paradigma de la soberanía hasta el siglo XVIII. El “desbloqueo” se produce gracias a la emergencia de la “población”, noción que permite la articulación entre biopolítica y gobierno. Esto se produce durante el momento de dominación del Estado administrativo o, como Foucault lo llama dando cuenta de su interés en las racionalidades de gobierno, durante la “razón de Estado”.

Ésta funciona como la bisagra que permite el paso del poder soberano al gobierno liberal. En el próximo capítulo se trabajará sobre su dispositivo diplomático-militar, pues será fundamental para explicar el cambio en la espacialidad que supuso el advenimiento del liberalismo a escala global. Sin embargo, es necesario abordar ahora el segundo de sus dispositivos, ligado al ámbito doméstico: la policía.

Con el objetivo de aumentar las fuerzas del Estado, en el marco de un ordenamiento internacional (europeo) competitivo sostenido sobre relaciones de fuerza signado por los Tratados de Westfalia, que se tratará con mayor detalle en el próximo capítulo, el Estado policía toma a su cargo las actividades de los hombres. Y lo hace de modo holístico: desde asegurarse de que haya un buen número de hombres que puedan llevar a cabo sus actividades, hasta garantizar la circulación de los productos de éstas, pasando por ocuparse de que los hombres tengan las necesidades básicas satisfechas, de que tengan la salud asegurada, de que no estén ociosos, etc.. De esta manera, la policía es entendida como un conjunto de intervenciones con el fin de aumentar las fuerzas del Estado. Ésta no actúa sobre la población, la misma es aquí un elemento presente y ausente a un tiempo, está “ligeramente esbozado” (2004: 283). En efecto, el objetivo de la razón de Estado no radica en la población, sino en el Estado mismo; no obstante, su conservación implica trabajar sobre ella.

La función de policía supone un poder que se ejerce desde el exterior: obliga a los hombres a través de la imposición de reglamentos y de la amenaza del encierro en el caso de que estos no cumplan. Por su parte, el gobierno biopolítico se sostiene sobre la “naturaleza” de esos mismos hombres y procura ya no imponer desde el exterior conductas, sino guiar las ya existentes<sup>21</sup>. Efectivamente, en tanto la población es entendida como

---

<sup>21</sup> De allí la importancia que tendrá para Foucault en los últimos años de la década del '70 y primeros de la del '80 del siglo pasado la noción de “gobierno de sí”. Así, y en términos de Espósito: “(La) Razón de Estado traduce, y determina el gradual desplazamiento del poder del exterior al interior de los límites de aquello

conjunto de fenómenos naturales, el modo de acción sobre la misma se modifica: ya no se actúa directamente sobre los sujetos, sino que las intervenciones se hacen en el “medio” en el que estos se mueven. Así, el nuevo arte de gobierno tiene en el centro a esta naturaleza a la que no intenta reprimir –pues se consideran vanos esos intentos–, sino a la que toma como una variable a tener en cuenta en las políticas a seguir.

Ahora bien, se trata de una naturaleza atravesada por la vida social de los hombres, o más bien, de la naturalidad de las relaciones de los hombres entre sí; es decir, de la “sociedad civil” (Foucault, 2004). Este concepto comienza a esbozarse y se lo entiende, como se afirmó, como el campo específico de naturalidad propia del hombre. Foucault se encuentra en las antípodas de aquellos que sostienen que la sociedad civil está en una relación de enfrentamiento y exterioridad con respecto al Estado gubernamental. Por el contrario, sostiene, es su producto. No en el sentido de que la haya creado, sino en el sentido de que es el correlato de una tecnología de gobierno que emerge con la liberalización del mercado. La emergencia de la sociedad civil es el resultado de una de las modificaciones sufridas por la razón de Estado (Foucault, 2004). Según el filósofo francés, en este marco, la sociedad civil se constituye como el objeto de la política de Estado. En el contexto de gestación de una racionalidad gubernamental liberal que pugna por que el Estado se abstenga de intervenir en el conjunto de los procesos económicos, pensados como procesos naturales, la sociedad civil es aquello que el Estado debe tomar a su cargo. Este punto será plenamente desarrollado en *Nacimiento de la biopolítica*, cuando Foucault aborde de lleno la cuestión del gobierno liberal.

De esta manera, si bien la intervención estatal es limitada, no lo es en un sentido negativo o en términos cuantitativos, pues existe todo un campo de intervenciones posibles e incluso necesarias que tienen como objetivo el desarrollo de esa población y de esa sociedad civil. Hay, entonces, que administrar y ya no reglamentar. En efecto, los “dispositivos de seguridad” deben “asegurar la seguridad de esos fenómenos naturales que son los procesos económicos o los procesos intrínsecos a la población” (2004: 361). Y, ligada a la cuestión de la seguridad y también a la cuestión de la naturaleza que están en el centro de la biopolítica, un elemento fundamental será la libertad. No la libertad como

---

sobre lo cual se ejerce” (2006: 59). La emergencia de prácticas de gobierno de sí mismo, será “la condición de posibilidad de una práctica de la libertad” (García Fanlo, 2008).

derecho frente a los abusos del soberano, sino la libertad como condición necesaria para el correcto funcionamiento de este nuevo tipo de gobierno.

*Nacimiento de la biopolítica* intenta, desde su título, retornar al análisis de la biopolítica. Sin embargo, desde su comienzo el investigador francés sostiene que sólo es posible emprenderlo cuando se haya comprendido “de qué se trata en este régimen que es el liberalismo” (Foucault, 2008: 24), pues este último es entendido como el “marco general” de la misma (Foucault, 2008: 40). De esta manera, las tecnologías liberales y neoliberales de gobierno forman el núcleo duro de las exposiciones del autor francés en el ciclo lectivo 1978-1979. Y como se verá en el próximo apartado, entre biopolítica y liberalismo es posible encontrar múltiples conexiones, pues sus objetivos, objetos y mecanismos se encuentran fuertemente emparentados.

### **3. Liberalismo**

#### **a. Michel Foucault**

Suele considerarse al liberalismo en términos de una ideología o una doctrina política que entiende la libertad individual como un fin en sí mismo y, por lo tanto, la considera como un modo necesario de poner límites al gobierno. Como se ha adelantado, en el presente trabajo el liberalismo es entendido desde la perspectiva foucaultiana. El autor francés era reticente a hablar de ideología. Y esto por tres razones vinculadas al significado que se ha fijado en ese concepto. Por un lado, afirmar que algo es una ideología o que es ideológico supone la existencia de una verdad (no-ideológica) detrás de o junto a ese algo. Por otro lado, la ideología supone la existencia de un sujeto portador de la misma, de un sujeto en el sentido moderno del término: aquél que no está formado más que por sí mismo (esta concepción de sujeto es la utilizada en las RRII no sólo por el neorrealismo y el neoinstitucionalismo, sino también por el constructivismo de Wendt). Por último, siguiendo la metáfora del edificio ideológico sostenida por la perspectiva marxista-althusseriana, la ideología se piensa como una superestructura que supone una infraestructura que la determina.

Como se dijo, el liberalismo es abordado por Foucault en sus cursos en el *Collège de France* de los años 1977-1979, en el contexto del desarrollo de sus investigaciones en torno al concepto de biopolítica, cuyo desarrollo Foucault ubicó en los siglos XVIII y XIX. En este sentido, fue desarrollado en el marco de la dimensión propiamente política del gobierno, aquella que apunta al gobierno de los otros. Foucault pensó el liberalismo como una práctica formada por elementos discursivos y no-discursivos, como un régimen particular de relaciones de poder. Esta particular concepción también otorgó un lugar central en su obra a la libertad individual. Sin embargo, ésta no fue pensada como un fin en sí mismo, sino como un modo específico de gobierno de los hombres que, en lugar de perseguir sus objetivos a través de una detallada reglamentación de la conducta que indique desde el exterior a los individuos cómo deben conducirse (disciplina), busca lograr un gobierno interno: *que los individuos se gobiernen a partir de su propia libertad*. Esta racionalidad tiene dos aristas y Foucault así la trabajó: por un lado, el gobierno de los otros (política); por otro lado, el gobierno de sí (ética)<sup>22</sup>.

Aquí se dejará de lado el último de los aspectos y será abordado exclusivamente el primero de ellos. Para poder tratar un poco más adelante el ejercicio del gobierno liberal a escala mundial, es necesario en esta breve introducción, delinear algunos rasgos fundamentales de dicha tecnología de gobierno. A tal fin, el presente apartado se concentra primero en elucidar el concepto de liberalismo delineando algunos de sus rasgos resaltados por Foucault, centrándose en las dimensiones más relevantes para la presente tesis y contextualizándolo históricamente. En una segunda instancia, como se adelantó, también se toman ciertos elementos de la perspectiva de Schmitt.

Como se afirmó, Foucault aborda el liberalismo como una práctica que incluye elementos discursivos y no-discursivos. Se entiende a la práctica como un modo de hacer y de reflexionar en torno a esa acción. El liberalismo como práctica de gobierno, por lo tanto, es definido como una manera específica de gobernar y de reflexionar en torno a ese

---

<sup>22</sup> Foucault abordó la cuestión del gobierno de los otros en los Seminarios utilizados aquí. En ellos trabajó el concepto de biopolítica y liberalismo: *Defender la sociedad* (1975-1976); *Seguridad, territorio, población* (1977-1978); *Nacimiento de la biopolítica* (1978-1979) y *Du gouvernement des vivants* (*Del gobierno de los vivos*) (1979-1980), inédito. Con respecto al gobierno de sí, el autor francés hizo lo propio en *Subjetividad y verdad* (1980-1981) (no publicado); *La hermenéutica del sujeto* (1981-1982); *El gobierno de sí y de los otros* (1982-1983) y *El coraje de la verdad* (1983-1984).

gobierno, como una forma de racionalidad gubernamental que organiza la actividad de los hombres. Así, se presenta como una racionalidad gubernamental crítica cuya cuestión principal radica en la limitación del gobierno. Esta necesidad emerge contra el fondo del dispositivo policial vigente durante la razón de Estado. En contraposición a este último, el liberalismo se monta sobre el despliegue natural de los procesos, lo cual lleva a Foucault a verse tentado de darle el nombre de “naturalismo”. Si no lo hace es porque considera que la dimensión fundamental del mismo en tanto tecnología de gobierno es la libertad (Foucault, 2007).

La necesidad de limitar la acción de gobierno conduce a que el mercado se convierta en el lugar de veridicción por excelencia, es decir, en el espacio en el que las políticas de gobierno son calificadas como útiles o inútiles. En esta línea, la economía política es presentada como una disciplina que pone de manifiesto la imposibilidad de un punto de vista soberano sobre la totalidad de los procesos económicos (de allí el mandato de *laissez-faire, laissez-passer*). Es ésa, según Foucault, la función de la “mano invisible” de Adam Smith: acabar con la idea de un soberano económico. En efecto, el liberalismo trabaja sobre la realidad efectiva, bajo la idea de que “las cosas van a producirse quiérase o no” (Foucault, 2004: 48). Y si de lo que se trata es de la regulación de fenómenos que son entendidos como naturales, el ejercicio del gobierno a través del dictado de decretos se torna imposible. En su lugar, se establecen mecanismos reguladores que aseguran el despliegue natural de dichos procesos, siempre con el objetivo de potenciar la vida.

Esto trae aparejadas consecuencias también en el plano de la dialéctica inclusión/exclusión ya que en el liberalismo priman los mecanismos normalizadores (aquellos que fijan la norma *a posteriori*, sosteniéndose sobre todos los casos) y estos se caracterizan por ser fuertemente inclusivos. El liberalismo es una tecnología de gobierno que busca incorporar a la totalidad de los individuos. De allí que, refiriéndose a la biopolítica, Michael Dillon y Luis Lobo-Guerrero puedan afirmar que ésta no es una política de la identidad, es decir, una política que funcione a través de la fijación de identidades y otredades: “la producción identitaria no es su principal conductor” (Dillon y Lobo-Guerrero, 2008: 269).

Y, efectivamente, como se afirmó cuando se hizo referencia al paso de la guerra de razas al racismo, en el marco de la emergencia del Estado-nación liberal, el liberalismo se caracteriza por un marcado universalismo. Como se vio, en *Defender la sociedad* Foucault sostiene que, a diferencia del discurso de la guerra de razas -definido como un discurso histórico-político-, con la idea de Estado-nación la burguesía liberal procuró incorporar a todos los habitantes de un territorio a una misma identidad, eliminando así las oposiciones binarias. En efecto, Foucault señala que el discurso de la burguesía ascendente del siglo XVIII está caracterizado por dos elementos que lo diferencian del discurso aristocrático. Por un lado, un trastocamiento en la narrativa de la temporalidad que no es necesario desarrollar aquí<sup>23</sup>. Por otro lado, cierta relación novedosa de la particularidad con la universalidad que el autor define como exactamente inversa de la que había caracterizado al discurso de la reacción nobiliaria, de la que ya se ha dado cuenta. Recuerdese que, mientras esta última extraía de la totalidad social su derecho particular para hacerlo funcionar en su singularidad, el discurso liberal-burgués presentaba al tercer estado como portador de dicha totalidad. De esta manera, este estamento no se presentaba ya como *una* nación en lucha con otras, sino como *la* nación, universalizando su particularidad (Foucault, 2000: 202-203). Otro momento de *Defender la sociedad* en el que Foucault hace referencia al universalismo liberal es cuando afirma que el objetivo de Augustin Thierry como historiador era demostrar cómo toda la historia francesa había estado plagada de enfrentamientos que habían conducido, finalmente, a “la génesis de una universalidad en que la lucha, o en todo caso la guerra, no puede sino desaparecer” (2000: 213). El universalismo aparece, entonces, ligado a la eliminación de la guerra.

Lo que se da con el advenimiento del liberalismo como tecnología de gobierno es un cambio tanto en el objeto como en el objetivo de gobierno y, por tanto, en sus mecanismos de intervención.

---

<sup>23</sup> “En lo sucesivo [la reivindicación] no va a expresarse en nombre de un derecho pasado, establecido por un consenso, por una victoria o por una invasión. La reivindicación va a poder expresarse en una virtualidad, un porvenir, un porvenir que es inminente, que ya está presente en el presente, porque se trata de cierta función de universalidad estatal, ya asegurada por *una* nación en el cuerpo social, una nación que, en nombre de esto, demanda que su *status* de nación única se reconozca efectivamente, y en la forma jurídica del Estado” (Foucault, 2000: 203).

La población, entendida como conjunto de procesos naturales, se constituye como el objeto propio de la tecnología biopolítica, situada, como se sostuvo, al interior del gobierno liberal. No en todos los casos este concepto es entendido de dicha manera. En algunas oportunidades se confunde con el concepto más amplio de sociedad civil<sup>24</sup>. La presente tesis se decide por tratarlos de forma indiferenciada. En realidad constituyen dos aspectos de un mismo conjunto. En efecto, mientras que el concepto de población remite al prisma biopolítico, el de sociedad civil responde más bien al prisma de la gubernamentalidad liberal. Siendo dos nociones diferentes (la segunda remite a una territorialidad, mientras que la primera no lo hace), ambas se encuentran superpuestas. Si, como se afirmó, el gobierno liberal, sostenido sobre la racionalidad del poder pastoral<sup>25</sup>, es una máquina bifrente que trabaja sobre los cuerpos individuales (disciplina) y sobre el cuerpo social como un todo (biopolítica), tanto el concepto de población como el de sociedad civil forman parte de este “poder totalizante”.

La emergencia de la población aparece vinculada al dispositivo policial al que se ha hecho referencia. Recuérdese que la población era un elemento que se encontraba presente y ausente a un tiempo. Por este motivo, aclara Foucault –y esta es una diferencia fundamental con el objeto del gobierno liberal- “es en el fondo una felicidad sin sujeto de la que habla la razón de Estado” (2004: 283).

El filósofo francés aborda la cuestión de la sociedad civil por primera vez en *Seguridad, territorio, población*. En el contexto de señalar y desarrollar el pasaje de la razón de Estado a la nueva racionalidad de gobierno, Foucault sostiene que una forma distinta de naturalidad<sup>26</sup> entra al prisma reflexivo de los nuevos economistas partidarios del *laissez-faire*: la sociedad como naturalidad específica de la existencia común de los hombres. Y ya que la epistemología y el anti-positivismo foucaultianos no conciben una

---

<sup>24</sup> Por ejemplo, Eduardo Mendieta afirma en su análisis del concepto de racismo en *Defender la sociedad*: “Para desafiar y resistirse al poder de los invasores, así como al de los papas y reyes, y usando las narrativas, desenmascarar sus actos de usurpación y tiranía, los elementos de un cuerpo social comienzan a apelar a las ideas de un pueblo, que entonces hace referencia a una raza, que entonces hace referencia a una población, y entonces se venera en la noción anodina de ‘sociedad’.” (2007: 145).

<sup>25</sup> No hay espacio aquí para, ni se considera de relevancia el hecho de, desarrollar la concepción foucaultiana del poder pastoral. Al respecto, se remite al lector a los principales textos en los que el autor trabaja esta noción: Foucault, 2004 y Foucault, 1996a.

<sup>26</sup> Es una naturalidad distinta a las cosmogonías en las que se basaba la razón gubernamental de la Edad Media.

realidad separada de las prácticas discursivas que la forman, Foucault sostiene, por lo tanto, que los economistas hacen emerger la sociedad “como campo de objetos, como dominio posible de análisis, como dominio de saber y de intervención” (2004: 357). Lo cual significa que la sociedad civil no constituye una dimensión opuesta al gobierno, sino un producto de éste.

¿Qué es la sociedad civil, sino precisamente ese algo que no se puede pensar como siendo simplemente el producto y el resultado del Estado? Pero tampoco es algo como la existencia natural del hombre. La sociedad civil es lo que el pensamiento gubernamental, las nuevas formas de gubernamentalidad nacidas en el siglo XVIII, hacen aparecer como correlato necesario del Estado. ¿De qué debe ocuparse el Estado? ¿Qué debe tomar a su cargo? ¿Qué debe conocer? ¿Qué debe, si no reglamentar, al menos regular; o debe respetar las regulaciones naturales de qué? No de una naturaleza de alguna manera primitiva, tampoco de una serie de sujetos indefinidamente sometidos a una voluntad soberana y flexible a sus exigencias. El Estado tiene a cargo una sociedad, una sociedad civil, y es la gestión de esta sociedad civil lo que debe asegurar. Mutación fundamental en relación a una razón de Estado, a una racionalidad de policía que continuaba ocupándose de una colección de sujetos (Foucault, 2004: 357-358).

El concepto de sociedad civil reaparece en *Nacimiento de la biopolítica*. Allí Foucault efectúa un recorrido que parte del *homo oeconomicus* del discurso economicista (el discurso dominante en la política liberal que se presenta en remplazo del discurso físico del cálculo de fuerzas), choca contra el concepto de soberanía estatal, y finaliza en la sociedad civil como objeto propio de esta nueva tecnología gubernamental. El *homo oeconomicus* del discurso económico liberal está caracterizado por ser portador de intereses individuales, la suma de los cuales, siempre según este discurso, constituye el interés colectivo. De este modo, el objeto/sujeto del liberalismo se diferencia de manera tajante del sujeto de derecho, propio del poder soberano. En efecto, de acuerdo a Thomas Hobbes (1980), este último se integra al conjunto del resto de los sujetos de derecho (deja el estado de naturaleza y pasa a formar parte de la sociedad civil) mediante la renuncia a todos sus derechos naturales, con excepción del derecho a la vida. Por el contrario, el *homo oeconomicus* se integra al conjunto de la sociedad, forma sociedad (interés colectivo) a través de una multiplicación espontánea. En pocas palabras, mientras el poder soberano implica sustracción (de la vida, de derechos), el poder liberal supone multiplicación (de la vida, de intereses). Efectivamente, el objetivo del liberalismo será “hacer vivir” a los sujetos que son ahora concebidos, por un lado, como individuos naturalmente libres y racionales y, por otro lado, como población: mejorar la vida que el poder tomó a su cargo.

Ahora bien, según los economistas liberales, la posibilidad de la conformación de una sociedad, esto es, de que los intereses individuales constituyan un interés colectivo, tiene como condición que el soberano acepte su incapacidad frente a los mecanismos de mercado. Es decir que, en el ámbito del mercado, deje de existir un soberano. Como fue explicado, ya que este último no puede conocer los designios de dicho ámbito, no debe intervenir en él, a riesgo de alterar un mecanismo que es concebido como natural. De esta manera, la aparición del *homo oeconomicus*, concebido como individuo portador de intereses individuales, supone un desafío al poder soberano: “¿cómo gobernar, de acuerdo con reglas de derecho, un espacio de soberanía que tiene la desventura o la ventaja, según se prefiera, de estar poblado por sujetos económicos?” (2007: 335). En otras palabras, si el interés colectivo se constituye a partir del libre juego de los intereses individuales y, por lo tanto, la intervención allí es indeseable, ¿qué rol le queda por cumplir al gobernante?

Según el Seminario trabajado, esta tensión se resuelve mediante la emergencia de la sociedad civil. Ésta proporciona al nuevo arte de gobierno liberal un nuevo objeto, un nuevo dominio, un nuevo campo distinto al de los sujetos de derecho, propio del poder soberano, pero distinto también al *homo oeconomicus* que, en su soledad, resulta ingobernable. Para el autor francés, “nación”, “sociedad civil”, “sociedad”, “lo social”, son distintos nombres que le son otorgados a este correlato de la tecnología de gobierno liberal. La sociedad civil permite el despliegue de esta última: “Un gobierno omnipresente, un gobierno al que nada escape, un gobierno que obedezca las reglas del derecho y un gobierno que sin embargo respete la especificidad de la economía, será un gobierno que ha de administrar la sociedad civil, administrar la nación, administrar la sociedad, administrar lo social” (2007: 336).

De esta manera, Foucault se diferencia de los autores cosmopolitas quienes entienden a la sociedad civil como opuesta al Estado (Kaldor, 2005): para el autor francés, el Estado gubernamentalizado (liberal) y la sociedad civil son dos entidades que se fundan mutuamente. Por lo tanto, es un pensamiento que se encuentra en las antípodas del discurso liberal. Este último sostiene que Estado y sociedad civil son entes opuestos y enfrentados entre los que existe una relación del tipo suma cero en la que una mayor participación de la sociedad civil en cuestiones de gobierno supone una menor participación del Estado y

viceversa. Esta última visión está clara en el concepto de gobernanza de Rosenau al que se hará referencia en el siguiente capítulo.

Se ha afirmado que, ya que hay una naturaleza propia de los objetos de la acción gubernamental, dicha práctica debe respetarla, a riesgo de, si no lo hace, fracasar. Por lo tanto, los límites que se le imponen a la racionalidad de gobierno no son ya límites externos, sino internos: establecidos por los mismos sujetos/objetos de gobierno. Por otra parte, si bien la intervención reglamentaria del Estado policía actuaba sobre los hombres que poblaban el territorio estatal bajo el supuesto de que su conducta podía ser transformada a través de imposiciones externas, lo hacía con vistas a la conservación del Estado como unidad jurídico-administrativa. En un contexto de equilibrio de poder internacional, este objetivo suponía el aumento continuo de sus fuerzas. Con el liberalismo el Estado deja de ser el principio del bien de cada uno; lo cual se evidencia, entre otras cosas, en que la competencia pasa del campo interestatal (Westfalia) al de los asuntos particulares (economía).

Ahora bien, los mecanismos reguladores que remplazan al dispositivo policial, suponen la presencia de prácticas intervencionistas. Es decir que éstas no desaparecen, pero sí se transforman. Se ha afirmado que, incapacitado para ejercer su poder sobre el mercado, el gobierno debe buscar su campo de intervención en otro ámbito. Lo encuentra en la sociedad civil, entendida como “marco” de éste. De este modo, el liberalismo no supone una simple abstención de intervenir, sino una modificación en los modos del intervencionismo. En primer lugar, éstos dejan de ser reglamentarios para ser reguladores (como se dijo, pasar a trabajar sobre la realidad efectiva y ya no procurar reprimirla).

En segundo lugar, ya no se ejercen directamente sobre el mercado fijando precios y estableciendo políticas para evitar la escasez, sino que lo hacen sobre el “marco” del mismo. Así, la intervención del liberalismo es una intervención *ambiental*. De allí que Foucault no conciba al poder en términos represivos sino como gobierno, es decir, como *acción sobre las posibles acciones*. El liberalismo trabaja con la libertad de los individuos, estableciendo un marco regulatorio para su despliegue: “No se interviene directa e inmediatamente sobre los otros (reprimiendo sus acciones de un modo violento), sino sobre el campo posible de sus acciones. Se busca, entonces, no anular la libertad de los sujetos,

sino crear las condiciones para que esa libertad pueda ser ejercitada y pueda ser eficazmente ‘consumida’” (Castro-Gómez, 2010b: 170).

De este modo, la libertad se encuentra en el centro de la práctica liberal. Ahora bien, Foucault no trabaja con universales, por lo tanto, se refiere a una serie de libertades particulares: de mercado, del vendedor y el comprador, del derecho de propiedad, de discusión, eventualmente libertad de expresión, etc. El liberalismo no sólo se limita a respetar distintas libertades supuestamente ya existentes o a garantizarlas, sino que es consumidora de libertad, por consiguiente, la necesita. Implica, entonces, una producción, una administración y una organización de la misma. Esto último lleva a la existencia de una relación problemática al interior de la práctica liberal entre la producción de libertad y aquello que, al producirla, amenaza con limitarla y destruirla. Foucault ejemplifica esta tensión a través de distintas situaciones en las que fueron necesarios mecanismos de intervención. Un primer ejemplo postula que la libertad de comercio, como se vio, es necesaria para el liberalismo; sin embargo, para que su ejercicio sea posible, se deben organizar toda una serie de medidas que eviten fuertes diferencias entre los distintos países que generen justamente la imposibilidad de la misma. Así, la libertad de comercio fue defendida por los primeros gobiernos estadounidenses frente a la hegemonía británica a través de medidas proteccionistas (Foucault, 2007: 84-85). Es decir que la libertad liberal precisa de mecanismos que contrarresten sus efectos inhibidores de la misma. Concluye Foucault que, por lo tanto, la libertad no es una zona prefabricada de la que el Estado se retira, sino que es algo que es fabricado a cada instante. La fabricación de condiciones para que la libertad se desarrolle supone, por consiguiente, intervenciones. Pero éstas no sólo actúan como contrapeso de la libertad sino que también son las condiciones para su existencia. Foucault les pondrá el nombre de “estrategias de seguridad”. La seguridad funcionará, entonces, como el reverso y la condición misma del liberalismo.

Luego de tratar la cuestión del liberalismo, en *Nacimiento de la biopolítica* Foucault se refiere seguidamente al neoliberalismo. A los fines de la presente tesis, lo que interesa resaltar es que esta nueva tecnología de gobierno (también así la entiende el investigador francés, aunque la desarrolla escasamente), tampoco supone el fin del intervencionismo. Por el contrario, ya que, a diferencia del liberalismo, el neoliberalismo (tanto en su versión

alemana como en la estadounidense, las dos que Foucault analiza) no concibe al mercado como una naturalidad, sino como una artificialidad, el intervencionismo va a intensificarse. En efecto, se tratará para Foucault de un “liberalismo positivo”, pues buscará extender los mecanismos de competencia del mercado al conjunto de la sociedad. Y ya que estos no son naturales, será necesaria una intervención permanente sobre la misma, también entendida como “marco” del mercado: “ningún intervencionismo económico o el mínimo de intervencionismo económico y el máximo de intervencionismo jurídico” (2007: 199). A diferencia del liberalismo que supone la libertad como dato previo y la retirada del Estado para que ésta pueda desplegarse, el neoliberalismo no supone a la libertad como una naturaleza, sino que se propone crearla.

De esta manera, entre liberalismo y neoliberalismo existen marcadas diferencias. El resultado de las mismas son dos racionalidades gubernamentales distintas y no una simple intensificación cuantitativa que haría que el segundo pueda ser entendido como una radicalización del primero. Las razones por las que se considera que no es posible aplicar el concepto de gobierno neoliberal a las relaciones internacionales se encuentran ligadas fundamentalmente, y como rasgo determinante, al objeto de gobierno que construye. Ya que la subjetivación es un punto fundamental del ejercicio del poder (tal como se destacó anteriormente), los modos que ésta adopta son definitorios del mismo. El liberalismo a nivel global apunta –como se verá– a la homogeneización del mundo y, por tanto, de las subjetividades que a través de ésta se forman. Si el neoliberalismo se caracteriza por la constitución de individuos autónomos nucleados alrededor de comunidades identitarias fragmentadas (gays, veganos, feministas, por poner sólo unos ejemplos) (Rose, 2004), esto no sucede en el plano internacional. Allí, la política continúa con su línea de homogeneización: las intervenciones tienen como objeto a las poblaciones, a las que se les exige que compartan una única forma de vida, una única concepción de la religión, del gobierno, del consumo, etcétera. Asimismo, a través de la imposición de la democracia liberal en los países intervenidos se busca hacer de estas poblaciones ciudadanos, definidos en primer lugar, como sujetos de derechos<sup>27</sup>. Por otra parte, las técnicas disciplinarias, que

---

<sup>27</sup> Rose (2004) plantea que el significado de ciudadanía se transforma en el gobierno neoliberal con la llegada de un ciudadano activo (en oposición al ciudadano pasivo del Estado social). De este modo, los ciudadanos ya no son pensados como sujetos de derechos (a los que el Estado social proveía), sino como empresarios de sí

no forman parte del gobierno neoliberal, resultan de fundamental importancia para el gobierno liberal. En efecto, éstas son necesarias a fin de hacer de los sujetos del poder soberano, individuos (auto)governables. Las intervenciones en nombre de la democratización y los derechos de las poblaciones-objeto pueden ser pensadas, en este sentido, como intervenciones disciplinarias que tienen como objetivo la normalización de las poblaciones afectadas en relación al mundo. Lo que no significa que no se busque crear al interior de los países intervenidos las condiciones para el desarrollo de un gobierno neoliberal (con mayor o menor éxito). Estas cuestiones serán abordadas en profundidad en lo que resta de la tesis. Ya que aquí apareció el concepto foucaultiano de gobierno neoliberal, tan sólo se buscó explicar por qué el mismo no será utilizado.

#### **b. Carl Schmitt.**

Se ha afirmado que Schmitt sería convocado. Por tratarse de dos autores que parten de principios epistemológicos diferentes, la relación entre este último y el filósofo francés merece una justificación en términos teóricos, a pesar de que ésta haya sido proporcionada por filósofos de la talla de Giorgio Agamben, quien, tanto en *Estado de excepción* como en *Homo sacer I*, demostró contundentemente la posibilidad de trabajar con ambos autores y sacar un gran provecho de su utilización en conjunto. Pero también es importante otorgar cierta argumentación política. La presente tesis aborda específicamente los dos períodos gubernamentales de la administración Bush y se concentra en su análisis. Ya que ésta fue fuertemente denostada, desde ciertos círculos político-intelectuales se intentó ponerla por fuera de la tradición histórica de la política exterior estadounidense, tratándosela como una excepción<sup>28</sup>. Y en esta línea se la caracterizó como siendo portadora de una marcada impronta schmittiana. Lo que se sostuvo entonces fue que la división binaria del mundo que propuso la llamada doctrina Bush (“o están con nosotros o están con los terroristas”) era un claro artificio sostenido sobre esta teoría que dividía al mundo en amigos y enemigos. Esta caracterización venía acompañada por el recuerdo de la militancia del jurista alemán en las filas del Partido Nacional Socialista, aislando a la política exterior de la administración

---

mismos, responsables por sus éxitos y fracasos (la teoría del capital humano que Foucault trabajó en *Nacimiento de la biopolítica*).

<sup>28</sup> Ver, entre otros: Turner, 2002 y Williams, 2003.

neoconservadora de la tradición liberal. Se sostenía, entonces, que de lo que se trataba era de retomar dicha senda.

Aquí se sostiene precisamente lo contrario. Se coloca a dicha administración en el más amplio contexto liberal, argumentándose que las políticas de exterminio basadas en la práctica racista discursiva, son el reverso y condición de posibilidad de las prácticas liberales de gobierno. Éstas comprenden, entre otras cosas, la idea de una integración *ad-infinitum* y la consiguiente constitución de un universo en detrimento de un *pluriverso* (Schmitt, 2006), y tienen como objeto y objetivo la vida de la población. Como sostienen Dillon y Julian Reid (2009), el modo liberal de la guerra y el modo liberal de gobierno son inescindibles. Si se trae a colación a Schmitt es justamente con la idea de que es sumamente útil para realizar una crítica incisiva de la política de Bush, pues puede ayudar a detectar las continuidades entre la política exterior tradicional de Estados Unidos y aquella llevada a cabo por dicha administración. En palabras de Mouffe: “Schmitt era un crítico aplicado del universalismo liberal con su pretensión de ofrecer el único y verdadero sistema político legítimo. Para él el mundo era un *pluriverso*, no un universo, y era firme en que cualquier intento de imponer un único modelo mundial tendría funestas consecuencias” (2007b: 148).

Añadir a Schmitt a los análisis de Foucault facilita también atravesar ciertas dificultades metodológicas que presenta este último autor para su aplicación a las RRII. Como se sostuvo previamente, en su intento de presentar un análisis político contrario al de la soberanía, el filósofo francés resalta las diferencias entre el ejercicio del poder soberano y aquél del poder liberal (Jabri, 2006a). De allí que oponga su micro-física del poder a los análisis molares más propios de la teoría de la soberanía. De allí, asimismo, que busque eludir hablar del Estado como una mónada de la que emergen las políticas. Y en efecto, más que hablar de la incorporación de mecanismos de gobierno al aparato estatal, habla de la gubernamentalización del Estado (2004). Foucault elude los universales, los comprende como construcciones, fosilizaciones de múltiples prácticas históricas. Lo mismo acontece con el Estado. Para el pensador francés, éste no tiene esencia ni es un universal. Es, más bien, un efecto, “el recorte móvil de una perpetua estatización o de perpetuas estatizaciones” (2007: 96). Es por esto que, si bien la estatización está en el centro de muchas de las preguntas que se planteó el autor a lo largo de su vida, no así el Estado.

Aquí no se propone que el discurso racista a ser analizado emerge del Estado en tanto mónada o que sea producto de éste (de allí que tampoco se plantee una mirada en torno a los elementos ideológicos que podría tener ese discurso), ni se entiende al Estado como un actor en términos del discurso hegemónico en las RRII. Sin embargo, la unidad de análisis está constituida por los discursos enunciados por la administración gobernante de Estados Unidos, entendido como Estado hegemónico en el plano internacional. Lo que esto último quiere decir es que, si bien no se plantea que Estados Unidos sea el constructor del orden internacional (tal como lo propone Ikenberry, 2011), sí se sostiene que este Estado tiene una posición dominante y, como tal, sus decisiones tienen más incidencia que la de otros en el plano mundial. Sin embargo, Estados Unidos no se encuentra afuera de este orden y, por lo tanto, también está moldeado por él. Existe, entonces, una relación dialéctica entre Estados Unidos y el gobierno liberal mundial, en el que el primero ejerce el segundo, pero, al mismo tiempo, el segundo moldea, constituye, modela, al primero. Si el poder soberano global puede ser ejercido por un Estado en las actuales condiciones históricas (y más aún durante el período analizado), ése es Estados Unidos.

Al respecto, es necesario establecer ciertas salvedades. Por un lado, Foucault habla de gobierno más que de Estado para subrayar que lo que existe por detrás de las prácticas intervencionistas es más que un aparato estatal con capacidad de decisión: es una racionalidad. Y esa racionalidad no es el producto de una o algunas subjetividades ideológicas, sino que es el efecto de un conjunto de transformaciones discursivas y no-discursivas que se dieron históricamente. Es por esto que al ejemplificar el intervencionismo liberal, Foucault trae a cuento políticas llevadas a cabo por el Estado, pero no busca atribuírselas a éste, sino al liberalismo como racionalidad gubernamental<sup>29</sup>. Por otro lado, como se demostró más arriba, cabe sostener desde dicha perspectiva teórica que el poder soberano en tanto poder de hacer morir y que se ejerce de arriba hacia abajo puede y debe actualizarse por momentos. En palabras de Sergei Prozorov:

---

<sup>29</sup> Uno de los ejemplos que aquí se ha dado es el de las prácticas proteccionistas del gobierno estadounidense frente a la hegemonía británica en el siglo XIX. Otro ejemplo da cuenta de que para que exista libertad de mercado interno deben existir tanto un vendedor como un comprador y, por lo tanto, estos últimos deben ser creados a través de mecanismos de asistencia estatales. Más que de metodología en Foucault debería hablarse de perspectiva, pues es un cambio en la misma lo que el autor propone. No es que rechace la idea de que el Estado actúa es sólo que no son esas acciones su objeto de análisis, sino el marco, las condiciones de posibilidad en el que las mismas se despliegan.

En el corazón del gobierno liberal podemos (...) observar la aporía por la cual la ontología naturalista siempre está contaminada por la lógica de la suplementariedad y cada ‘libertad natural’ porta rastros de intervenciones gubernamentales ‘correctivas’. Esta relación funciona no sólo en la política liberal doméstica, sino también y con aún mayor intensidad en el dominio internacional donde la gubernamentalidad liberal se despliega en diversos contextos como intervenciones militares ‘en el nombre de la democracia’, programas neoliberales de asistencia al desarrollo y reestructuración económica, e incluso campaña global para la promoción de los ‘Derechos Humanos’ (2006: 94, traducción propia)

La elección de Medio Oriente como región sobre la cual recayó en el decenio estudiado la mayor parte de este tipo de políticas (y continuó con la administración Obama), radica precisamente en esta afirmación. Y de lo que se trata es de no excluirlas del liberalismo, sino, por el contrario, de afirmar que ellas también forman parte constitutiva del mismo.

Como se verá en el próximo capítulo, la tensión que supone el desarrollo de los intereses individuales en un ámbito de soberanía territorial, propia del liberalismo, se traslada al ámbito mundial. Allí coexiste una tendencia al fin de la soberanía westfaliana y, por tanto, a la desterritorialización de la política, con la permanencia de los Estados-nación (incluso en formas regionalizadas: Unasur, Mercosur, Unión Europea, Consejo de Cooperación del Golfo, etc.) que supone la continuidad de la fragmentación territorial del planeta. Si Foucault permite pensar el liberalismo en términos de desterritorialización, Schmitt hace lo propio, pero en términos de territorialidad. Por lo tanto, en aras de realizar un análisis de la política mundial en el actual momento histórico, ambas perspectivas resultan, en conjunto, de mucha utilidad.

Lo que separa a Schmitt y a Foucault es mucho. Desde el punto de vista epistemológico, una diferencia fundamental consiste en que si Foucault comienza su estudio del poder negando la soberanía, Schmitt, en cambio, busca afirmarla<sup>30</sup>. A partir de allí, la microfísica foucaultiana y la decisión soberana del jurista alemán toman caminos distintos. Ambos coinciden, sin embargo, en el estudio de la cuestión de la modernidad en el más amplio sentido y específicamente en la cuestión del liberalismo, que surge una vez que el régimen soberano cae. Ambos se enfocan, entonces, en esa transformación. Por otra

---

<sup>30</sup> Tanto Mika Ojakangas como Sergei Prozorov sostienen que, si bien a nivel epistemológico ambos autores pueden divergir, no lo hacen en el nivel ontológico. Según la primera, ambos paren de una “ruptura epistemológica” que sirve como fundación (Ojakangas, 2001); según el autor ruso, comparten un “extremismo ontológico” (Prozorov, 2006).

parte, es interesante notar que, incluso con sus divergencias epistemológicas, convergen en muchos puntos en sus respectivas caracterizaciones del liberalismo.

Primero. Los dos autores coinciden en la despersonalización del poder que supone el liberalismo. En efecto, Schmitt formula su combate contra este último expresando su nostalgia a favor del retorno a la era de la soberanía. Según él, durante ésta primaba la política, entendida como el establecimiento de una distinción entre el amigo y el enemigo (2006). El soberano se ponía de manifiesto porque era quien tenía el poder de la decisión en torno a esta cuestión (2009). El liberalismo, en cambio, se presenta como un conjunto de abstracciones normativas en las que el soberano se difumina y, junto con él, se borran o desaparecen las distinciones entre amigo y enemigo, guerra y paz, etc. El decisionismo de Schmitt lo conduce a la concepción de que la pregunta política por excelencia es la pregunta por *quién* opera el poder y lo que argumenta es que el liberalismo hace política sin asumirla pues actúa en nombre de la “Humanidad”. Ya que la misma no puede ser un sujeto político, pues no puede tener enemigos políticos (es decir, particulares), Schmitt la entiende como una abstracción normativa.

Por su parte, Foucault también identifica al liberalismo, en oposición al poder soberano, como un poder que se ejerce despersonalizadamente. Según el autor, la teoría de la soberanía y el poder soberano coincidieron en la época feudal (2000). Entonces la teoría de la soberanía transcribía los mecanismos del poder soberano, el modo en que se ejercía, “desde los niveles más elevados hasta los más bajos” (2000: 43), pues “la forma en que se ejercía el poder podía transcribirse claramente –en sus aspectos esenciales, en todo caso- en términos de relación soberano/súbdito” (2000: 43). Frente a esta dirección vertical, el poder liberal es un poder que se ejerce en red, atravesando a los individuos. En palabras de Mika Ojakangas: “El poder ya no puede ser analizado como emanando de los individuos, pues lo que aparece como personal es el resultado de tecnologías de poder impersonales. Esta es la razón por la cual Foucault se enfocó en el problema del panóptico, con el objetivo de revelar *cómo* el poder opera” (2001: 35).

El jurista alemán no se propone comprender el liberalismo, sino desenmascararlo, la suya es una lucha política. Foucault, por el contrario, sí busca comprenderlo, de allí que la pregunta por el *quién* le resulte irrelevante y busque, en cambio, pensar *cómo* actúa. En

última instancia, la pregunta que guía al filósofo francés es la pregunta por el sujeto, por cómo está constituido. La diferencia epistemológica profunda que divide a ambos autores es su concepción acerca del mismo: mientras Schmitt comparte la idea de un sujeto moderno que se erige como origen de sus propias decisiones, el estructuralismo foucaultiano lo lleva a concebirlo más como un producto que como un comienzo. No obstante estas fundamentales diferencias, los dos llegan a la misma conclusión: el liberalismo es un poder que se ejerce de modo impersonal.

Segundo. Esto conduce a un segundo punto de contacto: el rechazo de la idea liberal de la autonomía de las esferas. Desde sus distintas perspectivas, ambos autores coinciden en que esta supuesta autonomía, ligada a la necesidad del retiro del Estado del ámbito del mercado comprendido como un espacio natural, libera a cada una de las esferas de su condición política. Tal como sostiene Leo Strauss en su “Comentario sobre *El concepto de lo político*”, pareciera que Schmitt se pliega a esta idea liberal al plantear que, así como en el plano moral la distinción de fondo es lo bueno y lo malo, en el estético lo bello y lo feo, en el económico lo útil y lo dañino, en el político esta distinción estaría constituida por el amigo y el enemigo. Sin embargo, el jurista alemán no coloca a todas estas esferas en un plano de igualdad: lo político no constituye una nueva esfera particular autónoma, sino que se yergue como el estado de naturaleza de los hombres, el cual, a diferencia de Hobbes, Schmitt piensa que es peligroso abandonar. De esta manera, para el jurista alemán lo político permea y condiciona todos los ámbitos culturales que el liberalismo presenta como aislados.

Foucault también trabaja en contra de esta concepción autonomista de las distintas esferas sociales. Sobre todo en sus obras arqueológicas, pero también en la totalidad de su trabajo, el investigador francés se enfrenta a la separación entre saber y poder que busca imponer la modernidad. Efectivamente, lo que intenta hacer allí es volver a trazar los lazos que unen a las relaciones de saber con aquéllas de poder, estableciendo que ambas marchan juntas. De esta manera, pone en cuestión específicamente la idea de la posibilidad de un conocimiento objetivo, es decir, exento de política. En síntesis, ambos autores conciben que la división de la vida social en esferas autónomas entre sí es un artilugio de la modernidad liberal que, como se verá inmediatamente, actúa a través de su despolitización.

Tercero. En efecto, tanto Schmitt como Foucault ven en el universalismo liberal la negación de la política. Esta afirmación se basa en la idea de que, en la concepción de ambos autores, la política sólo es si es particular. Si bien en el jurista alemán esta última aseveración es más fácil de sostener (“[e]l mundo político es un *Pluriversum*, no un *Universum*” –2006: 71), no lo es tanto en el filósofo francés. Esto se debe a que Foucault no habló más que esporádicamente de “política”<sup>31</sup>, refiriéndose más bien al término de poder, un concepto mucho más amplio que el primero<sup>32</sup>. Sin embargo, ciertos guiños realizados por el autor permiten sostener la afirmación anterior.

En primer lugar, el discurso aristocrático de la guerra de razas del que se habló más arriba es definido por Foucault como un discurso histórico-político. El autor opone este discurso al jurídico-filosófico, caracterizado como universalista y propio del liberalismo burgués. Y le da ese nombre porque, frente a este último, que habla en nombre de *la* verdad, Foucault afirma que el discurso histórico-político reconoce y afirma la particularidad de *su* verdad, postulándose como participante en un campo de fuerzas enfrentadas:

(E)s, me parece, el primer discurso en la sociedad occidental desde la Edad Media al que puede calificarse de rigurosamente histórico político. En primer lugar, a causa de lo siguiente: el sujeto que habla en ese discurso, que dice "yo" o "nosotros", no puede ni procura, por otra parte, ocupar la posición del jurista o el filósofo, es decir, la posición del sujeto universal, totalizador o neutral (2000: 56-57).

En segundo lugar, en *Seguridad, territorio, población* Foucault afirma que la política, entendida como dominio o tipo de acción, aparece a mediados del siglo XVII, de la mano de la razón de Estado<sup>33</sup>. Este momento constituye la transición entre el poder soberano y el liberalismo y está marcado por la entrada de la idea de gobierno al interior de los mecanismos soberanos. Reinar no es lo mismo que gobernar. Según Foucault, la época de la razón de Estado es la época del predominio de la política y es, al mismo tiempo, el

---

<sup>31</sup> En *Defender la sociedad*, Foucault arriesga una definición al invertir la proposición de Clausewitz y formular que “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (2000: 28). Esta afirmación podría abonar a la hipótesis planteada aquí, pero no se la toma, pues *Defender la sociedad* se enmarca en lo que Castro-Gómez denomina el “modelo bélico” de análisis que postula la guerra como grilla de inteligibilidad del poder y el análisis específico del liberalismo como racionalidad de gobierno se enmarca en su “modelo de gubernamentalidad” (2010b).

<sup>32</sup> Una de las dimensiones del poder es el poder político, dimensión que se estudia aquí.

<sup>33</sup> Foucault afirma que, con anterioridad, en el siglo XVI y a principios del XVII, cuando emerge la cuestión del arte de gobernar y la razón de Estado, no se hablaba de la política, sino de los políticos, una secta que abogaba por el fin del poder soberano.

momento en el cual “[e]l Imperio está bien muerto” (2004: 252). Es decir, el momento en el que la racionalidad universalizadora no funciona en el ámbito de las relaciones exteriores.

Por lo tanto, según Foucault, entre la razón de Estado y el liberalismo se produce un cambio en la racionalidad de gobierno. Esto ocurre en el siglo XVIII. El filósofo francés señala que los primeros en hacer la crítica al Estado policía, propio de la razón de Estado, no fueron los juristas, sino los economistas. Si los políticos fueron aquellos que instauraron la razón de Estado, los economistas van a ser sus más firmes críticos, introduciendo los elementos y las perspectivas de análisis del liberalismo como nueva racionalidad de gobierno: la sociedad como naturaleza específica del hombre opuesta a la artificialidad de la política, del Estado; el conocimiento científico, opuesto al cálculo de fuerzas propio de la razón de Estado en el marco de Westfalia; el surgimiento de la población; las consiguientes transformaciones en los modos de intervención (Foucault, 2004: 354-361). El liberalismo va a ser, por tanto, una racionalidad en la que predomine la economía como instrumento intelectual. Como se dijo, se elimina al soberano económico y el mercado pasa a ser el lugar de veridicción donde las acciones de gobierno son refrendadas o rechazadas. Se produce, por tanto, la despolitización del gobierno político.

Esta misma idea es compartida por Schmitt. En este sentido, en términos foucaultianos, el jurista alemán no expresa nostalgia por el poder soberano, sino por la razón de Estado, momento en que el soberano deja de reinar y pasa a gobernar. También el autor alemán entiende que el liberalismo se caracteriza por la negación de la política. Su objetivo es denunciar que “todas sus neutralizaciones y despolitizaciones (...) tienen un sentido político” (2006: 90). Si bien este planteo no es exactamente el mismo que el de Foucault (ya se han señalado las diferencias epistemológicas que distancian a ambos autores), pues Schmitt comprende al liberalismo como una ideología<sup>34</sup>, también aquí lo político es pensado en tanto particularidad: la negación de lo político estaría dada, básicamente, por su universalismo abstracto. Y si habla de negación y no de desaparición de dicha categoría es porque considera que el liberalismo no la eliminó del mundo, sino que sólo la ocultó. En palabras de Strauss, el liberalismo “llevó a que a través de un lenguaje

---

<sup>34</sup> También lo comprende como un sistema, ya que habla de una “sistemática del pensamiento liberal” (Schmitt, 2006: 93).

anti-político... se practicara la política. De modo que el liberalismo no mató lo político, sino sólo la comprensión de lo político, la sinceridad respecto de lo político” (2008: 135).

Según Schmitt, una de las armas que el liberalismo utilizó para hacer esto fue el universalismo humanitario. En efecto, la noción de Humanidad emerge con la idea de alcanzar una unidad final de todos los hombres y, de esta manera, la paz perpetua, cuestión trabajada en el Capítulo 4. El liberalismo presenta esta unidad, cuya posibilidad Schmitt no descarta, como una de carácter apolítico. El jurista alemán coincide con la apoliticidad de una tal unión porque considera que toda unidad que sea política debe necesariamente tener un *alter* al cual oponerse, es decir, un enemigo. Por lo tanto, el alcance de una unidad de toda la humanidad, es decir, de una unidad no-política, implicaría la previa eliminación de los enemigos. Estos dejarían de ser enemigos políticos (cuya existencia es necesario conservar, pues de ella depende la propia identidad) y pasarían a ser enemigos absolutos, lo cual habilitaría la posibilidad de su exterminio<sup>35</sup>. Y es éste, precisamente, el peligro que Schmitt ve en las guerras libradas en nombre de la Humanidad. Pues allí no se combate a enemigos políticos, sino a enemigos de la humanidad que, por tanto, deben ser representados como no-humanos, abriendo la puerta a su desaparición. En el presente trabajo se postula que la Guerra Global contra el Terror (GGT), en tanto guerra liberal por excelencia, se constituyó como una guerra de este tipo, cuyo objetivo fue la eliminación de la faz de la Tierra del enemigo: el terrorismo islámico (ver Capítulos 4 y 5).

Ahora bien, Schmitt ve en el recurso a la Humanidad sólo un artilugio retórico que oculta intenciones imperialistas. Foucault, en cambio, debido a sus concepciones epistemológicas y metodológicas, no entiende a los enunciados como trampas ideológicas, pues considera que estos preceden al sujeto. Es por esta razón que la pregunta foucaultiana en torno a la emergencia de conceptos y enunciados no va a ser en la dirección de qué es lo

---

<sup>35</sup> En *El concepto de lo político* Carl Schmitt define la especificidad de lo político como aquel campo que establece la distinción entre amigo y enemigo (Schmitt, 2006). En *Teoría del partisano* (1966) avanza en esta dirección y postula intensidades en el delineamiento de la enemistad. Plantea, entonces, que ésta puede ser configurada de dos modos distintos: al enemigo se lo puede construir como enemigo real (político) o como enemigo absoluto. El reconocimiento del enemigo como perteneciente al campo de la política supone cuanto menos dos cosas. Por un lado, que es producto de cierto tipo de relaciones de poder y, por otro lado, que la solución que debe dársele debe ser también política. Por el contrario, el enemigo absoluto es definido a través de la figura del partisano, figura que borra los límites entre el enemigo y el criminal y que plantea la posibilidad de su exterminio. Como se verá, esta última es la forma que se les dio a los enemigos de la GGT, ya fueran gobernantes de Estados (los talibán en Afganistán, Saddam Hussein en Irak) o el denominado “islamo-fascismo”.

que estos ocultan o deforman, sino que va a estar conectada a las condiciones de posibilidad de su emergencia. Es así cómo, desde esta perspectiva, la pregunta a formular es cuáles son las condiciones de posibilidad para que el concepto de Humanidad o el de democracia o el de libertad, por poner unos cuantos ejemplos que corren en el mismo sentido, funcionen como legitimadores de intervenciones militares. Es decir, no se pregunta por las oscuras intenciones que se ocultan tras esos conceptos (pregunta ideológica), sino cómo es posible que, esos conceptos -y ningún otro en su lugar- ocupen esa posición y esa función. De esta manera, desde Foucault puede comprenderse cómo se ejerce un poder que actúa en nombre de la Humanidad y en cuyo centro está la libertad del individuo.

Cuarto. Foucault afirma que la del liberalismo es una “razón gubernamental crítica” (2007: 29), pues gira en torno a la pregunta por cómo no gobernar demasiado. Schmitt, a su turno, asevera que no existe una política liberal, sino siempre una “crítica liberal de la política” (2006: 91), pues su objetivo radica en cómo controlar y limitar el poder estatal en defensa de la libertad individual y de la propiedad privada. Schmitt achaca esta característica del liberalismo a su política individualista, en la que el individuo es el principio y fin de su pensamiento. Según el jurista alemán, la unidad política puede y debe exigir, llegado el caso, el sacrificio de la vida al individuo. Debe recordarse que la política es concebida por el autor siempre en tanto *agrupamiento* de amigos y enemigos, es decir, que una política individualista es un oxímoron. En una profunda coincidencia con la concepción foucaultiana de esta tecnología de poder, según Schmitt, “[I]o que el liberalismo deja al Estado y a la política es el aseguramiento de las *condiciones* de la libertad y la eliminación de todo cuanto pueda perturbarla” (2006: 93, cursivas añadidas). En otras palabras, el gobierno liberal tiene como objetivo producir y asegurar la libertad de los individuos.

Quinto. Para efectuar la crítica del liberalismo ambos autores parten de *El Leviatán* de Hobbes. Schmitt postula que Hobbes es el “fundador del liberalismo” (Strauss, 2008: 145). Si bien el filósofo inglés no habla de una negación total de lo político porque el estado de naturaleza, caracterizado por la posibilidad de la guerra, se conserva en las relaciones interestatales, para él el fin del Estado no apunta a su propia conservación, como lo postulaban los políticos del arte de gobierno, sino que su objetivo último es “asegurar la

vida” (Strauss, 2008: 144). En efecto, el Estado hobbesiano puede exigir a sus súbditos una obediencia incondicional, siempre que no se pongan en riesgo sus vidas. El Leviatán es, así, representativo de la transición entre el Estado policía y el Estado liberal: un Estado que actúa a través de la reglamentación, pero cuyo objetivo ya no es sí mismo, sino asegurar la vida de los individuos que lo habitan.

Otro elemento que hace que Schmitt caracterice a Hobbes como el “fundador del liberalismo” lo extrae de su *De cive*. Allí el filósofo inglés postula cuatro principios que deben conducir al ideal de la civilización en cuanto la ‘humanidad’ se convierte en el sujeto y el objeto del poder. Lo importante aquí no son esos principios, sino el planteamiento universalista hobbesiano de que es deseable la constitución de una unidad civilizatoria que abarque a la humanidad en su conjunto. Como se vio, el universalismo abstracto del liberalismo es una característica fundamental de su apoliticidad.

Schmitt efectúa la salvedad de que, mientras el liberalismo de Hobbes busca negar la naturaleza del hombre por considerarla negativa, el liberalismo posterior –tal como se vio de la mano de Foucault- se monta sobre ella. “Contra el liberalismo Schmitt retorna a su creador, a Hobbes, para hallar en la negación explícita del estado de naturaleza por parte de Hobbes la raíz del liberalismo” (Strauss, 2008: 147). La lectura schmittiana de Hobbes afirma que éste sienta las bases del liberalismo en un mundo no liberal.

En el marco de su exposición acerca del discurso de la guerra de razas, lo primero que hace Foucault en *Defender la sociedad* es negarle a Hobbes la paternidad sobre la teoría de la guerra en la sociedad civil. Y lo hace planteando que en su teoría no existe guerra alguna en el punto de partida. Lo que afirma Foucault es que la guerra en el filósofo inglés no es nunca real, sino siempre un posibilidad que se juega en el plano de las representaciones. Es por esto que Hobbes no habla de guerra, sino de ‘estado de guerra’; estado que no sólo se ubica en un estado de naturaleza supuestamente anterior, sino que es permanente, aún una vez instaurada la soberanía. En efecto, la guerra se presenta como amenaza, siempre que no existan marcadas diferencias de fuerza (razón por la cual se instaura el Leviatán). Hobbes es portador del discurso filosófico-jurídico y, como tal, busca eliminar el discurso que hace del conocimiento histórico un uso político contra la

legitimidad de los poderes e instituciones constituidos. El objetivo de la teoría del filósofo inglés del siglo XVIII es, según Foucault, la eliminación de la guerra.

Ya que la noción foucaultiana de racismo se encuentra inscrita al interior de la tecnología biopolítica y aquí se pretende incorporarla al modo específico de gobierno liberal, fue necesario establecer puentes, presentes en el trabajo de Foucault, entre la segunda y el último. En RRII el concepto de biopolítica también ha sido utilizado. Dillon, Lobo-Guerrero, Reid y Jabri, para nombrar a los más destacados, han tomado el desafío de aplicar esta noción al campo de las relaciones de poder globales. Ahora bien, como se verá un poco más adelante, si bien estos últimos autores han dirigido su atención a cuestiones específicamente biopolíticas como ser la vida como información, con sus rasgos particulares de contingencia, dinamismo, mutabilidad, y su consiguiente potencialidad de devenir peligrosa para sí misma y para otras formas de vida (Dillon y Reid, 2009), en ninguna ocasión han desenmarcado sus análisis de aquél del liberalismo como tecnología de gobierno. En la presente tesis se ha tomado la decisión de hacer a un lado el concepto específico de biopolítica y trabajar con él siempre y cuando resulte necesario. En su lugar, el concepto de liberalismo adquiere predominancia. Esto es así, pues el mismo es más abarcativo que el primero y, por tanto, permite abrir tanto el campo explicativo como el crítico.

El siguiente capítulo se encargará de trasladar el concepto foucaultiano de liberalismo -que aquí fue definido en torno a su objeto, a sus objetivos y a sus mecanismos específicos de intervención- al plano mundial, efectuándose una lectura de la práctica del mismo que, como se afirmó, supone aspectos discursivos y no-discursivos. También como se adelantó en este capítulo, Schmitt será convocado toda vez que sea necesario, sobre todo en lo atinente a la cuestión de la territorialidad en el ámbito internacional. Una razón más para tomar el concepto de liberalismo en detrimento de aquél de biopolítica está ligado a que este último menosprecia la cuestión del territorio, mientras que el primero lo retoma, centrándose en la gubernamentalización del Estado y en la tensión existente entre soberanía y libertades individuales. No obstante, se sostiene que el pensamiento de Schmitt es fundamental a este respecto.

Aquí no se ha hecho mucho hincapié (y tampoco Foucault lo efectúa en sus obras) en la relación entre liberalismo, estado de derecho y democracia (liberal). Estas cuestiones serán abordadas también en el siguiente capítulo. Si bien la democracia no tiene en el pensamiento de Foucault ni en el de Schmitt un lugar destacado, ya que ha adquirido una importancia fundamental en el delineamiento de la política mundial, a través de teorías como la de la “Paz democrática” y dispositivos tales como el de “Responsabilidad de proteger” o el énfasis puesto en la aplicación global de los Derechos Humanos, y ya que ha sido central en el delineamiento de la política exterior de la administración cuyos discursos constituyen el actual objeto de estudio, también adquirirá fuerza e importancia.

### EL LIBERALISMO EN EL ÁMBITO MUNDIAL

*El mundo en el que vivimos está sustancialmente moldeado por el triunfo del liberalismo con sus certezas racionalistas. Más aún, dicho liberalismo permanece como el marco dominante al interior del cual imaginamos las modificaciones de este mundo* (Singh Mehta, 1999: 45)

En el capítulo anterior se hizo mención a las tensiones irresueltas que atraviesan el liberalismo: la tensión entre poder soberano y biopoder que Foucault trabaja en *Defender la sociedad*, la tensión entre seguridad y libertad y aquella entre soberanía y libertad individual que el autor analiza en *Nacimiento de la biopolítica*. El propósito del actual capítulo es extender el concepto de liberalismo desarrollado anteriormente al plano mundial y resaltar las diferencias entre la racionalidad propia del actual gobierno mundial y aquella propia del sistema westfaliano. A tal fin y con un objetivo meramente expositivo y argumentativo, se hará mayor hincapié en los segundos términos de estas tensiones: biopoder, libertad y libertad individual. Este énfasis no debe hacer suponer al lector que la tesis se enmarque en las teorías y políticas que postulan y bregan por la desaparición del Estado. Tal como se sostuvo hasta el momento, el Estado gubernamentalizado es un actor fundamental en las relaciones de poder globales. El Capítulo 4 se encargará de resaltar los rasgos soberanos del liberalismo, su modo de ejercicio de la violencia. El actual se concentrará en subrayar las modificaciones que ha sufrido el sistema de la razón de Estado –como será denominado aquí el sistema westfaliano<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> Se ha elegido esta denominación por dos razones: por un lado, para seguir la terminología utilizada por Foucault; por otro lado, para destacar que los modos de ejercicio del poder son comprendidos como racionalidades específicas, es decir, como prácticas de gobierno específicas que suponen acciones de gobierno y modos de reflexionar en torno a ellas.

Con el despliegue de la Guerra Global contra el Terror (GGT) ha quedado en evidencia que la soberanía ha dejado de ser un concepto necesario y se ha transformado en uno contingente. Sin embargo, la transformación de la soberanía es un fenómeno que ha venido desarrollándose con anterioridad a ella y ha continuado posteriormente. La disolución de las prerrogativas clásicas del Estado, la importancia cada vez mayor de las organizaciones no-gubernamentales (ONG) y de otros actores no-estatales, la presencia cada vez más notable de organizaciones regionales e internacionales, la expansión del capital financiero desterritorializado, las pretensiones universalistas, etc., han precedido a la GGT y han continuado más allá de ella. La contingencia de la soberanía se pone de manifiesto, además, en que, mientras que continúa indemne en algunos casos (Estados liberales), en otros, queda a disposición de los primeros (Estados no-liberales). Por lo tanto, todo lo que aquí pueda decirse acerca de nuevos modos de ejercicio del poder no tiene que ser leído en el sentido de anular los anteriores sino, por el contrario, como complementándolos (en el capítulo anterior se ha versado sobre la particular concepción de la historia que aquí se maneja). Así, se coincide con Dillon y Lobo-Guerrero (2008) quienes dan cuenta de una mutua implicación entre biopolítica y geopolítica. De hecho, la conjunción entre poder soberano y biopolítica, muy presente a partir de los atentados del 11-S, dio lugar a lo que ciertos autores, sosteniéndose sobre Foucault y sobre Schmitt, denominaron “soberanía biopolítica” (Barder y Débrix, 2009). De este modo, el poder soberano no ha desaparecido de las relaciones internacionales; sin embargo, se ve cada vez más disminuido en su participación con respecto a un poder liberal que va ocupando más y más espacios.

El objetivo de este capítulo es dar cuenta de transformaciones que han sido más cualitativas que cuantitativas, de modo tal que, a partir del fin de la Guerra Fría, ha emergido una nueva racionalidad de gobierno mundial de rasgos liberales. Esto no significa que todo el mundo se haya vuelto liberal, sino que dicho discurso ha pasado a ocupar una posición hegemónica, habilitando, de esta manera, la intervención en zonas no liberales a fin de transformarlas. En efecto, en él se afirma que una vez caída la Unión Soviética el gobierno liberal se globalizó. A tal fin, se proporciona una definición del mismo a nivel mundial siguiendo la misma lógica aplicada al capítulo anterior. De este modo, es definido

en torno a sus objetos y a sus objetivos de gobierno y a sus mecanismos de intervención. A estos tres elementos se añade un análisis sobre los cambios que su expansión al globo ha generado en la espacialidad.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en la cuestión del liberalismo, son abordados sucintamente otros diagnósticos que han sido proporcionados por la corriente liberal<sup>37</sup> y por el post-estructuralismo y que han sido relevantes para describir los cambios existentes en el actual ordenamiento mundial. Con respecto a los aportes desde el pensamiento liberal, se aborda el concepto de “gobernanza” introducido por Rosenau en el ámbito de las RRII y, asimismo, debido a su relevancia en el tema tratado aquí, el concepto de “orden liberal” de Ikenberry, con el cual se establecen diferenciaciones. En cuanto a los aportes desde el pensamiento post-estructural, se trata sucintamente el concepto de “gubernamentalidad” de Foucault aplicado al campo internacional, señalándose las razones por las que se ha decidido no utilizarlo.

Es pertinente aclarar que, ya que la tesis está enfocada en la dimensión político-simbólica del gobierno liberal mundial, el presente capítulo no toma en cuenta lo relacionado con el despliegue del capital financiero o la transnacionalización de la producción, tema sobre el cual el marxismo ha efectuado valiosísimos aportes. Asimismo, se evita el uso del concepto de globalización. Respecto a este último, tal como sostienen Tariq Barkawi y Mark Laffey (1999), suele ser definido en oposición al Estado. La globalización implicaría la pérdida de control de los procesos de modernización y de la formación del sujeto, de los flujos de capitales, etc. Aquí se sostendrá, en primer lugar, que el Estado no desaparece, sino que se transforma y pasa a cumplir otras funciones, se gubernamentaliza. En segundo lugar, que ese Estado gubernamentalizado juega un papel muy importante en el propio proceso de globalización, pues es una de las fuerzas que la propicia.

---

<sup>37</sup> No debe confundirse gobierno liberal mundial con teoría liberal en las RRII. Así como el gobierno liberal inglés del siglo XIX no fue una realización de los pensamientos filosóficos de Locke, Hume y Mill, tampoco el gobierno liberal mundial que aquí se diagnostica, es la realización de pensadores pertenecientes a la corriente liberal tales como Keohane, Doyle y Nye. El gobierno liberal desde esta perspectiva no tiene que ser pensado ni como un período histórico, ni como una doctrina acerca de cómo gobernar. Más bien hace referencia tanto a cierta práctica política como a la reflexión y al modo de reflexionar acerca de ella.

## 1. ¿Por qué liberalismo y no “gobernanza” o gubernamentalidad?

Antes de abordar la cuestión del liberalismo a nivel mundial se hace necesario dar cuenta de dos conceptos que, desde perspectivas teórico-políticas distintas, han sido utilizados para describir el ordenamiento global una vez terminada la Guerra Fría: el concepto de gobernanza y aquél de gubernamentalidad. Asimismo, es pertinente aclarar en unas pocas líneas por qué se ha descartado la utilización de la noción foucaultiana de gobierno neoliberal para ser aplicado a las relaciones internacionales.

Con respecto al concepto de gobernanza, éste emergió en los años 80s del siglo pasado y fue incluido al bagaje teórico de las RRII por Rosenau y Czempiel en un volumen compilado editado en el año 1992 y titulado *Governance without government: Order and change in world politics (Gobernanza sin gobierno: orden y cambio en la política mundial)*. En su Introducción, Rosenau define a la gobernanza como un determinado tipo de orden que no precisa a las instituciones formales de gobierno para desplegarse. De este modo, se opone a la idea de anarquía propia del realismo: la ausencia de autoridad central no implica la falta de normas y sistemas de reglas. En la definición de Rosenau tanto gobierno como gobernanza hacen referencia a comportamientos deliberados, a actividades orientadas por metas, a sistemas de reglas. Sin embargo, mientras el primero se basa en la autoridad, la segunda lo hace en el consenso. De allí que la gobernanza sea definida como orden más intencionalidad. El nuevo orden mundial emergido de la post-Guerra Fría es descrito como uno en el cual los gobiernos, si bien continúan operando y conservan su soberanía, han transferido muchas de sus funciones a entidades subnacionales. De manera tal que se trata de un orden en el cual los Estados han perdido poder respecto a organizaciones de la sociedad civil que se presentan como nuevos sujetos internacionales.

El concepto de gobernanza ha sido merecedor de fuertes críticas por parte de autores sostenidos sobre el pensamiento foucaultiano. Estos plantean que el mismo continúa formulando una lectura de la realidad mundial desde el paradigma de la soberanía y desde una concepción del poder en términos de suma cero (Neumann y Sending, 2006). De este modo, se sostiene, no existe un cambio ni en el marco analítico ni en las herramientas de análisis. Efectivamente, como se afirmó, en la concepción de Rosenau se sostiene que cierta cantidad de poder del Estado habría sido transferida a la sociedad civil. Esto supone, por un

lado, una transferencia de las mismas funciones del Estado a la sociedad civil, entendiéndose a esta última también como un sujeto soberano. Y, por otro lado, supone una relación de oposición entre Estado y sociedad civil, en la que la pérdida de poder por parte del primero, implica una ganancia por parte de la última.

Estos autores tienden a preferir no tomar el concepto de gobernanza y utilizar, en cambio, el de “gubernamentalidad”, concepto desarrollado por Foucault fundamentalmente en *Seguridad, territorio, población*. A los efectos de la presente argumentación que busca dar cuenta de por qué estos conceptos no son utilizados aquí, no es necesario realizar un análisis detallado de la gubernamentalidad. Por otra parte, es un concepto sumamente ambiguo, pues, en ciertas oportunidades, el filósofo francés lo utilizó como sinónimo de “racionalidad gubernamental” y, en otras, como sinónimo de gobierno. Este último significado es el que utiliza Rose en su análisis: “La ‘gubernamentalidad’, tal y como el término fue usado por Foucault, sugería que, al menos desde el siglo XVIII, los gobernantes, los hombres de Estado y los políticos comenzaron a pensar sus tareas *en términos de gobierno*” (2004: 6). Asimismo, por momentos el concepto es utilizado en un sentido histórico limitado y, por otros, lo es en un sentido más expansivo, confundiéndolo con su noción más general de poder.

A diferencia de la gobernanza, este concepto, profundamente ligado al de liberalismo, no entiende la relación Estado-sociedad civil como una de oposición. Como se sostuvo en el capítulo anterior, Estado y sociedad civil se encuentran sumamente entrelazados en la concepción foucaultiana del liberalismo: la gubernamentalidad, entendida en este sentido, es un tipo de gobierno que se ejerce *a través* de la sociedad y no *sobre* ella. Esta cuestión resulta de fundamental importancia para comprender tanto el gobierno liberal en general como el objetivo de subjetivación de las guerras liberales sostenidas sobre el discurso de liberación y democratización de las poblaciones. De modo que, desde esta perspectiva, el rol de los actores estatales en la gobernanza global no es entendido como una instancia de transferencia de poder desde el Estado hacia la sociedad civil, sino como una expresión de una racionalidad de gobierno diferente.

Sin embargo, dicho concepto es descartado en el presente trabajo. La razón de ello radica en que el mismo supone dos aspectos: uno político que apunta al gobierno de los

otros y otro ético que apunta al gobierno de sí. Si bien ambos están entrelazados y, como se desarrollará más adelante, será necesario aludir al segundo, la tesis busca concentrarse en el primero. De allí que se haga foco en el liberalismo como modo de gobierno de los otros (aspecto político).

## **2. John G. Ikenberry y el orden liberal mundial**

En el marco de dar cuenta de un gobierno liberal desplegado a nivel mundial, se hace imprescindible dedicar un apartado especial al último libro de Ikenberry, titulado *Liberal Leviathan. The origins, crisis, and transformation of the American world order (Leviatán liberal. Orígenes, crisis y transformación del orden mundial americano)*. En primer lugar, porque la concepción teórica del académico estadounidense representa una síntesis entre el pensamiento realista, el liberal y el constructivista moderado, corrientes mayoritarias en la disciplina de las RRII. En segundo lugar, porque se opuso firmemente a la política llevada a cabo por la administración Bush, unidad de análisis de la presente tesis. En efecto, el libro de Ikenberry puede tomarse como representante de análisis surgidos desde el liberalismo que vieron en los años de Bush una desviación del proyecto liberal (la tesis contraria a la sostenida aquí). En tercer lugar, es el único análisis sistemático de la política mundial – surgido de estas corrientes de pensamiento- que caracteriza al orden post-Guerra Fría como un orden liberal y reflexiona en torno a él en tanto tal. Esto lo hace desde una perspectiva que Foucault hubiese caracterizado como “soberana”. No sólo porque, según Ikenberry, el sistema westfaliano funciona como base sobre la que el orden liberal se despliega, sino porque este último es concebido como resultado de la acción e intencionalidad de ciertos actores, fundamentalmente, de Estados Unidos. Influida por el pensamiento de Wendt, Ikenberry postula que es la identidad de la potencia norteamericana la que crea y moldea el orden internacional que surge a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial y que se expande una vez terminada la Guerra Fría.

De esta manera, el orden liberal descrito por el profesor estadounidense emerge teniendo como fondo o fundamento al sistema westfaliano, constituido por Estados soberanos y organizado en torno a un grupo de Estados líderes desplegados en un áspero

equilibrio de poder. Sobre él, afirma el autor, diversos órdenes pueden organizarse<sup>38</sup>. Una posibilidad es la del orden liberal que el autor se ocupa de describir a lo largo de las 360 páginas de su libro.

El orden liberal que Ikenberry postula en su escrito es un orden emanado, en primera instancia, de la voluntad de los Estados liberales. Según el Prefacio, 200 años atrás los Estados democráticos occidentales se comprometieron en la construcción de un mundo basado en un orden liberal burgués, sostenido sobre relaciones comerciales abiertas (libre mercado), apoyadas en normas entre los Estados, y progresista. La democracia tiene en la exposición del autor un lugar fundamental, pues los Estados que se fueron incorporando (voluntariamente) a este orden lo hicieron a través de transiciones hacia la democracia y hacia economías de mercado. Y, en efecto, según Ikenberry, el orden liberal internacional está constituido por tres componentes: democracia liberal, interdependencia económica e instituciones internacionales (2011: 64). La interdependencia económica supone la apertura de la economía que permite el acceso irrestricto a los recursos y a los mercados del globo. “Acceso a los recursos y mercados, estabilidad socioeconómica, pluralismo político, e intereses de seguridad estadounidense –todos estaban vinculados inextricablemente” (Ikenberry, 2011: 174).

El carácter normativo del orden liberal es, al decir de Ikenberry, una de las características principales del mismo, entrelazando en su definición liberalismo y estado de derecho. Al respecto, es importante aclarar que en la concepción foucaultiana de liberalismo que aquí se maneja, estos dos términos no se encuentran necesariamente vinculados:

(E)n la búsqueda de una tecnología liberal de gobierno, se puso de manifiesto que la regulación a través de la forma jurídica constituía un instrumento mucho más eficaz que la sabiduría o la moderación de los gobernantes (...) El liberalismo no buscó dicha regulación en la ‘ley’ por un juridicismo que le fuera natural, sino porque la ley define formas de intervenciones generales excluyentes de medidas particulares, individuales y excepcionales, y porque la participación de los gobernados en la elaboración de la ley, en un sistema parlamentario, constituye el modo más eficaz de economía gubernamental. El ‘Estado de derecho’ (...) y la organización de un sistema parlamentario ‘realmente representativo’ son por lo tanto, a comienzos del siglo XIX, parte integrante del liberalismo; pero (...) la democracia y el Estado de derecho no fueron

---

<sup>38</sup> Puede tratarse de un orden liberal “propriadamente dicho”, tal como lo postulaba la Sociedad de Naciones visualizada por el ex Presidente norteamericano, Woodrow Wilson; o un orden liberal hegemónico que es, a juicio del autor, el que se impuso y globalizó a partir del fin de la Guerra Fría. Otra posibilidad es la de un orden organizado en torno a bloques rivales (tal el caso de la Guerra Fría). Un último orden factible de organizarse sobre el fondo de un sistema westfaliano es uno de esferas regionales cerradas.

forzosamente liberales, ni el liberalismo necesariamente democrático o apegado a las formas del derecho” (Foucault, 2007: 363)

Es decir que, según el filósofo francés, el estado de derecho no está vinculado a la naturaleza del liberalismo, sino más bien al modo de intervención de éste: a través del intervencionismo jurídico es posible el establecimiento de reglas del juego en el marco de las cuales los procesos sociales puedan desplegarse libremente.

Dado el unilateralismo que signó su política exterior, sólo si el liberalismo es desvinculado del estado de derecho es posible caracterizar a los años de la administración Bush como parte de un gobierno liberal. Asimismo, si Ikenberry se niega a reconocer el carácter liberal de la GGT, esto se debe, fundamentalmente, al desprecio por el Derecho Internacional vigente que demostró la administración en cuestión (entre otros, desprecio por las organizaciones internacionales tales como la ONU, utilización de la tortura, anulación de las normas ligadas al derecho en la guerra presentes en las Convenciones de Ginebra). En síntesis, el hincapié que hace Ikenberry en la relación entre liberalismo e institucionalismo, a los que presenta como inescindibles, radica en su intento de desligar a la política exterior de la era Bush del orden liberal que describe a nivel de política internacional. De allí que pueda afirmar de dicha administración:

(L)a idea es usar el poder unipolar estadounidense para remplazar los riesgos y peligros de un sistema de balance de poder con la paz y la estabilidad posibles en un orden único, unificado. Los liberales que nunca gustaron del sistema de balance de poder pueden entender lo atractivo de esta visión, particularmente cuando se une a un compromiso por promover la democracia y los Derechos Humanos. Es esta una visión que no está tan lejos de las ambiciones progresistas internacionales del liberalismo wilsoniano. Pero cuando se une a ideas nacionalistas conservadoras sobre el uso del poder estadounidense –manifestadas como un profundo escepticismo en torno a la comunidad internacional, a las instituciones multilaterales y a la legitimidad- deviene unipolaridad sin cuerdas (Ikenberry, 2011: 270).

Como se vio, el estado de derecho no forma parte de la definición proporcionada de liberalismo. Al igual que su insistencia en la democracia y demás posturas institucionalistas, éstas son formas que toma y que deben ser tenidas en cuenta en su análisis, pero que, sin embargo, no lo definen.

Por otra parte, afirma Ikenberry: “(e)ste ‘proyecto liberal’ se ha desplegado entre otras grandes fuerzas y eventos que han configurado el mundo moderno –imperialismo, revolución, guerra mundial, *booms* y caídas económicas, construcción de naciones y globalización” (2011: xi). Esta aserción, síntesis de las ideas reiteradas del libro, demuestra

que, según su autor, el imperialismo, las guerras, la construcción de naciones y la globalización, entre otros fenómenos propios del ámbito global, no forman parte de la lógica liberal, sino que se encuentran por fuera de ésta, coexistiendo con ella. Así, el orden liberal mundial de Ikenberry se restringe a Europa occidental y Japón (además de Norteamérica): “En algunas partes del mundo en desarrollo –incluyendo América Latina y Medio Oriente- el involucramiento de Estados Unidos ha sido con frecuencia crudamente imperial” (2011: 27). Del mismo modo, afirma que la orientación británica hacia el orden internacional fue tanto liberal como iliberal: liberal en su apoyo del libre comercio global, iliberal en sus rasgos imperiales. Al respecto, resulta interesante el trabajo de Uday Singh Mehta (1999) sobre las relaciones entre el imperialismo y el liberalismo británico. Allí, el autor da cuenta de cómo los más reconocidos pensadores liberales británicos de la época (entre otros, John Stuart Mill, James Mill, Lord Macaulay) justifican y alientan el imperialismo británico.

Así, las relaciones de violencia no entran dentro del marco teórico de comprensión del liberalismo de Ikenberry: el orden liberal se construye únicamente sobre el consenso, estableciéndose una dicotomía excluyente entre imperialismo (ejercicio coercitivo del poder) y liberalismo (ejercicio consensual del poder). El primero, a su vez, supone el debilitamiento del principio de igualdad soberana y la instauración de fronteras permeables. De allí que la década de Bush sea caracterizada por el autor como una década iliberal. Como se verá en el próximo capítulo, aquí se sostiene que guerras y órdenes políticos no pueden ser escindidos, ya que la guerra es entendida como parte de relaciones sociales más amplias, organizadas bajo ciertas formas políticas. De esta manera, las guerras liberales, con sus características específicas, forman parte del más amplio gobierno liberal mundial que aquí se está definiendo. Este punto será trabajado en el capítulo siguiente.

Como se planteó anteriormente, dentro de este orden liberal que el autor adjetiva como jerárquico, Ikenberry le otorga un lugar de preeminencia a Estados Unidos. Según el autor, entre 1944 y 1951 los líderes estadounidenses se embarcaron en la construcción de una gran red de instituciones internacionales (Naciones Unidas, Bretton Woods, GATT, OTAN, entre otros) que derivó en una “comunidad internacional progresista” (2011: 160). Los encargados de constituirla son considerados actores con intencionalidad. Esta lectura

de la realidad, como puede apreciarse, se contrapone a la aquí planteada y encuentra su fundamento en la centralidad que el racionalismo y el positivismo le otorgan al sujeto. Este último no es entendido como producto (tal el caso de la presente tesis), sino, por el contrario, como agente volitivo capaz de moldear la realidad según sus intenciones. El resultado fue que “en muchos aspectos, el orden mismo se transformó en una extensión internacional de Estados Unidos” (2011: 167).

Además de lo señalado, la presente tesis se diferencia de Ikenberry en que descarta el uso del concepto de orden y, en cambio, utiliza el de gobierno. Esto se debe, fundamentalmente, a dos razones. En primer lugar, el concepto de orden en RRII se deriva del acuñado por Hedley Bull en su clásico *La sociedad anárquica*. Allí el autor dedica un capítulo entero al lugar que ocupa la guerra en el orden internacional. Si bien, a diferencia de Ikenberry, el autor inglés le concede un rol a su interior, sus aseveraciones al respecto presentan cierta ambigüedad:

Desde el punto de vista de la sociedad internacional (...), la guerra tiene un aspecto doble. Por un lado, la guerra es la manifestación del desorden en la sociedad internacional, trayendo consigo la amenaza del colapso de la sociedad internacional misma en un estado de enemistad pura o de guerra de todos contra todos (...). Por otro lado, la guerra, como un instrumento de política de Estado y un determinante básico de la configuración del sistema internacional, es un medio que la sociedad internacional siente una necesidad de explotar para lograr sus propios propósitos (Bull, 2002: 181)

La guerra ocupa un lugar liminar con respecto al orden. En el párrafo seleccionado, si bien Bull le otorga un rol instrumental, la concibe como manifestación del contrario del orden: el desorden. El concepto de gobierno liberal foucaultiano tal como es desarrollado aquí no supone en ningún caso a la guerra como excepcionalidad, sino que, por el contrario, la concibe como parte constitutiva del mismo. Por lo tanto, una de las razones por las que se ha decidido prescindir del concepto de orden es a causa de esta relación, por lo menos ambigua, entre orden y guerra, en la que esta última podría situarse por fuera del primero. La relación entre modo de gobierno liberal y modo de guerra liberal será desarrollada en el siguiente capítulo.

Es necesario aclarar que el concepto de orden liberal es utilizado por muchos de los autores con los cuales aquí se trabaja. Estos prefieren usar el concepto de “orden liberal global” (Petito, 2007; Odysseos, 2008). La razón es que el concepto de orden remite a una perspectiva tradicional en las RRII ligada a la predominancia del Estado-nación. Al utilizar

el adjetivo ‘global’, estos autores se separan de la noción de orden basada en el sistema westfaliano. Y esta es la segunda razón por la que aquí se ha decidido descartar dicho concepto. Como se afirmó anteriormente, las concepciones más clásicas de orden en RRII vienen acompañadas por un conjunto de supuestos epistemológicos y metodológicos entre los cuales se encuentran el racionalismo y el positivismo. En dichas concepciones aparece implicada la idea de que todo Estado actúa según un cálculo de costos-beneficios, a partir de un conocimiento objetivo (total o parcial) de la situación en la que se encuentra. El concepto foucaultiano de gobierno, en cambio, planteando el descentramiento del sujeto, permite hacer a un lado esa concepción soberana del Estado como actor y, en su lugar, fijarse en estrategias y técnicas de gobernar no necesariamente atadas a un aparato estatal. Aún más, tal concepto supone que dichas tecnologías de gobierno anteceden y producen a los Estados, en el sentido de que estos nacen y actúan al interior de un contexto de relaciones de poder-saber que establecen la posibilidad de determinados modos de acción y de determinados discursos que los acompañan.

Por otra parte, existen características del orden descrito por Ikenberry que encuentran puntos en común con la definición que aquí se maneja, ligadas a una estrategia que el autor define como de “*milieu*” (medio) y que apunta a dar forma al marco en el que los otros Estados operan. Poniendo en evidencia los fuertes lazos que unen a cierto constructivismo y al liberalismo, el autor norteamericano sostiene que las normas y las instituciones alteran el medio en el que los Estados operan y crean estándares de conductas a través de los cuales los otros Estados pueden ser juzgados. Asimismo, funcionan como instrumentos de control político cuyo objetivo es reducir la autonomía política de los otros Estados. De esta manera, la estrategia de poder liberal es descrita como una de carácter abierto e inclusivo (cuantos más Estados sean incorporados a las instituciones liberales, tanto más restringidas estarán sus posibilidades de acción):

En una gran estrategia posicional una gran potencia busca contrarrestar, socavar, contener y limitar el poder y las amenazas de un Estado o grupo de Estados específicamente desafiantes (...) En una gran estrategia orientada hacia el medio [*milieu-oriented strategy*] una gran potencia busca crear un ambiente internacional que congenie con su seguridad y sus intereses de largo plazo a través de la construcción de infraestructura de cooperación internacional, promoviendo el comercio y la democracia en varias regiones del mundo y estableciendo alianzas (Ikenberry, 2011: 164)

### 3. El gobierno liberal mundial

#### a. Introducción: Michel Foucault y las RRII.

*Cuando Foucault presenta a la especie humana como el objeto del poder, abre la puerta a nuestra comprensión de cómo las consecuencias de la gubernamentalidad liberal internacional incluyen guerras conducidas en el nombre de la humanidad. Guerras que, en términos representacionales, constituyen al enemigo-otro como una amenaza existencial para el bienestar de la humanidad en general, y, en términos materiales, reinscriben al poder más allá de los límites del Estado, redibujando, de este modo, las dinámicas del espacio político globalmente (Jabri, 2007: 73)*

La presente tesis se sostiene teóricamente sobre las concepciones de racismo y de liberalismo de Foucault y, secundariamente, sobre la de liberalismo de Schmitt. El jurista alemán dedicó muchos de sus trabajos a la cuestión internacional<sup>39</sup>, por lo cual no se hace necesario justificar su posible vínculo con las RRII<sup>40</sup>. No ocurre lo mismo con Foucault. Aunque la cuestión internacional está presente en sus desarrollos teóricos, no puede argumentarse que ha sido un interés fundamental en la obra del autor: en su mayoría, sus trabajos se encuentran centrados en Francia.

Sin embargo, existen excepciones a esta última afirmación, pues precisamente en el contexto del desarrollo de los conceptos de biopolítica y liberalismo que aquí se trabajan, el filósofo francés traspasó los límites de la historia de su país natal. Asimismo, el post-estructuralismo en las RRII ha hecho de su pensamiento y de su teoría una base fundamental y muchos autores han utilizado sus conceptos de biopolítica, de gubernamentalidad y de liberalismo para aplicarlos a las RRII<sup>41</sup>. Aún más, como se desarrollará en el presente capítulo, el despliegue de este último no puede entenderse separado de las concepciones del ordenamiento internacional (Foucault, 2004; Foucault, 2007; Castro-Gómez, 2010a). De esta manera, los dos Seminarios en los que desarrolla mayormente el concepto de liberalismo son aquellos en los que, asimismo, aparece la cuestión internacional (una lección de *Seguridad, territorio, población* está por completo dedicada al régimen de la razón de Estado y las relaciones internacionales<sup>42</sup>; en *Nacimiento*

---

<sup>39</sup> Los trabajos más importantes al respecto son: Schmitt, 1941; Schmitt, 2005; Schmitt, 2007.

<sup>40</sup> Esto fue realizado, por otra parte, por el volumen editado por Odysseos y Petit, 2007 y por el número especial de *Études Internationales* titulado “Carl Schmitt et les relations internationales”.

<sup>41</sup> Para una síntesis de estos últimos trabajos ver Fournier, 2012.

<sup>42</sup> Se hace referencia a la lección del 22 de marzo de 1978.

*de la biopolítica* son dos las lecciones que se centran en política internacional<sup>43</sup>). En efecto, en el relato foucaultiano liberalismo y relaciones internacionales se encuentran fuertemente entrelazados.

Por otra parte, el tratamiento del liberalismo y del neoliberalismo que realizó en *Nacimiento de la biopolítica* y que fue tratado en el capítulo anterior, lo llevó al estudio de la Alemania de posguerra y de Estados Unidos. Asimismo, el investigador francés cubrió la Revolución Islámica iraní de 1979 a través de una serie de artículos que escribió para el periódico italiano *Il Corriere de la Sera*<sup>44</sup>. De este modo, y tal como han hecho varios relacionistas internacionales, la presente tesis sostiene que es posible, por un lado, hacer uso de sus perspectivas arqueológica, genealógica y problematizadora, y, por otro lado, utilizar algunos de sus conceptos y aplicarlos al campo de la política internacional. Es por esto que aquí se recurre a su concepto de gobierno liberal, transponiéndolo al plano mundial, no sin hacerle las modificaciones que resulten necesarias.

El sistema westfaliano, en el que sobre todo el realismo y su versión neo, avalada por el neoliberalismo institucional, basa todos sus supuestos y presunciones, es el marco jurídico-político en el que Foucault contextualiza el despliegue de la “razón de Estado”: una forma de racionalidad de gobierno previa a la racionalidad propiamente liberal y que Foucault trata por entender que funciona como una “peripecia de la gubernamentalidad” (Foucault, 2004: 253). Es, asimismo, el punto de partida de las RRII en tanto disciplina (así lo entiende incluso su denominación que da cuenta de una concepción moderna de Estados-nación pensados en tanto sujetos ya-dados que entran en relaciones<sup>45</sup>). Es por esto, y por la función de bisagra que cumple entre el poder soberano y el biopoder, que resulta de fundamental importancia comenzar el relato del despliegue del liberalismo en las relaciones internacionales a partir de la racionalidad de la razón de Estado tal y como es descrita por Foucault.

Es en *Seguridad, territorio, población* donde el autor francés relata el recorrido que va de la razón de Estado al Estado liberal biopolítico y donde, asimismo, establece una

---

<sup>43</sup> La del 10 de enero de 1979 y la del 24 de enero del mismo año.

<sup>44</sup> Los artículos están publicados en Foucault, 1994: 662-668, 679-694, 701-716.

<sup>45</sup> Tal como sostiene Odyseos (2007), neorrealistas, neoliberales y constructivistas (moderados) comparten los supuestos metafísicos de la subjetividad moderna, colocando al sujeto, concebido como ya-dado, completo, en el centro de sus análisis.

comparación entre ambos. En principio afirma que el Estado de la razón de Estado no es el mismo que el Estado liberal gubernamentalizado. Y si éste experimenta transformaciones, también las experimentará el sistema internacional. En este sentido, es pertinente traer a cuenta a Jabri, quien afirma que las transformaciones que Kenneth Waltz (2001) ubicara en lo que denominó la “tercera imagen” (es decir, el orden internacional), son transformaciones que afectan también al plano de la “segunda imagen”, es decir, al Estado mismo (Jabri, 2006a)<sup>46</sup>. El Estado cambia, entonces, ontológicamente y, junto con él, cambia el sistema que lo integra.

En efecto, la razón de Estado se caracteriza por tener como objeto al Estado y como objetivo, su supervivencia. De esta manera, nos encontramos ante un Estado que no se refiere más que a sí mismo, permaneciendo al interior de los parámetros del poder soberano. El Estado liberal biopolítico, por su parte, pierde esta característica autorreferencial: ya no se tiene como objeto y objetivo a sí mismo, sino a la vida de la población y su mejoramiento. Este desplazamiento del objeto y de los objetivos de gobierno tiene su correlato en una profunda transformación tanto de los mecanismos de intervención, como de la espacialidad del sistema mundial y de la soberanía westfaliana.

#### **b. Del Estado y su supervivencia a la vida de la población mundial y su mejoramiento: nuevo objeto y nuevos objetivos de gobierno global.**

Como se sostuvo en el capítulo anterior, el objeto del gobierno liberal no es el mismo que el del poder soberano. Mientras que este último estaba constituido por el soberano mismo o por el Estado (en el caso de la razón de Estado), el objeto del gobierno liberal está constituido por la población y por la sociedad civil. Esta última no sólo actúa como objeto de gobierno, sino que también lo hace como sujeto del mismo. Ya que existen múltiples teorías en las RRII que dan cuenta de una sociedad civil global y que son distintas a la que aquí se maneja, el presente apartado también aborda dicha cuestión.

---

<sup>46</sup> Recuérdese que, según la teoría neorrealista, referenciada por Kenneth Waltz, las unidades que conforman el sistema internacional (los Estados) se mantienen inalteradas y semejantes entre sí, razón por la cual el segundo elemento de la estructura (la especificación de las funciones de las unidades diferenciadas) no cumple función alguna en la teoría waltziana, lo que le impide pensar los cambios en el ámbito internacional (Waltz, 1988).

La ampliación de este concepto al de sociedad civil global es un movimiento muy contestado, incluso por autores que dan uso a la caja de herramientas foucaultiana y la aplican al ámbito de las relaciones internacionales. En líneas generales, estos autores se oponen a la aplicación del más amplio concepto de gubernamentalidad al espacio global pues consideran que “lo internacional está caracterizado, sobre todo, por su naturaleza irregular, sus etapas de desarrollo diferentes, sus espacialidades diferentes y sus fuerzas sociales variadas” (Joseph, 2010: 242). Ya que sociedad civil global y gubernamentalidad global vienen de la mano, tampoco conciben la existencia de una sociedad civil de este tipo.

Y a decir verdad, y en términos de Foucault, tal concepción desde su pensamiento se torna imposible. Como para la mayor parte de los autores clásicos, para el filósofo francés la sociedad civil es un concepto que delimita un espacio (o que es delimitado por él) (2007). En efecto, en su concepción clásica, la sociedad civil delimita un espacio de “civilidad” frente a un espacio-otro donde reina la incivilidad. Mary Kaldor (2005) argumenta en contra del uso contemporáneo de esta concepción. Plantea que, ya que la configuración del espacio internacional se ha transformado desde 1989 con el advenimiento de la “globalización”, la sociedad civil ya no puede limitarse a las fronteras del Estado territorial. Es esta nueva espacialidad que será desarrollada más adelante, la que permite hablar de una sociedad civil global, ya no atada a un territorio específico. De esta manera, si bien no es posible efectuar una transposición directa del concepto de sociedad civil clásico al ámbito mundial, la existencia del concepto mismo de sociedad civil global en sus diversas acepciones, habilita la posibilidad de su utilización, mediada por las modificaciones pertinentes.

El gobierno liberal es considerado aquí como una forma particular de gobierno que se efectúa ya no sólo *sobre* la sociedad civil, sino también *a través* de ella. Si bien es cierto que en Foucault esta última aparece como inseparable del Estado y éste, a su vez, no existe como entidad global, lo que a Foucault le interesaba, más que el Estado mismo, eran sus procesos de gubernamentalización, es decir, los procedimientos a través de los cuales el Estado pasaba a estar gubernamentalizado (2004: 112). De modo tal que Estado y gobierno aparecen como dos conceptos distintos. En este sentido, no es necesario que exista un Estado global para hablar de una sociedad civil del mismo tipo sin abandonar la perspectiva

foucaultiana. A tal fin, basta con argumentar en torno a la existencia de un gobierno global. La distinción entre ambos conceptos habilita a Louiza Odysseos a afirmar que en el neoliberalismo “(un) Estado contraído es acompañado por una expansión del gobierno” (2010: 748). Por lo tanto, resulta factible dar cuenta de un gobierno mundial sobre y a través de una sociedad civil mundial aún cuando ésta no es homogénea o aún cuando no existe un Estado del mismo tipo.

Por otra parte, el hecho de que cada Estado que forma parte del globo no sea liberal no implica que no pueda postularse la existencia de un régimen liberal de gobierno mundial. Quienes insisten en esta imposibilidad lo hacen porque no tienen en cuenta que no sólo el biopoder está incluido al interior del gobierno liberal, sino que también lo está el poder soberano de matar; que el liberalismo no es únicamente integración, sino que también supone exclusión, líneas de separación, jerarquías clasificatorias, distintas a las vigentes durante la predominancia del modo de poder soberano, pero no por eso menos tajantes; que, en fin, el racismo, según Foucault, es un mecanismo propio de esta tecnología de poder<sup>47</sup>. Aquí se habla de un gobierno liberal mundial y de una sociedad civil o de una población del mismo carácter a pesar de la existencia de espacios no liberales; pues es sobre ellos que el liberalismo ejerce violencia. Si bien el mecanismo característico es la intervención integradora, de no ser posible esta última, se pone a jugar el poder soberano de matar, para lo cual resulta necesario pasar por el racismo. Entender al liberalismo únicamente como un poder positivo supone hacer hincapié en sólo uno de sus rasgos.

Así, no resulta necesario que cada uno de los Estados que conforman el globo sean efectivamente liberales, sólo hace falta que exista un discurso hegemónico liberal; que, por tanto, las organizaciones internacionales de mayor relevancia busquen imponer normas liberales; que se efectúen cambios de régimen que derivan en la imposición de democracias liberales, poniendo en jaque el principio de soberanía; que las intervenciones se efectúen en

---

<sup>47</sup> Por ejemplo, Jonathan Joseph afirma: “Mi argumento es que el deseo de *nomos* es diferente del orden mundial actual y que, mientras que se intenta extender y generalizar desde las sociedades liberales avanzadas al resto del mundo el *nomos* de la gubernamentalidad, el hecho de que el resto del mundo no disfrute de las mismas condiciones de liberalismo avanzado, significa que el *nomos* de la gubernamentalidad tiene muchas dificultades para convertirse en un orden mundial. Bajo tales difíciles condiciones, el intento de aplicación de la gubernamentalidad a otras partes del mundo, pronto se transforma en algo más básico, o incluso más cercano a lo que los foucaultianos llamarían ‘poder disciplinario’, más que una gubernamentalidad liberal en toda regla” (2010: 225).

nombre del mejoramiento de las poblaciones o de la Humanidad<sup>48</sup>; que el sujeto de los Derechos Humanos continúe siendo un sujeto individual; y que, a pesar de ciertos atisbos de proteccionismo aparecidos a partir de la crisis que estalló en 2008 en Estados Unidos, el libre mercado continúe siendo considerado, por la gran mayoría de los actores de las relaciones internacionales, “un principio moral aún antes de que se transformara en un pilar de la economía”<sup>49</sup>, una institución permanente, ahistórica y el régimen de veridicción de las políticas estatales.

Si es posible captar dichos procedimientos que dan cuenta de la transformación del modo de ejercicio del poder a favor de la cual se ha argumentado hasta el momento, es posible dar cuenta de un poder que se ejerce sobre y a través de la sociedad civil pero esta vez a escala global. Este salto no implica utilizar el marco teórico proporcionado por Foucault efectuando simplemente un aumento de escala, sino teniendo en cuenta las complejidades señaladas que, sin embargo, no lo anulan en absoluto. No para hacer traducciones y traslaciones inmediatas, sino haciendo un uso cuidadoso de sus conceptos.

*Objeto del gobierno liberal mundial.*

Como se verá en detalle en el último apartado de este capítulo y como ya se ha mencionado, durante lo que Foucault definió como razón de Estado, el objeto de gobierno lo constituía el Estado mismo: se trataba de su supervivencia. La racionalidad liberal cambia de objeto de gobierno. Éste ya no es más el Estado, sino, como se afirmó, la población (tecnología biopolítica) y la sociedad civil. Ahora bien, esta última afirmación debe ser matizada. A los efectos de lo que aquí se busca argumentar, señalar las profundas diferencias que separan al régimen de la razón de Estado del gobierno liberal es fundamental. Sin embargo, tal como se sostuvo anteriormente, la tensión entre soberanía

---

<sup>48</sup> Michael Shapiro (2004) afirma que el cambio más significativo que se ha producido desde el fin de la Guerra Fría respecto a la vida que busca defenderse y mejorarse, es el pasaje de la vida de la población como objeto y objetivo a la vida de la humanidad. El autor inglés puede hacer esta diferenciación porque comprende a la población como una restringida a un territorio. Como se vio en el capítulo anterior, precisamente lo que define a la población es su carácter no-territorial (recuérdese que el gobierno liberal no se ejerce sobre un territorio, sino sobre una población). Aquí los conceptos de población mundial y humanidad son planteados, a los efectos de caracterizar al gobierno liberal mundial, como sinónimos, pues se hace hincapié en su carácter no territorial. De todas formas, no se pierde de vista el hecho que, desde el punto de vista jurídico, se presentan como dos entidades absolutamente distintas.

<sup>49</sup> CASA BLANCA (2002), *The National Security Strategy of the United States of America*, Washington D.C., p.18.

estatal y libertad individual permanece sin resolución, con lo cual el Estado continúa teniendo importancia. Lo que es necesario remarcar es que éste cambia de significado. No es lo mismo el Estado durante la época de la razón de Estado, en la cual todas las fuerzas del mismo apuntaban a su supervivencia y el Estado entendido en la actualidad cuya función, como se verá, es el mejoramiento de la vida de la población. De esta manera, lo que busca afirmarse es que la relación entre población y Estado se modifica: si durante la razón de Estado la primera era un instrumento para la supervivencia del segundo, durante el liberalismo el segundo (en tanto Estado gubernamentalizado) es un instrumento para el mejoramiento de la vida de la primera.

La afirmación de que la sociedad civil global se ha constituido en sujeto y objeto de gobierno bajo el régimen gubernamental liberal mundial, puede ser refrendada mediante la referencia a distintos documentos y conceptos de incidencia global que aparecieron o cobraron relevancia sobre todo a partir de la caída del Muro de Berlín. Entre otros, cabe destacar: que se han multiplicado organismos internacionales gubernamentales y no gubernamentales dedicados al mejoramiento de la vida de las poblaciones; que han emergido conceptos tales como el de “seguridad humana”; que los principios de igualdad soberana y de no intervención han perdido relativa importancia y, en su lugar, han surgido nociones como la de “responsabilidad de proteger”, así como discursos acerca del fin de las guerras y el remplazo de éstas por “intervenciones humanitarias”, etc. Esto también se hizo evidente en las modificaciones de la agenda manejada por los organismos internacionales, por ejemplo, en la serie de Conferencias organizadas por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y que tuvieron lugar durante la década de 1990. Del mismo modo, es interesante notar la fuerza que tomaron ciertos organismos de promoción de la vida como ser el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) o la Organización Mundial para la Salud. Desde la perspectiva que aquí se maneja, el surgimiento de todos estos documentos, conceptos e instituciones no responde a un progreso lineal y necesario de la Humanidad, sino que forma parte de una nueva tecnología gubernamental que se ejerce a través de un nuevo sujeto y sobre un nuevo objeto de gobierno: la población mundial.

Al respecto, las Conferencias de la Asamblea de las Naciones Unidas realizadas durante la década del '90 del siglo pasado, son sumamente sintomáticas. De entre ellas, y

para el tema que nos compete, cabe destacar: la “Cumbre Mundial a favor de la Infancia” llevada a cabo en el año 1990; la “Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo” de 1992; la “Conferencia Mundial de Derechos Humanos” de 1993; la “Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo” de 1994; la “Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer” de 1995; la “Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social” del mismo año; la “Cumbre Mundial sobre la Alimentación” de 1996; y la “Segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos” del mismo año.

Si estas Conferencias son destacadas es porque tienen como denominador común que en todas ellas su sujeto y su objeto principal son las poblaciones. En sus Declaraciones y Programas de acción se definen a sí mismas como medios para lograr el “bienestar humano”<sup>50</sup>. Por otra parte, las poblaciones son entendidas como objeto de gobierno bajo dos formas: como sujetos de derechos naturales (es el caso de la “Conferencia sobre los Derechos Humanos”), y como población entendida en términos biopolíticos, es decir, como conjunto de fenómenos biológicos mensurables a través de técnicas estadísticas (es el caso de la “Conferencia sobre Población y Desarrollo”).

Pero también son entendidas como sujeto de gobierno, como capaces de auto-gobernarse si se les proporciona el marco adecuado. En este último sentido, no sólo se hace referencia a las ONG y al sector privado como actores que deben participar activamente de las políticas propuestas, sino que se considera a las personas individuales como responsables de la generación y mejoramiento de su propia calidad de vida. Esto está ligado al concepto de individualidad propio del liberalismo cuyos principios fundamentales son: 1) negar al Estado áreas de intromisión y 2) que los individuos acepten responsabilidad por ellos y por sus proyectos de vida (Connolly, 1991). Al respecto, es pertinente citar las primeras líneas de la “Declaración y Programa de Viena”, producto de la “Conferencia Mundial sobre los Derechos Humanos”: “todos los derechos humanos tienen su origen en la dignidad y el valor de la persona humana, (...) ésta es el sujeto central de los derechos humanos y las libertades fundamentales, por lo que debe ser el principal beneficiario de esos derechos y libertades y *debe participar activamente en su realización*”<sup>51</sup>. También el documento surgido de la “Cumbre sobre el Desarrollo Social” dio cuenta de esta

---

<sup>50</sup> ONU (1994), “Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo”, p.11.

<sup>51</sup> ONU (1993), “Declaración y Programa de Viena”, p. 1. Las cursivas son mías.

concepción (neo)liberal del desarrollo humano en la que la función del gobierno radica en propiciar las condiciones para que el individuo pueda responsabilizarse por sí mismo. Así, entre sus objetivos se destaca: “Apoyar el progreso y la seguridad de los seres humanos y de las comunidades, de modo que cada miembro de la sociedad pueda satisfacer sus necesidades humanas básicas y realizar su dignidad personal, su seguridad y su creatividad”<sup>52</sup>. Nótese la diferencia con un texto que hubiera rezado: “Apoyar el progreso y la seguridad de los seres humanos y de las comunidades, de modo de satisfacer las necesidades humanas básicas de cada miembro de la sociedad y realizar su dignidad personal”, etc. etc.

Tal como lo indica la “Declaración de Copenhague sobre Desarrollo Social”, esta es una situación del todo novedosa: “Por primera vez en la historia, por invitación de las Naciones Unidas, nos reunimos en calidad de Jefes de Estado y de Gobierno para reconocer la importancia del desarrollo social y el bienestar de la humanidad y dar la máxima prioridad a esos objetivos en la hora actual y en el siglo XXI”<sup>53</sup>. Asimismo, se explicita en los textos de estas Conferencias los vínculos de interdependencia que existen entre todas ellas<sup>54</sup>.

Otro modo de ejemplificar cómo el objeto de gobierno paulatinamente deja de ser el Estado y pasa a ser la población es a través del concepto de “seguridad humana”. Ya a partir de su propio nombre el mismo da cuenta de su sujeto y objeto. Si bien tal como señala Reid (2006), su genealogía puede remontarse a la Guerra Fría<sup>55</sup>, es en el “Informe sobre el Desarrollo Humano” del PNUD del año 1994 cuando emerge con todas sus fuerzas. En dicho documento, la seguridad deja de ser aplicada a los territorios y, en cambio, pasa a ser aplicada a las personas:

El concepto de seguridad se ha interpretado en forma estrecha durante demasiado tiempo, como seguridad del territorio contra la agresión externa, o como protección de los intereses nacionales

---

<sup>52</sup> ONU (1995), “Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social”, p. 8.

<sup>53</sup> ONU (1995), “Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social”, p. 2.

<sup>54</sup> Ver al respecto ONU (1994), “Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo”; ONU (1995), “Informe de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer”; ONU (1990), “Declaración Mundial sobre la supervivencia, la protección y el desarrollo del Niño”.

<sup>55</sup> Consecuentes con los Acuerdos de Helsinki de 1975, los regímenes liberales comienzan a urgir y a proclamar una nueva responsabilidad sobre la seguridad de la humanidad común contra las normas tradicionales de la soberanía estatal.

en la política exterior o como seguridad mundial frente a la amenaza de un holocausto nuclear. La seguridad se ha relacionado más con el Estado-nación que con la gente<sup>56</sup>

Asimismo, este concepto aparece ligado a los conceptos de desarrollo y de libertad. Así, en el informe de la Asamblea del Milenio anteriormente citado, las nuevas dimensiones de la seguridad humana son definidas como “libertad respecto del miedo y libertad respecto de la necesidad”<sup>57</sup>. Y, en efecto, la seguridad se encuentra cada vez más de la mano de los Derechos Humanos, lo que ha llevado a algunos autores, utilizando el concepto de “régimen internacional”, a colocar la “seguridad post-soberana” al interior de un “régimen humanitario” (Leone, 2010). En este marco puede ser ubicado el documento/concepto “Responsabilidad de proteger” (RDP), el cual se tratará en detalle en el próximo capítulo por encontrarse vinculado a las intervenciones militares.

También en el documento del PNUD anteriormente mencionado se pone de manifiesto el objetivo de auto-gobierno propio del gobierno liberal:

Velar por la seguridad humana no significa quitar a la gente la responsabilidad y la oportunidad de regir su vida. Por el contrario, cuando la gente está insegura se transforma en una carga para la sociedad. El concepto de seguridad humana destaca que la gente debe estar en condiciones de cuidarse por sí misma: todos deben tener oportunidad de satisfacer sus necesidades más esenciales y de ganarse la vida<sup>58</sup>.

Este novedoso rol de la vida de la población mundial como objeto y sujeto de gobierno puede ser detectado también a partir del análisis de los discursos de la administración Bush. Durante la GGT buscó establecerse una diferenciación entre los regímenes que gobernaban los territorios atacados y que, supuestamente, albergaban terroristas (Afganistán e Irak), y sus respectivas poblaciones. Estas últimas eran objeto de una “gran compasión”<sup>59</sup> que “no se detiene en nuestras fronteras”<sup>60</sup> y, por tanto, se buscaba ayudarlas. Eso explica, por ejemplo, el envío de “ayuda humanitaria” a Afganistán con anterioridad al ataque contra dicho territorio. De esta manera, no se hacían diferencias entre

---

<sup>56</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p.25.

<sup>57</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p. 27.

<sup>58</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p. 27.

<sup>59</sup> CASA BLANCA (2001), “President Directs Humanitarian Aid to Afghanistan”, (04/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>60</sup> CASA BLANCA (2001), “President Asks American Children to Help Afghan Children”, (12/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

las distintas poblaciones nacionales: “El nombre de la actual operación militar es Libertad Duradera. No defendemos únicamente nuestras preciadas libertades, pero también la libertad de la gente en todos lados de vivir y criar a sus hijos libres del miedo”<sup>61</sup>. La importancia de la libertad y de la salud de las distintas poblaciones fue puesta en evidencia en múltiples oportunidades:

Estamos comprometidos con la salud del pueblo afgano. A lo largo del año pasado, el *World Food Program* de Naciones Unidas, con el apoyo de Estados Unidos, ha provisto 575 mil toneladas métricas de comida a cerca de diez millones de afganos (...) Estados Unidos se ha unido a otras naciones para apoyar la vacunación por parte de UNICEF de más de ocho millones de niños contra el sarampión. Funcionarios del cuidado de salud estadounidense están ayudando a través de otros esfuerzos para mejorar la salud pública, incluyendo la lucha contra el polio y la malaria, el HIV y la tuberculosis. Estos esfuerzos han puesto al hambre y a la enfermedad en retirada. El talibán se ha ido. Nos gustaría que la enfermedad y el hambre se vayan también<sup>62</sup>

Por otra parte, la cuestión de la violación de los Derechos Humanos por parte de los regímenes también fue puesta de relieve. De esta manera, cuando el entonces Secretario de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, se dirigió al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a fin de argumentar en torno a la necesidad de derrocar al Presidente iraquí, Saddam Hussein, uno de los argumentos que utilizó fue éste (además de resaltar el incumplimiento de las resoluciones de la ONU; la posesión por parte del gobierno iraquí de armas de destrucción masiva –biológicas, químicas y nucleares-; y los lazos del mismo con el terrorismo islámico). De esta manera, “los primeros en beneficiarse de un Iraq libre sería el pueblo iraquí. Hoy viven en la escasez y el miedo, bajo un dictador que no les ha dado más que guerra, miseria y tortura. Sus vidas y su libertad importan muy poco a Saddam Hussein, pero las vidas y la libertad de los iraquíes nos importan mucho a nosotros”<sup>63</sup>. Puede afirmarse que estos no fueron más que recursos retóricos que ocultaban intereses materiales. Como se afirmó en el Capítulo 1, la lectura que aquí se hace de los discursos no es ésta, sino una que busca en los modos de legitimación rasgos novedosos en los modos de ejercicio del poder. En este sentido, estas citas buscan graficar el hecho de que el objeto de gobierno ha sido modificado. En efecto, respecto a la razón de Estado -racionalidad que

---

<sup>61</sup> CASA BLANCA (2001), “Presidential Address to the Nation”, (07/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>62</sup> CASA BLANCA (2002), “President Highlights Humanitarian Efforts in Afghanistan”, (11/10/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>63</sup> CASA BLANCA (2003), “President Discusses the Future of Iraq”, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

prima en los análisis realistas de las RRII-, el objeto de gobierno cambia. Tendencialmente, deja de ser el Estado mismo y pasa a ser la población, entendida esta última, a su vez, como sujeto activo de gobierno.

De allí también que el auto-gobierno fuera una meta explicitada de las intervenciones de la administración en Medio Oriente. Tanto en el caso de Afganistán como en el de Irak se repitió en varias oportunidades que el modo que adoptarían los nuevos gobiernos “libres” sería decidido por sus respectivos habitantes. Sin embargo, ciertas características del auto-gobierno eran presentadas como necesarias:

Mientras vemos y alentamos reformas en la región, estamos conscientes de que modernización no es lo mismo que occidentalización. Los gobiernos representativos de Medio Oriente reflejarán sus propias culturas. No se parecerán, ni deberían parecerse a nosotros. Las naciones democráticas pueden ser monarquías constitucionales, repúblicas federales, o sistemas parlamentarios (...) Hay, sin embargo, principios básicos comunes a toda sociedad exitosa en todas las culturas. Las sociedades exitosas limitan el poder del Estado y el poder de los militares (...) Las sociedades exitosas protegen la libertad con el gobierno consistente e imparcial de la ley (...) Las sociedades exitosas dan lugar a instituciones cívicas sanas –partidos políticos y sindicatos y periódicos independientes y medios de difusión. Las sociedades exitosas garantizan la libertad religiosa (...) Las sociedades exitosas privatizan sus economías y aseguran los derechos de propiedad<sup>64</sup>.

De este modo, como se verá en el próximo capítulo, existió un intento de homogeneización del mundo bajo los parámetros liberales. Esto fue posible a partir de la comprensión de que existían derechos naturales de la humanidad que se trataba de defender, “derechos inalienables” otorgados por “el Creador”: “el gobierno de la ley, límites en el poder del Estado, respeto por la mujer, propiedad privada, libre opinión, justicia igualitaria, y tolerancia religiosa”<sup>65</sup>. Todos estos ejemplos están dirigidos a subrayar el cambio en el objeto de gobierno mundial, cuyo máximo referente es, ahora, la población, sin importar el territorio estatal en el que ésta casualmente se encuentre.

*Objetivos del gobierno liberal mundial.*

Si el objeto se transforma, también lo hace el objetivo. En el caso de la razón de Estado, se trataba de la supervivencia del Estado como tal. En este sentido, no le importaban las vidas de los hombres, de sus ciudadanos, más que en tanto eran

---

<sup>64</sup> CASA BLANCA (2003), “President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East”, (06/11/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>65</sup> CASA BLANCA (2002), “President Delivers State of the Union Address”, (29/01/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

consideradas fuerzas del Estado (como se vio, esto lleva a Foucault a afirmar que en este tipo de racionalidad la población se encontraba presente y ausente a un tiempo). Todas las fuerzas internas funcionaban, por lo tanto, con vistas al objetivo conservador de la supervivencia del Estado en un mundo entendido en términos de competencia política y económica y de juego de suma cero.

El objetivo de la racionalidad gubernamental liberal, entonces, también se transforma. Ya no se trata únicamente de asegurar la supervivencia de la población sino, como se afirmó, de mejorar la vida que el poder tomó a su cargo. Anteriormente fueron mencionados algunas instituciones, documentos y conceptos pertenecientes al ámbito internacional, propios del mundo de la post-Guerra Fría, con el fin de ejemplificar lo que se estaba sosteniendo. Algunos de ellos pueden ser utilizados para dar cuenta también del nuevo objetivo de gobierno.

Por ejemplo, el objetivo de las Conferencias de las Naciones Unidas que tuvieron lugar durante la década del 90 del siglo pasado es claro y radica en “mejorar la calidad de vida de todas las personas”<sup>66</sup>. Unido a esto y como se verá en el próximo punto, está su carácter integrador, pues la categoría “todas las personas” incluye a distintos sectores de la población: mujeres, niños/as, indígenas, personas con discapacidad, migrantes legales, refugiados, personas mayores. En la misma sintonía, como se destacó más arriba, la “seguridad humana” se presenta ligada al desarrollo, entendido éste como mejoramiento de la vida de las personas.

Ya que la cuestión del objetivo de gobierno liberal se encuentra entrelazada no sólo con los objetos del mismo, sino también con sus mecanismos de intervención, se proporcionarán algunos detalles más en el siguiente apartado. Es necesario agregar aquí que el carácter multiplicador del liberalismo, al cual se ha hecho referencia anteriormente, es fundamental en el marco de la presente tesis, pues, como se desarrollará en el Capítulo 5, una de las funciones del racismo se encuentra ligada no sólo a la supervivencia de la población construida como amenazada, sino al mejoramiento de su vida:

“(C)uanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de individuos anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie y yo —no como individuo sino como especie— más viviré, más fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar”. La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad

---

<sup>66</sup> ONU (1994), “Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo”, p.11.

personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura (Foucault, 2000: 231).

En este sentido, respecto a los discursos de la administración Bush que fueron citados para dar cuenta de cómo el objeto de dicho gobierno se constituyó en torno a la vida de la población mundial, su relación con el objetivo de mejoramiento de esa misma vida será trabajada en el último capítulo, en el marco del desarrollo de la noción de racismo.

### **c. Del reglamento a la regulación: el intervencionismo en el marco.**

En el plano internacional la importancia central de la soberanía hizo que el sistema westfaliano se basara en la imposibilidad de intervenir en la política interna de los otros países. Este principio se vio desafiado con las guerras napoleónicas que buscaron la exportación de la Revolución Francesa. El Congreso de Viena de 1815 funcionó en este sentido como restaurador del equilibrio europeo (a través de la distribución de los territorios que quedaban por fuera de lo que entonces era concebido como Europa, dando comienzo al imperialismo del cual se hablará posteriormente), reinstalando el principio de soberanía como eje organizador del “viejo continente”.

La importancia de la soberanía durante los años de la razón de Estado, entonces, evita la intervención de externos en los asuntos internos de los países. Sin embargo, Foucault señala que al interior de cada uno de estos, se produce una intervención ininterrumpida por parte del Estado, función que lleva a cabo la policía y que ya ha sido desarrollada. Es la época propia de la disciplina, técnica de poder que el filósofo francés desarrolla en su plenitud en *Vigilar y castigar*. La disciplina se despliega a través de la imposición de reglamentos. De allí la función de las instituciones disciplinarias a las que Foucault dedicó tantos años de su vida: psiquiátricos, prisiones. Asimismo, la normación disciplinaria explica el carácter binario de esta técnica (técnica que, recuérdese, no desaparece con el gobierno liberal, sino que es incorporado a éste), la rígida separación entre lo normal y lo anormal.

Ahora bien, como se desarrolló en el capítulo anterior, el gobierno liberal no se ejerce sólo desde el exterior, sino que se caracteriza por ser un poder que lo hace *desde el interior*. En efecto, se sostiene sobre la “naturaleza” de los hombres, no procurando

imponer conductas a través de la imposición de reglamentos, sino guiando, regulando las ya existentes. Este modo de gobierno surge en oposición al Estado policía. Lo que plantea el liberalismo es que el único modo de fomentar la riqueza y el desarrollo es a través de dejar liberados los mecanismos del mercado, ente concebido como natural. Como se ha visto hasta el momento, esto sólo supone el fin de la intervención en el mercado, emergiendo espacios distintos de gobierno (población y sociedad civil). Por su parte, el neoliberalismo, al concebir el mercado como un artificio, plantea que la intervención constante es necesaria a fin de instaurar los mecanismos de mercado en todos los ámbitos sociales. Como se desarrolló en el capítulo anterior, de lo que se trata es de intervenir en el medio, en el marco, de establecer las reglas del juego para que al interior de las mismas los asuntos se desarrollen naturalmente.

Las instituciones y documentos que se han traído a modo de ejemplificaciones del gobierno liberal mundial a favor del cual aquí se está argumentando, alientan intervenciones de este tipo.

Según los textos de las Conferencias de la década del 90' que se han analizado previamente, los objetivos planteados son asequibles a través de intervenciones en el marco en el que se despliegan las poblaciones-objeto. De este modo, según las conclusiones de la "Conferencia sobre Población y Desarrollo", "(e)l logro del desarrollo sostenible y la eliminación de la pobreza debe respaldarse con políticas macroeconómicas que propicien *un medio ambiente económico internacional adecuado, además de un buen sistema de gobierno, políticas nacionales eficientes e instituciones nacionales eficaces*"<sup>67</sup>. También en la "Declaración de Copenhague" se propone "crear un medio económico externo positivo"<sup>68</sup> y un "marco jurídico estable"<sup>69</sup> como modo de propiciar el desarrollo.

Por otra parte, en la mayoría de estos documentos, la democracia, entendida como marco jurídico y ético, aparece como el sistema de gobierno necesario para el desarrollo de los distintos planes de acción. A modo de ejemplo: "Estamos convencidos de que la democracia y un buen gobierno y una administración transparentes y responsables en todos los sectores de la sociedad son bases indispensables para la consecución del desarrollo

---

<sup>67</sup> ONU (1994), "Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo", p.15, cursivas añadidas.

<sup>68</sup> ONU (1995), "Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social", p. 11.

<sup>69</sup> ONU (1995), "Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social", p. 10.

sostenible centrado en los aspectos sociales y en el ser humano”<sup>70</sup>. De esta manera, los textos de estas Conferencias forman parte de un más amplio discurso liberal trabajado aquí. Unidos a discursos tales como el de la “Teoría de la Paz Democrática” que será desarrollado en el próximo capítulo, y a documentos tales como el de RDP, estos enunciados habilitan la posibilidad de intervenciones que derivan en cambios de régimen y que se efectúan en nombre del mejoramiento de las poblaciones.

Como se verá en el Capítulo 5, la llamada “agenda de la libertad”, consistente en la expansión de la democracia y propiciada por la administración Bush con mayor énfasis a partir del año 2005, hacía propios estos supuestos. De este modo, el universalismo liberal se sostuvo sobre la idea de libertad que fue homologada a la de democracia. Ahora bien, tal como se verá en el próximo capítulo, la idea de democracia suponía reformas económicas que aspiraban al libre mercado, pues, se suponía, “la libertad económica y la libertad política deben ir de la mano”<sup>71</sup>. De allí que una propuesta de un Área de Libre Comercio entre Estados Unidos y Medio Oriente funcionara como la pata económica de la “agenda de la libertad”. De allí también el *Millenium Challenge Account* que consistía en “aumentar la ayuda a las naciones que expandan la libertad económica e inviertan en la educación y la salud de sus pueblos”<sup>72</sup>. En este sentido, las reformas realizadas por los nuevos gobiernos en Afganistán e Irak fueron bienvenidas.

#### *Seguridad e intervencionismo liberal*

Tal como sostiene Didier Bigo (2011), pese a muchas lecturas de Foucault que subestiman su concepto de seguridad, éste se encuentra en el centro de su concepción de intervencionismo liberal. En efecto, el “dispositivo de seguridad”, como Foucault lo denomina en *Seguridad, territorio, población*, tiene como función, en el marco del *laissez-faire laissez-passer*, permitir la libertad de circulación. “Así, el dispositivo de seguridad no puede ser analizado como derivando de una lógica de la excepción o de una situación excepcional. La seguridad está relacionada con la normalidad y la libertad, no con la guerra

---

<sup>70</sup> ONU (1995), “Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social”, p. 2.

<sup>71</sup> CASA BLANCA (2001), “U.S., Africa Strengthen Counter-Terrorism and Economic Ties”, (29/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>72</sup> CASA BLANCA (2004), “President Speaks to the United Nations General Assembly”, (21/09/2004). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

y la supervivencia, no con la coerción y la vigilancia” (Bigo, 2011: 96). En efecto, la seguridad constituye el reverso de la libertad en el liberalismo (Foucault, 2007). Como se sostuvo en el capítulo anterior, es lo que la organiza y lo que la ayuda a expandirse.

De este modo, la seguridad tiene un doble significado para Foucault. Por un lado, en *Seguridad, territorio, población* es lo que permite a la libertad, centro de la práctica política liberal, ser y crecer. En dicho Seminario Foucault establece una diferenciación entre dispositivos legales y jurídicos, dispositivos disciplinarios y dispositivos de seguridad. Estos últimos funcionan, fabrican, organizan un *medio*, entendido como espacio de circulación, a fin de permitir, regulando, la libertad, el despliegue de procesos concebidos como naturales. De este modo, posee un rol positivo, de facilitador de cierta libertad.

Por otro lado, en *Nacimiento de la biopolítica*, la seguridad no es entendida como jugando un rol únicamente productivo o positivo, sino como “principio de cálculo de costo de la producción de la libertad” (Foucault, 2007: 85). Aquí libertad y seguridad aparecen efectivamente como principios opuestos: “el liberalismo participa de un mecanismo en el que tendrá que arbitrar a cada instante la libertad y la seguridad de los individuos alrededor de la noción de peligro” (Foucault, 2007: 86). De este modo, la seguridad es presentada como límite a la libertad. Tal como afirma Bigo, “la seguridad es expandida desplazando fronteras, haciendo retroceder los controles sobre otros, externalizando la disciplina de forma tal de mantener la securitización sólo en el nombre de la libertad de la mayoría” (Bigo, 2011: 107-108). Es decir que expande el área de libertad de unos en detrimento del área de libertad de otros.

Por lo tanto, sin constituir un dispositivo de excepción, al contrario, formando parte central de la normalidad del gobierno liberal, la seguridad presenta un rostro productivo y un rostro represivo. De allí las tres consecuencias que Foucault señala de esta concepción de seguridad. La primera es que el liberalismo debe ser entendido como una “cultura del peligro”, en el sentido de que el juego entre libertad y seguridad se da en torno de esa noción. La segunda es que esto permite una extensión sin precedentes de los procedimientos de control, coacción y coerción como contrapartida y contrapeso de las libertades. La tercera consecuencia consiste en la emergencia de mecanismos cuya función radica en incrementar las libertades y, a la vez, incrementar el control y la intervención. De

allí que la seguridad sea tanto motor como contrapeso de las libertades (Foucault, 2007: 86-88).

En este sentido, se concuerda con Barkawi y Laffey cuando afirman que “(d)entro y fuera del núcleo de Estados occidentales (...) la gran estrategia de Estados Unidos post-Segunda Guerra Mundial puede ser entendida en términos de la producción de espacios liberales” (1999: 419). Aquí queda en evidencia el papel a la vez productivo y represivo de la seguridad. Represivo en el sentido de que la expansión del gobierno liberal supone la homogeneización del mundo en torno a los principios liberales y la consecuente aniquilación de las diferencias.

Si el concepto de seguridad ha requerido cierto detenimiento, esto se debe a que se encuentra en el centro del intervencionismo liberal. El documento del PNUD en el que se desarrolla el concepto de seguridad humana grafica que el concepto de seguridad es entendido tal como lo definiera Foucault, como uno propio de la normalidad liberal y no de su excepcionalidad. En efecto, entiende a la seguridad no sólo en asociación a situaciones o conflictos bélicos que postulan la posibilidad de una muerte violenta, sino que es vinculada a la vida cotidiana de las personas: “la seguridad humana se expresa en un niño que no muere, una enfermedad que no se difunde, un empleo que no se elimina, una tensión étnica que no explota en violencia, un disidente que no es silenciado. La seguridad humana no es una preocupación por las armas: es una preocupación por la vida y la dignidad humanas”<sup>73</sup>. De este modo, la seguridad humana remite a un rol positivo en el que se busca prevenir el malestar de la población y, de este modo, aumentar su bienestar.

Al respecto, es interesante realizar la siguiente observación. La seguridad en Foucault también tiene una dimensión temporal ligada al futuro y a la prevención. La idea de guerras preventivas, habilitada en la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002, es sintomática al respecto. En dicho documento, Estados Unidos se reservaba el derecho de llevar adelante ataques preventivos:

Por siglos, la ley internacional reconoció que las naciones no necesitan sufrir un ataque antes de que puedan tomar acción legalmente para defenderse contra fuerzas que presentan un peligro inminente de ataque. Académicos legistas y juristas internacionales en general condicionaron la legitimidad del derecho de prioridad (*preemption*) a la inminencia de la amenaza –generalmente una movilización visible de fuerzas armadas, marinas y aéreas preparándose para atacar.

---

<sup>73</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p.25.

Debemos adaptar el concepto de amenaza inminente a las capacidades y objetivos de los adversarios de hoy. Estados parias y terroristas no buscan atacarnos usando medios convencionales (...) Los Estados Unidos han mantenido largamente la opción de las acciones de derecho de prioridad (*preemptive*) para combatir una amenaza suficiente a nuestra seguridad nacional. Cuanto mayor es la amenaza, mayor es el riesgo de inacción – y más apremiante el caso para tomar acción anticipatoria (*anticipatory*) para defendernos, aún si resta incertidumbre acerca del momento y el lugar del ataque enemigo<sup>74</sup>.

La diferencia entre un ataque basado en el derecho de prioridad (*preemption*) y uno preventivo (*prevention*) radica en la inminencia de la amenaza y no tanto en los medios utilizados por quien ocupa el lugar de amenaza, como reza el texto. En efecto, el derecho de prioridad es comprendido como una “guerra de necesidad”, es decir, una guerra de defensa, y puede ser invocado cuando un país enfrenta una amenaza clara e inminente. Por su parte, la prevención se desarrolla como una “guerra de elección” u ofensiva, pues, en este caso, la amenaza ni es inminente ni está clara (Little, 2008: 323). La figura del ataque preventivo ya estaba esbozada en el “Proyecto para el nuevo siglo americano”. En su declaración de principios, puede leerse: “La historia del siglo XX debería habernos enseñado que es importante determinar las circunstancias *antes* de que las crisis emerjan y enfrentar las amenazas *antes* de que devengan graves”<sup>75</sup>.

Como se ha visto, el liberalismo es integrador. De allí que su intervencionismo a través de los dispositivos de seguridad tenga como finalidad incorporar a los países y culturas no liberales al gobierno liberal. En este sentido, según Barry Buzan y Lene Hansen: “La asociación de la Seguridad Humana a una ‘política exterior humanitaria’ modifica la clásica y realista comprensión del Estado como interesado exclusivamente con la defensa territorial y los intereses nacionales” (2009: 203). Aún más, según el documento del PNUD, la seguridad humana no tiene un carácter meramente defensivo, sino que, en tanto es definido como integrador, es expansivo: “La seguridad humana (...) no es un concepto defensivo, como lo son la seguridad territorial o militar. Por el contrario, la seguridad humana es un concepto integrador. Reconoce el carácter universal de las

---

<sup>74</sup> CASA BLANCA (2002), *The National Security Strategy of the United States of America*, Washington D.C., p.15.

<sup>75</sup> Proyecto para el nuevo siglo americano (1997), “Declaración de principios”. (Online), consultado en agosto 2010, en <http://www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm>. Traducción propia, cursivas añadidas.

reivindicaciones vitales...”<sup>76</sup>. De allí que, en contraposición con “el concepto estrecho de seguridad nacional”<sup>77</sup>, el de seguridad humana sea postulado como “globalizador”<sup>78</sup>.

Esta última dimensión aparece ligada a las transformaciones en la espacialidad que serán trabajadas a continuación. La seguridad humana es planteada como mundial, pues, se afirma, existen muchas amenazas (SIDA, narcotráfico, contaminación y deterioro del medio ambiente, etc.) que no conocen las fronteras fijas del sistema westfaliano. El mundo es presentado como fuertemente interconectado, diagnóstico que lleva a considerar la globalidad de las amenazas a la seguridad humana.

#### **d. De la razón de Estado al gobierno liberal mundial: los cambios en la espacialidad.**

*La razón de Estado.*

Pueden señalarse dos hitos fundamentales respecto al despliegue de la razón de Estado. El primero, los dos Tratados de Paz firmados en la provincia alemana de Westfalia en el año 1648 y que pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años. Estos supusieron la finalización de las guerras basadas en cuestiones religiosas y tuvieron consecuencias en la concepción de la religión que serán tratadas en el Capítulo 5. La llamada paz de Westfalia de 1648 marca el inicio de la época clásica, caracterizada por el Estado administrativo y el desarrollo de instituciones disciplinarias; su finalidad era mantener el equilibrio de Europa. El segundo hito lo marcó el Congreso de Viena de 1815 que puso fin a las guerras napoleónicas. Como bien advierten Buzan y Hansen, “Westfalia fue el comienzo de un largo proceso histórico que a través de giros y vueltas se movió hacia la soberanía estatal, no un corte absoluto que se produjo de un día para el otro” (2009: 24). A pesar de no ser inmaculada –tal como lo demuestra Stephen Krasner (2001)-, la soberanía estatal constituía la institución fundamental de este orden internacional, el principio sobre el que giraban las relaciones entre los principales actores de la política mundial.

---

<sup>76</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p.27.

<sup>77</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p.27.

<sup>78</sup> PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”, p.27.

En cuanto a las características de las unidades políticas, Westfalia supuso el fin del mundo medieval, organizado en torno al gobierno de dos autoridades superpuestas: la religiosa (Iglesia) y la política (Imperio). En dicho contexto histórico, al interior de la autoridad política, las amplias extensiones de los imperios tenían como consecuencia la superposición de autoridades locales, regionales y centrales. En contraste, la característica central del Estado-nación moderno fue la consolidación de una única autoridad en el territorio gobernado. Esto implicó dos demarcaciones espaciales fundamentales: por un lado, entre lo público y lo privado, y, por otro, entre lo interno y lo externo<sup>79</sup>. Las líneas westfalianas respondían, de esta manera, a una lógica binaria.

La soberanía westfaliana nació como un modo de prevenir la intrusión de la autoridad religiosa en los asuntos de las nuevas entidades político-administrativas. Las guerras privadas dejaron de ser toleradas y, en cambio, los conflictos bélicos pasaron a ser reconocidos como atributo exclusivo de la soberanía. Por su parte, los territorios pasaron a ser valorados por su importancia geopolítica y estratégica y sus recursos materiales y económicos. El rol central jugado por la institución de la soberanía se sostenía sobre el reconocimiento de la igualdad de los Estados<sup>80</sup>, característica que Schmitt (2006) valoraría como principal para evitar las guerras de destrucción (ver Capítulo 4), y a la que John Gérard Ruggie (1993) denominó “soberanía recíproca”.

En efecto, la paz de Westfalia, que suponía el reconocimiento de los Estados que formaban parte de ella, se sostenía sobre la existencia de una pluralidad de dichas entidades. En términos de Schmitt, se trataba de un “pluriverso”, existente en tanto tal (2006). Es decir que mientras se conservara el equilibrio de fuerzas de modo tal que no hubiera un único Estado capaz de subsumir al resto bajo su poder, el sistema westfaliano estaba garantizado. En este sentido, se encontraba inmerso en una racionalidad conservadora basada en el reconocimiento y en el mantenimiento de los Estados (europeos)

---

<sup>79</sup> Como se planteará enseguida, a estas líneas divisorias, es necesario agregar aquéllas que separaban a Europa del resto del mundo.

<sup>80</sup> En un primer momento sólo gozaban de este beneficio los Estados europeos, mientras que las demás zonas del mundo quedaban como tierra liberada (ver Schmitt, 2005). Afirmar la igualdad recíproca, formal, de los Estados europeos con respecto a su soberanía no significa descartar la existencia de diferencias. Lo que se busca resaltar es el carácter de pluralidad de la Europa westfaliana, frente a la idea de universalidad que supone el liberalismo. La soberanía recíproca suponía la imposibilidad de interferir en los asuntos domésticos de otros Estados (europeos).

entonces constituidos. Foucault afirma al respecto que “(e)l imperio está bien muerto” (2004: 252).

Ahora bien, tal como sostenía Schmitt, existía una fuerte división entre el espacio europeo y el espacio no-europeo. Aún más, la existencia de ese último espacio era lo que permitía la frágil paz al interior del “viejo continente” (Schmitt, 2005; Odysseos, 2008). La paz era frágil y precaria puesto que estaba signada por la posibilidad de utilizar la guerra inter-soberana, contra enemigos políticos (Schmitt, 1966), como instrumento para la conservación del equilibrio de poder. Es decir que, por un lado, la pluralidad era una condición de dicha paz y, por otro lado, la perspectiva de una “paz perpetua” quedaba por fuera de la razón de Estado. Según el jurista alemán, férreo defensor de este sistema, se evitaban, de esta manera, las guerras de exterminio que sí podrían tener lugar en el nuevo orden liberal mundial, como se desarrollará en el siguiente capítulo. En este mundo, por tanto, era necesario trabajar la paz: cada Estado debía esforzarse por no desaparecer, manteniéndose siempre en una determinada relación de fuerzas que, a causa de la competencia, estaba en constante movimiento. El hecho de que no se aspirara a la unidad bajo un único imperio, no suponía que se descartara la voluntad de ocupar respecto a los otros una posición dominante.

La relación entre Europa y el resto del mundo y, más específicamente, el rol que jugó este último en la posibilidad del desarrollo del sistema westfaliano también es resaltada por los post-colonialistas en sus críticas a Foucault. Según Gayatri Chakravorty Spivak, “La reinscripción topográfica del imperialismo nunca fue específicamente informada por las presuposiciones de Foucault. Noten la omisión del hecho (...) de que el nuevo mecanismo de poder en los siglos XVII y XVIII (...) está asegurada por medio del imperialismo territorial –la Tierra y sus productos- ‘en otro lado’” (citado en Jabri, 2007: 74). En el mismo sentido corren las críticas realizadas por Ann Laura Stoler (1995). En un minucioso estudio del concepto de racismo en Foucault que será retomado en el Capítulo 5, la profesora de Antropología sostiene que el filósofo francés “excluye y/o subsume sistemáticamente el hecho del colonialismo” (Stoler, 1995: 6), dimensión que la autora añade en su trabajo ya citado.

La omisión del imperialismo por parte de Foucault es parcialmente cierta. Mientras puede afirmarse que el autor francés no se refirió específicamente al imperialismo europeo ni le prestó particular atención<sup>81</sup>, sí dio cuenta explícitamente de la relación existente entre la creación de Europa como espacio geográfico delimitado, plural y diferenciado y el resto del mundo. Según Foucault, Europa pudo recortarse de este último porque estableció con él una relación de “dominación económica o colonización, o en todo caso de utilización comercial” (2004: 306). Si bien las críticas de los post-colonialistas citados tienen lugar y resultan del todo atendibles e interesantes, el hecho de que plantearan la inexistencia de referencias por parte de Foucault al imperialismo y al colonialismo puede explicarse debido a que los textos en los que el filósofo francés aborda la cuestión de las relaciones internacionales no habían sido editados al momento de ser efectuadas<sup>82</sup>.

Cuando Foucault afirma que Westfalia supuso el fin del Imperio, es necesario prestar atención a sus notas y no confundir imperio con imperialismo. En una de ellas, rescatadas por la edición de Fondo de Cultura Económica, el autor afirma:

Segunda observación: esta autolimitación de la razón gubernamental, característica del ‘liberalismo’, guarda una relación extraña con el régimen de la razón de Estado. Ésta abre a la práctica gubernamental un ámbito de intervención indefinida, pero por otra parte se asigna, en virtud del principio de un equilibrio competitivo entre los Estados, objetivos internacionales limitados. La autolimitación de la práctica gubernamental por la razón liberal estuvo acompañada por la fragmentación de los objetivos internacionales y la aparición de objetivos ilimitados con el imperialismo. La razón de Estado había sido correlativa de la desaparición del principio imperial, en beneficio del equilibrio competitivo entre Estados. La razón liberal es correlativa de la activación del principio imperial no en la forma del imperio sino del imperialismo, y esto en conexión con el principio de la libre competencia entre individuos y empresas. Quiasmo entre objetivos limitados y objetivos ilimitados en cuanto al ámbito de la intervención interna y el campo de la acción internacional (2007: 40).

Foucault plantea, entonces, que durante la razón de Estado el Imperio está bien muerto. Lo que agregan los pensadores post-coloniales es que esto es cierto sólo al interior

---

<sup>81</sup> Por imperialismo nos referimos al período que Hanna Arendt ubicó entre 1884 y 1947. Según Arendt, “el imperialismo, que surgió del colonialismo y tuvo su origen en la incongruencia del sistema Nación-Estado con el desarrollo económico e industrial del último tercio del siglo XIX, comenzó su política de la expansión por la expansión no antes de 1884 (...) Su fin pareció inevitable tras ‘la liquidación del Imperio de Su Majestad’ que Churchill se había negado a ‘presidir’ y se tornó un hecho consumado con la declaración de la independencia india” (1998: 11).

<sup>82</sup> El post-colonialismo ofrece una perspectiva más que interesante y atendible, pues, haciendo uso de las herramientas foucaultianas, examina no sólo la colonialidad del poder, sino también aquélla del saber, dando cuenta de cómo el conocimiento de las ex colonias se encuentra atravesado por concepciones eurocéntricas que obstaculizan una crítica integral al orden mundial contemporáneo (ver, entre otros, Gruzinski, 1991; Castro-Gómez, 1993; Quijano, 1993). Lamentablemente, trabajar también dicha perspectiva hubiese hecho de la presente tesis una extremadamente extensa.

de Europa, espacio en la que ésta regía. Por fuera de este espacio, las prácticas imperiales están a la orden del día. Ahora bien, Foucault establece una diferenciación que, más allá de su omisión, continúa siendo válida: mientras que la razón de Estado (en el espacio europeo en el que regía) postulaba objetivos limitados (de allí la limitación de la guerra en la que Schmitt hace énfasis), el advenimiento del liberalismo en el ámbito interno supondrá, por el contrario, la activación de prácticas imperialistas en la dimensión externa. La diferencia entre estas últimas y las prácticas imperiales, radica en que las primeras respetan y conservan la forma Estado. Es necesario situarse históricamente, pues éste es el momento de constitución de los Estados-nación, momento ya superado en la actualidad. De allí que la conquista territorial (esencial para la formación de nuevos Estados-nación) paulatinamente vaya perdiendo importancia. Por tanto, es preciso notar que estos cambios no se producen de un momento a otro. Si bien es posible trazar correlaciones entre el liberalismo y las prácticas imperialistas, tal como lo hizo Singh Mehta (1999), durante los primeros siglos que ven emerger y afianzarse al liberalismo en las estructuras político-económicas domésticas, no es posible hablar de un gobierno liberal mundial. Las prácticas colonialistas que durante estos años perduran, dan cuenta de la importancia que aún conserva el territorio.

El mantenimiento de la balanza europea estaba basado en las concepciones económicas mercantilistas de juego de suma cero. Entendida como un conjunto de doctrinas, técnicas de gobierno y gestión de la economía, esta corriente predominó en Europa desde comienzos del siglo XVII hasta mediados del siglo XVIII. Sostenía que, en tanto el oro definía, medía y constituía la riqueza de cada Estado, y en tanto en el mundo había una cantidad limitada del metal, poseer una parte del mismo suponía indefectiblemente privar a otros de esa riqueza. Los mercantilistas creían que, para aumentar las riquezas de la nación, el Estado debía asumir el control absoluto de todas las actividades económicas, particularmente del comercio. Asimismo, establecían una ecuación directamente proporcional entre la población y las riquezas: a mayor población, más riquezas para el Estado. La población, por tanto, no era concebida como un conjunto de procesos naturales, o como un fin en sí mismo, tal como sería entendida años más tarde por el liberalismo, sino como una «riqueza», como un instrumento a disposición del soberano.

Trasladando este razonamiento al plano de las relaciones interestatales, se sostenía que, a fin de mantener el equilibrio europeo, era necesario un estricto control sobre las fuerzas de cada Estado, de modo tal que la acumulación de fuerzas por parte de uno de estos no amenazara con dejar al resto en una posición de debilidad absoluta que hiciera peligrar su supervivencia. Desde un punto de vista arqueológico, durante el gobierno de la razón de Estado es la política y su encuentro con la física la que prima; de allí la relevancia de nociones tales como la de relación de fuerzas. En efecto, afirma Foucault, en Westfalia no se trataba tanto de la conservación del Estado, sino del mantenimiento de una determinada relación de fuerzas que la permitiera. Según el investigador francés, los Estados lograban este objetivo a través de la utilización de dos dispositivos. El primero, dirigido hacia el exterior, consistía en un dispositivo diplomático-militar encargado de mantener el equilibrio de poder entre los distintos Estados. El segundo, dirigido al campo doméstico y trabajado en el anterior capítulo, consistía en un dispositivo cuya finalidad era el aumento constante de las fuerzas internas del Estado a fin de hacerlo competitivo: el dispositivo policial. Éste no estaba destinado a aumentar las fuerzas de modo tal de convertir al Estado en una fuerza que pudiera engullir al resto: Westfalia es un orden fuertemente conservador y que funciona en tanto tal. Como ya se planteó, el juego entre ambos dispositivos resultaba en una fórmula de objetivos limitados del Estado en sus relaciones exteriores y, por el contrario, ilimitados a su interior (Foucault, 2007).

*Hacia un espacio liberal mundial*

Si la física ocupa un lugar de preeminencia en la configuración westfaliana, la importancia cada vez mayor que adquirirá el comercio hará que sea la economía (y particularmente la economía política) la que sirva de lente para el nuevo arte de gobierno. Los economistas liberales bregarán por el fin del Estado omnipresente a través de su dispositivo policial y alentarán la idea de que el comercio es posible siempre que funcione en su naturalidad. La competencia, además, será entendida como competencia comercial entre particulares, y ya no entre Estados.

El liberalismo, tal como aquí es entendido, emerge en el siglo XVIII, enfrentándose al Estado policía. Respecto a su dimensión internacional, su advenimiento cambia la concepción propia de la razón de Estado. Si ésta suponía un “pluriverso” de Estados auto-

interesados que, para sobrevivir en tanto tales, estaban comprometidos con el sostenimiento de un equilibrio de fuerzas al interior de Europa, basado en una concepción de juego de suma cero (la tesis realista), el nuevo discurso gubernamental postulará un juego de suma distinta de cero. En efecto, tanto para los fisiócratas como para los economistas liberales, el enriquecimiento sustentable de un país se encuentra ligado indefectiblemente al mutuo enriquecimiento. Es decir que el liberalismo supone que el desarrollo de un Estado sólo es posible a través del desarrollo de los otros. Por lo tanto, la mundialización del comercio se torna necesaria. Esto sólo es posible, desde el punto de vista liberal, si se permite al mercado desarrollarse naturalmente.

El neoliberalismo, por su parte, ya que concibe al mercado como un artificio, permitirá que se intervenga a fin de crearlo. Y, en efecto, como se vio, uno de los objetivos de la administración Bush radicó en la apertura de mercados en todo el globo. En Irak esto fue evidente. Bajo la ocupación efectiva de Estados Unidos, en la forma de la Autoridad Provisional de la Coalición<sup>83</sup> (APC), encabezada por Paul Bremer, fueron decretadas 100 órdenes que establecían pautas de conducta en las distintas áreas de gobierno. Con respecto a las de índole económica, una de las más polémicas de entre ellas fue la número 39, puesta en vigencia en septiembre de 2003. A través de ella se buscó la apertura total de la economía iraquí, autorizándose la privatización de 200 empresas estatales<sup>84</sup> que podían ser retenidas en su totalidad por firmas extranjeras, beneficiarias de un tratamiento nacional, que, a su vez, podrían remitir a sus casas matrices hasta el 100% de las ganancias. Al mismo tiempo, estas órdenes de la era Bremer eliminaron la casi totalidad de las barreras arancelarias.

La concepción de suma distinta de cero propia del liberalismo cambia también la concepción de la paz y la guerra. Como se sostuvo, la paz en la razón de Estado era una paz frágil. Para sostenerla, la guerra era considerada un mecanismo no sólo válido, sino también necesario, pues a través de ésta podía restablecerse el equilibrio de fuerzas si éste era

---

<sup>83</sup> Esta institución supuso el establecimiento de un gobierno extranjero directo sobre Irak y fue legitimada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a través de la resolución 1483 del 22 de mayo de 2003 que no sólo autorizaba la creación de la APC, sino que también levantaba las sanciones a Irak, convalidando la ocupación del país mesopotámico. Entre mayo de 2003 y junio de 2004, la APC se encargaría de fijar pautas económicas, políticas y culturales que tenían como objetivo la liberalización de Irak.

<sup>84</sup> Esta orden no contaba para las empresas petroleras. Según David Harvey esto se debió a que la explotación del petróleo iraquí estaba siendo fuertemente controlada por la “comunidad internacional” (2003).

quebrado. La concepción basada en el intercambio mundial que postula la posibilidad de que a través de éste los Estados se beneficien recíprocamente, abre la puerta al planteamiento de una paz definitiva y habilita la prohibición de la guerra que tanto sería criticada por Schmitt. El capítulo siguiente se encuentra dedicado al desarrollo de este punto.

Así como la construcción del espacio estriado de Westfalia debe ser concebida como un proceso formado por avances y retrocesos, del mismo modo debe ser pensada la instauración del gobierno liberal a nivel mundial, con su espacialidad específica. A fin de contextualizar el tema de estudio de la presente tesis, este capítulo busca argumentar que el gobierno de la razón de Estado, que en términos de las RRII fue denominado como sistema westfaliano, dio lugar, una vez concluida la Guerra Fría, a la expansión de un gobierno liberal (Dillon y Reid, 2001; Jabri, 2006a; Petito, 2007; Odyseos, 2008; Dillon y Reid, 2009; Ikenberry, 2011). Esto no significa, como deseara Fukuyama (1992) y criticara Jonathan Joseph (2010), que todo el globo haya devenido liberal. Significa, en cambio, que la racionalidad que conduce a la política mundial es una de ese tipo.

El presente apartado se centra en una de sus características: su relación con la espacialidad. Se sostiene que el sistema de la razón de Estado, con sus fronteras bien definidas y su estricta separación entre el adentro (espacio de soberanía) y el afuera, cede lugar a un tipo de espacialidad en el que esas tajantes divisiones se difuminan. Esto no supone necesariamente una simple erosión o una disolución de la soberanía, sino una transformación radical de la misma. Como se verá, continúan existiendo líneas de separación, pero, debido al cambio en el objeto, objetivos y mecanismos de gobierno mundial, éstas dejan de ser territoriales. Si el objeto es la población mundial, es decir, la humanidad, los que queden por fuera de ella serán considerados inhumanos y, por lo tanto, se hará no sólo posible, sino también necesario, exterminarlos. Pues, tal como sostiene Campbell, “los dominios de adentro/afuera, yo/otro, y doméstico/extranjero (...) están constituidos a través de la escritura de la amenaza” (1998b: X). Por tanto, todo(s) aquello(s) que sea(n) considerado(s) una amenaza para la humanidad formarán parte del “afuera”, considerado como espacio simbólico en el que todo está permitido.

La emergencia del nuevo objeto de gobierno en el ámbito mundial supuso la irrupción del individuo como sujeto de derecho y, ligada a ésta, la aparición en el año 1948 de los que fueran definidos como Derechos Humanos. Estas transformaciones dieron lugar paulatinamente a una relativa pérdida de importancia de la soberanía tal como era entendida durante la razón de Estado.

Como se planteó con el concepto de “soberanía recíproca” (Ruggie, 1993) y la concepción schmittiana del *ius publicum Europaeum* (Schmitt, 2005), la soberanía suponía la igualdad formal de los Estados. Por el contrario, el advenimiento del liberalismo a nivel mundial establece una jerarquía entre los mismos. Al interior de la misma, los Estados liberales -ubicados geográficamente en su gran mayoría en el Occidente del globo- marcan la norma en base a la cual el resto de los Estados son valorados. De esta manera, la soberanía se vuelve contingente: aquélla de los Estados iliberales queda a disposición de la voluntad de los primeros. La emergencia de diversas instituciones internacionales, de las que se ha hablado en anteriores apartados (las Conferencias de las Naciones Unidas de la década de los 90s del siglo pasado, el concepto de Seguridad Humana, la RDP, las intervenciones humanitarias, entre otras), facilita el carácter contingente de la soberanía, a través del debilitamiento del principio de igualdad soberana y de aquél de no-intervención. La RDP es clara al respecto. Entre sus principios básicos, el documento afirma que la principal responsabilidad de los Estados es proteger a sus ciudadanos; esta figura erosiona el principio de igualdad soberana debido a que sostiene que, cuando aquéllos no pueden hacerlo, o cuando estos son deliberadamente aterrorizados, “el principio de no-intervención cede ante la responsabilidad internacional de proteger”<sup>85</sup>.

De esto no debe deducirse, como lo han hecho muchos académicos (véase, entre otros, Hardt y Negri, 2002), que el Estado haya desaparecido o haya dejado de existir. Como se ha sostenido repetidamente en estas páginas, según Foucault la razón gubernamental liberal está atravesada por la tensión entre espacio de soberanía e individuos económicos. Como se ha planteado anteriormente, esta tensión da nacimiento a la sociedad civil, la cual se encuentra en una relación inescindible con el Estado. Por otra parte, el mismo es uno de los elementos esenciales de la serie que Foucault establece para dar cuenta

---

<sup>85</sup> COMISIÓN INTERNACIONAL SOBRE INTERVENCIÓN Y SOBERANÍA ESTATAL (2001), “La responsabilidad de proteger”, Ottawa: International Development Center.

de la biopolítica<sup>86</sup>, la cual emerge justamente con el intento de su homogeneización. Sin embargo, la presión ejercida por el otro polo de la tensión (la libertad individual) percute continuamente los rígidos bordes estatales al punto de obtenerse otra espacialidad en la que la integridad territorial continuará siendo de fundamental importancia, pero en el que el contenido de dicho territorio (Estado) tenderá a homogeneizarse según normas liberales universalizadas<sup>87</sup>. De allí que pueda comprenderse la paradoja que subraya Elden cuando da cuenta de la vocación por conservar la integridad territorial de los distintos Estados intervenidos, al tiempo que su soberanía deviene contingente (2009). El caso de Irak post-invasión es elocuente al respecto. A pesar de la fuerte ola de violencia sectaria que se desató tras la caída de Hussein, la administración Bush se negó reiteradamente a la división del territorio en tres Estados (uno shiíta, uno sunnita y uno kurdo), tal como lo proponían muchos analistas.

Por lo tanto, en el pasaje de la razón de Estado al gobierno liberal la cuestión territorial sigue teniendo importancia, pero la institución de la soberanía cambia de significado. Ya en el año 1950, la atención de Schmitt había sido atraída por dicha tensión a la que había concebido bajo la forma de la coexistencia de una lógica territorial, ligada a lo político-estatal, y una lógica marítima ligada a una economía de libre mercado que se pretendía mundial. Según el autor, el orden westfaliano, sostenido sobre una lógica territorial, fue erosionado lentamente por una corriente económica mundial, de carácter no estatal, que lo minaba desde todos los flancos. La economía capitalista-liberal, sostenida sobre una lógica marítima, es decir, de no reconocimiento de las fronteras, no sólo llevaba en su seno la superación de las fronteras político-estatales, sino también la homogeneización interna de los Estados. La idea de una economía mundial libre presuponía que los Estados adoptaran un mínimo denominador común consistente “sobre todo en la no estatalidad de la propiedad, el comercio y la economía” (Schmitt, 2005: 246).

Esta característica –siempre siguiendo al autor alemán– es lo que permitió la emergencia de una nueva forma de dirección internacional cuyo rasgo primordial es la

---

<sup>86</sup> Se hace referencia a la serie establecida en *Defender la sociedad: población – procesos biológicos – mecanismos regularizadores* (en *Seguridad, territorio, población: “dispositivos de seguridad”*) – Estado (Foucault, 2000: 226).

<sup>87</sup> La importancia de las normas en las RRII ha sido trabajado por ciertos enfoques constructivistas (ver al respecto Santa Cruz, 2009) y por la teoría de los regímenes internacionales.

renuncia a la anexión de territorios. Es decir, el establecimiento de una racionalidad que ya no obedece a una lógica territorial, sino, más bien, a una marítima. En efecto, mientras formalmente se conservan las fronteras (integridad territorial), al interior de dichas fronteras el contenido material es modificado para corresponderse con el “gran espacio económico” mundial (soberanía contingente). Así, “la soberanía territorial es transformada en un espacio vacío para procesos socio-económicos” (Schmitt, 2005: 267). Se reconocen las fronteras como modo de delimitación territorial, como forma, pero sin reconocerse el contenido social y económico de ese territorio. Como se planteó en el apartado anterior, el intervencionismo liberal se efectúa sobre el marco en el que se desarrolla la vida de los individuos. De allí la instauración de la democracia liberal<sup>88</sup> y del libre mercado en los países intervenidos<sup>89</sup>. La lógica marítima, con su falta de líneas, supone la formación de un espacio liso, la homogeneización del mundo.

Esta tensión propia de la tecnología de poder liberal, aparece claramente en la Carta de las Naciones Unidas, una de las organizaciones internacionales con mayor fuerza regulatoria de las relaciones en el ámbito mundial. A modo de ejemplo, puede citarse el hecho de que dicho documento otorga primacía a la soberanía estatal: el artículo 2 prohíbe el uso o la amenaza del uso de la fuerza contra la independencia y la integridad territorial de otros Estados. Sin embargo, el mismo artículo lo autoriza “en servicio del interés común” y mediando el Consejo de Seguridad (cuya configuración anuncia la jerarquización de las soberanías, anulando el principio de igualdad soberana). El “interés común” supone un sujeto universal (el individuo, cuyos derechos tiene la finalidad de resguardar) y descarta, por tanto, la existencia de intereses particulares, propios de cada Estado. Como

---

<sup>88</sup> Por “democracia liberal” se hace referencia a las democracias adoptadas por el liberalismo, al tiempo que se historiza el concepto y se pone de manifiesto la no necesaria combinación entre ambos elementos (tal y como ya se ha explicitado). Es una democracia definida por el predominio de la noción de libertad individual por sobre la de igualdad (los pensadores liberales de fines del siglo XVIII, con el antecedente de la Revolución Francesa planteaban como peligro el despotismo de la mayoría en la que ésta podía derivar –Raynaud y Rials, 2001- ). En este marco, la idea de libertad de mercado cumple un rol fundamental, ya que la libertad individual aparece indefectiblemente ligada a ésta. Para una interesante crítica al concepto desde Latinoamérica, ver Follari, 2011.

<sup>89</sup> También la intervención en Libia en el año 2011, amparada bajo la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que llamaba a asegurar la vida de la población, supuso un cambio de régimen que implicó la implantación de la democracia y del libre mercado. Entre otras cosas, el retiro anticipado de los países que lo promovieron resultó en que ni una ni el otro se realizaran, además de provocar la profundización de la desestabilización de la región (el caso de Mali y la intervención francesa a principios de 2013 es una consecuencia de esto).

segundo ejemplo, puede traerse a colación la tensión existente entre el punto 7 del Artículo 2 que aclara que “(n)inguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados”<sup>90</sup>, y el primer punto del Preámbulo, en el cual es factible leer que la Humanidad constituye el objetivo de las Naciones Unidas: allí los pueblos que la conforman se declaran resueltos “a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles”<sup>91</sup>.

La tensión señalada anteriormente entre soberanía y libertad individual también se encuentra manifiesta en las Conferencias de las Naciones Unidas que han sido analizadas en los apartados anteriores. En todas las Declaraciones y Programas de acción que las acompañaron se hace explícita referencia al derecho soberano de cada país de aplicar según sus propias particularidades las medidas recomendadas. Sin embargo, al mismo tiempo, se exige a los Estados que lo hagan cumpliendo con los Derechos Humanos concebidos como parte de un derecho natural y, por tanto, como universales y ahistóricos. Así, puede leerse en la Declaración de Viena: “los Estados *tienen el deber*, sean cuales fueren sus sistemas políticos, económicos y culturales, de promover y proteger todos los derechos humanos y las libertades fundamentales”<sup>92</sup>.

Por lo tanto, no debe hablarse de un fin de la soberanía en general, sino de una transformación de ésta que implica el fin de la de tipo westfaliano. Citando a Kofi Annan:

La soberanía estatal en su más básico sentido, está siendo redefinida, no en menor medida por las fuerzas de la globalización y de la cooperación internacional. Los Estados son ahora ampliamente comprendidos como instrumentos al servicio de sus pueblos y no viceversa. Al mismo tiempo, la soberanía individual –por la cual me refiero a la libertad fundamental de cada individuo, consagrada en la Carta de la ONU y subsiguientes tratados internacionales- ha sido alentada por una conciencia renovada y expansiva de los derechos individuales. Cuando leemos la Carta hoy, somos más que nunca conscientes de que su objetivo es proteger a los seres humanos individuales, no proteger a aquéllos que abusan de ellos (1999)

Esta concepción del Estado y del rol del individuo y, a través de él, de la Humanidad, en las relaciones internacionales, es absolutamente novedosa. En efecto, la acción internacional en nombre de los individuos y grupos en peligro no ha sido, en ningún

---

<sup>90</sup> ONU (1945), “Carta de las Naciones Unidas”

<sup>91</sup> ONU (1945), “Carta de las Naciones Unidas”

<sup>92</sup> ONU (1993), “Declaración y Programa de Viena”, p. 4. Las cursivas son nuestras.

caso, algo usual durante los últimos siglos. A partir de 1945 existe un extenso régimen internacional de derechos humanos basado en declaraciones, acuerdos y tratados regionales y globales, que son respaldados por organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales. Este régimen descansa sobre la idea de que los individuos tienen derechos en virtud de su pertenencia a la humanidad. Y, en efecto, la Declaración de los Derechos Humanos en 1948 va a inclinar la balanza de esta tensión soberanía-libertad individual hacia el lado de esta última. Sin embargo, la fecha de 1945, si bien relevante, no es la elegida aquí como punto de inflexión del advenimiento del gobierno liberal a nivel internacional. Tal como sostiene Ikenberry (2011), la Guerra Fría entre la Unión Soviética y Estados Unidos alargó la vida al régimen de razón de Estado y permitió el despliegue del liberalismo sólo en Occidente. Es a partir de la derrota de la Unión Soviética no sólo en términos de poder duro, sino, sobre todo, en términos simbólicos, que el liberalismo puede desplegarse a nivel global. El modo que adoptó y los resultados que entregó la GGT comenzada en el año 2001 y la crisis global del neoliberalismo a partir del año 2008 han provocado una nueva difusión del poder con, por ejemplo, el fortalecimiento relativo de los países que conforman los BRICS, y el resurgimiento de algunos Estados respecto del capital financiero global, sobre todo en América Latina. Sin embargo, la presente tesis sostiene que, por el momento, dichos reacomodamientos no han afectado el más amplio discurso liberal que domina la racionalidad de gobierno global.

Una característica fundamental del sistema westfaliano fue el establecimiento de fronteras territoriales al interior de las cuales gobernaba un poder que era considerado soberano. En términos de Ruggie: “La característica principal del sistema moderno de gobierno territorial es la consolidación de toda autoridad parcelizada y personalizada en un único ámbito público. Esta consolidación suponía dos demarcaciones espaciales fundamentales: entre los ámbitos público y privado y entre los ámbitos interno y externo” (1993: 151). “Sin el concepto de diferenciación”, concluye Ruggie, “es imposible definir la estructura de la modernidad en la política internacional” (1993: 151-152). Aquí se sostiene que lo que se ha transformado de manera contundente (y de allí los cambios en la espacialidad) es la concepción del Estado mismo, lo que trae aparejado la disolución de la distinción entre público y privado, perfectamente graficada por la creciente utilización de

ejércitos privados en las guerras; entre lo interno y lo externo; entre lo civil y lo militar; y entre la guerra y la criminalidad (todos estos puntos serán abordados en el próximo capítulo).

Como se vio en el capítulo anterior a través de la alusión al concepto de racismo, el hecho de que el liberalismo a nivel mundial tenga nuevos objetos, objetivos, mecanismos y relaciones con la espacialidad en comparación con la era westfaliana de la razón de Estado, no significa que no ejerza el poder soberano de matar. Lo hace. Aunque las guerras liberales, como se verá en seguida, sean guerras marcadamente diferentes a aquéllas westfalianas. Aquí no se coincide con las lecturas que leen en la GGT una disrupción del gobierno liberal, pues comprenden que éste no tiene relación alguna con el poder de muerte o con las prácticas violentas (por ejemplo, Joseph, 2010). En cambio, la GGT es pensada como una actualización del poder soberano que, tal como señaló Foucault en *Defender la sociedad*, también se ejerce en el liberalismo.

(L)as acciones tomadas por los Estados liberales democráticos en respuesta al terrorismo global son una simple continuación de las prácticas que definen y sostienen la gubernamentalidad liberal. Lo que debe ser resaltado, sin embargo, es que es precisamente esta gubernamentalidad liberal la que ha generado históricamente mecanismos en los cuales ser sujetos auto-gobernados está consagrado por la ley, de alguna manera protegidos contra los instintos autoritarios del Estado. La soberanía es controlada y da lugar históricamente a la gubernamentalidad de las poblaciones. Dicha gubernamentalidad se extiende al desarrollo de prácticas institucionalizadas que permiten al Estado democrático liberal tratar con la diferencia (...) Hay un sentido en el cual el gobierno liberal ha asumido históricamente una distinción entre los 'libres', los que tienen capacidad para auto-gobernarse, y los otros 'no-libres' sujetos a diversas formas de dominación, incluyendo la violencia (Jabri, 2006b: 56)

De este modo, dar cuenta de los cambios en el modo de gobierno a nivel mundial nos permitirá, en el siguiente capítulo, poner en evidencia las transformaciones acontecidas en los modos de la guerra, teniendo como supuesto que modo de gobernar y modo de hacer la guerra son dos caras de la misma moneda. En efecto, en tanto la guerra forma parte de las relaciones sociales, si bien es cierto que estas últimas se ven modificada por ellas, no lo es menos que también la transforman.

### GUERRA Y LIBERALISMO

*Las 'deducciones' ya no son la forma mayor, sino sólo una pieza entre otras que poseen funciones de incitación, de reforzamiento, de control, de vigilancia, de aumento y organización de las fuerzas que somete: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas. A partir de entonces el derecho de muerte tendió a desplazarse o al menos a apoyarse en las exigencias de un poder que administra la vida, y a conformarse a lo que reclaman dichas exigencias. Esa muerte, que se fundaba en el derecho del soberano a defenderse o a exigir ser defendido, apareció como el simple envés del derecho que posee el cuerpo social de asegurar su vida, mantenerla y desarrollarla. Sin embargo, nunca las guerras fueron tan sangrientas como a partir del siglo XIX e, incluso salvando las distancias, nunca hasta entonces los regímenes habían practicado sobre sus propias poblaciones holocaustos semejantes. Pero ese formidable poder de muerte —y esto quizá sea lo que le da una parte de su fuerza y del cinismo con que ha llevado tan lejos sus propios límites— parece ahora como el complemento de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales. Las guerras ya no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender; se hacen en nombre de la existencia de todos; se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir. Las matanzas han llegado a ser vitales. (Foucault, 2003: 164-165).*

Cierto discurso en las RRII sostiene que los atentados del 11-S marcaron una ruptura con el orden internacional que se impuso al finalizar la Guerra Fría. Según éste, la reemergencia de Estados Unidos y la afirmación de la defensa de su soberanía, daba nuevamente la razón a la teoría realista en su enfrentamiento con la liberal. La “esencia” de las relaciones internacionales se manifestaba nuevamente: los Estados volvían a resurgir y el espacio liso que se había instaurado durante la década de los 90s del siglo anterior aparecía como un momento efímero, meramente transitorio. Más allá de que en estas aseveraciones el énfasis estaba puesto en la soberanía estadounidense y, de esta manera, se relegaba al olvido la violación de todas las demás soberanías que implicó la Guerra Global contra el Terror

(GGT), aquí se sostiene que la respuesta a los atentados del 11-S debe ser entendida en el marco del régimen de gobierno liberal de carácter global trabajado en el capítulo anterior.

Como se ha visto, poder soberano y gobierno liberal no se contraponen: coexisten. Aún más, el primero puede ser pensado como movimiento violento necesario para la instauración del segundo (ésta es la lectura de autores como Agamben, 1998). Y, efectivamente, lo que se denomina aquí como “guerra liberal” supone la actualización del poder soberano de matar. Entre otras cosas, la instauración de regímenes liberales allí donde antes estos no existían, requiere de individuos libres capaces de auto-gobernarse. Esta nueva subjetividad debe construirse a través de la ruptura de los lazos sociales preexistentes. Particularmente en el caso de Medio Oriente, por ejemplo, esto implica la ruptura de lazos tribales o comunitarios que, históricamente -incluso a pesar de la constitución de Estados-nación a través de prácticas colonialistas e imperialistas-, han constituido rasgos sociológicos fundamentales de las sociedades de la región. Tal como afirma Mitchell Dean: “Una de las consecuencias de la perspectiva de gobierno de Michel Foucault ha sido socavar la oposición, presente en buena parte de la ciencia política y social, entre el poder y la dominación, por un lado, y la libertad individual y la subjetividad, por el otro” (2002: 37).

De este modo puede comprenderse, por ejemplo, la defensa del principio de autodeterminación de los pueblos en los 14 puntos enunciados por el entonces Presidente estadounidense, Woodrow Wilson, que dieron pie a la conformación de la Sociedad de Naciones, y, al mismo tiempo, la continuación de las políticas imperialistas a través de la figura del mandato en dicha organización internacional. Según el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones, el mandato era aplicable a colonias y territorios “habitados por pueblos aún no capacitados para dirigirse por sí mismos”. Ya que “(e)l bienestar y el desenvolvimiento de estos pueblos constituye una misión sagrada de civilización (...) (e)l mejor método para realizar prácticamente este principio será el de confiar la tutela de dichos pueblos a las naciones más adelantadas”<sup>93</sup>. En otras palabras, el tránsito de estos pueblos hacia la “mayoría de edad” debía ser acompañado por quienes ya habían accedido a ella: los vencedores de la Primera Guerra Mundial. Aplicando esta misma lógica a sucesos

---

<sup>93</sup> SOCIEDAD DE NACIONES (1919), *Pacto de la Sociedad de Naciones*.

más actuales, la Resolución 1511 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que en octubre de 2003 fundó la Fuerza Multinacional de Irak, reconocía la soberanía transitoria de la Autoridad Provisional de la Coalición (APC), que “cesará cuando un gobierno representativo, reconocido internacionalmente, establecido por el pueblo de Irak sea investido y asuma las responsabilidades de la Autoridad”<sup>94</sup>. De esta manera, la APC era reconocida como una entidad transitoria y necesaria hasta que el pueblo iraquí estuviera preparado para ejercer la soberanía.

Ha sido señalado en el Capítulo 2 que, en oposición a cierta concepción del poder que liga a éste a lo represivo, el concepto de liberalismo en Foucault supone un poder positivo, en relación directa con la libertad. En “El sujeto y el poder” (1988) el autor establece una distinción entre relación de violencia y relación de poder. La primera es definida allí como una relación que “fuerza, somete, quiebra, destruye: cierra la puerta a toda posibilidad. Su polo opuesto sólo puede ser la pasividad, y si tropieza con cualquier otra resistencia no tiene más opción que intentar minimizarla” (1988: 238). Es una relación que se caracteriza no por su productividad, sino por su destructividad. En cambio, la relación de poder precisa de la libertad de los otros para ser, pues “se articula sobre dos elementos, ambos indispensables para ser justamente una relación de poder: que ‘el otro’ (aquel sobre el cual ésta se ejerce) sea totalmente reconocido y que se le mantenga hasta el final como un sujeto de acción y que se abra, frente a la relación de poder, todo un campo de respuestas, reacciones, efectos y posibles invenciones” (1988: 238). Sin embargo, el ejercicio de la violencia no está ausente en la concepción de liberalismo del autor. Tal como se ha repetido a lo largo de estas páginas, el poder soberano de matar se actualiza a través del racismo inscripto en los mecanismos del Estado.

Pero el ejercicio del poder de muerte del liberalismo no está confinado únicamente a tareas negativas, a prevenir la emergencia de lo no querido. Por el contrario, éste constituye al mismo tiempo una función positiva y productiva: mejorar la vida de la población. Como se verá en el próximo capítulo y como se adelantó en el anterior, ésta será una de las dos funciones principales de este mecanismo de poder. Por lo tanto, las prácticas violentas o el ejercicio del derecho de muerte (como aquí se ha definido al poder soberano) no

---

<sup>94</sup> CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS (2003), Resolución 1511: “La situación entre el Iraq y Kuwait”.

desaparecen en el gobierno liberal -tal como sostiene Ikenberry (2011) y los defensores del cosmopolitismo de este tipo-, sino que se transforman. En efecto, las “guerras liberales” presentan características particulares, distintas a las que caracterizaban a las guerras que tenían lugar durante la razón de Estado. Éstas se presentan en su objeto, en sus objetivos y en sus mecanismos, en el ámbito de la espacialidad en la que ésta se despliega, y en el de la definición del enemigo. El lenguaje que las articula tiene aquí, por lo tanto, un lugar fundamental. El presente capítulo se propone caracterizar a la GGT como una guerra liberal a fin de dar cuenta de la necesidad de la activación del discurso racista en su efectucción. A tal fin, es menester abordar previamente la cuestión más amplia de la guerra liberal.

### **1. Sobre la guerra.**

Desde las teorías hegemónicas en RRII, la guerra es pensada como un producto de la supuesta estructura anárquica del sistema internacional. Para el realismo, la guerra es causa y consecuencia necesaria de un mundo formado por entes autárquicos (Estados) egoístas por naturaleza que buscan la supervivencia o el acrecentamiento del poder. El neoinstitucionalismo comparte esta opinión, lo que lo lleva a concluir que es necesario establecer un sistema institucional internacional que, despojado de los intereses egoístas de los Estados, regule la guerra. La teoría liberal, por su parte, supone que la guerra es producto de la existencia de regímenes autocráticos a los que presenta como “las causas principales de amenaza y violencia militar en el sistema internacional” (Czempiel, 1992: 263). El extremo de esta postura es sostenido por el cosmopolitismo liberal que propone la instauración de un gobierno mundial que actúe en nombre de la humanidad en su conjunto y elimine la guerra. En todos estos casos, la guerra es entendida como conflicto interestatal.

A pesar de que se ha sostenido que, debido a los cambios que presenta la práctica de la guerra, la teoría de Clausewitz ya no tiene vigencia, desde aquí se comparte la mirada del militar prusiano, siempre y cuando ésta no sea entendida desde el punto de vista de la mera racionalidad instrumental. Los críticos de la aplicabilidad de la teoría clausewitziana al actual momento histórico, resaltan que las condiciones internacionales en las que el militar filósofo pensó la guerra, se han transformado de manera contundente (Williams, 2008). En efecto, Clausewitz escribió su *De la guerra* entre los años 1816 y 1830, una vez

terminadas las llamadas guerras napoleónicas y efectuado el Congreso de Viena. En este sentido, lo hizo en el marco de la racionalidad gubernamental de lo que Foucault denominó como razón de Estado, Schmitt describió como el *nomos* del *ius publicum europaeum* y que en RRII suele llevar el nombre de sistema westfaliano.

Como se sostuvo en el capítulo anterior, en dicho contexto las guerras eran efectivamente consideradas un instrumento legítimo de la política internacional y tenían como finalidad la conservación del equilibrio de poder entre los Estados europeos. Ya se ha argumentado que estas condiciones de la política mundial variaron significativamente; por lo tanto, también se produjeron transformaciones en la práctica de la guerra, pues, como se verá a continuación, guerra y orden político se encuentran fuertemente vinculados. En estas nuevas condiciones mundiales, afirman los autores críticos de la aplicabilidad actual de Clausewitz, el concepto de campo de batalla, tan central a la concepción del autor, se ha disuelto, volviéndose global; y, por otro lado, la finalidad de la guerra ha cambiado, pues ésta ya no apunta a debilitar al enemigo, sino a hacerlo desaparecer (las armas de destrucción masiva, por otra parte, dan cuenta de esta posibilidad) (Williams, 2008).

Como se ha visto en el capítulo anterior, es cierto que la racionalidad de gobierno mundial se ha modificado. En este sentido, el liberalismo presenta un programa del todo distinto al vigente durante la época de la razón de Estado. Sin embargo, el hecho de que guerra y política se encuentren profundamente ligadas -el núcleo de la tesis de Clausewitz-, continúa vigente. De este modo, se coincide con Ángel Tello cuando postula que “(l)a política fija los objetivos y dispone los medios, la política subsume a todas las guerras bajo un enfoque teórico adecuado. Es necesario, entonces, estudiar la política que está por detrás, por encima, antes, durante y después de la guerra y no a la inversa” (2010: 99), pues la guerra es constitutiva de la comunidad política. Por lo tanto, guerra y orden político se constituyen mutuamente. Eso explica las transformaciones de la primera a partir de los cambios en la racionalidad gubernamental mundial, al tiempo que estos últimos fueron y son posibles debido al ejercicio de la violencia. Lo que se denomina como guerras liberales, tiene, por lo tanto, un aspecto constitutivo fundamental, no sólo instaurando gobiernos liberales en zonas no liberales, sino también a través de sus prácticas discursivas (no menos

importantes), generadoras de efectos tanto en la subjetividad de la población-blanco como en la población espectadora.

La guerra, por lo tanto, es entendida aquí como un acto injurioso que apunta a ejercer violencia sobre el cuerpo del otro construido como enemigo, cuyos efectos no se restringen a la obtención de beneficios materiales (recursos, ventajas económicas, etc.), sino que se extienden a la constitución de subjetividades. Es este último punto el que aquí interesa resaltar, sin negarle importancia al aspecto meramente material. Por otra parte, dada la proliferación de sujetos con participación en la política mundial, es necesario aclarar que la guerra no se comprende únicamente como conflicto interestatal.

En este sentido, el concepto de guerra, que cada vez tiene menos lugar en los estudios de las RRII, es conservado. En efecto, el concepto de guerra ha perdido espacio. Para argumentar en este sentido pueden traerse a cuento los cambios en la denominación de los ministerios de guerra por aquella de ministerios de defensa con anterioridad y posterioridad a la Segunda Guerra Mundial (fue el caso de, entre otros, Estados Unidos en el año 1947<sup>95</sup>). Asimismo, también luego de la Segunda Guerra Mundial emergió el concepto de “seguridad nacional” que no sólo incluye la dimensión militar, sino que también fue articulada con diversos fenómenos, “desde la dieta de la clase trabajadora hasta las prácticas de maternidad” (Barkawi, 2011: 2). En términos del Presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt en 1944:

‘El objetivo supremo para el futuro, que discutimos para cada nación individualmente y para todas las Naciones Unidas puede ser resumido en una palabra: seguridad. Y eso significa no sólo seguridad física que provee seguridad (*safety*) de ataques por agresores. Significa también seguridad económica, seguridad social, seguridad moral en una familia de naciones’ (citado en Ikenberry, 2011: 176).

De hecho, las “Cuatro libertades” de Roosevelt, de las que el entonces Presidente estadounidense dio cuenta en su discurso del Estado de la Unión en 1941, pueden ser pensadas como un antecedente de la “seguridad humana” discutida en el capítulo anterior. Éstas comprendían: libertad de expresión, libertad de culto, libertad de vivir sin necesidades

---

<sup>95</sup> En 1947 fue promulgada el Acta de Seguridad Nacional, mediante la cual se constituyó la actual estructura de política exterior de Estados Unidos. Ésta reestructuró las tres áreas más importantes del ámbito de la seguridad nacional: la defensa, la inteligencia y el consejo político al Presidente, reorganizando a los militares al interior de un único Departamento de Defensa (antes existía un Departamento de Marina y uno de Guerra) y creando la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional que desplazaría progresivamente al Departamento de Estado (Rosati, 1993).

básicas satisfechas y libertad de vivir sin miedo. Todos estos cambios manifiestan una transformación importante en la noción de guerra, particularmente el despojamiento de su carácter de instrumento político.

Según Barkawi, “la disociación de la guerra de la seguridad, asiste a las sociedades liberales y a sus liderazgos en imaginar que la guerra no es, y no ha sido, central para la formación, curso y carácter de los Estados y sociedades occidentales en la política mundial” (2011: 2). Se coincide con el investigador de la Universidad de Cambridge cuando afirma que la eliminación de la guerra en tanto significativa -ya sea por académicos críticos que lo han remplazado por el concepto de seguridad (y sus derivados: seguridad humana, seguridad económica, seguridad alimentaria, ambiental, etc.) como Buzan, o por los teóricos de la globalización quienes barnizan sus estudios con un lenguaje pacifista- también funciona restándole importancia a la guerra como práctica violenta constituyente y constituida, como fuerza globalizadora, como noción importante para comprender la dinámica no sólo de las relaciones entre las grandes potencias, sino también entre el Norte y el Sur (Barkawi, 2011). Como se verá un poco más adelante, la eliminación de la guerra del discurso político y académico, y su remplazo por concepciones tales como “intervenciones humanitarias”, acompañadas con frecuencia por “cambios de régimen”, es consecuencia de la prohibición liberal de la guerra como instrumento político.

Efectivamente, ya que el objetivo de los regímenes liberales está puesto en “hacer vivir”, desde su concepción en los siglos XVII y XVIII buscaron gobernar la vida con la vista puesta en la eliminación de la guerra dentro y entre las sociedades. Desde la crítica de Smith al mercantilismo en *La riqueza de las naciones*, se esperó que el libre comercio trajera paz. Immanuel Kant, por su parte, buscó establecer una fórmula para una *Paz perpetua*. Una vez finalizada la Guerra Fría, nuevas voces se sumaron a la supuesta pacificación que traía aparejado el liberalismo: Fukuyama (1989) presagió entonces el “fin de la historia” y, por lo tanto, de las guerras, cuando fuera aceptada a la democracia liberal como la mejor forma de gobierno posible. Por su parte, la “Teoría de la Paz Democrática” (TPD) fue constituida como una ley estadística por científicos políticos estadounidenses que sostienen que las democracias no hacen la guerra entre sí; una proposición utilizada por los

Presidentes Clinton, Bush y Obama para justificar la exportación de la democracia a zonas iliberales.

Sin embargo, no sólo la guerra no ha sido eliminada, sino que las capacidades militares de las sociedades liberales se han visto continuamente acrecentadas, al punto de que Estados Unidos, principal potencia liberal, explica el 41% de los gastos militares del mundo. Es interesante notar que los mismos han aumentado en 149 mil millones de dólares constantes desde el final de la Guerra Fría hasta el año 2011<sup>96</sup>. Esto no es una contradicción, ni una muestra de una supuesta hipocresía de la potencia norteamericana. Desde la perspectiva que aquí se maneja, estos datos forman parte de la tensión que atraviesa y constituye al liberalismo como forma de gobierno montada tanto sobre la soberanía estatal como sobre la libertad de los individuos. Tal como se afirmó siguiendo a Foucault, libertad y seguridad son una dupla inseparable, constitutiva del gobierno liberal (2007). Por otra parte, las relaciones entre sociedades liberales e iliberales siguen estando signadas por la guerra. Ejemplos de los últimos años los constituyen claramente Afganistán, Irak y Libia, pero también pueden mencionarse los casos de Yemen, Pakistán, Irán, Siria, sólo para nombrar algunos. Estas situaciones son justificadas y legitimadas a través de la necesidad de extender la zona de paz liberal bajo el supuesto de la TPD, a la cual se hará referencia más adelante.

## **2. Transformaciones de la guerra.**

En el capítulo anterior fueron discutidos los cambios en el gobierno mundial, señalando específicamente las diferencias entre razón de Estado o configuración westfaliana y racionalidad liberal de gobierno. En el régimen de gobierno liberal la guerra pierde su rol de instrumento, al punto de que se la prohíbe y se la desaparece del discurso. Aún más, se reactualiza la teoría kantiana de la paz perpetua y se busca, a través de ella, la pacificación definitiva del mundo. Como pensador bifronte, concentrado en los dos lados del poder liberal, Schmitt fue uno de los más férreos críticos a este intento de anulación de la guerra, afirmando que con éste se corre el peligro de llevar a cabo guerras absolutas, en nombre de

---

<sup>96</sup> Ambos datos se obtuvieron del Stockholm International Peace Research Institute. Disponibles online: <http://www.sipri.org/databases/milex>.

la humanidad, en las que el enemigo es construido como un enemigo absoluto y, por tanto, exterminable (2006).

Como se deduce de lo dicho en el apartado anterior y desde la conceptualización de Dillon y Reid, modo de gobernar y modo de hacer la guerra se implican mutuamente (2009). De esta manera, a pesar de la vocación liberal, las guerras no desaparecen, sino que se transforman. La mutua implicación entre modo de gobierno y modo de guerra supone pensar al primero como portador de una lógica e imperativos específicos como régimen particular de relaciones de poder. Esto significa que objeto, objetivos y mecanismos de gobierno, así como la espacialidad que éste constituye y en la que, al mismo tiempo, se despliega, son de fundamental importancia para comprender la forma particular que adopta la guerra tal como fue definida más arriba.

Si, como quedó de manifiesto en los anteriores capítulos, el objeto del gobierno liberal es la población, entendida no únicamente como conjunto de fenómenos naturales, sino también como humanidad portadora de derechos; si su objetivo es “hacer vivir” a esta población, potenciar su vida, multiplicar y ya no sustraer; si, para tal fin, establece mecanismos de intervención que no actúan directamente sobre los procesos y los hombres sino sobre el marco en los que estos se desarrollan; también la guerra liberal tendrá como objeto a las poblaciones y como objetivo potenciar su vida y también para esto supondrá intervenciones ya no directas (del tipo toma de la tierra y gobierno directo que funcionaban durante la etapa del imperialismo clásico), sino sobre el marco en el que se despliega la vida de las poblaciones-blancas. De allí la existencia en el actual contexto histórico mundial de guerras libradas en nombre de la humanidad y del mejoramiento del mundo, que suelen ser llamadas “intervenciones humanitarias” y que tienden a imponer cambios institucionales tales como la implantación de la democracia liberal (“cambio de régimen”) y la apertura de los mercados locales. Los dos “campos de batalla” territorializados de la GGT, Afganistán e Irak, presentaron dichas características. También la intervención en Libia del año 2011 y la intervención solapada en Siria a partir del mismo año pueden ser leídas a través de estas categorías.

Por lo tanto, los distintos objetos, objetivos y mecanismos de gobierno no sólo implican un cambio en el modo efectivo en el que la guerra es llevada a cabo, sino,

asimismo, en su dimensión discursiva, objeto de estudio de la presente tesis. En efecto, suponen distintas razones (legítimas) por las que se combate y distintos enemigos a los que se combate. Tal como sostiene Barkawi,

Mientras que las prácticas del uso de la fuerza han cambiado, porque la guerra es histórica, no existe una disminución de la violencia organizada en la política mundial, o del uso de la fuerza para luchar por valores políticos. Así, el hecho de haber cambiado el nombre a los departamentos de guerra, no marca un alejamiento de la guerra, sino más bien una transformación de los discursos públicos a través de los cuales se habla de la guerra y se la legitima (2011: 3)

La guerra, entonces, está constituida por el orden político en el que se despliega y, al mismo tiempo, es constitutiva de dicho orden. Pero no sólo porque, como sostienen las teorías hegemónicas en RRII, las grandes guerras entre potencias redistribuyen el poder, instaurando nuevas dominaciones, sino porque las guerras crean nuevos regímenes de gobierno y una vez que estos ya están instaurados, los mantienen y perfeccionan. La lectura de la GGT de Jürgen Habermas va también en este sentido: el filósofo frankfurtiano afirma que uno de los objetivos de los neoconservadores fue la “imposición hegemónica de un orden liberal global” (2003: 702). Como se verá, las guerras liberales expanden el liberalismo, instaurando gobiernos de ese tipo (democracia liberal y apertura de mercados) allí donde estos no existían (es lo que se intentó hacer tanto en Afganistán como en Irak y también en Libia, y es lo que explica el apoyo a los procesos en los países árabes, denominados como “Primavera árabe”<sup>97</sup>) y transformando subjetividades de los directamente implicados, pero también de quienes son sus espectadores. En este sentido, no está de más remarcar que, si se piensa en las últimas intervenciones en el ámbito mundial, todas ellas implicaron no sólo el derrocamiento del gobernante de turno, sino la

---

<sup>97</sup> No se desconoce que las mismas potencias y organismos internacionales que apoyaron las luchas democratizantes en lugares como Libia, Siria y Túnez, no hicieron lo propio en otros países tales como Bahrein y Yemen. (El caso de Egipto es algo más gris, pues, si bien el proceso democrático fue apoyado, la desconfianza que genera la llegada al poder de la Hermandad Musulmana, en tanto partido islámico, y la importancia estratégica de las relaciones con los militares de dicha nación, hicieron que, por ejemplo, la Casa Blanca actuara como un equilibrista, regulando sus propias pujas internas entre el Pentágono y el Departamento de Estado). No es la intención descartar los análisis realistas y geopolíticos de las relaciones de poder mundiales: como se adelantó en el capítulo anterior, el liberalismo lleva en su seno la tensión moderna entre soberanía y libertad individual. Ni tampoco se supone que la instauración de la democracia liberal en países no liberales suponga un acto de caridad internacional o de progreso de la humanidad. Lo que se está argumentando es que este tipo de movimientos son propios de un particular modo de gobierno, que la instauración de la democracia liberal supone la transformación de las subjetividades, la constitución de individuos (auto)governables.

reconfiguración de las sociedades intervenidas bajo la tríada liberal: identidad individual (subjektivación de los sujetos en tanto individuos), democracia liberal y economía capitalista de libre mercado.

Ha sido frecuentemente afirmado que el compromiso de los regímenes liberales con la promoción de la paz es una ficción ideológica, y que la búsqueda de la promoción de los derechos de la humanidad es un asunto de pura hipocresía. En este sentido corre cierta lectura schmittiana del liberalismo, pues, como se afirmó en el Capítulo 2, Schmitt sostenía que los liberales (en tanto actores) hacían política ocultándola (deliberadamente). Se comprende, entonces, que sostuviera junto a Pierre-Joseph Proudhon que “(q)uien dice humanidad, quiere engañar” (Schmitt, 2006: 73). Siguiendo al jurista alemán, Chris Brown afirma que Washington pone en práctica una “forma de gobierno que es más efectiva que el imperio tradicional porque no implica los costos administrativos tradicionales, pero es también más hipócrita, porque niega su propia naturaleza, pretendiendo ejercer poder sólo por los intereses de otros” (2007: 61).

Esta última lectura es compartida por gran parte de los analistas de las RRII y se sostiene básicamente en el hecho de que ese tipo de intervenciones no son universales, es decir que sólo se interviene allí donde existen intereses materiales. Suele citarse entonces el caso de Ruanda en donde Occidente no intervino para detener un genocidio. Tal lectura está justificada, aunque debería citarse el antecedente en Mogadiscio en 1993 cuando, en el marco de la intervención a Somalia, dos helicópteros UH-60 estadounidenses fueron derribados, con un saldo de 19 soldados norteamericanos muertos. Sin embargo, en lugar de preguntar por qué no se intervino allí, también podría preguntarse por qué sí se intervino en Somalia o en Timor del Este o en Cambodia. Además, no son sólo los Estados los que sostienen dicho discurso, sino, sobre todo, los organismos internacionales, tales como la ONU. Aquí también podría argumentarse que estos están controlados por las potencias occidentales e incluso puede acordarse con esa afirmación. No obstante, esos argumentos no cambian lo que se sostiene aquí, pues las justificaciones continúan estando ligadas a la democracia y a los Derechos Humanos (de primera generación).

Desde aquí se acuerda con Reid, quien afirma que para comprender la naturaleza de las relaciones entre los regímenes liberales y la guerra, es insuficiente desear sus compromisos con la promoción de la paz y el ideal de la humanidad

común simplemente como dispositivos retóricos que disfrazan las motivaciones estratégicas ocultas, generalmente conducidas por *ambiciones materiales*<sup>98</sup> (2006: 5).

En este último sentido, el discurso que enmarca a las guerras no es meramente retórico, ideológico o superestructural. Tal como se vio al principio de la tesis, la concepción epistemológica del discurso que se maneja en el presente trabajo supone que el discurso es performativo, es decir, que es material y, por lo tanto, tiene efectos sobre la realidad.

A modo de ejemplo, la TPD, cuya genealogía puede rastrearse hasta *La paz perpetua* de Kant, funciona en la actualidad como un discurso que sostiene muchas de las guerras que lleva a cabo Estados Unidos (u Occidente en tanto entidad construida) y, específicamente para el tema que compete al presente trabajo, sostuvo tanto la intervención en Afganistán como aquella en Irak. Y es importante tomar en cuenta que las fuertes críticas que ambas recibieron (sobre todo la de Irak) no estuvieron ligadas a la imposición de la democracia en dicho espacio político, sino al proceso a través del cual ésta se llevó a cabo. En otras palabras, la crítica a la intervención en Irak fue más de forma que de contenido. Y esto pudo observarse, tanto en las discusiones entre demócratas y republicanos al interior de Estados Unidos como en las posiciones políticas de los países europeos (Krauthammer, 2004).

Con respecto a las últimas intervenciones que tuvieron lugar (Libia) o que se están discutiendo al momento de redacción de la presente tesis (Siria), existió una interesante discusión entre académicos y políticos latinoamericanos y europeos. Mientras los primeros defienden las prácticas intervencionistas como un “mal necesario” para “liberar” a los pueblos, los segundos las atacan, defendiendo sobre todo el principio de no-intervención. Dando cuenta de este debate, Elizabeth Carvalho (2012), señala que mientras los intelectuales europeos ponen mayor atención a cuestiones morales y principistas, los latinoamericanos hacen lo propio con las cuestiones geopolíticas. Como puede verse a través de este último ejemplo, tanto el discurso de la autora como el de los intelectuales europeos es el mismo. Ambos suponen que la democracia (liberal) es homologable a la libertad de los individuos, valor que, también ambos, privilegian. Puede traerse a colación,

---

<sup>98</sup> Las cursivas fueron añadidas, para señalar, de pasada, la concepción materialista que predomina en la disciplina.

como último argumento de lo que estamos sosteniendo, palabras de Bush en las que el Presidente estadounidense también homologa libertad y democracia (liberal): “El éxito de la democracia iraquí enviará las noticias desde Damasco a Teherán, de que la libertad puede ser el futuro de cada nación”<sup>99</sup>. Al respecto, se presentará un mayor desarrollo en el próximo capítulo.

El hecho de pensar que el discurso democratizante oculta algún otro oscuro interés, no sólo concibe al primero como un elemento distinto a la realidad (cuestión que podría rotularse de meramente epistemológica), sino que supone que la instauración de la democracia por todo el globo sería efectivamente lo mejor que pudiera ocurrirle a la Humanidad. De esta manera, ese pensamiento (que también es discurso) ya está capturado por los mecanismos de ejercicio del poder del liberalismo y forma parte del modo de legitimación de las guerras liberales, que serán tratadas en el siguiente apartado. En síntesis, lo que se está afirmando es que el objetivo explicitado de instalar la democracia liberal en distintas zonas del mundo no es un mero ejercicio retórico que oculta otros intereses: es un modo de gobierno liberal que busca constituir individuos (auto)governables. De esta manera, la instauración de la democracia no está pensada como imperativo moral, sino como tecnología de gobierno. De allí, entre otras cosas, el hecho de que la religión, en tanto identidad comunitaria, se presente como resistencia y blanco de esta práctica.

En resumen, “(l)os discursos de la guerra son, quizá, tan potentes políticamente como la guerra en sí misma” (Jabri, 2010: 22). Pues estos forman subjetividades y dan derecho de palabra a unos en tanto se lo quitan a otros. En este sentido, no hay que entender el despliegue del liberalismo a nivel mundial desde la perspectiva del progresismo liberal que ve en el fin de la Guerra Fría “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano” (Fukuyama, 1989: 6-7), instando a que se acaben las “pretensiones ideológicas de representar formas diferentes y más elevadas de sociedad humana”

---

<sup>99</sup> CASA BLANCA (2004). “Mensaje radial del Presidente”, (01/05/2004). (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia. También: “Algunos observadores cuestionan la durabilidad de la democracia en Irak. Subestiman el poder y el llamado de la libertad (...) Es verdad que las semillas de la libertad recién han sido sembradas en Irak, pero la democracia, cuando crece, no es una flor frágil; es un saludable, macizo árbol” (CASA BLANCA (2005). “El Presidente discute la Guerra contra el Terror en *National Endowment for Democracy*”, (06/10/2005). Online, consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia).

(Fukuyama, 1989: 23). Hay que entenderlo, en cambio, en sus capacidades para no sólo presentarse como el promotor del bienestar de la humanidad, sino para constituir las concepciones prevalecientes de lo que significa ese bienestar, para constituir los intereses y deseos de hombres y mujeres que pueblan el mundo. Y la guerra, el ejercicio de la violencia organizada, también funciona constituyendo ese discurso y constituyendo, por tanto, subjetividades propias y ajenas.

Por otra parte, las guerras liberales son guerras llevadas a cabo en nombre de la población mundial, y su objetivo es no sólo la supervivencia, sino el mejoramiento de la vida de la humanidad. Dicho mejoramiento se sostiene sobre una escala jerárquica de valores en la que la forma de vida más elevada es la forma practicada por el portador del discurso. Como se dijo en los anteriores capítulos, el liberalismo tiene una lógica expansiva e integracionista, es decir que permite y alienta el ingreso a dicho mundo. Esto no significa que no existan las exclusiones, pero sí que estas últimas se expresan de distintas formas y que son efectuadas a través de distintos mecanismos. En efecto, aquellos que se resisten a ser constituidos de acuerdo a los parámetros liberales (y aquí no sólo tenemos a Estados tales como Irán, sino también a comunidades enteras que rechazan la idea de transformar sus lazos que los unen en tanto colectivo –v.g. religiosos- por lazos que hacen lo propio, pero en tanto individualidades), son declarados enemigos, pero ya no enemigos políticos, sino enemigo de la humanidad. Y ya que en el gobierno liberal se trata precisamente de alentar la vida de esta última, existirá no sólo la posibilidad, sino la necesidad de exterminarlos.

El camino de las guerras westfalianas (guerras limitadas entre Estados mutuamente reconocidos como iguales y legítimos) a las guerras liberales que serán definidas seguidamente, tuvo idas y vueltas y aún hoy se pondría en evidencia que ambos tipos de guerras conviven, si, por ejemplo, aconteciera un enfrentamiento armado entre China y Estados Unidos. Sin embargo, debe recordarse que la guerra dejó de ser considerada un instrumento político para intentar su eliminación. Las guerras de agresión, tal como fueron definidas por la Carta de las Naciones Unidas, fueron prohibidas. En cambio, se aceptaron las guerras defensivas y, paulatinamente, sobre todo a partir del fin de la Guerra Fría, las “intervenciones humanitarias”. Éstas pasaron de ser una alternativa a ser una obligación

bajo el documento “Responsabilidad de proteger” (RDP) que, como se vio en el capítulo anterior, intenta legalizar y dar forma a esta figura. A continuación, se presenta un *racconto* sucinto de esta transformación que recorre algunos hitos que dan cuenta de este pasaje.

*De las guerras westfalianas a las guerras liberales.*

El primer momento que puede identificarse como señal de la transformación de la guerra hacia su forma liberal está constituido por ciertos artículos y apartados del Tratado de Versalles de 1919. En su parte VII, en los artículos que van del 227 al 230, se acusa al emperador alemán, Guillermo II de Hohenzollern, de haber cometido actos contrarios “a las leyes y a las costumbres de la guerra”<sup>100</sup>. Hay aquí un cambio importante: hasta ese momento, la guerra era exclusiva responsabilidad de los Estados y era sólo sobre ellos que recaían acusaciones de este tipo. En este caso, el individuo ingresa por primera vez a ser sujeto de derecho internacional en cuestiones de guerra.

El mismo Tratado formaliza la creación de la Sociedad de Naciones (SDN). A través de ésta, los Estados-miembro se someten totalmente a dicha organización respecto a la decisión de hacer la guerra. De esta manera, ceden aquello que en la definición weberiana constituye la soberanía: el monopolio de la violencia legítima. La guerra se encuentra prohibida en el Pacto, con la excepción de aquella que pudiera librar la propia SDN contra aquellos Estados que no respeten sus directivas. Sin embargo, no son únicamente los Estados-miembros los sometidos a este régimen: iguales obligaciones competen a los Estados que sean invitados a participar en sus mecanismos. En pocas palabras, la SDN elimina la guerra como instrumento de política de los Estados.

Cinco años más tarde, esto se reafirma: en el Preámbulo del llamado Protocolo de Ginebra (1924) aparece por primera vez como enunciado el hecho de que la guerra de agresión constituye un “crimen internacional”<sup>101</sup>. Finalmente, en 1928 este ciclo se cierra. El Pacto Kellogg-Briand condena “el recurso a la guerra como instrumento para la solución de controversias internacionales” y los Estados firmantes<sup>102</sup> renuncian a la guerra como

---

<sup>100</sup> *Tratado de Versalles*, parte VII, artículo 228.

<sup>101</sup> *Protocol for the Pacific Settlement of International Disputes* (1924), consultado en mayo 2012, en [www.unhcr.org/refworld/docid/40421a204.html](http://www.unhcr.org/refworld/docid/40421a204.html)

<sup>102</sup> Alemania, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón, Bélgica, Polonia, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Irlanda, India, Checoslovaquia.

instrumento de política nacional y declaran conocer “su solemne deber de promover el bienestar de la humanidad”<sup>103</sup>. El estallido de la Segunda Guerra Mundial puso en evidencia que la SDN y el Pacto Kellogg-Briand habían perdido vigencia. No obstante, es importante reparar en los significantes que emergieron y en el tipo de concepción de la guerra que, a partir de entonces, comenzó a instaurarse.

El proceso histórico reseñado hasta aquí trastoca el significado de la guerra con respecto a aquél prevaleciente durante la época de la razón de Estado. Tal como lo observa Schmitt, este trastocamiento sucede junto a la aparición de nuevos medios de destrucción: la aviación transforma la guerra en una guerra de destrucción, pues, a diferencia de las guerras terrestres y marítimas que eran guerras de botín, el lanzamiento de bombas desde el espacio aéreo no tiene más sentido que la destrucción (2005). El desarrollo de las armas atómicas no va a hacer más que aumentar el poder de destrucción de los Estados poseedores de las mismas.

Los cambios supusieron –y esto fue de fundamental importancia- transformaciones en la dimensión espacial. Algo se ha dicho de esto en el capítulo anterior. En éste, se analizará el modo en que dichas transformaciones generaron cambios en el modo de hacer y concebir la guerra. Según Schmitt, lo que fue denominado en el capítulo anterior como régimen de la razón de Estado logró una acotación de la guerra, una delimitación de la misma en Europa (2005). Esto fue posible, según el jurista alemán, por la diferenciación de los espacios, diferenciación que el liberalismo como régimen de gobierno habría anulado. En efecto, el debilitamiento de los Estados supuso la eliminación de las líneas de diferenciación prevaleciente durante Westfalia. Para Schmitt, la acotación de la guerra en Europa fue posible debido a una ordenación concreta del espacio que implicaba un equilibrio entre los Estados territoriales del continente europeo en su concierto con el imperio marítimo británico y sobre el fondo de inmensos *espacios libres* (América). De este modo, la guerra era limitada en Europa, pero el continente americano ofrecía un amplio terreno en el que medir las fuerzas, pues allí no existía la juridicidad: el estado de naturaleza hobbesiano estaba restringido a dicho continente. En Europa, en cambio, las guerras se daban entre Estados que se consideraban con los mismos derechos y

---

<sup>103</sup> *Kellogg-Briand Pact* (1928).

obligaciones. Esto traía como consecuencia una “humanización de la guerra”<sup>104</sup> y el establecimiento de fronteras claras y distintas entre enemigo y criminal. De allí que con el enemigo se pudiera firmar armisticios que implicaban una finalización formal de la guerra.

Todo esto suponía, por un parte, el tratamiento del enemigo de guerra como enemigo político, es decir, como sujeto del cual depende también la identidad política propia, y, por otra, la limitación de las guerras espacio y temporalmente (lo que, como se verá, en la GGT resultó imposible). Asimismo, ya que los contendientes eran considerados como iguales, existía la posibilidad de la neutralidad en las guerras, lo cual en lo que Schmitt denomina como “guerras discriminatorias”, en las que uno de los dos contendientes es considerado como estando fuera de la ley, es imposible (2005). En la idea de igualdad jurídica de los Estados radica, por lo tanto, la imposibilidad del retorno a la concepción medieval de la guerra justa, pues, si uno de los dos contendientes librara una guerra justa, la del otro sería, por definición, injusta; y eso supondría el establecimiento de una jerarquía moral entre los Estados. Por el contrario, la igualdad de los Estados conduce a que ya no la guerra, sino los enemigos sean considerados justos; y lo serán siempre que sean Estados. “Esto evitaba las guerras de convicción, credo y religión (es decir, basadas en la *iusta causa*) que había conducido históricamente a la guerra ilimitada que había buscado la aniquilación del enemigo” (Odysseos, 2008: 22).

El concepto de guerra justa es defendido por Michael Walzer (2006) al plantear que las guerras son necesarias bajo ciertas circunstancias. El autor utiliza como ejemplo el caso de la guerra contra el nazismo y asevera que, de no haberse llevado una guerra de aniquilación contra dicho régimen, el futuro de la humanidad se hubiese visto comprometido. De este modo, la victoria aliada sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial no es vista como una victoria bélica en términos tradicionales, sino como la aplicación de derechos naturales de la humanidad. “(É)stas son conquistas en las cuales las víctimas, los vencidos, son ‘tiranos’, y la única ‘vencedora es la verdad; una verdad que no está sujeta a juicio moral o legal, porque esta verdad es ella misma la moralidad y la ley” (Schnur, citado en Odysseos, 2008: 31). De esta manera, se ahistoriza y, por tanto, se

---

<sup>104</sup> Debido a sus supuestos antropológicos, Schmitt pensaba que la guerra era un mal que no podía erradicarse.

despolitiza un discurso que no es moral, sino político; un discurso político sobre la humanidad que aún da forma al pensamiento liberal global.

Como se sostuvo en el capítulo anterior, la Guerra Fría bloqueó el despliegue del gobierno liberal mundial. De este modo, las guerras durante el conflicto que enfrentó a la Unión Soviética y a Estados Unidos se constituyeron como guerras westfalianas, pensadas como instrumentos para debilitar al oponente, en las que los límites territoriales eran de fundamental importancia.

La primera guerra que tuvo lugar luego de la caída-del-muro-de-Berlín fue la llamada Guerra del Golfo<sup>105</sup>. Desde la perspectiva que aquí se maneja, ésta fue la última guerra westfaliana (hasta el momento), pues fue una guerra llevada a cabo en defensa de la soberanía de un Estado (Kuwait) y en la que no se propuso un cambio de régimen que supusiera la implantación de la democracia liberal, más allá de las razones posibles de esta negativa<sup>106</sup>. Los rasgos intervencionistas propiamente liberales comenzaron después de la guerra. En 1991 y 1992, Estados Unidos y Gran Bretaña establecieron unilateralmente dos zonas de exclusión aérea patrulladas por sus fuerzas con el objetivo de defender a las poblaciones shiítas y kurdas de posibles ataques por parte del gobierno sunnita de Saddam Hussein. Por otro lado, el 31 de octubre de 1998, el Congreso estadounidense aprobó el “Acta de Liberación de Irak”. A través de ésta, el gobierno reemplazaba la política de doble contención anunciada en mayo de 1993 y dirigida tanto a Irak como a Irán, y afirmaba “apoyar esfuerzos para remover al régimen” y “promover la emergencia de un gobierno democrático”<sup>107</sup> en su lugar. El objetivo de este movimiento era la protección de la seguridad de Estados Unidos<sup>108</sup>. De esta manera, el Acta se montaba por completo sobre la TPD, teoría que supone que un mundo de democracias liberales será un mundo en el que la paz reinará permanentemente.

---

<sup>105</sup> A pesar de que, años más tarde, con la invasión de Estados Unidos a Irak durante el período que se analiza en la presente tesis, se la denominó Primera Guerra del Golfo, ésta fue la segunda. La primera tuvo lugar entre los años 1980 y 1988 y enfrentó a Irak contra el Irán revolucionario.

<sup>106</sup> Ver al respecto, Martín Muñoz, 2003; Baxter y Arbakzadeh, 2008; Brzezinski y Scowcroft, 2008, entre otros.

<sup>107</sup> CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS (1998), “Acta de liberación de Irak”. (Online), consultado en abril 2010, <http://fl1.findlaw.com/news.findlaw.com/hdocs/docs/iraq/libact103198.pdf>. Traducción propia..

<sup>108</sup> En este sentido, este movimiento se asemejó a algunos propios de la Guerra Fría, por ejemplo, los de instauración de regímenes autoritarios como sucedió en Chile en 1973. La diferencia radica en que, en este caso, el cambio de régimen apuntaba a la instauración de una democracia liberal y, por lo tanto, se encontraba plenamente sostenido sobre teorías liberales de las RRII.

Como puede notarse, según este documento la instauración de la democracia en el país mesopotámico no tenía como objeto a la población iraquí. Este no fue el caso de la intervención en Somalia en 1992 decretada por medio de la Resolución 794 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que autorizaba el uso de “todos los medios necesarios” para crear un medio seguro para la provisión de ayuda humanitaria<sup>109</sup>. Si bien la ONU identificó como objetivo de sus políticas intervencionistas a la población somalí, el papel fundamental jugado por el ejército de Estados Unidos entonces tuvo más que ver con el objetivo que se había planteado la administración Bush de instaurar un nuevo orden mundial basado sobre la legalidad internacional, con la ONU como su eje, que con la “seguridad humana”. Este último motivo se presentaría con toda su fuerza al momento de la intervención en Kosovo en 1999. La operación “Restaurar la esperanza” tenía como objetivo, en palabras del entonces Presidente George H. Bush, “crear el ambiente seguro como condición inescapable para que las Naciones Unidas provean la ayuda humanitaria y promuevan la reconciliación nacional y la reconstrucción económica”.

El rol de la ONU y el predominio de las razones humanitarias por sobre el respeto al principio de la soberanía se pondría del todo de manifiesto con motivo de la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en Kosovo. La organización noratlántica se encontraba fuertemente dividida en torno a la necesidad de intervención en la zona balcánica en ebullición. Kofi Annan, entonces Secretario General de las Naciones Unidas, entró al debate y en su mensaje anual a la Asamblea General afirmó que “las fuerzas de la globalización y de la cooperación internacional” habían redefinido la soberanía estatal. Y continuó:

(E)l Estado es ahora entendido como sirviente de su pueblo y no viceversa. Al mismo tiempo, la soberanía individual –y por esto quiero decir los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos y cada uno de los individuos, tal como están consagrados en nuestra Carta- ha sido alentada por una renovada conciencia del derecho de cada individuo de controlar su destino (citado en Bellamy, 2008: 426)

Como puede verse, con estas trascendentes palabras Annan ponía de manifiesto el cambio en la configuración de las relaciones de poder a nivel mundial. Más allá de que exista la posibilidad real de la instrumentalización de este discurso con vistas a satisfacer intereses materiales, su sola emergencia da cuenta de una profunda transformación en el

---

<sup>109</sup> CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS (1992), Resolución 794: “Somalia”.

modo de gobierno mundial y, por lo tanto, y debido a lo que se ha sostenido hasta aquí, en el modo de hacer la guerra.

Tal como fue planteado en el capítulo anterior, la tensión entre soberanía y libertad individual permanece irresuelta. Es decir que plantear el desarrollo del liberalismo como modo de gobierno a nivel mundial y suponer un modo de hacer la guerra que le corresponde, no implica descartar absolutamente las guerras westfalianas o los intereses geopolíticos o los análisis realistas. Es otra perspectiva la que se plantea, mirar desde otro lado, formular otras preguntas que no toman la forma del por qué y, por tanto, no exigen respuestas mono causales. Más bien, son preguntas que interrogan acerca del cómo, ligadas a los modos de constitución de subjetividades propias y ajenas en el ejercicio del poder a nivel mundial, suponiendo que este último sólo es posible a través de la constitución de las primeras. Ya que es consumidor de libertad, el liberalismo como racionalidad de gobierno precisa la constitución de sujetos individuales libres (auto)gobernables, precisa desatarlos de cualquier otro modo de identidad (religiosa, partidaria, nacional, de clase, etc.) y atarlos únicamente a sus intereses particulares.

En palabras de Dillon y Reid,

nada de esto implica que no haya otras formas de guerra. Nada de esto implica que los Estados liberales no puedan también actuar como actores geopolíticos soberanos. Lo hacen, y al hacerlo también pueden tener motivos geopolíticos para las guerras que emprenden. Nada dicta que, al igual que las diferentes relaciones de poder, diferentes formas de guerra no puedan también coexistir al mismo tiempo (2009: 84)

Por lo tanto, aquí no se considera que los Estados hayan desaparecido o que exista alguna tendencia hacia ese movimiento (y el retorno de la multipolaridad, cuanto menos a nivel económico, lo demuestra), pero sí que la soberanía como tal se ha debilitado, sobre todo, a partir del fin de la Guerra Fría. El Estado puede conservar su forma y, sin embargo, ver disminuida su función soberana a favor de la homogeneización de su contenido: instauración del modelo socio-económico neoliberal, de la democracia liberal y de la primacía del individualismo. Las teorías liberales que ponen el acento en y que desean el fin de los Estados, por considerarlos las fuentes de todos los males de este mundo, tienden a menospreciar el rol que el uso de la fuerza juega en el gobierno liberal mundial como modo constituyente de las sociedades liberales. Pero tal como recuerda Jabri:

Que el Estado moderno democrático liberal surgió principalmente de los escombros de la guerra y fue construido sobre la gradual pacificación de poblaciones dispares que fueron la base sobre

las que las instituciones liberal-democráticas evolucionaron es, quizás, un modelo histórico que de primera mano parece prestarse a la escena contemporánea (2011: 157).

La disciplina foucaultiana, fundamentalmente analizada en *Vigilar y castigar*, como técnica de gobierno, también forma parte del biopoder, cuyo marco, como dijimos, es el liberalismo. Disciplinar la vida, antes de multiplicarla. Multiplicar cierta forma de vida, integrar en ésta formas diferentes en un movimiento centrífugo infinito, supone, en primer lugar, la constitución de determinados tipos de subjetividades y, asimismo, la aniquilación de aquéllas no adaptables. De este modo, los Estados liberales también utilizan la violencia como instrumento político, pero con objetos, objetivos y mecanismos distintos a aquéllos predominantes durante el régimen de la razón de Estado. De allí que la guerra, tal como se sostuvo hasta el momento, haya cambiado tanto en el plano discursivo como en aquél no discursivo.

### 3. Guerra y liberalismo

*Con el fin de la Guerra Fría llegó la inauguración de una nueva concepción de la guerra, una que buscaba invocar a la humanidad en sus discursos de justificación. La propia construcción de esta forma de guerra como 'liberal' le adjunta un cierto significado normativo; que la guerra, cuando es llevada a cabo por determinados Estados, es una fuerza globalmente progresiva. La intervención en tierras distantes sería llevada a cabo en lo sucesivo en pos de la protección de otras poblaciones, aquéllas que se encuentran bajo amenaza por sus propios paisanos y gobiernos, requiriendo protección y rescate en el nombre de la responsabilidad internacional y los derechos humanos*  
(Jabri, 2011: 94)

En los capítulos anteriores el liberalismo fue definido por su objeto, sus objetivos, sus mecanismos de intervención y su relación con la espacialidad, siempre teniendo en su centro un cierto tipo de libertad (de allí su nombre). En el último, se hizo énfasis en sus diferencias con respecto al régimen de la razón de Estado. En el presente, se mantiene dicha estructura. Por lo tanto, las guerras liberales son determinadas por su objeto (la vida de la población), su objetivo (el mejoramiento de la misma), sus mecanismos de intervención (intervención en el marco) y su relación con la espacialidad (borramiento de las fronteras). Si bien el movimiento de la guerra supone una relación de violencia tal como fue definida por Foucault (ver Introducción al presente capítulo), la libertad aparece como su

objetivo<sup>110</sup>. En este sentido, el mejoramiento de la vida de la población está vinculado a constituir subjetivamente a dicha población bajo la forma de individuos libres<sup>111</sup>. Asimismo, las guerras liberales son definidas contra el fondo de las guerras westfalianas, teniendo en cuenta su objeto (el Estado), sus objetivos (la supervivencia/el aumento del poder del mismo), sus mecanismos de intervención (inexistencia de intervención en el frente doméstico del Estado enemigo) y su relación con la espacialidad (respeto de las fronteras existentes). Por último, y como pie para comenzar a tratar específicamente la cuestión del racismo, se esbozarán las características del enemigo al que se enfrenta en las guerras liberales (enemigo absoluto/inhumano), comparándolo con aquél de las westfalianas (enemigo político). Este tema será desarrollado plenamente en el próximo capítulo.

#### **a. El nuevo objeto de las guerras: la vida de la población mundial.**

Como se afirmó más arriba, el objeto de las guerras se ha modificado. Las guerras de la razón de Estado se libraban en nombre de la defensa nacional y del mantenimiento del equilibrio internacional, invocando al Estado como objeto de referencia principal en la política internacional; las guerras liberales, por su parte, se libran en nombre de la defensa de las poblaciones. Afganistán, en un sentido<sup>112</sup>, Irak y Libia son tres ejemplos del siglo

---

<sup>110</sup> Como se afirmó anteriormente, esto se realiza a través de un rodeo discursivo que homologa a la libertad con la democracia (liberal). Es interesante notar aquí también cómo esta homologación y este discurso se mantienen en dos administraciones que son presentadas, en la mayoría de los casos, como contrapuestas. En el contexto de la invasión a Irak, el Presidente George W. Bush afirmaba: “El éxito de la democracia iraquí enviará las noticias desde Damasco a Teherán, de que la libertad puede ser el futuro de cada nación” (CASA BLANCA (2004), “Mensaje radial del Presidente”, 01/05/2004. (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia). En el marco de la intervención en Libia del año 2011 que terminó con el gobierno de Muammar Gaddafi, el Presidente Barack Obama sentenciaba: “La libertad está en el aire. Y la democracia está emergiendo en países que por generaciones no conocieron otra cosa que el gobierno autoritario” (CASA BLANCA (2011), “Remarks by Vice President Joe Biden in Chisinau, Moldova”, 11/03/2011. (Online), disponible en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov), consultado en mayo 2011. Traducción propia).

<sup>111</sup> Tal como sostiene Balibar, el individualismo se presenta como el mejor modo de subjetivación: “Esta presencia latente de la cuestión jerárquica (...) se expresa hoy especialmente en la prevalencia del modelo individualista: las culturas implícitamente superiores serían aquéllas que valorizan y favorecen la empresa ‘individual’, el individualismo social y político, en oposición a aquéllas que lo inhiben” (1991: 43).

<sup>112</sup> Si bien la guerra contra el Afganistán de los talibán se libró en términos de auto-defensa, como respuesta a los atentados del 11-S, siendo acompañada por la invocación del artículo 5 de la OTAN, el cambio de régimen propuesto en los Acuerdos de Bonn (2001), por los cuales se dispuso el proceso hacia la formación del nuevo gobierno, tenía como objetivos terminar el conflicto afgano, lograr la reconciliación nacional y hacer respetar los derechos humanos (CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS (2001),

XXI que responden a estas características. Las poblaciones se transforman en blancos de las guerras liberales. Y esto en dos sentidos: por un lado, su defensa es causa de la guerra; por otro lado, son sus víctimas (ya que muchas de las muertes son muertes civiles). Esto es producto de la transformación en la espacialidad de la guerra y del borramiento de fronteras que ésta supone. Sobre esto se versará más adelante. Jabri, Dillon y Reid coinciden en afirmar que el rasgo particular de las guerras liberales, aquello que las define es “matar en el nombre de la humanidad” (Jabri, 2010: 131) y “matar para hacer vivir” (Dillon y Reid, 2009).

El documento RDP, al cual se hizo referencia en el capítulo anterior y que se está intentando incorporar al *corpus* jurídico internacional, busca, precisamente, legalizar el hecho de que la humanidad haya devenido objeto de la guerra. Siguiendo con las afirmaciones respecto a la concepción del discurso sostenida en esta tesis, la emergencia de este documento formalizador es resultado de los cambios en la práctica discursiva con respecto a los conflictos bélicos. La figura de la RDP que apareció en repetidas oportunidades antes, durante y luego de la intervención en Libia de 2011, es resultado de la búsqueda de un “consenso global” respecto a la “intervención humanitaria”.

La RDP conlleva tres responsabilidades: 1) la responsabilidad de prevenir<sup>113</sup>, atacando las causas del riesgo que corren las poblaciones; 2) la responsabilidad de reaccionar, respondiendo a las situaciones en cuestión con “medidas apropiadas, que pueden incluir medidas coercitivas (...) y, en casos extremos, la intervención militar”<sup>114</sup>; 3) la responsabilidad de reconstruir, actuando sobre las causas que generaron la desprotección de la población. Este último punto, combinado con la TPD que será tratada en detalle a continuación, abre la puerta a la implantación de regímenes democrático-liberales. El documento fue ratificado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en el año 2005.

---

“Agreement on Provisional Arrangements in Afghanistan Pending the Re-establishment of Permanent Government Institutions (‘Bonn Agreement’”).

<sup>113</sup> Ya se ha puesto de relieve cómo la prevención se presenta como un rasgo temporal propio del liberalismo.

<sup>114</sup> COMISIÓN INTERNACIONAL SOBRE INTERVENCIÓN Y SOBERANÍA ESTATAL (2001), “La responsabilidad de proteger”, Ottawa: International Development Center.

**b. Nuevos objetivos y modos de intervención: mejoramiento, democracia e integración.**

Si el objeto de la guerra en el régimen de gubernamentalidad liberal tiende a dejar de ser el Estado para pasar a ser la población, en tanto parte de un todo más amplio llamado humanidad, sus objetivos también tienen una tendencia a modificarse. En el caso de las guerras westfalianas, estos estaban dirigidos a la supervivencia del Estado o al mantenimiento de un equilibrio de poder a nivel internacional que no la hiciera peligrar. En cuanto a las guerras liberales, el objetivo no se limita únicamente a la sobrevivencia de los Estados ni a la de las poblaciones, sino a su mejoramiento. Como vimos en el sucinto repaso del documento de la RDP, la responsabilidad no se restringe a reaccionar, sino también a prevenir y a reconstruir. Ambas responsabilidades exigen una transformación del medio en el que se desarrolla la vida de las poblaciones. La intervención, como se repitió a lo largo de la tesis, es en el marco. La siguiente cita del entonces Secretario de Defensa de Estados Unidos, Donald Rumsfeld, es gráfica al respecto:

La nación está en guerra con organizaciones terroristas que postulan una amenaza para su seguridad y aquélla de otras sociedades que valoran los principios del auto-gobierno. Frente a esta amenaza, Estados Unidos, bajo el liderazgo de su Presidente, ha trabajado junto a su creciente coalición alrededor del mundo para vencer dicha amenaza y para crear un *ambiente universalmente hostil* a los terroristas que emplean el terrorismo como su arma elegida<sup>115</sup>.

Por lo tanto, la consecución de los objetivos de las guerras liberales exige mecanismos de intervención que actúen en la modificación de dicho marco. Asimismo, el documento analizado habilita que se lleven a cabo guerras preventivas, las cuales, se ha visto, fueron una figura destacada en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos del año 2002.

Prevención, cambio de régimen, gubernamentalización del Estado, forman una serie que se actualizó durante la GGT. Luego de un primer cuestionamiento al accionar de quienes llevaron a cabo el atentado a las Torres Gemelas que encontraba su respuesta en razones tan metafísicas como la “maldad”<sup>116</sup>, la administración Bush puso a jugar una explicación más “sociológica”. La razón de que existieran terroristas que atentaran contra

---

<sup>115</sup> CHAIRMAN OF THE JOINT CHIEFS OF STAFF (2006), *National Military Strategic Plan for the War on Terror*.

<sup>116</sup> CASA BLANCA (2001). “President lunches educational association with muslim nations”, (25/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Estados Unidos apareció vinculada, entonces, a la falta de democracia en Medio Oriente, región de la que provenían no sólo los militantes, sino también su religión. Era, por lo tanto, una razón vinculada al marco de despliegue de las poblaciones mezz-orientales. Así lo entendió también Tony Blair, entonces Primer Ministro británico y principal aliado del Presidente norteamericano: “La amenaza llega porque en otra parte del globo hay sombras y oscuridad, donde no todo el mundo es libre, donde muchos millones sufren bajo dictaduras brutales” (citado en Elden, 2009: 17). Ambas afirmaciones condujeron a la afirmación de que se hacía necesario, entonces, la intervención en el medio en el que se desplegaban las amenazas. El Primer Ministro británico llamó a este modo de intervención, “intervencionismo liberal”<sup>117</sup>.

El discurso liberal extendido coloca a las democracias liberales en un lugar privilegiado para lograr la finalidad de mejorar la vida de la población. En primer lugar, porque considera que dicho régimen de gobierno no vulnera los derechos humanos de los individuos (entendiendo a estos últimos de modo reduccionista, en tanto libertades políticas). En segundo lugar, porque, según se sostiene, las democracias no hacen la guerra entre sí y, por lo tanto, protegen a sus ciudadanos de los sufrimientos que conlleva la guerra. Esta última razón la otorga la TPD, “lo más cercano a una ley empírica en las relaciones internacionales” (Lynn-Jonnes, citado en Bishai y Behnke, 2007: 111). Ésta merece particular atención debido a la incidencia que tiene en las políticas de cambio de régimen cada vez más frecuentes (Afganistán, Irak, Libia) que llevan a cabo las potencias liberales con el beneplácito de los organismos internacionales y que, como se vio, apuntan a la gubernamentalización de los Estados y a la constitución de individuos que puedan ser (auto)governables (libres).

La TPD es una actualización, mediada por una particular interpretación, de la teoría de la paz perpetua de Kant ([1795] 2000)<sup>118</sup>. El filósofo alemán, quien es considerado uno

---

<sup>117</sup> Citado en Garton Ash, 2007.

<sup>118</sup> Una prueba más de que el discurso no son meras palabras a las que se lleva el viento y que la reflexión teórica no es puro goce intelectual abstracto. Al respecto, hoy resuenan las palabras preliminares de Kant a su Tratado: “el autor de estas líneas hace constar que, puesto que el político práctico acostumbra a desdeñar, con orgullo, al teórico, considerándole como un pedante inofensivo, cuyas ideas, carentes de toda realidad, no pueden ser peligrosas para el Estado, que debe regirse por principios fundados en la experiencia; puesto que el gobernante ‘hombre experimentado’, deja al teórico hacer su juego, sin preocuparse de él, cuando se produzca

de los padres fundadores del liberalismo en las RRII y uno de los referentes del Iluminismo, reflexionó en su Tratado acerca de una paz eterna entre los Estados. Imbuido en el discurso de la ilustración y su concepción de la historia como un progreso lineal indefinido, Kant consideró la posibilidad de relegar la guerra al pasado como indicador universal del progreso contra la reacción, de la civilización contra la barbarie, del orden cívico del Estado moderno contra el caos del estado de naturaleza. Para lograr este pasaje, Kant consideraba necesaria la acción de los hombres, el artificio, ya que, sostenía, la guerra forma parte de la naturaleza<sup>119</sup>.

El primer elemento que Kant considera fundamental para la consecución de una paz perpetua es la República porque bajo esta forma es necesario el consentimiento de los ciudadanos para librar una guerra; y, debido a que los costos de tal aventura recaen sobre ellos mismos, argumenta el filósofo alemán, estos se encontrarán poco dispuestos a llevarla a cabo. Este argumento es enarbolado en la actualidad por los defensores de la instauración de democracias liberales en todo el globo<sup>120</sup>. El segundo elemento necesario es la conformación de una sociedad de naciones entre los Estados que deben permanecer independientes, constituyendo arreglos de seguridad colectiva. El tercer y último elemento consiste en el principio de una hospitalidad universal que otorgue a todos los individuos un derecho de ciudadanía mundial. Finalmente, el autor señala que la garantía de la paz perpetua sobre la que teoriza es el comercio mundial que, al contrario que la guerra, acerca y une a los hombres. Sobre este último punto se sostienen los autores liberales que hacen hincapié en la libertad de los mercados como modo de eliminación de las guerras.

Según el economista Ludwig von Mises en 1949,

El liberalismo clásico no construyó ni construye sus esperanzas sobre la abolición de la soberanía de varios gobiernos nacionales (...) Apunta a un reconocimiento general de la idea de libertad económica. Si todos los pueblos devienen liberales y conciben que la libertad económica sirve mejor a sus intereses, la soberanía nacional no engendrará más conflicto y

---

entre ambos un disentiimiento, el gobernante deberá ser consecuente y no temer que sean peligrosas para el Estado unas opiniones que el teórico se ha atrevido a concebir...” ([1795] 2000: 13).

<sup>119</sup> Como nota aclaratoria Kant señala que el pueblo que se encuentra fuera de un estado legal, es decir, en un estado natural, pone en peligro la paz perpetua, lo cual hace necesario que sea obligado a integrarse o a permanecer separado. Se reparará en este comentario más adelante.

<sup>120</sup> A este argumento se puede responder con una frase de Eric Hobsbawm: “Como lo demuestra la experiencia, las democracias requieren enemigos demonizados” (1994: 47). En efecto, precisamente porque la guerra en las democracias supone algún tipo de consenso de la ciudadanía, para lograr el apoyo de ésta es necesario que el enemigo sea construido como un peligro vital.

guerra. Lo que es necesario para hacer una paz durable no son ni tratados ni convenios ni tribunales internacionales y organizaciones como la Liga de Naciones o su sucesora, las Naciones Unidas. Si el principio de la libre economía es aceptado universalmente, tales improvisaciones son innecesarias; si no es aceptado, son fútiles (citado en Navaris, 2008: 34)

También el ex Presidente estadounidense Harry Truman era partidario de la “paz económica”. Tal como afirmó en un discurso en la Universidad Baylor en marzo de 1947, un sistema de comercio abierto era uno de los “puntales de nuestros planes para la paz”<sup>121</sup>.

La actualización de la teoría de la paz perpetua bajo la forma de la TPD que tuvo lugar durante la década del 70 del siglo pasado, en el marco del despliegue del neoliberalismo, ensambla democracia y libre mercado, tal como lo planteara Kant. Esta aserción, sostenida sobre la teoría liberal de las RRII que coloca en el centro de sus reflexiones la naturaleza de los regímenes domésticos y que volvió a cobrar fuerza a partir del fin de la Guerra Fría (Gheller, 2010), se encuentra sostenida sobre la observación de que los Estados liberales democráticos no se hacen la guerra: “Es un argumento simple: cuanto más se extirpe la diferencia, más se extirparán las fuentes de la enemistad” (Dillon y Reid, 2009: 48).

La política de la administración Bush se sostuvo sobre la TPD, sobre todo a partir del establecimiento de la “estrategia de la libertad” mediante la cual se buscó establecer una ruptura con la política histórica del país norteamericano hacia Medio Oriente. Si las anteriores administraciones habían aceptado el *status quo* de gobiernos autoritarios en pro de la estabilidad en Medio Oriente, la administración Bush leyó en los atentados del 11-S el fracaso de dicha política para la seguridad “mundial”. Se propuso, entonces, anteponer la libertad a la estabilidad, para lograr, de este modo, una región más estable a largo plazo. De esta manera, se abandonaba la política de la contención propia de la Guerra Fría a favor de la guerra preventiva (Little, 2008). Esta política fue denominada por Condoleezza Rice “realismo único americano” (“*american uniquely realism*”) y se presentaba como una fórmula superadora de los debates entre realistas e institucionalistas en torno a los valores e intereses. En este caso, ambos coincidían, pues la exportación del valor de la libertad a través de la implantación de la democracia cumplía la función de generar seguridad al

---

<sup>121</sup> Harry S. Truman (1947), “Address on Foreign Economic Policy”, Baylor University. (Online), disponible en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12842>, consultado en noviembre de 2012.

“mundo civilizado” (Rice, 2008): “La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos estará basada en un internacionalismo claramente americano que refleje la unión de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. El objetivo de esta estrategia es ayudar a hacer el mundo no sólo más seguro sino mejor”<sup>122</sup>.

La adscripción por parte de la administración Bush a la TPD se basaba en una lectura histórica que se centraba en la Segunda Guerra Mundial y en las revoluciones democráticas que siguieron a la Guerra Fría. Se sostenía que la instauración de democracias en Alemania y en Japón y en las ex repúblicas soviéticas de Europa del este, había hecho de estos enemigos, aliados: “La historia ha probado que las democracias son países pacíficos. La historia ha probado que la democracia y la libertad tienen la capacidad de convertir a enemigos en aliados”<sup>123</sup>. De esta manera, se concluía que “(l)as naciones libres no libran guerras de agresión; no otorgan refugio seguro a terroristas para atacar a otras democracias. Las naciones libres son naciones pacíficas”<sup>124</sup>.

Lo que está en juego en la TPD es el significado de democracia que se maneja, aunque desde dicha teoría se la plantea como una noción de un único sentido. En efecto, dado que es un concepto político por excelencia, el término democracia forma parte de una lucha por éste. Y el que se le da desde los países exportadores de la misma es aquél de democracia liberal: gobierno representativo más libre mercado. En palabras de la entonces Secretaria de Estado, Hillary Clinton, en el marco de los levantamientos en los países árabes: “No es sólo la reforma política lo que es importante aquí –y quiero enfatizar fuertemente este punto- lo es también el cambio y la reforma económica, y estamos muy, muy enfocados en ello. Es clave para el éxito de estas transiciones a gobiernos representativos y receptivos”<sup>125</sup>.

---

<sup>122</sup> CASA BLANCA (2002), *The National Security Strategy of the United States of America*, Washington D.C., p.1.

<sup>123</sup> CASA BLANCA (2005), “President Encourages Renewal of Patriot Act Provisions”, (20/07/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>124</sup> CASA BLANCA (2006), “President Discusses Progress in War on Terror to National Guard”, (09/02/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>125</sup> CASA BLANCA (2011), “Briefing by National Security Advisor Tom Donilon and Deputy National Security Advisor Ben Rhodes on Libya and the Middle East”, (10/03/2011). (Online), disponible en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov), consultado en mayo 2011. Traducción propia. El apoyo de la administración Obama al despliegue del neoliberalismo a nivel mundial también es evidente en esta alocución en el Egipto post Hosni Mubarak: “el crecimiento de Egipto a largo plazo no depende del empleo del gobierno sino del empleo en el sector privado. Entonces cuanto más inversión extranjera directa podamos ayudar a alentar y apoyar, creemos

Esta concepción de la democracia quedó en evidencia con la GGT. Por un lado, la intervención a Irak del año 2003 supuso la instauración de una forma de gobierno democrática combinada con la apertura total de la economía iraquí. Para llevar a cabo este movimiento, la APC impuso una serie de órdenes de índole económica a las que se ha hecho referencia en el capítulo anterior. Para aumentar el atractivo de Irak como territorio de inversiones para los capitales extranjeros, las huelgas fueron prohibidas y los derechos a la sindicalización fuertemente restringidos. La política de libre comercio que se impuso de esta manera resultó en un colapso de todos los controles de frontera y, por tanto, en una caótica expansión de las importaciones. Finalmente, la APC reconoció la deuda contraída por Saddam Hussein como deuda legítima<sup>126</sup>.

Por otro lado, el proyecto del “Gran Medio Oriente”<sup>127</sup> delineado durante la administración Bush suponía el establecimiento de sociedades democráticas a lo largo y a lo ancho de dicha región. Desde una visión de alto contenido neoliberal, las sociedades democráticas a implantarse no estarían basadas en los respectivos Estados, sino en la “creatividad” de los individuos alentada por su actuación en un marco de economía de libre mercado fuertemente desregulada y la práctica de la religión de forma individual. Por último, el proyecto de establecimiento de una zona de libre comercio entre Estados Unidos y Medio Oriente en el marco de la intervención en Irak “eliminaría el rencor” de la región y aumentaría la seguridad. En palabras de Bush: “A largo plazo, la expansión de la libertad a

---

que será beneficioso para el pueblo egipcio” (DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS (2011), “Remarks with Egyptian Foreign Minister, Nabil Al-Araby”, (15/03/2011). (Online), consultado en abril 2012, en [www.state.gov](http://www.state.gov)). Si se hace hincapié en los enunciados de la administración Obama es para remarcar la continuidad en las políticas, lo que prueba que no es una cuestión ideológica la que está en juego, sino una determinada racionalidad de gobierno, aplicada a nivel mundial.

<sup>126</sup> Más tarde, en noviembre de 2004, cuando la resistencia al gobierno interino liderado por Ayad Allawi y formado por la APC creció, Estados Unidos se vio obligado a comenzar negociaciones con el Club de París. Esta institución condonó un 80% de la deuda de Irak con ella, aduciendo que, de otro modo, la economía iraquí resultaba insostenible. La deuda de Irak con el Club de París era de 40 mil millones de dólares, mientras que la deuda externa general ascendía a 130-140 mil millones de dólares. Bajo el acuerdo, 30% de la deuda fue condonada inmediatamente. Otro 30% lo fue en diciembre de 2005, luego de que Irak aceptara llevar a cabo un programa de reforma dirigido por el Fondo Monetario Internacional (FMI). El último 20% fue cancelado en diciembre de 2008, luego de que se considerara que Irak había respetado su programa con el FMI durante tres años.

<sup>127</sup> La expresión “Gran Medio Oriente” (“*Greater Middle East*”) fue utilizada en el marco de la “Iniciativa para el Gran Medio Oriente” lanzada por la administración norteamericana en el marco de la Cumbre del G-8 que se realizó en Sea Island, Georgia, en el año 2004, y abarcaba a los países comprendidos entre Marruecos y Pakistán, incluyendo a las ex repúblicas soviéticas de Asia Central.

través del mundo es la mejor garantía para la seguridad del mundo. La libertad es el camino hacia la paz”<sup>128</sup>.

De esta manera, se impone una nueva norma *a priori*, un nuevo “estándar de civilización” que instaure nuevas fronteras, ya no territoriales, sino entre liberalismo y no-liberalismo. Se establece, así, una jerarquía entre los Estados de acuerdo a cuánto se acerquen o alejen de esa norma, abriendo la posibilidad al concepto de guerra discriminatoria del que hablara Schmitt. Las intervenciones democratizantes en defensa de los Derechos Humanos, entendidos como libertades políticas, suponen, en efecto, la instauración de una desigualdad entre los Estados: mientras las soberanías de los Estados liberales es respetada y resguardada, la de aquéllos que no son liberales queda al libre arbitrio de los primeros, dando lugar al concepto de “soberanía contingente” que se ha trabajado en el capítulo anterior. De esta manera, los Estados no-liberales son concebidos *a priori* como potencialmente peligrosos para la “comunidad internacional”.

Desde el momento en que la democracia liberal perdió sus rasgos particulares y fue discursivamente homologada con la libertad (como concepto abstracto), siendo convertida en un universal naturalizado, el nuevo “estándar de civilización”, fue el trampolín desde el cual lanzar las así llamadas “intervenciones humanitarias”. De esta manera, la imposición de la democracia liberal a distintos países se ha convertido en una de las formas adoptadas por el intervencionismo humanitario. Esto fue posible a partir de que las intervenciones se llevaron a cabo en nombre de los deseos “naturales” de las poblaciones implicadas (de allí que la resistencia en Irak luego de la invasión del año 2003 haya sido construida como una acción perpetrada por “terroristas extranjeros”). En palabras del ex Presidente Bush:

Es presuntuoso e insultante sugerir que una entera región del mundo –o un quinto de la humanidad que es musulmán– de alguna manera no está tocado por las *aspiraciones más básicas de la vida*. Las *culturas* humanas pueden ser muy diferentes. Sin embargo, el *corazón* humano [nótese que la alusión a “culturas” humanas y al “corazón” humano reactualiza la vieja distinción entre cultura y naturaleza] desea las mismas buenas cosas, en todos lados en la Tierra

---

<sup>128</sup> CASA BLANCA (2003). “President Bush Presses for Peace in the Middle East” (09/05/2003) (Online), consultado en febrero de 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia. Dada la homologación de la que se habló más arriba entre democracia y libertad, y siguiendo con el objetivo de sacar del aislamiento a las acciones de la administración Bush, es interesante traer a colación la siguiente cita del entonces Presidente, William Clinton, en su informe de “El Estado de la Unión” de 1994. Entonces, afirmaba: “En última instancia, la mejor manera de asegurar nuestra seguridad y construir una paz duradera es apoyar el avance de la democracia en todas partes. Las democracias no se atacan entre sí” (citado en Tello, 2010: 297)

(...) Por estas razones fundamentales, *la libertad y la democracia* tendrán siempre y en todos lados más atracción que los slogans del odio y las tácticas del terror<sup>129</sup>.

En este sentido, sin aparecer en la Declaración Universal de 1948, el final de la Guerra Fría y la naturalización de la democracia liberal con los llamamientos al “fin de la historia” y demás, acercaría a este modelo socio-político particular a los Derechos Humanos. Estos últimos, en tanto considerados universales (es decir, válidos en todo tiempo y espacio) son construidos como naturales. Así, en la “Conferencia Mundial sobre los Derechos Humanos”, de la que se habló en el capítulo anterior, el significante “democracia”, que en el discurso hegemónico tiende a no ser adjetivada, podía emerger, siendo vinculado, en todas sus apariciones, con los significantes “desarrollo” y “derechos humanos”:

La democracia, el desarrollo y el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales son conceptos interdependientes que se refuerzan mutuamente. La democracia está basada en la voluntad libremente expresada del pueblo para determinar sus propios sistemas políticos, económicos, sociales y culturales y su participación absoluta en todos los aspectos de sus vidas. En este contexto, la promoción y protección de los derechos humanos y de las libertades fundamentales en los planos nacional e internacional deben ser universales y llevarse a cabo de modo incondicional. La comunidad internacional debe apoyar el fortalecimiento y la promoción de la democracia, el desarrollo y el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales en el mundo entero<sup>130</sup>.

La idea de la posibilidad de conversión del Otro forma parte de los mecanismos liberales. Como se vio, a diferencia del poder soberano que se ejercía de modo binario y de las técnicas disciplinarias basadas en la exclusión, el liberalismo es una estrategia de poder integradora, pues se sostiene sobre la naturaleza de los procesos. De esta forma, la norma es establecida *a posteriori*, de modo tal que todos los casos son, *en principio*, incorporables. *En principio*, pues el liberalismo supone también la transformación del otro. Como se vio, si bien Foucault se centró en el lado no represivo del liberalismo, también habló de la actualización del poder soberano y, por lo tanto, de la actualización de los mecanismos binarios. Como se verá a continuación, la estrategia de la GGT llevada a cabo por la administración Bush fue una estrategia integracionista que, al mismo tiempo, supuso el exterminio de los sujetos no integrables. En efecto, la idea de integración es correlativa del

---

<sup>129</sup> CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). La traducción es nuestra, las cursivas también.

<sup>130</sup> ONU (1993), “Declaración y Programa de Viena”, p.5.

establecimiento de nuevas formas de división, de nuevas fronteras. El enemigo fue, por lo tanto, despojado de su humanidad.

La TPD supone una demarcación distinta de la espacialidad que coloca a la guerra por fuera de los límites del espacio democrático. De lo que se trata, a fin de lograr la paz perpetua, es de extender dicho espacio, objetivo que se propuso la administración Bush. Bialasiewicz et al. (2007) dan cuenta de esta estrategia a la que denominan estrategia integracionista. Según estos autores, pertenecientes a la corriente de la geografía crítica, esta estrategia está sostenida sobre el Proyecto del Nuevo Siglo Americano (PNSA), el *think-tank* neoconservador, surgido durante la administración Clinton. El PNSA argumentaba que la principal misión militar de Estados Unidos es “asegurar y *expandir las zonas de paz democrática*; impedir la emergencia de una nueva potencia competidora; defender las regiones clave; *explotar el carácter transformador de la guerra*”<sup>131</sup>. En palabras del entonces Director de Política del Departamento de Estado, Richard Haas,

¿Hay alguna idea sucesora de la de contención? Creo que sí. Es la idea de integración. El objetivo de la política exterior de Estados Unidos debería ser persuadir a las otras potencias a afiliarse a ciertas ideas clave con respecto a cómo debería operar el mundo: oposición al terrorismo y a las armas de destrucción masiva, apoyo al libre comercio, a la democracia y a los mercados. La integración se trata de encerrarlos en estas políticas y luego construir instituciones que los encierren aún más (citado en Bialasiewicz et al., 2007: 414).

Esta estrategia queda en evidencia a través de dos características particulares. Por un lado, el intento de transformación de los regímenes no liberales en liberales. Por otro lado, la regeneración de la infraestructura del Estado blanco. En efecto, frente a la destrucción de ésta con el objetivo de su debilitamiento, en el marco de las guerras westfalianas (caso de la Guerra del Golfo de 1990/1991), “las estrategias para destruir los regímenes iliberales suelen ahora estar basadas en su regeneración positiva, con el objetivo último de reinsertarlos en las redes de intercambio y flujos que constituye el gobierno liberal global” (Dillon y Reid, 2009: 135). El caso de la última invasión a Irak es elocuente al respecto: los ocupantes se encargaron de asegurar, en primer lugar, los pozos de petróleo y los oleoductos que conducen el principal producto del país.

---

<sup>131</sup> THE PROJECT FOR THE NEW AMERICAN CENTURY (2000). *Rebuilding America's defenses. Strategy, forces and resources for a new century.* (Online), consultado en agosto 2012, disponible en <http://www.newamericancentury.org/RebuildingAmericasDefenses.pdf>. Traducción propia, cursivas añadidas.

### c. Transformaciones en la espacialidad.

Otra dimensión importante de las guerras liberales que también estuvo presente en la estrategia integracionista de la administración Bush es la de la espacialidad. El uso de la fuerza en las intervenciones liberales supone el borramiento de la distinción entre adentro y afuera, distinción que, en palabras de R.B.J. Walker (1993), constituye uno de los supuestos fundamentales que ha permitido a las RRII constituirse como disciplina. En efecto, según el realismo, enmarcado en la configuración de las relaciones de poder westfaliana, existe una clara diferencia entre un adentro homogéneo, en el cual “las aspiraciones universalistas hacia lo bueno, lo verdadero y lo bello, pueden ser realizables” (Walker, 1993: 62) y un afuera en el que reina el estado de naturaleza hobbesiano (que, en la teoría liberal, se trata de civilizar). A partir de esta diferenciación espacial, también se distinguen el Yo y el Otro. Como se verá, el hecho de que las fronteras territoriales se hayan difuminado cuando la población devino objeto de gobierno mundial, no implica una anulación de las líneas divisorias, sino, más bien, su desplazamiento. Identidad y otredad continúan estando en el centro del ejercicio de la violencia a nivel global, pero éstas ya no están definidas por la territorialidad que las acoge, sino por los modos de subjetivación de los que son portadoras.

Al respecto, las líneas finales de la “Estrategia para la defensa de la patria y el apoyo civil” del Departamento de Defensa sostenía que éste “ya no puede pensar en términos de juego de ‘adentro’ y juego de ‘afuera’. Sólo hay un juego”<sup>132</sup>. También la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2002 sentenciaba: “hoy, la distinción entre los asuntos domésticos e internacionales está disminuyendo”<sup>133</sup>. Asimismo, el Acta de Seguridad de la Patria (*Homeland Security Act*), puesta en vigor en noviembre del año 2002, junto al Acta Patriótica (*U.S. Patriot Act*), funcionaron sin establecer distinciones entre los enemigos capturados al interior de las fronteras y aquéllos capturados allende ellas. Ambos fueron despojados de sus derechos a no ser detenidos por períodos largos o indefinidos sin cargo o juicio; ambos fueron sometidos a torturas. Esta indistinción conllevó dos consecuencias vinculadas: 1) supuso que el adentro y el afuera debían ser

---

<sup>132</sup> DEPARTAMENTO DE DEFENSA (2005), *Strategy for homeland defense and civil support*, p.40. Traducción propia.

<sup>133</sup> CASA BLANCA (2002), *Estrategia para la Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América*, p.31. Traducción propia.

tratados de igual modo y, por lo tanto, 2) esta concepción del espacio permitió el despliegue de la estrategia de integración de la que se habló anteriormente, concibiéndose que los Otros podían ser transformados en Nosotros. Asimismo, desde la administración Bush se puso de manifiesto la degradación de la importancia del territorio:

América posee hoy más poder e influencia que cualquier otra nación o entidad en el mundo y, claramente, en la historia. Pero en completo contraste con las potencias dominantes de siglos pasados, nuestras ambiciones no son territoriales. Nuestro poder militar y económico es complementado y multiplicado por los valores que le subyacen: democracia, libertad, derechos humanos, el gobierno de la ley, gobierno honesto, respeto por las mujeres y los niños, propiedad privada, libre expresión, igualdad en la justicia y tolerancia religiosa<sup>134</sup>.

El desdibujamiento de las fronteras, la aplicación del concepto de soberanía contingente, queda fundamentalmente en evidencia en la pérdida relativa de poder del principio de soberanía con respecto a aquél de no intervención, mediada por la RPD y por la TPD.

Asimismo, este borramiento quedó en claro durante la GGT. Esta última guerra, global en su alcance, se distinguió de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial en que, si bien en estas últimas estuvieron envueltas periféricamente milicias no estatales, fueron principalmente enfrentamientos interestatales. La GGT, en cambio, se constituyó como una confrontación entre Estados y los denominados actores no-estatales que, no obstante, fue territorializada. Esta guerra supuso la modificación de la estrategia de seguridad no sólo en el ámbito internacional, sino también al interior de Estados Unidos.

El cambio en el objeto de las guerras, entonces, conduce a un cambio en su espacialidad. En efecto, si el objeto está constituido por la humanidad, es esperable que los límites territoriales pierdan importancia. De esta manera, la referencia a la humanidad genera una reconstitución de lo internacional más allá del sistema interestatal de Estados soberanos. De allí el carácter de global que, efectivamente, tomó la GGT. Y esto en varios sentidos. Por un lado, con respecto a su alcance. En efecto, si bien la GGT se territorializó en algunos Estados (Afganistán e Irak, constituyeron, según el discurso de la administración Bush, “campos de batalla” de la GGT), los cables de inteligencia cruzaron el globo. Se establecieron, asimismo, espacios globales de torturas: los prisioneros de la

---

<sup>134</sup> CASA BLANCA (2002), “Remarks by National Security Advisor Condoleezza Rice on Terrorism and Foreign Policy”, (29/04/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

GGT fueron trasladados, a través del mecanismo de las “entregas”<sup>135</sup>, a otros Estados, pero también a zonas grises, a espacios de excepción como Bagram, Abu Ghraib, Guantánamo. El enemigo al que se enfrentó también se constituyó como un enemigo global, golpeando y siendo golpeado a lo ancho y a lo largo del globo. También la participación de ejércitos privados, con combatientes de distintos países, le quita carácter nacional y territorial a la guerra. Tal como afirma Ruggie: “cuando el concepto de soberanía se expandió y se transformó en el concepto de soberanía nacional, el uso de mercenarios en la guerra declinó y finalmente fue eliminado. Posteriormente las fuerzas armadas se convirtieron en la expresión de la nación” (1993: 163). Todos estos rasgos de su globalización conllevan una indistinción entre paz y guerra y entre adentro y afuera.

Si el que había golpeado era un “enemigo sin nombre; [...] sin rostro y [...] sin fronteras específicas”<sup>136</sup>, la respuesta que habría de dársele era también indefinida. En efecto, la legitimación de la prevención en el ámbito internacional abrió la posibilidad de la intervención global de la potencia norteamericana, transformando la territorialidad mundial en un espacio liso<sup>137</sup>. En este sentido, y a partir del análisis de la GGT, algunos autores han hablado de un cambio en la configuración espacial del mundo, desempolvando categorías utilizadas por Schmitt como ser las categorías de lógica de la tierra y lógica del mar, para afirmar que se ha pasado a una lógica marítima, es decir, desterritorializada (De Benoist, 2007). En efecto, la guerra “global” así se presentó.

Sin embargo, Elden se encarga de devolver al territorio su valor político y trabaja sobre la tensión desterritorialización-territorialización<sup>138</sup> (una subsidiaria de las resaltadas

---

<sup>135</sup> Las “entregas” fueron un mecanismo fundamental en la estrategia contraterrorista de la administración Bush que consistió en el envío de supuestos terroristas capturados a terceros países donde podían ser interrogados por agencias de inteligencia de las que se sabía que practicaban la tortura (Rashid, 2009).

<sup>136</sup> CASA BLANCA (2001), Press conference by Ari Flescher”, (13/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>137</sup> Según Stuart Elden, así como la contención puede ser entendida como el equivalente espacial de la noción temporal de disuasión, la prevención es el elemento temporal necesario de las estrategias de integración (2009: 114).

<sup>138</sup> Esta misma tensión fue trabajada por Schmitt bajo la denominación lógica de la tierra vs. lógica del mar. Según el jurista alemán, esta última, propia del liberalismo, dibuja un espacio liso en el que el pluralismo político es invadido por la homogeneización de los procesos económicos (2005). También trabajó esta tensión David Harvey, señalando la coexistencia conflictiva entre la lógica del capital y la lógica territorial (2003). Giovanni Arrighi, por su parte, también dio cuenta de la misma, sosteniendo una contradicción irresoluble entre la acumulación infinita del capital y la organización estable del espacio político, en su libro *El largo siglo XX* (citado en Harvey, 2003 y Elden, 2009).

más arriba). Sin negar los fuertes movimientos desterritorializadores que permean a la GGT en particular y a las intervenciones humanitarias en general, el geógrafo político pone el acento en la importancia que sigue conservando el territorio. Llama la atención entonces sobre los esfuerzos por parte de la “comunidad internacional” de conservar la integridad territorial de los Estados invadidos, al tiempo que su soberanía (definida por el territorio sobre el que ejercen el poder) deviene contingente, es decir, condicional. En efecto, dados los cambios en el significado de la soberanía, ésta deja de funcionar únicamente como un derecho y pasa a implicar también obligaciones que la RDP se ocupa de remarcar.

Se ha visto que una de las críticas a la aplicabilidad de Clausewitz al actual momento histórico estaba ligada justamente a la centralidad o no del campo de batalla. Según el militar prusiano este espacio era fundamental. Sus detractores afirman que en la actualidad, dada la desterritorialización, no es posible hablar del mismo (Williams, 2008). Sin embargo, la GGT presentó fuertes movimientos de reterritorialización.

Por un lado, lo que dio en llamarse “doctrina Bush” estableció una homologación entre los enemigos terroristas y los Estados que los albergaban. De esta manera, la GGT se territorializó primero en Afganistán y, más tarde, en Irak. En efecto, según la propia administración, fueron estos sus dos escenarios principales: “Afganistán e Irak están vinculados, están vinculados porque ambos son teatros integrales en la Guerra contra el Terror”<sup>139</sup>.

Por otro lado, la entrada en escena del discurso de la democratización también funcionó como condición de posibilidad para que la GGT se territorializara fundamentalmente en Medio Oriente. En efecto, se establecieron dos líneas argumentativas que luego convergieron en la necesidad de democratizar dicha región. La primera de estas líneas vinculaba a los terroristas con la misma a través del Islam: los primeros habían actuado en nombre de esta religión, cuya cuna era Medio Oriente, el “mundo árabe” en particular. La segunda línea argumentativa postulaba una relación directa entre la falta de democracia en la región y la emergencia de ideologías terroristas, adscribiendo a la teoría de que el tipo de régimen interno determina el tipo de política exterior.

---

<sup>139</sup> CASA BLANCA (2003), “Entrevista del Presidente con la Radio y el Servicio de Televisión de las Fuerzas Armadas”, (18/08/2003). (Online), consultado en febrero 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Por lo tanto, tal como afirman Gilles Deleuze y Félix Guattari, toda desterritorialización supone una reterritorialización (2004). Aún más, se trazan nuevas fronteras, concebidas como líneas de separación entre el Yo que busca integrar a los otros y aquéllos que se resisten a su incorporación. Estos últimos son vistos como enemigos. Pero ya no se trata de los enemigos de las guerras westfalianas, a quienes era necesario debilitar pero en absoluto desaparecer, ya que eran considerados partes constituyentes de la identidad política. Ya que las guerras liberales son libradas en nombre de las poblaciones, consideradas como parte de la humanidad, los enemigos son construidos como enemigos inhumanos. Como se afirmó, a pesar de su diferencia con respecto a las estrategias fuertemente binarias de la Guerra Fría, la estrategia de integración establece sus propias divisiones, con el uso de la violencia esperando a aquellos que no quieren o no pueden ser integrados.

Como se sostuvo en el Capítulo 2, la crítica de Schmitt al liberalismo es una crítica que lo construye como una ideología y, por lo tanto, el esfuerzo militante del jurista alemán radica en quitarle la máscara a ésta, y, en este sentido, se encuentra en una posición epistemológica distinta a la que aquí se maneja. No obstante, sus observaciones acerca del universalismo y de las consecuencias de la emergencia de la figura de la humanidad en la política liberal resultan fundamentales para la crítica del actual momento histórico.

Schmitt llamó la atención sobre el carácter de doble filo del concepto de humanidad al sostener que la invocación de ésta con el objetivo de justificar acciones sostenidas en intereses particulares, corre el riesgo de transformar enemigos políticos en enemigos absolutos, es decir, en enemigos de la humanidad; despojando a estos últimos de su condición humana y, por tanto, dando lugar a políticas de exterminio (Meier, 2008; Rasch, 2003; Schmitt, 2006). En el *Nomos de la tierra...*, afirmó que fue el mismo Kant quien introdujo el concepto de enemigo injusto, siendo acuñado en su *Rechtslehre* de 1797. Allí, el filósofo alemán “define como ‘enemigo injusto’ a aquel ‘cuya voluntad manifestada públicamente (de forma verbal o agresiva) es evidencia de una máxima según la cual, si se convirtiera en regla general, no sería posible un estado de paz entre los pueblos, sino que habría de eternizarse el estado de naturaleza” (2005: 167). El grado de enemistad de un tal enemigo —continúa Schmitt— supera incluso su condición de criminal contra la cual se

implementaría una acción punitiva. En tanto se lo presenta como el “eternizador del estado de naturaleza”, es decir, aquél que obstaculiza el despliegue de la civilización, sólo puede ser destruido; aún más, dado el peligro que representa, valen contra él todos los métodos. Esta figura vuelve a resurgir en aquélla del “combatiente ilegal” que se enfrentó durante los años de la GGT.

En el sentido de la construcción del enemigo y en términos de Clausewitz, las guerras liberales son guerras absolutas. En palabras de Tello,

las guerras no son iguales unas en relación a otras y aquéllas conducidas por políticas *absolutas*, es decir, cuyo propósito es aniquilar al adversario, se diferencian de las guerras reales que presentan fines políticos circunscriptos y limitados a ganancias territoriales, control de vías de comunicación y/o de centros poblados (2010: 288)

El carácter absoluto de las guerras liberales radica en que se constituyen como guerras ontológicas que se llevan a cabo más contra una forma de vida diferente que contra un enemigo estratégico (Bishai y Behnke, 2007). Esto queda evidenciado en la búsqueda de la desaparición física de aquel que se trata de abatir. Los asesinatos de Hussein, Bin Laden y Gaddafi, así lo demuestran.

La GGT, marco temporal de la presente tesis<sup>140</sup>, se constituyó como una guerra liberal por excelencia. Su objeto radicó en la defensa de la vida de la Humanidad, pero no se limitó a garantizar su supervivencia, sino también se propuso el mejoramiento de la misma. Bajo el supuesto de la TPD, buscó llevarse a cabo dicho objetivo a través de la imposición de la democracia liberal (intervención en el marco), sobre todo en Irak que fue foco de atención debido a su carácter mayormente polémico, pero también en Afganistán. La instauración de la democracia liberal en países no liberales no da cuenta de que la humanidad está “condenada al éxito”, sino de una racionalidad de gobierno que busca constituir individuos (auto)governables. De allí que la producción y expansión de la subjetividad liberal moderna sea uno de los efectos más importantes de las guerras liberales y lo haya sido también de la GGT (en este sentido, los levantamientos árabes en pro de la democracia, como aquél de Egipto, también deben ser pensados como una consecuencia de la GGT). En palabras de Odysseos,

---

<sup>140</sup> Se considera a la GGT como tal finalizada con la administración Obama, pues en su *Estrategia de Seguridad Nacional* del año 2010 no se habla de GGT, sino que el enemigo es especificado en la red *Al-Qa'ida*. Esto no significa que las guerras liberales hayan desaparecido durante dicha administración, como se demostró a lo largo del capítulo.

La Guerra contra el Terror puede ser vista, de este modo, como la última forma (violenta) de un proyecto más largo de subjetivación de pueblos que han sido sólo parcialmente subjetivados a través del colonialismo, a través de la expansión del capitalismo global, a través de operaciones internacionales biopolíticas del sistema de las Naciones Unidas en la última mitad del siglo XX y a través de otros tipos de guerras 'humanitarias' desde el final de la Guerra Fría (2007: 137-138).

Volviendo al enunciado de Foucault que inaugura el capítulo, la GGT es una manifestación ejemplar de cómo las guerras en nombre de la humanidad y que pretenden acabar con la guerra como tal, son guerras que carecen de límites y, por tanto, resultan cada vez más violentas. Se ha presentado una lectura diferente a la dominante en las RRII. Una lectura que concibe al formidable poder de muerte de las potencias liberales como el revés de una racionalidad de gobierno que tiene como objeto y objetivo la vida de la población.

Hasta aquí el liberalismo ha sido descrito como racionalidad de gobierno, luego dicho concepto ha sido trasladado al plano internacional y, desde allí, se ha abordado el ejercicio de la violencia por parte del mismo. De esta manera, las guerras liberales han sido definidas de acuerdo a los mismos objetos, objetivos, mecanismos y espacialidad propias del liberalismo. Esto ha sido posible siempre que se ha remarcado, desde el comienzo, la coexistencia en tensión del poder soberano y del poder liberal.

Si la vida de las poblaciones deviene de primordial importancia, las guerras son libradas en nombre de las mismas. En el marco de un poder que tiene como objetivo hacer vivir, el poder soberano de muerte, se ha afirmado en el primer capítulo siguiendo a Foucault, sólo puede ser ejercido a través del racismo inscripto en los mecanismos del Estado. Esta frase apunta a la universalidad y homogeneidad de dicha institución. De este modo, el racismo se diferenciará de la guerra de razas: ya no se tratará de dos razas enfrentadas, sino de una única raza (la humanidad) cuyas desviaciones será necesario exterminar. Tal aniquilamiento será posible al plantearse una fragmentación en la vida que el poder tomó a su cargo, entre aquella que debe vivir y aquella que debe morir. El objetivo de dicha muerte no será la mera supervivencia, sino el mejoramiento de la raza en cuestión. De esta forma, desde el discurso dominante, los enemigos de las guerras liberales y, específicamente, aquéllos de la GGT, no son constituidos como enemigos políticos, sino como inhumanos. Y su destrucción no se debe a una voluntad política y, por tanto,

particular, sino a la necesidad de conservar y mejorar la vida de la población objeto de gobierno.

Para esto resulta necesario que el mundo sea pensado en términos jerárquicos, existiendo quienes, desde posiciones superiores, pueden reclamar el derecho de juzgar a los otros considerados como inferiores. De esta manera, como se ha argumentado a lo largo del presente capítulo, las guerras no comienzan y terminan en los campos de batalla, sino que contienen una dimensión discursiva que es igual de importante que la no discursiva. En efecto, es esta última la que constituye subjetividades, la que habilita que la muerte de los otros resulte necesaria. No sólo porque el otro pone en peligro la vida que el poder tomó a su cargo, sino porque de lo que se trata es de mejorar esta última (las políticas de democratización y pacificación del mundo corren en este sentido).

Como se vio, los sostenedores de la TPD postulan que son los ciudadanos - soberanía popular mediante- quienes impiden que los Estados democráticos guerreen entre sí. Desde una perspectiva racionalista, se plantea que ellos no desean la guerra, pues esta última les genera más costos que beneficios. Sin embargo, este cálculo se invierte si el enemigo es representado como una amenaza. Entonces, las políticas discursivas de aterrorización de la población generan no sólo una tolerancia, sino una demanda del uso de la fuerza contra aquéllos que buscan “nuestra” destrucción (un ejemplo claro al respecto lo proporcionó el Estados Unidos post-11-S). “Construye al otro como enemigo, como absolutamente extranjero o absolutamente amenazante, y el camino está abierto a la declaración de excepciones que afirman la suspensión de libertades y la autorización de una autoridad absoluta” (Walker, 2006: 76). A partir de allí, de lo que se tratará es no sólo de exterminar dicha amenaza, sino de prevenir su reaparición (mejorar el mundo) a través de intervenciones en el marco jurídico-institucional que se entienden como profilácticas a tal fin. En el contexto de un gobierno liberal mundial, el pasaje de hacer vivir a hacer morir supone la puesta en acto del racismo entendido como práctica discursiva. A definir este fundamental mecanismo y a desentrañar el lenguaje en torno al cual se articuló durante la GGT, será dedicado el último capítulo.

### **RACISMO RELIGIOSO: LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO EXTERMINABLE.**

*En una tecnología [biopoder] que tiene como objeto y como objetivo la vida, ¿cómo se ejercen el derecho de matar, la función homicida, si es verdad que el poder soberano retrocede cada vez más y el biopoder, disciplinario o regulador, avanza siempre más? Si es verdad que el fin es el de potenciar la vida (...), ¿cómo es posible que un poder político mate, reivindique la muerte, exija la muerte, haga matar, dé orden de matar (...)? En un sistema político centrado sobre el biopoder, ¿cómo es posible ejercer el poder de la muerte, cómo ejercer la función de la muerte? (Foucault, 2000: 205)*

*Reconocer el poder de la raciología [raciology], que es usado aquí como un término clave para una variedad de modos de esencializar y reduccionistas de pensar que son tanto de carácter biológico como cultural, es una parte esencial de confrontar el continuo poder de la 'raza' para orquestrar nuestras experiencias sociales, económicas, culturales e históricas (Gilroy, 2000: 72)*

Existe una amplia variedad de acepciones del concepto de racismo.

Hanna Arendt, quien tratara la cuestión del racismo para explicar tanto el totalitarismo como el imperialismo, sitúa la emergencia del mismo en el siglo XIX. Para la filósofa alemana el racismo se constituyó como una fuerte ideología utilizada como puente necesario entre el nacionalismo y el imperialismo emergentes. Arendt distingue dos tipos de racismo. Uno, de origen francés y cuyo máximo exponente lo constituye el Conde de Boulainvilliers, tenía como objetivo dividir a la nación a fin de reclamar desde el discurso aristocrático el derecho legítimo de la nobleza a dominar Francia (lo que fue definido en estas páginas como guerra de razas). El otro, alemán, tenía como finalidad, por el contrario, unificar a la nación frente a los que eran determinados como peligros externos (lo que aquí se define como racismo).

Por su parte, Todorov (2000) identifica dos tipos de racismos a los que coloca distintos nombres, uno al que denomina racismo propiamente dicho y otro al que denomina racialismo. Mientras que con el primero se refiere a comportamientos y prácticas

cotidianas, con el segundo lo hace a la doctrina científica específica que, siguiendo al autor, fue desarrollada entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX<sup>141</sup>. Ubica el comienzo de este último de la mano del célebre *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Joseph Arthur de Gobineau, escrito que luego serviría como uno de los justificativos intelectuales para las prácticas de muerte del Nacional Socialismo alemán. Según Todorov, esta doctrina científica divide a la humanidad en distintas razas, definidas en términos físicos; además, establece una relación causal entre estas últimas características y aquéllas morales. De estas premisas, sostenidas sobre la observación empírica, el racismo desprende que existe una jerarquía natural entre las razas, en la cima de la cual se encuentra la raza blanca, grupo al que los autores que desarrollaron estas teorías pertenecían. Ahora bien, el filósofo búlgaro señala que la centralidad de los rasgos físicos en el pensamiento racista fue desafiada por el anti-semitismo: “los ‘semitas’, a diferencia de los negros, no poseen características comunes que sean visibles (...) se trata, pues, de una discriminación puramente cultural (de religión, de costumbres, etc.)” (Todorov, 2000: 121).

Para Foucault, el racismo también emerge en el siglo XIX, pero no constituye ni una ideología, ni una doctrina científica. Es, en cambio, un mecanismo propio de la tecnología biopolítica que le permite a ese tipo de poder ejercer el antiguo derecho soberano de muerte. Si bien es un concepto poco desarrollado y explorado incluso por autores foucaultianos, desde aquí se plantea que resulta imprescindible para comprender el modo de ejercicio del poder de muerte en el marco de un gobierno liberal.

El objetivo del presente trabajo es demostrar que la Guerra Global contra el Terror (GGT), llevada a cabo particularmente contra lo que fue caracterizado como terrorismo islámico, fue posible porque estuvo precedida y acompañada por un discurso racista que, lejos de constituirse en excepción, forma parte integral de los mecanismos del gobierno liberal mundial. Tal discurso permitió la constitución de sujetos exterminables. La hipótesis es que, dicho racismo fue articulado en torno a un lenguaje religioso que tuvo a los musulmanes como principal blanco. El actual capítulo versará, en primer lugar, en torno al concepto de racismo en Foucault; en segundo lugar, explorará el rol de la religión en las

---

<sup>141</sup> Zizek (2003) establece una categorización similar al dar cuenta de un “racismo populista” y de un “racismo elitista”. También lo hace Balibar (1988) al hablar de “racismo popular” y “racismo institucional”.

RRII; para, finalmente, disertar sobre la categoría de racismo religioso. Las afirmaciones que se realicen estarán fundamentadas a través del análisis de los discursos publicados por la Casa Blanca en el período estudiado.

### **1. *Defender la sociedad***

Más allá de algunas referencias dispersas en artículos y seminarios, la cuestión del racismo en Foucault emerge con toda su fuerza en el tomo I de su *Historia de la sexualidad*, titulado *La voluntad del saber*, y en el Seminario dictado en el *Collège de France* en el ciclo lectivo 1975-1976 denominado *Il faut défendre la société*, traducido al español como *Defender la sociedad*. Ambos textos son contemporáneos entre sí y en ambos Foucault suma a sus teorizaciones el concepto de biopoder. Como se sostuvo en el Capítulo 2, el biopoder (o la biopolítica) es pensado contra el fondo del poder soberano. Dada la relación que Foucault establece entre poder y saber (relación destacada en el Capítulo 1), lo que interesa al filósofo francés de estos modos de ejercicio del poder son los discursos, las racionalidades que los sustentan. Ya se ha trabajado en detalle en lo que los diferencia (Capítulo 2). No obstante, a los fines del presente capítulo, es importante resaltar y repetir que Foucault señala que, en tanto el poder soberano se basa en el derecho de hacer morir y dejar vivir, el biopoder, colocado en los seminarios posteriores en el marco del gobierno liberal (*Sociedad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*), es un poder que se ejerce del lado de la vida. Su función es, por el contrario, hacer vivir y dejar morir. Ésta es una diferencia fundamental, pues el racismo en Foucault responderá a la pregunta sobre cómo este poder que tiene como objetivo hacer vivir a la población, puede ejercer el derecho soberano de dar muerte. El hecho de que en el marco del liberalismo también pueda ejercerse el poder de muerte lleva a pensar, junto con Dillon (2008), que lo que diferencia a este poder del poder soberano no es tanto el hecho de que pueda ejercer la función de homicidio, sino su específica correlación entre vida y muerte, una nueva economía entre ambas.

El presente capítulo se centrará teóricamente en *Defender la sociedad*, seminario que se ubica entre la publicación de *Vigilar y castigar* y la de *La voluntad del saber*. El mismo es postulado por la mayoría de los estudiosos de Foucault como un punto de

inflexión en su carrera, un momento de transición signado por el año sabático que el autor se tomó luego de dictar el curso. Ciertas lecturas, como por ejemplo la realizada por Castro-Gómez (2010b) sostienen que, a partir de este Seminario, Foucault abandonó el “modelo bélico” para el análisis de la sociedad y, en cambio, adoptó una “analítica de la gubernamentalidad”<sup>142</sup>. Este pasaje le habría permitido a Foucault salirse de las redes del poder en las que se había visto enredado, incorporando la variable de los procesos de subjetivación.

En *Defender la sociedad* Foucault despliega el concepto de racismo. Esto lo hace a través de presentar una genealogía del mismo que abarca dos modos distintos de utilizar el discurso de la raza cuyas diferencias el autor subraya. Algo se ha dicho al respecto en el Capítulo 2, en éste se retomará su análisis de modo más detallado.

El primero de ellos, al que Foucault denomina como guerra de razas, es un discurso que emergió en el siglo XVII, de la mano de la nobleza, en su resistencia a la monarquía absoluta que amenazaba sus privilegios. Para su análisis, Foucault toma los textos del Conde de Boulainvilliers, pero es un discurso que también empuñaba Friedrich Nietzsche. El mismo sostenía que la unidad de la nación era una unidad falsa, una máscara, y que detrás de ella podía escucharse “el estruendo de la batalla” (Foucault, 1985: 314). La genealogía, en efecto, es la metodología que permite fundamentar que la unidad es el resultado de determinadas relaciones de poder. El Seminario afirma que este discurso de la nobleza era un discurso binario, pues señalaba la existencia de dos razas enfrentadas y abogaba por el derecho de conquista de la vencedora. Según el discurso de la guerra de razas, entonces, en el comienzo no se encontraba la unidad, sino que ésta era el resultado de un enfrentamiento cuyo vencedor tenía la capacidad y la posibilidad de escribir la historia. De este modo, era un discurso que destacaba las particularidades. No existía, desde esta

---

<sup>142</sup> Esta lectura es bastante lineal y supone el abandono absoluto por parte de Foucault del modelo de la guerra. Aquí se coincide con la lectura de Foucault que proporciona Laura Anne Stoler (1998) quien plantea que, en lugar de proponer el abandono por parte de Foucault de ciertos conceptos, perspectivas y metodologías, hay que pensar que el autor tiene un mecanismo de trabajo basado en la ruptura y recuperación. Así, en *Seguridad, territorio, población* Foucault retoma el “modelo bélico” en el marco de dar cuenta de las “contraconductas” en la resistencia al “poder pastoral” cristiano. Sin embargo, a los fines argumentativos, la lectura de Castro-Gómez es sencilla y destaca un cambio de perspectiva de Foucault que se pone de manifiesto con sus análisis de la biopolítica y del liberalismo.

perspectiva, una única verdad, pues en ella se explicitaba el vínculo entre relaciones de fuerza y relaciones de verdad. Se trataba de un discurso histórico-político.

El advenimiento del liberalismo y del Estado-nación no acaba con el discurso de la guerra de razas, pero lo modifica, lo centraliza. De hecho, las nociones de nacionalismo y de racismo se encuentran articuladas históricamente (Balibar, 1988a). En la búsqueda de hacer una unidad del Estado conquistado, la noción de nación (que Foucault homologa a la de raza) jugó un rol fundamental al subsumir las diferencias al interior de un determinado territorio y postular la homogeneidad de la nueva entidad. En este marco, la práctica discursiva racista no es abandonada, sino que es recuperada y puesta a funcionar en otro lado. Deviene en un discurso universalista al que Foucault denomina racismo: un “discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza dada como la verdadera y la única, la que posee el poder y es titular de la norma, contra los que se desvían de ella, contra los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico” (2000: 65).

De esta manera, el discurso nacionalista (que Foucault vincula al surgimiento de la burguesía liberal) efectuó una reescritura del discurso de la guerra de razas. Y, en lugar de un discurso eminentemente histórico-político, centrado en la idea de que un binarismo atraviesa la sociedad y que, por lo tanto, reconoce la particularidad de su verdad parcial, el discurso racista que emerge de la vocación de homogeneidad estatal de la burguesía, apunta a la universalidad<sup>143</sup>. Así, el discurso de la nobleza que postulaba que el Estado era injusto porque pertenecía a la raza conquistadora, es remplazado por un Estado ya no considerado como el instrumento de una raza contra la otra, sino como el protector de la integridad, la superioridad y la pureza de una única raza (la nación). Como se afirmó en el capítulo anterior, la guerra ya no es pensada como un elemento constitutivo de la sociedad, sino

---

<sup>143</sup> Siguiendo a G.W.F. Hegel, Judith Butler (2003), plantea que la universalidad funciona duplicándose en universalidad abstracta y en universalidad concreta. Mientras para la primera Butler conserva el término “universalidad”, denomina a la segunda como “universal”. La diferencia entre una y otra estriba en su relación con la particularidad. Mientras que el universal reconoce las particularidades y es a partir de ellas que se postula, la universalidad se presenta como anterior a ellas. Lo universal es, de este modo, *a posteriori* (se construye a partir de las particularidades), y la universalidad, *a priori* (niega las particularidades). De esta manera, lo universal puede ser entendido como histórico y contingente; en cambio, la universalidad se presenta como ahistórica y necesaria. Al presentarse como un deber-ser anterior a toda particularidad, la universalidad no puede ser más que impuesta. Es esta última la que se pone a funcionar en las prácticas racistas.

como un instrumento que tiene como objeto y objetivo no solamente proteger, sino también mejorar la totalidad de la sociedad. Así, Foucault puede afirmar que, mientras que el discurso racista de la nobleza es conservador, el de la burguesía liberal es expansionista (2000). Tal como fuera señalado en los capítulos anteriores, el liberalismo es un modo de gobierno integrador.

Como se postuló en el Capítulo 2 y como se argumentó en el desarrollo de los anteriores capítulos, si el poder en el gobierno liberal se ejerce a través del fomento de la vida, si su objeto y objetivo están ligados a la vida de la población, la pregunta que articula Foucault inmediatamente después es, cómo, entonces, en el marco del liberalismo, es posible ejercer el poder soberano de matar:

¿Cómo puede un poder ejercer en el acto de matar sus más altas prerrogativas, si su papel mayor es asegurar, reforzar, sostener, multiplicar la vida y ponerla en orden? Para semejante poder la ejecución capital es a la vez el límite, el escándalo y la contradicción. De ahí el hecho de que no se pudo mantenerla sino *invocando menos la enormidad del crimen que la monstruosidad del criminal, su incorregibilidad, y la salvaguarda de la sociedad. Se mata legítimamente a quienes significan para los demás una especie de peligro biológico*” (2003: 167, cursivas añadidas)

Es decir que la respuesta -ya adelantada- que da Foucault a semejante pregunta es el racismo; el racismo inscripto en los mecanismos del Estado. Es ésta una aseveración que llama la atención en el marco del pensamiento foucaultiano. ¿Qué significa que el racismo aparece ahora “inscripto en los mecanismos del Estado”? ¿Por qué adquiere tal centralidad el Estado? No debe entenderse aquí que el Estado se convierta en un punto del que emerge el poder. Más bien, lo que se está expresando es que el Estado absorbe el discurso de la guerra de razas y lo transforma en racismo. De este modo, el Estado utiliza el mecanismo del racismo para garantizar su homogeneidad, al tiempo que es constituido por éste.

De hecho, uno de los temas más interesantes de *Defender la sociedad* es la relación que allí se señala entre la constitución de la nación y del Estado-nación, del universalismo liberal y del racismo. Ésta consiste en plantear a la nación desde un punto de vista universal (en el momento del que habla Foucault -momento constituyente-, al interior del Estado-nación), como un universalismo restringido a un determinado territorio que se ve amenazado o invadido por otros no pertenecientes al mismo. Estos últimos no son constituidos como enemigos políticos, sino como enemigos absolutos (en términos de Carl Schmitt), como peligros biológicos a los que es necesario exterminar a riesgo de la

degeneración de la propia nación o raza. Su exterminio, por otra parte, no promete sólo la salvación de la nación, sino su mejoramiento.

Trasladado a la esfera global y, de acuerdo a lo que se vino sosteniendo hasta aquí, el universalismo ha rebasado las fronteras del Estado-nación. El discurso propio del gobierno liberal mundial también es un discurso universal, con la diferencia de que este universalismo ya no se restringe a los límites nacionales, sino que los rebasa. De este modo, habla en nombre de una “comunidad internacional” que defiende y mejora la vida de una población que también es considerada mundial.

*Función de fragmentación*

En este sentido, el gobierno liberal mundial, como se vio, es fuertemente integrador. Por lo tanto, no existe “afuera” donde colocar a un Otro imposible de incorporar. Y es precisamente por eso que de lo que se trata es de aniquilarlo. Esto resulta posible sólo a través de constituirlo (discursivamente) como un peligro para la Humanidad. Este modo de constitución lo transforma, por tanto, en inhumano, lo deshumaniza. Es decir que sólo se puede matar en nombre de la vida de la población mundial, de la humanidad, si el Otro es expulsado de la misma.

Este movimiento fue realizado por la administración Bush a fin de exterminar al terrorismo. Es necesario hacer aquí un paréntesis. Ya se ha aclarado por qué se ha escogido a los discursos de la administración Bush y a ningún otro en su lugar como unidad de análisis. Como se ha dicho, esto no significa que pueda afirmarse que el gobierno estadounidense sea el representante del gobierno liberal mundial o que sea Estados Unidos quien ejerza este último. Como se ha explicitado, el gobierno liberal mundial es una racionalidad, una cierta práctica y un cierto modo de reflexión en torno a cómo debe gobernarse el mundo y cada uno de los Estados que lo componen. El mismo fue formándose en la convergencia de múltiples acontecimientos, a los cuales se les adosaron determinadas lecturas y, por tanto, determinados significados. El orden liberal mundial no fue gestado por Estados Unidos de acuerdo a sus características identitarias intrínsecas, tal como afirma Ikenberry (2011) y como fue expuesto en el Capítulo 3.

Tal como se explicitó en el primer capítulo de la presente tesis, el discurso no es subjetivo, es decir que no surge de un sujeto, que no existe un sujeto fuente de discurso (el sujeto es únicamente portador del mismo). Sin embargo, también se afirmó que no todos

los sujetos tienen el mismo poder en la distribución económica discursiva, sino que hay enunciados que tienen más posibilidad de ser escuchados y, de este modo, tener efectos sobre la realidad y devenir discurso. Esto último depende de la posición de sujeto, es decir, de dónde está ubicado en determinada configuración de poder el sujeto portador de discurso. En este sentido, en tanto potencia hegemónica, los enunciados que surjan de los dirigentes de Estados Unidos tienen más posibilidades de formar discurso. Por lo tanto, no debe sorprender que exista una imbricación entre gobierno liberal y Estados Unidos. Esto no significa que Estados Unidos gobierne el mundo, pero sí que sea uno de los principales ejecutores del modo de poder liberal a nivel global. De ahí que sea este discurso y no cualquier otro el que sea objeto de análisis en la presente tesis.

Por otra parte, y es necesario hacer esta aclaración, la administración Bush no fue la única portadora del discurso racista religioso. Tanto una buena parte de la población como los gobiernos europeos también funcionaron en el mismo sentido. Sin embargo, ninguno de ellos fueron excomulgados de la tradición liberal como sí lo fue la administración en cuestión. Tal como se explicó en la Introducción, la elección de la unidad de análisis se encuentra también vinculada a un intento de colocar a las políticas puestas en práctica por dicha administración en el marco del más amplio gobierno liberal mundial, para, de esta forma, subrayar los rasgos *necropolíticos* (Dillon, 2008) de dicha racionalidad gubernamental.

El modo en el que el discurso de la administración Bush construyó al Islam se encuentra ligado, como se verá, a la deshumanización de los musulmanes. De esta manera, el terrorismo *islámico* (ya se verá que se persiguió a este terrorismo en particular) fue caracterizado como “parásitos”<sup>144</sup>, “asesinos con alcance global”<sup>145</sup>, “gente mala”<sup>146</sup> que “odia la libertad”<sup>147</sup> y con “objetivos malignos”<sup>148</sup> y fue condenado a “vivir en los acosados

---

<sup>144</sup> CASA BLANCA (2001), “President Holds Prime Time News Conference”, (11/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>145</sup> CASA BLANCA (2001), “President Says Terrorists Tried to Disrupt World Economy”, (20/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>146</sup> CASA BLANCA (2001), “President Rallies Troops at Travis Air Force Base”, (17/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>147</sup> CASA BLANCA (2001), “President Chirac Pledges Support”, (18/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>148</sup> CASA BLANCA (2001), “President Meets with Muslim Leaders”, (26/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

márgenes de la humanidad”<sup>149</sup>. De esta manera, cuanto menos en un primer momento (se volverá a esto), se extirpó a los enemigos de su carácter político, aduciendo que el 11-S había constituido “un crimen contra la humanidad”<sup>150</sup>, perpetrado por quienes fueron definidos como “un peligro mortal para toda la humanidad”<sup>151</sup>. De allí también que se haya podido cursar la orden de atrapar a Bin Laden “vivo o muerto”; o que las torturas - violatorias de los Derechos Humanos en nombre de los cuales se invadió, por ejemplo, a Irak- hayan podido ser utilizadas sistemáticamente contra este particular enemigo<sup>152</sup>. Es decir que más que ponerse en juego un doble discurso, estas acciones estuvieron justificadas por el modo en que se construyó al enemigo. Esto último fue posible a través de prácticas discursivas racistas.

Por lo tanto, el racismo aparece apoyándose al mismo tiempo sobre una idea de universalidad con la cual se identifica el portador del discurso racista (en el caso de los discursos analizados: libertad, humanidad, civilización, paz, o, directamente, “el mundo”<sup>153</sup>) y sobre el señalamiento de la particularidad de quien es objeto de este discurso. Así, si, como se vio, el enemigo de la GGT fue construido como un ser inhumano, el reverso de esto fue que la identidad del portador del discurso (en este caso, la administración gobernante en Estados Unidos) se fundió con la universalidad que tomó la forma de la Humanidad.

A ésta se le dio un significado específico: lo que compartían todas las culturas humanas era el anhelo por la libertad. Como se vio y como se verá más adelante, esta

---

<sup>149</sup> CASA BLANCA (2001), “President Says Terrorists Tried to Disrupt World Economy”, (20/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>150</sup> CASA BLANCA (2001), “President Says Terrorists Tried to Disrupt World Economy”, (20/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>151</sup> CASA BLANCA (2005), “President Discusses War on Terror at National Endowment for Democracy”, (06/10/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>152</sup> La sistematicidad en el ejercicio de torturas a los prisioneros de la GGT confinados en centros de detención globales (Abu Ghraib en Irak, Guantánamo en Cuba y la base aérea de Baghram en Afganistán son sólo algunos de estos) fue posible a través de la negativa de tratar a los detenidos en la GGT como prisioneros de guerra según la Convención de Ginebra: “Si recuerda, en Afganistán y en la guerra contra el terror en general, si hay alguien portando vestimenta civil, matando a civiles, no acatando las leyes de la guerra, entonces existe una serie de circunstancias en las cuales hay combatientes ilegales. Y esa gente no necesita ser tratada bajo la Convención de Ginebra. Muchos de los detenidos en Guantánamo caen en esa categoría” (CASA BLANCA (2004), “Telephonic Interview of the Vice President by Tony Snow, Fox News”, (11/05/2004). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia)

<sup>153</sup> “Esta no es una Guerra entre nuestro mundo y su mundo. Es una guerra para salvar al mundo”, CASA BLANCA (2001), “President Directs Humanitarian Aid to Afghanistan”, (04/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

última fue homologada con la democracia que, a su vez, adoptó características propias de una democracia liberal o de mercado. Por otra parte, la libertad fue definida como “el regalo de Dios para todas las personas en todas las naciones”<sup>154</sup>. De aquí se desprendía, por tanto, que la imposición de esta forma de gobierno no hacía más que seguir los designios de Dios.

De este modo, el discurso de la administración Bush durante la GGT fue un discurso universalista que negaba las particularidades propias y resaltaba las ajenas, constituyendo a ciertos musulmanes en un otro factible de ser exterminado. Tal como afirma Immanuel Wallerstein:

siempre nos presentaron el universalismo como un polo de análisis o de atracción completamente opuesto a los polos particularistas (...) Este contraste, esta antinomia nos pareció una imagen falsa y hasta engañosa de la realidad. Cuanto más de cerca se examinan, más se evidencia el grado en el que estas ideologías se implican recíprocamente, hasta el punto que se podría sospechar que representan las dos caras de la misma moneda (Wallerstein, 1988: 354).

Es importante resaltar que, entendido de este modo, el racismo no aparece como un dispositivo ideológico, sino como un mecanismo ligado a una específica tecnología de poder. Es el mecanismo que permite establecer una separación al interior del campo de la vida que el poder absorbió y puso bajo su administración, entre lo que debe vivir y lo que debe morir. La distinción entre razas y su organización jerárquica es, de este modo, una forma de fragmentar el campo de lo biológico. En pocas palabras, el racismo es “el medio de introducir por fin un corte en el ámbito de la vida que el poder tomó a cargo: el corte entre lo que debe vivir y lo que debe morir” (Foucault, 2000: 230). Ésta es entendida por Foucault como la primera función del racismo: la función de fragmentación. La misma se efectúa sobre un campo que es entendido como biológico y universal y, por lo tanto, como no político.

En este sentido, es interesante agregar que, a pesar de que la GGT se territorializó en lo que la administración Bush denominó como Gran Medio Oriente, la división entre quienes debían vivir y quienes debían morir, no se hizo a través de líneas territoriales<sup>155</sup>.

---

<sup>154</sup> CASA BLANCA (2003), “President Discusses the Future of Iraq”, (28/04/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>155</sup> La territorialización de la GGT quedó en evidencia con la doctrina que sostenía que cualquiera que albergara un terrorista, sería considerado terrorista: “Toda nación, en toda región, tiene que tomar ahora una decisión. O están con nosotros, o están con los terroristas. Desde hoy en adelante, cualquier nación que

Los enemigos fueron ubicados tanto dentro (para ello fueron creadas en 2001 la *USA Patriot Act* y en 2002, el Departamento de Seguridad Nacional –*Department of Homeland Security*- que unificó bajo un mismo mando a las agencias de seguridad que operan al interior de Estados Unidos) como fuera del territorio estadounidense.

Ahora bien, respecto a este último espacio, de la frase que se cita a continuación, se desprende que, a pesar de su carácter global, el espacio no-occidental de la GGT se ubicó fundamentalmente en territorios con mayoría musulmana: “Estamos combatiendo al enemigo en muchos frentes: desde las calles de las capitales occidentales a las montañas de Afganistán, a las regiones tribales de Pakistán, a las islas del sudeste de Asia y el cuerno de África”<sup>156</sup>. De acuerdo al *CIA World Factbook*, las estadísticas en términos religiosos indican que los musulmanes representan un 99% de la población afgana (80% sunnitas y 19% shiítas); un 95% en el caso de Pakistán (80% sunnitas; 15% shiítas); en Filipinas (parte fundamental en la GGT de “ las islas del sudeste de Asia”), si bien los musulmanes son minoría, son políticamente muy activos, destacándose el agrupamiento independentista *Abu Sayyaf*; finalmente, según la misma fuente, respecto al Cuerno de África -formado por Djibouti, Eritrea, Etiopía y Somalia- con excepción de Etiopía, en donde los musulmanes constituyen un 33.9% de la población, en el resto de los países son amplia mayoría.

Por otra parte, en el *Informe* realizado por la *Comisión del 11-S*, los lugares donde se pueden encontrar terroristas son: en Pakistán occidental, particularmente la región fronteriza con Afganistán; en el sur y oeste de Afganistán; en la Península arábiga, especialmente en Arabia Saudita y Yemen; en las cercanías del Cuerno de África; en el sudeste de Asia, desde Tailandia hasta las Filipinas; en África occidental, incluyendo Nigeria y Mali; y en las “ciudades europeas con comunidades musulmanas expatriadas” (Elden, 2009: 108). Por último, dentro de estos territorios, el de Medio Oriente ocupó un lugar fundamental: “desde el 11-S, hemos visto violencia terrorista en un arco que va desde Marruecos a España, a Turquía, a Rusia, a Uzbekistán, a Pakistán, a India, a Tailandia, a

---

continúe albergando o apoyando al terrorismo va a ser considerado por Estados Unidos como un régimen hostil” CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/01/2001). (Online), consultado en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov), en febrero de 2009. Traducción propia. Véase también al respecto el Capítulo 4 de la presente tesis.

<sup>156</sup> Esta misma ubicación geográfica del conflicto se repitió en variadas oportunidades. Aquí se cita sólo una: CASA BLANCA (2005), “President Addresses Military Families, Discusses War on Terror”, (24/08/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Indonesia. Sin embargo, el centro del conflicto, la plataforma para su expansión global, la región que buscan reconfigurar a su imagen, es Medio Oriente”<sup>157</sup>.

Por lo tanto, si bien el territorio tuvo gran importancia, la línea de fragmentación no se estableció de acuerdo a parámetros territoriales, sino que se dio en términos religiosos, separando a los musulmanes de los no-musulmanes. Como se verá más adelante, al interior del primer grupo también se estableció una división que separaba a los musulmanes que podían vivir de aquéllos que debían morir.

*Función de mejoramiento de la vida*

Además de esta primera función, Foucault señala que el racismo se efectúa a través de una segunda función que aquí será llamada de “mejoramiento de la vida”. La misma establece una relación específica entre la propia vida y la vida del otro. Es una relación positiva que propone no sólo la supervivencia propia de la relación de guerra –es decir, no sólo matar para vivir-, sino el mejoramiento de la vida a través de la muerte del otro. En palabras de Foucault: “La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura” (2000: 231).

Pueden traerse a colación innumerables citas que grafiquen la presencia de esta función en los discursos analizados. Ya desde los primeros días luego del 11-S, la administración Bush vio en la respuesta a dichos sucesos una “oportunidad para no sólo defender la libertad, sino hacer un mundo más pacífico” o “hacer del mundo un lugar mejor”<sup>158</sup>. El objetivo propio del liberalismo de mejorar la vida de la población -en este caso, mundial-, fue, así, explicitado: el objetivo de las intervenciones democratizantes en el marco de la GGT fue “dejar al mundo no sólo más seguro, sino mejor”<sup>159</sup>. Esto era posible si se lograba “un mundo con mayor comercio, mayor democracia y mayores derechos

---

<sup>157</sup> CASA BLANCA (2004), “President Bush speaks at Air Force Academy Graduation”, (02/06/2004). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>158</sup> CASA BLANCA (2001), “President Directs Humanitarian Aid to Afghanistan”, (04/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>159</sup> CASA BLANCA (2002), “National Security Advisor Speaks at Conference”, (01/02/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

humanos para todas las personas del mundo, vivan donde vivan”<sup>160</sup>. Como se vio en el capítulo anterior en el tratamiento de la Teoría de la Paz Democrática (TPD), esto no se consideraba como un cuestión únicamente moral, sino que también constituía un interés de Washington y de la humanidad en general: “Nuestra conciencia y nuestros intereses hablan como uno: para lograr un mundo más seguro, debemos crear un mundo mejor”<sup>161</sup>.

El racismo, por lo tanto, es el mecanismo que permite dar muerte en el marco de un poder que se caracteriza por hacer vivir. Esto lo hace a través de dos funciones: la de fragmentación y la de mejoramiento de la vida. Ambas aparecen en los discursos analizados. De esta manera, el racismo crea las diferencias al tiempo que busca eliminarlas.

Tal como aquí fue definido, el racismo no es cotidiano, pero tampoco, aislado, es, por el contrario, excepcional. Este último término debe ser entendido desde el pensamiento schmittiano, retomado por Agamben. Tal como afirma el filósofo italiano, “(l)a excepción es una forma de la exclusión. Es un caso individual que es excluido de la norma general. Pero lo que caracteriza propiamente a la excepción es que lo excluido no queda por ello absolutamente privado de conexión con la norma; por el contrario, se mantiene en relación con ella en la forma de la suspensión” (Agamben, 1998: 30). Efectivamente, según Schmitt (2009), la excepción forma parte de la norma, marca su límite y, de este modo, la constituye. Agamben continúa afirmando que lo que define a lo excepcional es su incapacidad de ser incluido al todo. Sin embargo, resalta, es efectivamente incluido a través de su exclusión: “(l)o que no puede ser incluido en caso alguno, se incluye en la forma de la excepción” (1998: 38). El racismo forma parte de la estructura de lo excepcional así entendida, pues incluye al Otro, excluyéndolo.

---

<sup>160</sup> CASA BLANCA (2002), “National Security Advisor Speaks at Conference”, (01/02/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>161</sup> CASA BLANCA (2002), “President Bush Thanks Germany for Support Against Terror”, (23/05/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

## 2. El racismo como práctica discursiva: identidad (universalismo) y diferencia (otredad).

*Racismo*

El racismo es entendido como práctica discursiva porque es un discurso constituido por cierta lógica de construcción de identidades y diferencias que tiende a la producción y consecuente eliminación de las otredades. Una lógica que permite la posibilidad del exterminio y la exclusión (o inclusión jerarquizada). De lo dicho puede aventurarse una definición del racismo que lo conciba como un proceso de construcción de otredades que funciona estableciendo cortes o fragmentaciones (diferenciaciones identitarias) al interior de una homogeneidad imaginaria<sup>162</sup>, con el fin de fomentar el mejoramiento de la vida de un Nosotros considerado no como identidad sino como universalidad.

Por lo tanto, el racismo refiere a un modo específico de construcción de identidades y otredades. El hecho de que se plantee a la identidad y a la diferencia como construcciones no implica que éstas puedan realizarse de manera voluntaria o que su producción sea sencilla. De este modo, quedan descartadas tanto la perspectiva naturalista como aquella instrumentalista/idealista. Por una parte, las construcciones son históricas y, como tales, suponen núcleos duros sedimentados muy difíciles de modificar. Por otra, la propia construcción está inscrita en determinado contexto socio-histórico de relaciones de poder y modos de ejercicio del poder que implican que sólo ciertos tipos de identidades (y no otros) puedan ser construidos. Es por esto que se postuló al racismo (como se afirmó, un modo determinado de construcción de identidad y otredad) como un mecanismo propio del gobierno liberal. Tal como afirma Grimson (2012), las identidades se generan en el marco

---

<sup>162</sup> Cuando se plantea la existencia de una homogeneidad “imaginaria” no se lo hace (es preciso repetirlo) desde una perspectiva epistemológica idealista. La construcción de “ficciones” no debe concebirse como pura y simple ilusión. Como se afirmó en el Capítulo 1, éstas tienen condiciones de posibilidad y efectos históricos específicos. En palabras de Foucault: “En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante; me doy cuenta de que no he escrito más que ficciones. No quiero, sin embargo, decir que esté fuera de la verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción, y hacer de tal suerte que el discurso de verdad suscite, 'fabrique' algo que no existe todavía, es decir 'ficcione'. Se 'ficciona' historia a partir de una realidad política que la hace verdadera, se 'ficciona' una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica” (Foucault: *Microfísica del poder*, citado en Deleuze, 2003: 14). En el mismo sentido es que Benedict Anderson habla de la nación como una “comunidad imaginada”. El autor plantea que por esto no tiene que entenderse una comunidad “falsa”, en tanto todas son “inventadas”: “Las comunidades deben ser distinguidas no por su falsedad o genuinidad, sino por el estilo a través del cual son imaginadas” (Anderson, 2006: 6). En otras palabras, por las líneas a través de las cuales se construyen esas identidades comunitarias.

de una “configuración cultural”, uno de cuyos elementos es el “campo de posibilidad” discursiva para la construcción de determinadas identidades y diferencias. De esta manera, la relevancia que ha tomado la religión como modo de delimitar identidades propias y ajenas, da cuenta de una configuración cultural compartida entre quienes se presentan como enemigos absolutos. Lo que busca ponerse de relieve con el término “construcciones” no es su carácter efímero o volátil, sino una postura anti-esencialista fundamental que evita pensar a las distintas identidades genéticamente, es decir, como si determinados rasgos formaran parte natural de determinados individuos, descritos a través de características físicas, nacionales, culturales, etc.. Las identidades no son espejismos; existen, porque fueron generadas, y, en tanto tales, actúan, ejercen efectos sobre la realidad, y son pasibles de transformación e instrumentalización.

La constitución de identidades y otredades, por lo tanto, resulta fundamental en la definición de racismo establecida. La centralidad de ambas nociones en la construcción de dicho concepto en Foucault se hace evidente en *Defender la sociedad*. En efecto, allí el filósofo francés da cuenta del carácter ficcionado de los pueblos, realizando un recorrido genealógico que demuestra cómo se inventa un pueblo o una nación, cómo ésta es construida a partir de condiciones de posibilidad específicas ligadas a las transformaciones en el modo de ejercicio del poder. El reverso de la invención de este pueblo que es necesario defender, es el racismo, a través del cual se inventa un Otro al que hay que eliminar a fin de hacer vivir (y hacer vivir mejor).

*Identidad y otredad.*

El discurso hegemónico en las RRII tendió a subestimar la cuestión de la identidad y la otredad. A partir de la década de los 80s del siglo pasado, constructivistas y post-estructuralistas se han encargado de la misma. Como se afirmó en el Capítulo 1, si bien ninguna de éstas son corrientes de pensamiento homogéneas, existe una diferencia marcada entre el “constructivismo moderado” de Wendt y las concepciones post-estructuralistas.

En línea con su “esencialismo moderado” (Wendt, 1999: 64), el primero concibe la identidad como una propiedad que supone una determinada auto-concepción que debe ser refrendada por los otros; en este sentido, las identidades están constituidas tanto por

factores intrínsecos como extrínsecos. Si bien en *Teoría social de política internacional* (*Social Theory of International Politics*) Wendt no explica el origen de los primeros, plantea que están constituidos tanto por una materialidad bruta (cuerpos y necesidades asociadas) como por un bagaje “representacional en la forma de algunas ideas *a priori* acerca de quiénes son” (1999: 328).

El post-estructuralismo es radical al respecto: no existen factores identitarios naturales. Y esto por dos razones. Por un lado, porque no existe identidad –Yo– que no tenga como condición necesaria el establecimiento de una distinción respecto a un Otro. Y, por otro lado, porque las identidades son, por definición, discursivas y, por tanto, históricas.

El carácter constitutivo de la diferencia en la construcción de la identidad encuentra su explicación en el hecho de que la lógica de la identidad es una lógica relacional. Esto no significa que la distinción Yo/Otro implique necesariamente la negación absoluta del segundo. En efecto, la constitución de la identidad se realiza a través del establecimiento de fronteras que sirven para delimitar un adentro de un afuera, en relación con otros que pueden ser incluidos –anulándose sus diferencias– o, por el contrario, excluidos. En este sentido, en oposición al cosmopolitismo liberal, esta posición sostiene que la inclusión *ad infinitum* es imposible: en la formación de la identidad, participan mecanismos tanto de inclusión como de exclusión (Laclau y Mouffe, 2004; Mouffe, 2007a; Odysseos, 2007). De allí que no sea posible pensar la identidad sin, al mismo tiempo, pensar la diferencia. De este modo, las identidades políticas o colectivas son construidas al interior de relaciones intercolectivas que, en tanto relaciones políticas, son relaciones de poder. Por lo tanto, plantear la construcción de identidades colectivas olvidando este rasgo fundamental, es mutilarlas de su naturaleza eminentemente política y, por tanto, contingente, histórica.

En este sentido, la noción de “procesos de identificación”, proveniente del psicoanálisis, resulta de suma utilidad. Pues entender las identidades en tanto procesos de identificación pone el acento precisamente en su carácter de construcciones y permite hacer jugar en su proceso de producción contextos históricos de emergencia signados por determinadas relaciones de poder. Porque la identidad se presenta como una fosilización de una relación dinámica entre un Yo y un Otro: entre dos particularidades. Así, las identidades “(s)on procesos sociales cosificados” (Grimson, 2012: 27). Construidas

retroactivamente como homogeneidades esencializadas (Zizek, 2003), están formadas a partir de ciertos rasgos que son planteados como dados y ahistóricos. Pero las identidades no son eternas, sino que se encuentran enmarcadas en determinadas relaciones de poder que, en tanto históricas, les posibilitan ser, desplegarse y perecer. Por otra parte, los mecanismos de identificación son tanto positivos como negativos; es precisamente esta característica lo que permite el movimiento dialéctico de inclusión y exclusión.

Esto no significa que no existan rasgos más duraderos en la construcción de identidades. Sin embargo, estos tienen múltiples interpretaciones (significados) posibles que se adaptan según la política definida y en juego y las relaciones de poder que les sirven de marco. De esta manera, y dependiendo de distintas circunstancias y contextos estructurales, estos rasgos se ocultan, ocupan lugares centrales o periféricos en el discurso, incluso se transforman, adoptan nuevos sentidos. Se ha visto en la Introducción cómo en la década de los 90s del siglo pasado el Islam en tanto amenaza compitió por un lugar de preeminencia en la política estadounidense con otras, tales como el narcotráfico (lo que puede corroborarse fácilmente en la producción de Hollywood de aquellos años).

Aún más, las identidades aparecen y desaparecen, articulándose en torno a distintos adjetivos. Un caso ilustrativo de esto último lo otorga Medio Oriente donde la caída en desgracia de la identidad nacional árabe como identidad política que supo primar durante los años del nasserismo egipcio, dio lugar al fortalecimiento de identidades –también políticas– articuladas en torno a lo religioso. De este modo, los procesos de identificación, si bien por momentos fijados parcialmente, son flexibles. Este es el único modo en el que las identidades pueden forjar alianzas políticas, en las que pueden perpetrar políticas hegemónicas, pues pueden transformarse para incorporar la diferencia. Postular la noción de identificación en lugar de la de identidad implica reconocer la ambigüedad que habita en el centro de toda definición yoica. Así, la identidad puede transformarse y abarcar, hasta cierto punto, lo heterogéneo.

Resumiendo. Si bien las identidades políticas están sujetas a cambios, es necesario hacer dos aclaraciones. En primer lugar, los cambios no son voluntarios, pues están ligados a cierta estructura de relaciones de poder que permite la emergencia de distintos lenguajes articuladores de identidades. Así, podemos citar como identidades políticas que emergieron

en distintos momentos del siglo XX y XXI a las identidades nacionales, de clase, étnicas, religiosas. La presente tesis sostiene que el gobierno liberal a nivel mundial y el racismo que lo acompaña posibilita una construcción de un Otro exterminable en términos ya no nacionales o biológico-raciales, sino religiosos. En segundo lugar, estos cambios tampoco son constantes, es decir que las identidades pasan por momentos de fijaciones parciales, deteniendo su movimiento en torno a determinados “puntos nodales de sentido” (Laclau y Mouffe, 2004). Lo que se busca resaltar es la imposibilidad de constitución de una única identidad siempre igual a sí misma.

Por su parte, y en términos de William E. Connolly (1991), la otredad es la construcción de la diferencia dirigida a garantizar la propia supervivencia (y, se agrega desde aquí, el mejoramiento de la propia vida). En términos del sociólogo argentino Eduardo Grüner (2005), el Otro se produce a través de resaltar un rasgo particular de él y universalizarlo, de modo tal que lo convierta en ontológicamente diferente y, por tanto, no incorporable. La otredad es siempre objeto, es decir, producto de la representación de una identidad que se plantea como sujeto. El Otro, en tanto tal, siempre es representado; el yo, por el contrario, *se* representa. En este sentido, el Otro no es simplemente negado sino que hay un movimiento positivo que supone su construcción, su producción. La diferencia, así, no necesariamente se postula como amenaza; puede ser definida, en cambio, en términos más o menos peligrosos para el Yo, abonando a la tesis de que “el peligro no es una condición objetiva”, sino un efecto de interpretación (Campbell, 1998b: 1). En este sentido, se coincide con la escuela de Copenhague en la utilización del concepto de securitización. Lo que esta escuela propone es que no debe hablarse en términos de seguridad, sino de securitización, pues las amenazas son construidas: “La seguridad tiene una fuerza particularmente discursiva y política y es un concepto que hace algo –securitizar– más que una condición objetiva (o subjetiva). La securitización se refiere más precisamente al proceso de presentar una cuestión en términos de seguridad, en otras palabras, como una amenaza existencial” (Buzan y Hansen, 2009: 214).

Al resaltar el carácter de constructo de las identidades, la concepción aquí manejada se distancia de aquéllas esencialistas que postulan a la identidad como una unidad pre-dada, ahistórica y, por tanto, no problematizable. Esta posición, sin embargo, no debe ser llevada

al extremo opuesto y comprendida como abogando por una perspectiva voluntarista, según la cual cualquier forma identitaria puede ser construida. El camino aquí planteado tiene en cuenta los rasgos estructurales de las identidades al tiempo que no deja de pensarlas como construcciones, es decir, de historizarlas. En este sentido, es posible atribuir a las identidades y a las otredades características que anteriormente fueron atribuidas al discurso: no intencionales, históricas, instrumentos y efectos de relaciones de poder. Si hacer esto es posible es porque las identidades (y, por tanto, también las otredades) son eminentemente discursivas, son, de hecho, productos de prácticas discursivas.

En efecto, las identidades son prácticas discursivas que cumplen el rol de actualizar relaciones de poder. Como se planteó en el Capítulo 1, desde la óptica foucaultiana poder y saber marchan a la par. Pues el poder, para realizarse, precisa de una instancia formalizadora y, por tanto, formada: la encontrará en el saber, entendido como la trama de visibles y de enunciables, es decir, como todo aquello que en un momento histórico se puede ver y enunciar (Deleuze, 2003). En el mismo sentido que se ha afirmado que el discurso construye sus objetos –en lugar de pensarlos como cosas exteriores de las que éste habla, reflejando simplemente su existencia, o a las que indica–, en tanto práctica discursiva por excelencia, las identidades propias y ajenas se construyen a través del discurso. Junto con Étienne Balibar, Slavoj Žižek, Laclau, Mouffe (Balibar, 2005; Laclau y Mouffe, 2004; Žižek, 2003) –entre otros–, la tesis afirma que las identidades son discursivas en tanto son nombres, significantes que homogeneízan una multiplicidad. Si, por otra parte, el discurso es un dispositivo de actualización del poder, se puede deducir, entonces, que afirmar que las identidades son nombres, que son del plano de lo discursivo, no las deja exentas de participación en el ejercicio del poder, ni, por tanto, de materialidad; por el contrario, si son las prácticas discursivas las que construyen identidades, éstas son portadoras de efectos materiales, es decir, constructoras de realidad.

¿Qué quiere decir exactamente que las identidades son del plano de lo discursivo? Žižek, sosteniéndose sobre Laclau y Mouffe, afirma que la identidad (en tanto fijación parcial) se establece a partir del establecimiento de un punto nodal que sutura significantes flotantes y fija su significado retroactivamente (Žižek, 2003). Es decir que la formación de una identidad es producto de una contingencia que agrupa una multiplicidad bajo un mismo

significante que será lo que le dará a la primera sus rasgos específicos de acuerdo al contexto histórico. De esta manera, la identidad musulmana (en tanto identidad fijada parcialmente) no tendrá el mismo contenido si se la observa desde una óptica “occidental” –posición desde la cual se llenará de características del tipo “fundamentalistas”, “terroristas”, “retrogrados” y demás– que si se lo hace desde una óptica propiamente musulmana (suponiendo que ambas sean unitarias). Cada caracterización homogeneizante tiene distintas condiciones de posibilidad para presentarse como tal (será más o menos escuchada y podrá representarse a sí misma) según las relaciones de poder, que señalan no sólo aquello que puede ser dicho, sino, asimismo, quiénes pueden decirlo.

En el primer capítulo se hizo hincapié en el continuo deslizamiento del significado con respecto al significante que evidenciaba una relación arbitraria entre ambos componentes del signo lingüístico saussuriano. Esto quería decir que a un mismo significante podían adosársele distintos significados y tenía como consecuencia lógica la imposibilidad de fijar significados últimos. Trasladado a la cuestión de la identidad, esto significa que una misma identidad nominal puede ser llenada con distintos rasgos que la definan y, por lo tanto, que el cierre de una identidad no es nunca total, sino siempre parcial, pues está amenazada por fuerzas que pugnan por inyectarle nuevos sentidos. Una vez más: que la relación sea arbitraria, sin embargo, no supone que sea voluntaria. Cuando se afirma que la relación entre significante y significado o entre identidad y contenido de ésta es arbitraria, busca significarse que no existe ninguna relación natural, pre-dada, entre ambos. Ciertas relaciones de poder que funcionan regulando el discurso, posibilitarán determinados adosamientos y, asimismo, que ciertas identidades (y no otras) tengan la palabra, silenciando a las otredades que, entonces, serán construidas por las primeras. Es en este sentido que es posible afirmar que las identidades son resultado de ciertas relaciones de fuerza y, al mismo tiempo, campo en el que éstas se encuentran.

Lo interesante de la lectura discursiva de las identidades radica en que reconoce en la formación de identidades no sólo una sumatoria de cualidades compartidas que vendrían a organizar a una diversidad en torno a esas características, sino algo más: un *plus* que ejerce un efecto de ahistorización, la “ilusión de que el sentido de un determinado elemento (que quedó retroactivamente fijado mediante la intervención del significante amo) estaba

presente en él desde el comienzo como su esencia inmanente” (Zizek, 2003: 144). De esta manera, las multiplicidades que dieron forma a esa identidad se funden en una unidad que aparece esencializada, es decir, se presenta como eterna y natural (de allí que se puedan decir cosas tales como “los judíos/argentinos/musulmanes/etc. *son así*”). Así, esta concepción pone el acento en la relación entre una nominación que es, por definición, contingente, y la lógica de la necesidad-ahistoricidad que se instala al transformarse esa nominación en una identidad. El afirmar que toda nominación es contingente es una postura basada en el anti-descriptivismo que se sostiene sobre la imposibilidad de significar lo Real tal y como es “en realidad”. En palabras de Zizek: “lo Real no contiene un modo necesario de ser simbolizado” (2003: 137). De allí la importancia del discurso en las relaciones de poder: éstas configuran no sólo modos posibles de simbolización de lo Real, sino también, quiénes tienen mayores posibilidades de imponer su significación particular y universalizarla.

Como se ha señalado, la constitución de la identidad puede darse a través de distintos lenguajes articuladores. Se ha visto que en *Defender la sociedad* Foucault da cuenta de las identidades surgidas en torno de la noción de nación, la cual, a su vez, preparó el terreno para la emergencia de las identidades definidas en torno a rasgos físicos (identidades raciales). Asimismo, allí hace referencia a las identidades de clase, a cómo éstas surgen, en qué contexto lo hacen, etc. Cada uno de estos ejes articuladores de identidades es efecto de y, a la vez, ejerce efecto sobre las “formaciones no-discursivas” (Foucault, 2002). En el Capítulo 3, la tesis se ha detenido sobre las características del gobierno liberal mundial, llamando la atención sobre las transformaciones sufridas por el Estado y sobre el carácter universalista de dicho gobierno. A partir de allí puede comprenderse que las principales líneas identitarias en el marco de las relaciones internacionales ya no pasen por cuestiones nacionales, sino que lo hagan por otras, más globales. La hipótesis que aquí se maneja es que durante la GGT éstas han pasado a girar en torno de rasgos culturales, más particularmente, religiosos. Esta situación, por otra parte, fue facilitada por el desarrollo y la expansión de las nuevas tecnologías que acortan distancias físicas y disminuyen la importancia de la separación espacial. Es así como Paul Gilroy puede afirmar que:

La identidad ha venido a proporcionar una especie de ancla en el medio de las turbulentas aguas de la desindustrialización y los patrones a gran escala de reconstrucción planetaria que son vacilantemente denominados ‘globalización’ (...). Si la identidad abstracta y sus temáticas están a punto de convertirse en una especie de preocupación obsesiva en los países sobredesarrollados, este patrón comunica cómo los movimientos políticos y las actividades gubernamentales están siendo reconstituidos por un cambio en el status y la capacidad del Estado-nación (2000: 107)

### 3. Racismo religioso

*Después de 1945, los efectos del genocidio nazi hicieron que la opinión académica respetable sea tímida y precavida en invocar abiertamente la idea de diferencia racial en puros términos biológicos. En esas condiciones, el concepto de cultura proporcionó un vocabulario descriptivo alternativo y un idioma político más aceptable con el cual hacer alusión a y simplificar las variaciones geográficas, históricas y fenotípicas que distinguían la desigualdad racializada. Retrabajada y repensada en línea con los viejos imperativos de la razón antropológica pragmática, esta versión de la cultura complementó y luego suplantó a la raciología que había sido desacreditada por la implementación total de la higiene racial industrializada (Gilroy, 2000: 281)*

*En un contexto de guerra definida globalmente, la diferencia cultural es definida en términos de antagonismo y mutua amenaza; una situación en la cual lo que de primera mano eran reclamos asociados a distintas situaciones conflictivas como Cachemira o el conflicto israelí-palestino, ha venido a constituir un antagonismo civilizacional global de culturas que enfrenta al liberalismo occidental contra el Islam (Jabri, 2010: 138)*

#### a. Religión y RRII

Los responsables del 11-S fueron definidos como “un movimiento marginal que pervierte las enseñanzas pacíficas del Islam”<sup>163</sup>. A partir de entonces, el 11-S vino acompañado de múltiples referencias a su carácter religioso. La “islamofobia” cobró mayor fuerza, la religión pasó a ser “securitizada” (Laustsen y Waever, 2003) y, tanto desde círculos académicos como desde círculos políticos, comenzaron a oírse voces acerca del retorno de la religión a un mundo que se consideraba desencantado. Las primeras referencias de Bush a las Cruzadas en su discurso del 16 de septiembre de 2001 (“Esta cruzada, esta guerra contra el terrorismo va a tomar un tiempo”<sup>164</sup>), la denominación –en un primer momento- de la operación que siguió a los sucesos del 11-S como “Justicia infinita”, su enunciado que refería a la no neutralidad de Dios (“La libertad y el miedo, la justicia y la

---

<sup>163</sup> CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>164</sup> CASA BLANCA (2001), “Remarks by the President upon arrival”, (16/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

crueledad, siempre han estado en guerra, y sabemos que Dios no es neutral entre ellos”<sup>165</sup>) y que repitió, aunque con distintas palabras, en 2003 (“mientras conocemos el terror y la violencia del mundo, podemos tener la certeza de que el autor de la libertad no es indiferente al destino de la libertad”<sup>166</sup>), y el hecho de que los discursos de Bin Laden, líder de *Al-Qa’ida*, también giraran en torno de lo religioso, pusieron de manifiesto la importancia que había adquirido la religión en el ámbito mundial.

Las RRII respondieron ya sea articulando las mismas categorías que traían de antaño y, por lo tanto, desestimando el papel de lo religioso en la GGT que entonces comenzó; o bien desde posiciones culturalistas que hacían eco del “choque de civilizaciones” anunciado por Samuel P. Huntington diez años antes. Es decir, a través de una interpretación moderna e instrumentalista que consideraba a la religión como un dispositivo de movilización que ocultaba intereses político-materiales; o a través de una lectura esencialista que identificaba en la diferencia étnico-cultural la fuente de todos los conflictos que se cernían sobre el globo. Tal como afirma Scott Thomas (2005), fueron pocas las voces que, al interior de la disciplina, intentaron incorporar a las culturas y religiones -entendidas como productos históricos (y no como realidades esencializadas)- como un factor explicativo o, cuanto menos, intentaron comprender sus particularidades a través de un estudio transdisciplinario.

La falta de herramientas de las RRII para trabajar esta cuestión se explica, si bien parcialmente, remontándose a los inicios de la disciplina. Según Pavlos Hatzopoulos y Fabio Petito (quienes se sostienen sobre una teoría de la identidad negativa), la religión fue aquello que la disciplina necesitó negar para afirmar su propia identidad. Es decir que, para estos autores, la (re)aparición de la religión en las relaciones internacionales puede ser leída como un “retorno de lo reprimido”. De este modo pueden afirmar que “(l)a religión ha sido, y continúa siendo ampliamente, aquello de lo que la disciplina de las Relaciones Internacionales sólo puede hablar como una amenaza a su propia existencia” (Hatzopoulos y Petito, 2003: 1).

---

<sup>165</sup> CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>166</sup> CASA BLANCA (2003), “President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East”, (06/11/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Esta afirmación es muy interesante. El discurso hegemónico de las RRII remonta sus comienzos al Tratado de Westfalia. La idea de un sistema westfaliano, con su racionalidad centrada en la ya trabajada razón de Estado (Capítulo 3), conlleva presupuestos discursivos que, una vez puestos a funcionar, se naturalizan.

El primero de los que interesa remarcar aquí, radica en la presunción de que, a fin de evitar un estado de naturaleza hobbesiano (anárquico), la religión debe ser privatizada, marginalizada de la política e, incluso, tal vez superada por un cosmopolitismo ético. Esta concepción debe comprenderse en el marco de las llamadas Guerras de Religión que asediaron Europa en los siglos XVI y XVII. La lectura liberal e ilustrada que se efectuó de dichos acontecimientos confirmó, en el marco del surgimiento de los Estados-nación burgueses, la necesidad de hacer a un lado a la religión en los asuntos de política internacional<sup>167</sup>.

En cambio, un segundo presupuesto de Westfalia no fue compartido por el liberalismo. En efecto, como se ha sostenido a lo largo de la tesis, bajo el principio de *cuius regio eius religio*<sup>168</sup>, el sistema westfaliano suponía y se sostenía sobre el pluralismo político y cultural (ya que, al interior de las fronteras, cada Estado era soberano respecto a la elección de sus formas socio-políticas). El universalismo liberal, una vez que se convirtió en gobierno global, se dedicó a buscar borrar dicho pluralismo (como se ha visto con las transformaciones en el concepto de soberanía, con la concepción de la guerra como guerra que se libra contra enemigos absolutos y con la búsqueda de la transformación de los regímenes no liberales en regímenes liberales).

Por otro lado, tal como afirman Jonathan Fox y Shmuel Sandler (2004), también las RRII tienen dificultades en incorporar la variable religiosa en su especificidad a sus análisis debido a los presupuestos epistemológicos y metodológicos que dominan a su interior. Entre los primeros puede citarse al positivismo y al materialismo que no hace lugar a la consideración de la religión como una variable explicativa, por considerarla –en su concepción que establece una dicotomía tajante entre materialismo e idealismo–, como

---

<sup>167</sup> Si bien el Estado monárquico absolutista había quitado poder a la Iglesia, todavía sustentaba su legitimidad en el derecho divino, puesto que el rey se presentaba como legitimado por Dios. La instauración del Estado burocrático a través de las revoluciones liberales francesa y estadounidense, terminó de quitar todo poder a la religión explicitando la separación del Estado y la Iglesia.

<sup>168</sup> “Como el rey, así su pueblo”.

propia del plano de las ideas. Entre los segundos, puede hacerse referencia a la importancia que tiene la metodología cuantitativa para las RRII, disciplina que descarta cualquier factor no medible de su concepción de Ciencia. Además, el centrismo occidental de la disciplina hace que la incorporación de otras variables sea muy resistida (tal como fue desarrollado en el Capítulo 1 respecto al discurso).

Ahora bien, la privatización de la religión –que con el universalismo liberal quedó restringida ya no únicamente al ámbito de la política doméstica, sino a lo individual-, producto de la lectura mencionada de las Guerras de Religión, supuso una transformación del significado de dicho significante. En efecto, según Thomas (2005), éste dejó de ser entendido en un sentido social, como referencia a una comunidad, y pasó a ser considerado como un conjunto de doctrinas<sup>169</sup>. Ya que las doctrinas son discursivas, y la concepción generalizada del discurso lo despoja de materialidad, como se vio en el Capítulo 1, doctrinas y prácticas sociales son separadas, de modo tal que el ser religioso es considerado como un individuo autónomo que adscribe voluntariamente a una serie de preceptos y no como un sujeto constituido por el discurso religioso. De allí que no pueda comprenderse la especificidad de una lucha sostenida sobre fundamentos de ese tipo.

El racismo religioso del que se habla en la tesis no iba dirigido hacia aquéllos que aceptaban las normas liberales de práctica religiosa, sino a aquéllos que no las aceptaban. En este sentido, se estableció una diferenciación entre los musulmanes que podían ser aceptados al interior del Nosotros presentado como universalidad y aquéllos que no podían serlo. Si los primeros eran aquellos “buenos musulmanes” que practicaban su religión en el ámbito privado de sus vidas, los segundos la hacían pública, lo cual significaba, invariablemente, querer imponerla por la fuerza a otros. El tipo de democracia que buscó

---

<sup>169</sup> “Durante la Edad Media el término *religio* se refería a la vida monástica, o era usado para describir una ‘virtud’ particular basada en prácticas encastradas en la tradición cristiana, como parte de una comunidad eclesiástica (llamada Iglesia). En otras palabras, esta definición social de la religión como una comunidad de creyentes, significaba que las prácticas y virtudes de la tradición cristiana no estaban separadas de la tradición y de la comunidad en la que estaban encastradas y que las sostenía. Esta concepción social de la religión también puede ser llamada corriente principal o ‘religión tradicional’, y era lo que significaba la cristiandad para la mayoría de las personas en la temprana Europa moderna. Como resultado del concepto moderno de religión, las virtudes y las prácticas de la tradición cristiana fueron separadas de las comunidades en las cuales estaban encastradas (...) Un (...) cambio importante tiene lugar en los siglos XVI o XVII cuando la *religio* comienza a cambiar de ser una de varias virtudes, apoyada por prácticas de una comunidad eclesiástica encastrada en la tradición cristiana, a un sistema de doctrinas o creencias que podía existir por fuera de la comunidad eclesiástica” (Thomas, 2005: 24-25).

imponerse en los países que constituyeron los “campos de batalla” de la GGT fue una de corte liberal y, por tanto, basada en el individuo y su libertad. De este modo, se estableció una diferenciación entre los musulmanes liberales y los que no lo eran:

Más de la mitad de los musulmanes del mundo viven en libertad bajo gobiernos constituidos democráticamente. Son exitosos en sociedades democráticas, no a pesar de su fe, sino debido a ella. Una religión que exige responsabilidad moral individual, y alienta el encuentro del individuo con Dios, es totalmente compatible con los derechos y las responsabilidades del autogobierno<sup>170</sup>.

Así, en lugar de comprenderse a la religión como constitutiva de la comunidad, se seguía un razonamiento propiamente liberal que anteponía los derechos individuales. De allí que se hiciera hincapié, una y otra vez, en la necesidad de la separación de la religión y del Estado. Ésta, se sostenía, era la única forma de respetar los derechos de las minorías. Nótese, asimismo, cómo se hace referencia a la responsabilidad del individuo, poniéndose de manifiesto lo que se sostuvo en el Capítulo 3 acerca de la misma en el gobierno liberal.

El caso de la redacción de la “Ley de Administración para el Estado de Irak para el período Transitorio” (conocida como TAL por sus siglas abreviadas en inglés) resulta gráfico al respecto. La TAL fue definida como “el documento más liberal”<sup>171</sup> de la región, un “documento histórico” que constituía una “maravillosa oportunidad” para el pueblo de Irak “de decir ‘así es como la gente civilizada debe vivir’”<sup>172</sup>. Cumplió un doble propósito: establecer los parámetros para el gobierno interino que surgiría de la entrega de soberanía a las autoridades iraquíes elegidas por Estados Unidos, y sentar las bases de los principios de poder, administración y gobierno. La TAL, firmada el 8 de marzo de 2004, trataba todos los puntos necesarios para una futura Constitución. Su borrador fue escrito por la Autoridad Provisional de la Coalición (APC), con la aprobación del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Debido a la preocupación estadounidense de que un futuro gobierno islámico en Irak acercara posiciones con Irán, los movimientos islámicos fueron apartados del comité redactor, formado por antiguos exiliados políticos nombrados a dedo por las potencias ocupantes. La cuestión del Islam fue uno de los puntos principales de

---

<sup>170</sup> CASA BLANCA (2003), “President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East”, (06/11/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>171</sup> CASA BLANCA (2004), “Dr. Condoleezza Rice Discusses the War on Terror on “60 Minutes””, (28/03/2004). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>172</sup> CASA BLANCA (2004), “Bush, Blair Discuss Sharon Plan; Future of Iraq in Press Conference”, (16/04/2004). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

controversia. Luego de algunas discusiones, la APC aceptó que la TAL hiciera un reconocimiento a regañadientes del rol del Islam en el país. Sin embargo, mientras que los políticos islámicos pedían que el Islam fuera considerado la más importante o la única fuente de legislación, fue considerado sólo como una de varias fuentes (art.7(a)). La demanda islámica fue rechazada por Bremer quien dejó en claro que vetaría la TAL si tal cosa aconteciera<sup>173</sup>. De esa manera, se consideraba que los iraquíes se estaban moviendo “hacia el auto-gobierno y practicando la fe como juzgan conveniente”<sup>174</sup>.

Este ejemplo resulta gráfico porque da cuenta de que lo que se encontraba en juego era fundamentalmente una particular concepción de la religión que respondía a los parámetros liberales: “lo que considero más valioso en América, particularmente si se es una persona religiosa, es que se puede ser libre para profesar la religión y es la elección de uno. No es la elección del Estado, y uno no debería ser intimidado luego de que se ha tomado una decisión. Y ese es un derecho que defiendo celosamente”<sup>175</sup>. De allí que las intenciones del enemigo hayan sido comprendidas como buscando la *imposición* del Islam a todo el globo: “Ellos esperan establecer una utopía política violenta a lo largo de Medio Oriente, que llaman ‘Califato’, donde todo estaría gobernado de acuerdo a su ideología de odio”<sup>176</sup>. Más allá de que ésta constituyó una táctica dirigida a acrecentar la amenaza islámica para permitir la efectuación de políticas más radicales, esta particular concepción debe ser situada en el marco del discurso constitutivo del liberalismo. Ya que la religión es pensada como un conjunto de doctrinas al que se adscribe individual y voluntariamente, el reverso de esto es la idea de una imposición de la religión sobre individuos reticentes a aceptarla.

Por otra parte, estas caracterizaciones encontraban su fundamento enunciativo en la islamofobia propia de Bernard Lewis y Huntington, según la cual los musulmanes están

---

<sup>173</sup> A pesar de la reticencia a aceptar un Estado islámico por parte de las autoridades estadounidenses, la implantación de la democracia demostró que éste coincidía con la voluntad popular. En efecto, las urnas mostrarían que la mayoría de los iraquíes –frecuentemente más de un 70%- favorecerían un Estado religioso. La victoria de la Alianza Unida Iraquí (partido islámico) en las sucesivas elecciones así lo demostraría.

<sup>174</sup> CASA BLANCA (2003), “Remarks by the President at Iftaar with Ambassadors and Muslim Leaders”, (28/10/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>175</sup> CASA BLANCA (2007), “Interview of the President by Al Arabiya”, (05/10/2007). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>176</sup> CASA BLANCA (2006), “President Discusses Global War on Terror”, (05/09/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

obligados *por su religión* a luchar por el control del mundo, eliminando, de este modo, las fronteras entre *al-dar al-Islam* (la Casa del Islam) y *al-dar al-harb* (la Casa de la guerra).

Por lo tanto, más que desestimar la presencia de la religión como fuerza de movilización en el ámbito mundial, debería preguntarse por qué la religión (y no otra cosa en su lugar) aparece como eje articulador de luchas. No es ésta la pregunta que se hace aquí, la cual requeriría un trabajo de investigación aparte que bien valdría la pena intentar. Algunas respuestas podrían ir en la dirección indicada más arriba, en el sentido de que la pérdida de poder explicativo por parte de factores biológicos –nazismo mediante– llevó a las teorías culturalistas a tomar mayor poder. La “polivalencia táctica del discurso” habría posibilitado la naturalización de las culturas (uno de cuyos elementos fundamentales es la religión) y, de este modo, las líneas de separación habrían comenzado a establecerse a partir de allí. El carácter apolítico del liberalismo, como modo de ejercicio del poder a nivel mundial, habría facilitado esta caracterización. Por otra parte, una hipótesis con mucho peso es la que sostiene que la religión es la respuesta que encuentran las culturas no-occidentales a la globalización de los parámetros occidentales. Esta última supone el fortalecimiento de las culturas locales, tesis opuesta a la de Olivier Roy (2007) quien sostiene que la reemergencia de la religión está ligada a una crisis de identidad cultural. De todos modos, estas no son más que conjeturas. El presente apartado buscó situar el estudio de la religión en las RRII, dando cuenta de las razones de su generalizada ausencia.

### **b. Islamofobia**

Varios sucesos de la historia contemporánea explican la construcción negativa del Islam y, con él, la de los musulmanes, por parte del liberalismo occidental: la Revolución iraní de 1979, la toma de la embajada de Estados Unidos en el marco de esta última, la *fatwa* contra Salman Rushdie que acompañó la publicación de sus *Versos satánicos*, la Guerra del Golfo de 1990-1991, los frustrados atentados al *World Trade Center* en febrero de 1993, los atentados a las embajadas estadounidenses de Kenia y Tanzania en 1998, el ataque al destructor estadounidense *USS Cole* atracado en el puerto yemení de Adén, en el año 2000, entre otros. Con anterioridad a la Revolución Islámica iraní, y a partir del surgimiento del nasserismo, pero sobre todo luego de la guerra de 1973 que enfrentó a árabes e israelíes y

que tuvo como consecuencia el embargo petrolero de dicho año que se extendió hasta el siguiente, era el nacionalismo árabe el que aparecía “como una gran amenaza” (Said, 1990: 337). Sin embargo, sobre todo a partir de los sucesos del 11-S se puso de manifiesto una aversión generalizada hacia el Islam y hacia los musulmanes<sup>177</sup>. Desde entonces y durante los años que duró la GGT el Islam como religión y los adscriptos a la misma fueron blanco de múltiples manifestaciones de odio. Para citar sólo unos ejemplos:

1) En primer lugar, la *Patriot Act*, puesta en funcionamiento el 26 de octubre de 2001, al reducir las restricciones a las agencias de seguridad y de inteligencia al interior del territorio de Estados Unidos, facilitó una ola de arrestos que se dirigió mayormente contra musulmanes:

Las medidas ejecutivas y legislativas que siguieron a estas iniciativas “han incluido arrestos en masa, detenciones secretas e indefinidas, detención prolongada de ‘testigos materiales’, audiencias cerradas y uso de evidencia secreta, escuchas gubernamentales en conversaciones cliente-abogado, visitas a la casa y al trabajo por parte del FBI, pinchazos telefónicos, embargos de propiedades, deportación de extranjeros con violaciones técnicas de visas, y registraciones especiales forzosas”. Como resultado en el año 2004, ‘por lo menos cien mil árabes y musulmanes, habitantes de Estados Unidos, han experimentado personalmente alguna de estas medidas’ (Semati, 2010: 265)

2) El 12 de septiembre del año 2006, en una charla en la Universidad de Ratisbona, el entonces Papa Benedicto XVI expresaba su creencia de que la religión musulmana es una religión *esencialmente* violenta al citar una conversación entre el emperador bizantino (año 1391) y –citado textualmente- un “persa culto”. Citó al emperador: “Muéstrame lo que Mahoma ha traído de nuevo y encontrarás sólo cosas malas y

---

<sup>177</sup> Con esta afirmación no quiere proporcionarse una explicación unidireccional según la cual la construcción negativa del Islam fue en respuesta a los reiterados ataques por parte de movimientos islámicos a los intereses occidentales. Debe tenerse en cuenta que la relación entre las potencias liberales y Medio Oriente es una de carácter imperialista. En efecto, a los colonialismos francés y británico que se repartieron la región luego de la caída del Imperio otomano, siguió la dominación estadounidense. Esta última llevó a cabo políticas intervencionistas tanto abiertas como cerradas en países mezzio-orientales a partir de 1953 (año en el que tuvo lugar el golpe de Estado en Irán, organizado por la CIA, contra el nacionalista Mossadegh), siendo la última de ellas el rol jugado por la potencia norteamericana en el intento de derrocamiento del Presidente sirio, Bashar al-Assad. Además, practicó sucesivas invasiones y violaciones de distintas soberanías territoriales (Irak desde 1991 hasta el 2010; Afganistán desde 2001 hasta la actualidad; Libia en 2011; Siria desde 2011 hasta la actualidad).

deshumanas, como su directiva de difundir por medio de la espada la fe que él predicaba”<sup>178</sup>.

3) Unos días más tarde, el 30 de septiembre, el diario danés *Jyllands-Posten*, publicaba 12 caricaturas del profeta Mahoma en el que se lo veía, entre otras cosas, con bombas en su turbante. Acciones de este tipo se repitieron en varias oportunidades, apareciendo las últimas de este tipo en el semanario satírico francés, *Charlie Hebdo*, en septiembre de 2012.

4) En noviembre de 2006, 6 imames fueron expulsados de un vuelo de Minneapolis a Phoenix porque tanto los pasajeros como la tripulación se asustaron por cierta “conducta sospechosa” que detectaron en los imames<sup>179</sup>.

5) En agosto de 2010 el proyecto de construcción de una mezquita a 200 metros de *Ground Zero* (el lugar donde se encontraban las Torres Gemelas) inauguró una fuerte polémica.

6) En abril de 2011 el pastor estadounidense Terry Jones, organizó una quema del libro sagrado del Islam, *El Corán*. Repitió la quema en el mismo mes del año 2012.

7) En abril de 2012 *Amnesty International* divulgó un informe, titulado *Elección y prejuicio: discriminación contra los musulmanes en Europa (Choice and prejudice: discrimination against Muslims in Europe)* que daba cuenta de la discriminación contra los musulmanes en Europa para obtener un trabajo, una vivienda y el rechazo que experimentan en todos los niveles<sup>180</sup>.

8) En julio de 2012 se divulgó otro informe, esta vez escrito por el Dr. Nafeez Mosaddeq Ahmed, de la Universidad de Sussex, titulado *Raza y reforma: el Islam y los musulmanes en los medios británicos (Race and reform: Islam and muslims in the British media)* en el que da cuenta de las descripciones generalmente negativas,

---

<sup>178</sup> “El Papa provoca irritación al islam por sus críticas a la Guerra Santa”, *Clarín*, Buenos Aires, 15 de septiembre de 2006

<sup>179</sup> “Not the flying imams”, *San Francisco Chronicle*, San Francisco, 8 de abril de 2007.

<sup>180</sup> Consultado en mayo 2012, en <http://www.amnesty.eu/content/assets/REPORT.pdf>

inexactas y racistas que se hacen de los musulmanes en los medios de comunicación británicos.

9) En enero de 2013, París anunció que deportaría a los imames “radicales religiosos” para luchar contra el extremismo en Europa y el “yihadismo global”<sup>181</sup>.

La presencia de estos fenómenos y muchos otros que tuvieron lugar sobre todo a partir del 11-S, llevó a la reemergencia del significativo islamofobia. Tal término, aparecido por primera vez a principios del siglo XX (año 1912) de la mano de colonizadores franceses en África (Bravo López, 2009), cobró una popularidad inusitada, siendo utilizado con amplia frecuencia tanto en textos académicos como en medios de comunicación internacionales. Si bien no existe acuerdo acerca de la definición de islamofobia (Bravo López, 2009), tiende a considerársela como una ideología (Semati, 2010) que conlleva dos fenómenos: el rechazo hacia los musulmanes y la construcción del Islam como amenaza. Sin embargo, el propio término indica que es este último rasgo el definitorio: fobia al Islam. El discurso islamófobo sostiene que la causa del terrorismo ejercido por musulmanes debe ser buscada en el propio Islam, en las enseñanzas de *El Corán* y en el ejemplo y los dichos del profeta Mahoma (*hadices*). Desde esta perspectiva, es el Islam mismo, su carácter violento e intolerante, lo que provoca la violencia terrorista. A través de este subterfugio se deslinda de responsabilidad histórica a las potencias mundiales.

Un claro ejemplo de estas lecturas lo proporciona Lewis. Con afirmaciones tales como “Mahoma no sólo fue profeta y maestro, como los fundadores de otras religiones; fue también gobernante y soldado” (2003: 47), el profesor estadounidense plantea que los musulmanes están volviendo al Islam clásico, definido por su violencia, refrendando lo que Said sostiene sobre este autor: “la esencia de la ideología de Lewis sobre el islam consiste en que éste nunca cambia” (1990: 373). Esta visión esencialista del “fundamentalismo del Islam”, conduce a Lewis a proponer la tesis del choque de civilizaciones que más tarde sería adjudicada a Huntington: “Esto no es más que un choque de civilizaciones –la quizás irracional, pero segura reacción histórica de un antiguo rival contra nuestra herencia judeo-

---

<sup>181</sup> Texto completo en: <http://actualidad.rt.com/sociedad/view/85199-francia-expulsara-imames-radicales-combatir-yihad-islamico-global>, consultado el 30/01/2013.

cristiana, nuestro presente secular y la expansión mundial de ambos” (1990: 54). Estas afirmaciones aparecen en el marco de señalar una continuidad histórica según la cual el Islam se encuentra en guerra con la cristiandad europea hace “unos catorce siglos”, es decir, desde su aparición (Lewis, 1990). Según Lewis, por lo tanto, “las raíces de la rabia musulmana” contra Occidente (nótese el carácter irracional del sentimiento musulmán nombrado como “rabia”) deben situarse en una larga enemistad, facilitada por el acceso al poder de grupos fundamentalistas islámicos. El corolario de esta particular lectura, graficado por la conclusión de su artículo publicado por *The Atlantic* en 1990 que finaliza con una cita del Presidente estadounidense John Tyler acerca de la importancia de mantener la separación entre Estado e Iglesia, es que, a fin de pacificar el mundo, la religión debe ser relegada al ámbito privado y personal, tal como se señaló anteriormente.

Fred Halliday, argumentando que el rechazo actual es distinto al que existió durante las Cruzadas -puesto que, sostiene, el enemigo no es ahora una fe ni una cultura, sino un pueblo-, se opone al uso del término islamofobia y propone, en su lugar, el de “anti-musulmanismo” (Halliday, 1999). No es la intención aquí descartar por completo el término “islamofobia” o argumentar en contra de su uso. Sin embargo, a los fines de la presente tesis, es hecho a un lado. ¿Por qué? En primer lugar, porque se ha decidido utilizar el término racismo en su acepción foucaultiana. Este concepto presenta mayor utilidad que el de “islamofobia”, ya que no sólo es descriptivo, sino que sus efectos explicativos van más allá de cuestiones histórico-coyunturales o ideológicas. En efecto, al ser situado al interior de una tecnología de poder y al ser explicado por ese modo específico de ejercicio del poder, el racismo, tal como aquí fue definido, permite efectuar la crítica del gobierno liberal global, dar cuenta de que el reverso de un poder que busca mejorar la vida de la población a nivel mundial es el exterminio de los sujetos que no pueden ser integrados a la misma.

El uso del concepto de racismo apunta, por tanto, a una lógica que posibilita la construcción de *sujetos* exterminables. Si bien esos sujetos son construidos en torno a sus rasgos religiosos, no se busca eliminar la religión sino el modo de relación que tienen los sujetos con la misma. Esto no quiere decir que entre islamofobia y racismo religioso dirigido contra los musulmanes no existan múltiples relaciones. Por supuesto, se efectúa un

vínculo en el que los musulmanes comparten las características negativas atribuidas al Islam. Aún más, así como el orientalismo descrito por Edward Said (1990) funciona como base para la islamofobia, esta última puede servir como base sobre la que se sostiene el racismo religioso. No obstante, el punto fundamental radica en qué es lo que se construye: si son sujetos exterminables (racismo) o si son religiones exterminables (islamofobia).

Por otro lado, sería imposible afirmar que los discursos de la Casa Blanca son islamófobos. La administración Bush también efectuó una lectura esencialista del Islam. Sin embargo, en la misma, en lugar de esencializar los rasgos negativos, se hizo lo propio con aquéllos positivos. De esta manera, el Islam fue presentado como una “religión pacífica” que los terroristas habrían “pervertido” a fin de llevar a cabo sus planes malignos<sup>182</sup>. No obstante el carácter no islamófobo de los discursos analizados, como se demostrará, es posible afirmar que pueden rastrearse en ellos prácticas de racismo religioso.

### **c. Racismo religioso.**

Tal como afirma Gilroy (2000), el nazismo y sus consecuencias se constituyeron como la más profunda ruptura temporal y moral del siglo XX. A partir de entonces, y en connivencia con el desarrollo de estudios genéticos que dieron por tierra con la teoría clásica de la división de la humanidad en razas, hablar de diferencias basadas en características físicas, tanto en términos políticos como científicos, resultó más difícil. No obstante, esto no puso fin a los intentos de establecer líneas divisorias al interior de la “humanidad” que clasificaran y jerarquizaran a los distintos colectivos humanos. Aquí se sostiene que, en tanto el racismo es un mecanismo propio del actual modo de ejercicio del poder globalizado, esas líneas y jerarquías continúan existiendo, pero ahora en otra parte: en la cultura.

En efecto, la presente tesis postula la noción de racismo religioso, es decir, de un “racismo sin razas” (Balibar, 1988b: 37). En el marco de lo que se viene sosteniendo hasta aquí, esto es posible. En efecto, tal como se aseveró anteriormente, el discurso racista puede ser articulado a través de diversos lenguajes: nacionales, biológicos, clasistas, étnicos,

---

<sup>182</sup> CASA BLANCA (2001), “Press Briefing by Ari Fleischer”, (17/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

culturales, etc. Lo fundamental, lo que habilita a utilizar dicho término para describir y analizar estos fenómenos es: 1) que las amenazas sean construidas como amenazas biológicas, y, por lo tanto, la única solución a ellas que se presente sea su exterminio; 2) que el objetivo sea no sólo defender, sino también mejorar la “raza” portadora del discurso; y 3) que esta última sea presentada no como particularidad, sino como universalidad. A pesar de que el concepto de “raza humana” ya no está validado, el racismo como mecanismo continúa permitiendo el ejercicio del poder soberano de matar en torno a la caracterización de los enemigos ya no en términos biológicos, sino culturales.

El propio Foucault dio cuenta de cómo el mecanismo racista es puesto a funcionar a pesar de no existir una diferenciación biológica de las razas. De hecho, la concepción de la misma del autor francés está basada en siglos de discurso en los cuales la raza tenía poco que ver con cuestiones de rasgos físicos:

Se dirá, y ese discurso lo dice, que hay dos razas cuando se hace la historia de dos grupos que no tienen el mismo origen local; dos grupos que no tienen, al menos en el origen, la misma lengua y, con frecuencia, tampoco la misma religión; dos grupos que sólo constituyeron una unidad y una totalidad política al precio de guerras, invasiones, conquistas, batallas, victorias y derrotas: de violencias, en suma (Foucault, 2000: 77).

Y, de hecho, tal como se observó al principio de este capítulo, el concepto de raza, nunca ha estado ligado únicamente a la apariencia física. En efecto, en *Defender la sociedad*, el filósofo francés identifica las transformaciones sufridas por este mecanismo en el régimen nazi y las sufridas en la Rusia soviética. Respecto de la última, con cierta cautela, Foucault explica que el mecanismo racista se puso en funcionamiento *también* en un régimen comunista porque éste no logró escaparse de la biopolítica como tecnología de poder. Ahora bien, para que esto fuera posible, hubo que realizar una conversión del enemigo de clase que devino peligro biológico: “¿Quién es ahora el enemigo de clase? Pues bien, es el enfermo, el desviado, el loco. Por consiguiente, el arma que debía luchar antaño contra el enemigo de clase (arma que era la de la guerra, o eventualmente la de la dialéctica y la convicción) ya no puede ser hoy más que una policía médica que elimina, como un enemigo de raza, a ese enemigo de clase” (Foucault, 2000: 82). Es decir que el racismo no se define tanto por la cuestión de las razas entendida en términos tradicionales, sino por el tratamiento biológico que se le da a quien es definido como enemigo. De esta manera, Foucault puede afirmar que “el racismo (...) funciona a pleno en los Estados socialistas (del

tipo de la Unión Soviética), con respecto a los enfermos mentales, los criminales, los *adversarios políticos*, etcétera” (Foucault, 2000: 236, cursivas añadidas). El gobierno liberal mundial, en su discurso universalista en defensa de la vida de la población mundial también sólo puede matar si presenta a sus enemigos ya no como enemigos políticos, sino como peligros biológicos, enemigos absolutos.

Ya se ha visto que los terroristas islámicos fueron descriptos como “parásitos”. Además de esta explícita biologización, el enemigo fue criminalizado, para más tarde ser transformado en un “combatiente ilegal”. Esta figura permitía dar una respuesta bélica a las acciones de los militantes islámicos y, al mismo tiempo, expulsarlos de la legalidad propia de la guerra. Como se afirmó, en un primer momento, se extirpó al enemigo de su carácter político. Al preguntársele en una conferencia de prensa al Presidente estadounidense si pensaba si Bin Laden era un “líder religioso o un líder político”, Bush respondió: “Considero a Bin Laden un hombre malo”. El periodista insistió: “¿Pero tiene objetivos políticos?”, Bush respondió en la misma línea: “Tiene objetivos malignos”<sup>183</sup>. De este modo, los terroristas fueron construidos como no teniendo “país o ideología”, sino sólo “motivados por el odio”<sup>184</sup>. De allí que las preguntas en torno al por qué de los atentados quedaran sin respuesta: “¿Por qué alguien haría esto a nuestro país? (...) Estos ataques son de gente tan mala que es difícil para mí describir por qué”<sup>185</sup>. Por lo tanto, dichos enemigos no podían ser “persuadidos”: había que “destruirlos”<sup>186</sup>. En efecto, frente a estos enemigos no se podía confiar “en los viejos remedios de la Guerra Fría”, la contención y la disuasión, puesto que la primera “no funciona frente a un Estado canalla (*rogue state*) que posee armas de destrucción masiva y elige entregarlas secretamente a sus aliados terroristas” y la segunda no lo hace “cuando estamos lidiando con terroristas que no tienen país que

---

<sup>183</sup> CASA BLANCA (2001), “President Meets with Muslim Leaders”, (26/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>184</sup> CASA BLANCA (2001), “President Rallies Troops at Travis Air Force Base”, (17/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>185</sup> CASA BLANCA (2001), “President Launches Education Partnership with Muslim Nations”, (25/10/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>186</sup> CASA BLANCA (2003), “Dr. Condoleezza Rice Speaks at Los Angeles Town Hall”, (12/06/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

defender, que gozan con la violencia y que están dispuestos a sacrificar sus vidas con el fin de matar a millones”<sup>187</sup>.

Esta despolitización absoluta del enemigo al que se enfrentaba, se modificó con la entrada a escena de la “agenda de la libertad”. Se entendía por la misma la estrategia que fue dispuesta a partir del año 2004 cuando, invalidada definitivamente la razón por la cual se había invadido Irak (las supuestas armas de destrucción masiva poseídas por el entonces gobierno de Hussein), habiendo crecido la resistencia en el país mesopotámico y en el marco de elecciones presidenciales en el país norteamericano, comenzaron a surgir fuertes presiones para que el gobierno retirase las tropas de Irak. La “agenda de la libertad” consistió en postular la necesidad del abandono de la política de estabilidad que había perseguido históricamente Estados Unidos respecto a Medio Oriente y, en cambio, alentar el desarrollo de la democracia en todos los países de la región. Como se vio anteriormente, la premisa que precedía a esta nueva estrategia, sostenida sobre la TPD, era que el terrorismo islámico había crecido en Medio Oriente debido a la falta de libertad que allí imperaba. A partir de entonces, el significativo democracia cobró aún mayor impulso. El discurso de la segunda toma de mando del Presidente Bush, reelecto el 2 de noviembre de 2004, no hizo ninguna referencia directa al terrorismo o al terror y estuvo centrado en la necesidad de la expansión de la democracia como modo de asegurar la seguridad nacional y mundial.

Hemos visto nuestra vulnerabilidad y hemos visto su más profunda fuente. Siempre que regiones enteras del mundo hiervan en resentimiento y tiranía, propensas a ideologías que alimentan el odio y justifican la muerte, la violencia se unirá y se multiplicará en poder destructivo y cruzará las fronteras más destructivas y hará emerger una amenaza mortal.

Hay sólo una fuerza de la historia que puede quebrar el reinado del odio y el resentimiento y mostrar las pretensiones de los tiranos y premiar las esperanzas de los decentes y los tolerantes, y esa es la fuerza de la libertad humana.

Somos dirigidos, por los eventos y por sentido común, a una conclusión: la sobrevivencia de la libertad en nuestra tierra depende del éxito de la libertad en otras tierras. La mejor esperanza para la paz en nuestro mundo es la expansión de la libertad en todo el mundo.

Los intereses vitales de América y nuestras más profundas creencias son ahora uno (...) Por lo tanto es la política de Estados Unidos buscar y apoyar el crecimiento de movimientos e instituciones democráticas en cada nación y cultura, con el objetivo final de terminar con la tiranía en nuestro mundo<sup>188</sup>.

---

<sup>187</sup> CASA BLANCA (2003), “Vice President Cheney Salutes Troops”, (09/04/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>188</sup> CASA BLANCA (2005), “President Sworn-In to Second Term”, (20/01/2005). (Online), consultado en febrero 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

La “agenda de la libertad”, desarrollada en el contexto de la lucha por lograr el control de Irak, politizó al terrorismo islámico. Frente al carácter no-ideológico que, tal como se señaló anteriormente, se le había atribuido al enemigo hasta entonces, a partir de ese momento comenzó a resaltarse que se trataba de una ideología. La misma fue denominada como “islamo-fascismo”, y se la caracterizó como compartida por shiítas (cuyos máximos exponentes eran Irán y *Hezbollah*) y sunnitas (esta rama representada por *Al-Qa’ida* y *Hamas*), y como opuesta a la del portador del discurso. A pesar de reconocérsele dicho carácter, el tipo de ideología a la que se combatía era “tan retrógrada, tan malvada y tan llena de odio”<sup>189</sup> que era imposible “negociar” o “razonar” con ellos: “Estamos enfrentando a una ideología radical con objetivos inalterables: esclavizar a naciones enteras e intimidar al mundo. Ningún acto nuestro dio pie a la rabia de los asesinos, y ninguna concesión, soborno o acto de apaciguamiento cambiará o limitará sus planes para matar”<sup>190</sup>. De este modo, aún reconociéndosele ciertos fines políticos, estos eran tan inaceptables que el enemigo continuó siendo colocado por fuera de la humanidad (“los terroristas no pueden ocultar la inhumanidad de su ideología”<sup>191</sup>) y, por lo tanto, la solución seguía siendo la misma: su aniquilación.

La tesis se sostiene sobre el supuesto de que existe una relación inescindible entre racismo y liberalismo entendido como racionalidad gubernamental. Ahora bien, los ejemplos contemporáneos evocados por Foucault y puestos a consideración anteriormente, hicieron referencia al nazismo y al comunismo soviéticos, ambos regímenes no-liberales. Debe aclararse, entonces, que no se sostiene que el racismo, tal como aquí es entendido, no actúe al interior de marcos no-liberales. Lo que tienen en común los regímenes liberales, nazis y soviéticos es la tecnología biopolítica. Es decir que, si bien todo liberalismo es biopolítico, no toda biopolítica es liberal. Lo que afirma Foucault es que la concepción del racismo como lucha de una misma raza (la humanidad) para aniquilar a las sub-razas (ya no razas distintas) desviadas, es lo que permitió al liberalismo, en el marco de la creación del

---

<sup>189</sup> CASA BLANCA (2005), “President Welcomes Prime Minister of Australia to the White House”, (19/07/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>190</sup> CASA BLANCA (2005), “President Discusses War on Terror at National Endowment for Democracy”, (06/10/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>191</sup> CASA BLANCA (2006), “President Discusses Progress in War on Terror to National Guard”, (09/02/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Estado-nación, ejercer el poder soberano de muerte. Lo que aquí se agrega a este razonamiento es que, en el marco de un gobierno liberal ya no restringido a un territorio delimitado, sino globalizado, también para ejercer el poder de muerte sobre poblaciones-otras, es preciso pasar por el racismo. Es decir, hacer del enemigo un enemigo biológico cuya muerte es necesaria no sólo para defender a la propia población, sino para mejorar la vida de la población global, de la humanidad.

Son muchos los autores que, desde distintas disciplinas y perspectivas teóricas, dan cuenta de un racismo de un nuevo tipo al que definen como cultural (Balibar y Wallerstein, 1988; Kelly, 2004; Jabri, 2010; Grimson, 2012). En tanto perteneciente al ámbito de la cultura, hablar de un racismo religioso, es decir, de que la función de fragmentación descrita anteriormente trabaja a través de líneas religiosas, es posible. Dichas líneas son construidas como líneas fijas que no permiten la hibridación cultural. La teoría de la degeneración, propia del racismo clásico, se renueva con el riesgo que conlleva el mestizaje cultural para esta perspectiva. Aquí se coincide con Said quien sostiene que las culturas son, por definición, híbridas (2004). En efecto, las culturas también deben ser entendidas como entidades que se constituyen y reconstituyen a través de su relación con las otras.

Durante la administración Bush la función de fragmentación se llevó a cabo a través de líneas religiosas que posibilitaron (y postularon como necesario) el exterminio de los sujetos terroristas, definidos tanto por su filiación religiosa como por su modo particular de comprender y ejercitar su religión. En efecto, los mismos fueron definidos como “islámicos radicales”, “extremistas islámicos”, “islamo-fascistas”, “fascistas islámicos”, “militantes islámicos”, “yihadistas militantes”, “terroristas islamistas”, “extremistas islámicos radicales”, “movimiento islamista radical”, “elementos extremos del Islam”, “extremistas islámicos violentos”. Ya en los primeros días luego de los sucesos del 11-S se postuló explícitamente la vinculación entre los perpetradores del “ataque” y el Islam, aduciéndose que estos practicaban una “forma marginal de extremismo islámico (*sic*)”<sup>192</sup>. Debido a las acusaciones de anti-islamismo por parte de gran parte del público, gobiernos e instituciones de la sociedad civil musulmanas, las referencias a la relación entre terroristas e Islam se aplacaron. Se retomaron en septiembre de 2003, en el marco de la resistencia contra la

---

<sup>192</sup> CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

invasión de Irak. Y tuvieron su apogeo durante los años 2005, 2006 y 2007. Tal como fue señalado anteriormente, estos fueron los años en los que se lanzó la estrategia denominada “agenda de la libertad” y en los que las presiones domésticas e internacionales (incluyendo aquella de los iraquíes) para que las tropas de la coalición dirigida por Estados Unidos abandonaran Irak se hicieron más fuertes.

Entonces se subrayaron los objetivos políticos del enemigo que consistían, según la administración Bush, en hacerse del control de Irak para, desde allí, construir un “Imperio islámico radical”<sup>193</sup> o un “Imperio islámico totalitario” o un “Califato islámico”<sup>194</sup> en los territorios que había ocupado el Islam en su etapa de expansión, “desde España hasta Indonesia”<sup>195</sup>. Estos objetivos los habían fijado basados en una “mala interpretación”<sup>196</sup> del Islam, en “versiones radicales, intolerantes”<sup>197</sup> de dicha religión, o en “una visión oscura y distorsionada”<sup>198</sup> o “enroscada”<sup>199</sup> o “pervertida”<sup>200</sup> o “extrema”<sup>201</sup> de la misma.

Además, a pesar de que la Casa Blanca buscó desligar la GGT de una “cruzada” contra el Islam, repitiendo en distintas oportunidades que el Islam no era el enemigo al que se combatía, la constante aparición del significativo terrorismo en el mismo “hilo discursivo” que el significativo Islam (o derivados), generó efectos discursivos en el sentido contrario. Por otro lado, ciertos enunciados en los que se aludía a Dios, no contribuyeron a desligar del todo la cuestión religiosa de la GGT. En palabras de Bush: “La libertad y el miedo, la justicia y la crueldad, siempre han estado en guerra, y sabemos que Dios no es

---

<sup>193</sup> CASA BLANCA (2005), “Fact Sheet: President Bush Remarks on the War on Terror”, (06/10/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>194</sup> CASA BLANCA (2006), “Interview of the Vice President by John King, CNN”, (22/06/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>195</sup> CASA BLANCA (2005), “Fact Sheet: President Bush Remarks on the War on Terror”, (06/10/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>196</sup> CASA BLANCA (2005), “President Encourages Renewal of Patriot Act Provisions”, (20/07/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>197</sup> CASA BLANCA (2005), “Fact Sheet: President Bush Remarks on the War on Terror”, (06/10/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>198</sup> CASA BLANCA (2006), “President Bush Discusses Progress in the Global War on Terror”, (07/09/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>199</sup> CASA BLANCA (2006), “President Bush Addresses American Legion National Convention”, (31/08/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>200</sup> CASA BLANCA (2006), “President Discusses Global War on Terror”, (05/09/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>201</sup> CASA BLANCA (2007), “President Bush Discusses Global War on Terror”, (01/11/2007). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

neutral entre ellos”<sup>202</sup>. Finalmente, tal como se argumentó cuando se puso en consideración la cuestión territorial de la GGT y como quedó en evidencia en el párrafo anterior, la dimensión militar de la misma no fue dirigida contra todos los grupos terroristas, sino únicamente contra aquéllos que reivindicaban al Islam como modo de aglutinamiento. En este sentido, es interesante rescatar el siguiente fragmento de una conferencia de prensa en la que participó el entonces Secretario de Prensa, Ari Fleischer:

P: Déjeme preguntarle esto. En el ámbito de este esfuerzo global, Ud. dijo ayer, primero, que era contra el terrorismo en general. Después dijo que era contra las organizaciones terroristas que constituyen una amenaza directa contra América. Hace un momento dijo, que era contra quienes hacían una campaña contra la gente, contra el terrorismo que afecta a la gente. ¿Es todavía la posición de la administración que esta campaña es sólo contra las organizaciones que constituyen una amenaza directa contra América?

Fleischer: Es todo eso. Y es por esta razón que el Presidente indicó que en esta nueva guerra del siglo XXI contra el terrorismo, Estados Unidos, en concierto con nuestros aliados y socios de coalición, apuntará al terrorismo y a aquéllos que albergan terroristas. El terrorismo es una amenaza para las personas que aman la libertad y la democracia a lo largo y ancho del mundo. Y eso es lo que yo agregué a mi afirmación ayer, si recuerda.

P: Pero, ¿es una coalición contra la actividad terrorista en, por ejemplo, España o Irlanda o India?

Fleischer: Este es un esfuerzo mundial para combatir el terrorismo, allí donde éste amenace a la gente que ama la libertad y allí donde el terrorismo sea una amenaza para nosotros y nuestros aliados y nuestros amigos.

Como puede observarse, a pesar de los intentos por securitizar al terrorismo en general, aquél que fue efectivamente securitizado fue el que fue definido como de carácter islámico. Ya se ha argumentado al respecto, haciendo alusión al espacio territorial en el que tuvo lugar fundamentalmente la GGT y los distintos nombres que fueron adosados al enemigo que se enfrentaba, entre otros argumentos.

Por otra parte, el listado de personas (físicas o jurídicas) del anexo que acompañaba la “Orden ejecutiva sobre financiamiento terrorista”, dictada el 24 de septiembre de 2001, y cuyo objetivo era “bloquear la propiedad y prohibir transacciones con personas que cometen actos de, amenazan con cometer actos de, o apoyan al terrorismo”, estaba compuesto por personas y grupos exclusivamente árabes y/o musulmanes<sup>203</sup>. Lo mismo puede decirse de la lista de los 22 “terroristas más buscados” que la administración Bush dio a conocer el 10 de octubre de 2001. En el año 2006, todavía en el marco de la lucha por

---

<sup>202</sup> CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>203</sup> CASA BLANCA (2001), “Executive order on financing terrorism”, (24/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Irak, pero acrecentado por el conflicto que existió entre Israel y el Partido islámico shiíta, *Hezbollah*, en el verano de dicho año<sup>204</sup>, a los enemigos sunnitas contra los que se venía combatiendo desde el 11-S se sumaron los enemigos shiítas, sostenidos por “Estados sponsors como Siria e Irán”<sup>205</sup>.

Finalmente, en su alegato a favor de la invasión a Irak, en febrero de 2003, el entonces Secretario de Estado, Colin Powell, al establecer supuestos vínculos entre el entonces Presidente iraquí, Saddam Hussein, y el terrorismo, lo hizo sólo con aquél caracterizado como islámico:

Algunos creen, algunos afirman que estos contactos no cuentan demasiado. Dicen que la tiranía secular de Saddam Hussein y la tiranía religiosa de *Al-Qa'ida* no se combinan. Yo no me siento aliviado con este pensamiento. La ambición y el odio son suficientes para juntar a Irak y a *Al-Qa'ida* (...) Y el historial de cooperación de Saddam Hussein con otras organizaciones terroristas *islamistas* es claro<sup>206</sup>.

La explicación de las primeras negaciones de la Casa Blanca respecto a quién constituía su enemigo, puede ser proporcionada por Tony Blair. En un discurso dirigido al Centro de Política Exterior de Londres el 21 de marzo de 2006, afirmó:

Hay un debate interesante al interior del gobierno en la actualidad sobre cómo contrarrestar el extremismo en las comunidades británicas. Se ha aconsejado a los ministros no utilizar jamás el término ‘extremista islámico’. Sería ofensivo. Es verdad. Lo sería. Están aquellas personas de mentalidad perfectamente decente que dicen que los extremistas que cometen estos actos de terrorismo no son verdaderos musulmanes. Y, por supuesto, tienen razón. No son propiamente musulmanes, como los fanáticos protestantes que asesinan católicos en Irlanda del Norte no son propiamente cristianos. Pero, desafortunadamente, continúa siendo un fanático protestante. Decir que su religión es irrelevante es tanto no comprender su motivo como rechazar hacer frente a las tensiones extremistas al interior de la religión que las ha engendrado<sup>207</sup>.

---

<sup>204</sup> El conflicto se desarrolló entre *Hezbollah* e Israel, fundamentalmente en territorio libanés, entre el 12 de julio de 2006 y el 14 de agosto del mismo año, cuando Naciones Unidas impuso un alto el fuego. Como en la mayor parte de conflictos políticos, existen versiones encontradas acerca de cuál de los dos contrincantes le dio comienzo. La lectura que se hizo desde la administración Bush fue que *Hezbollah* era el único responsable, pues, temeroso de la democracia en la Autoridad Nacional Palestina (unos meses antes se habían efectuado elecciones en los territorios ocupados, en los que el movimiento islámico *Hamas* había resultado victorioso), había decidido ponerle fin a ese proceso. Esta lectura iba en línea con la sostenida por la administración, en el sentido de que el terrorismo islámico tenía como enemigo principal a la libertad y a la democracia.

<sup>205</sup> CASA BLANCA (2006), “President Bush Addresses American Legion National Convention”, (31/08/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>206</sup> CASA BLANCA (2003), “U.S. Secretary of State Colin Powell Addresses the U.N. Security Council”, (05/02/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia, cursivas añadidas.

<sup>207</sup> Tony Blair (2006), “Not a Clash between Civilisations, but a Clash about Civilisation”, (21/03/2006). (Online), consultado en abril de 2006, en <http://www.fpc.org.uk/events/past/231>.

De este modo, la cuestión de la diferencia cultural ha adquirido una poderosa presencia en la política global. Esto es evidente a través de la lectura de los discursos tanto de la Casa Blanca como de Bin Laden durante la GGT. Dando cuenta de un espacio de significación compartido que evidencia la efectividad de la globalización, la construcción de identidades políticas a través de líneas culturales-religiosas fue utilizada por ambos contendientes. Sin embargo, dicha presencia no es la causante de los conflictos, de las exclusiones y de las resistencias, sino el producto de prácticas de significación y de relaciones de poder que confieren causalidad a la diferencia cultural.

Aquí no está planteándose la existencia en los discursos de la administración Bush de un “racismo diferencialista”, cuyo fiel exponente es Huntington. El “racismo diferencialista” esencializa a las culturas, tratándolas como entidades cerradas sobre sí mismas y cuyas diferencias se estiman inconciliables:

Los presupuestos filosóficos, valores subyacentes, relaciones sociales, costumbres y puntos de vista globales sobre la vida varían de forma significativa de una civilización a otra. La revitalización de la religión en gran parte del mundo está reforzando estas diferencias culturales. Las culturas *pueden* cambiar y la naturaleza de su influencia en la política y la economía *puede* variar de un período a otro. *Sin embargo*, las diferencias importantes entre civilizaciones en materia de desarrollo político y económico están claramente enraizadas en sus diferentes culturas (...) *La cultura islámica explica en gran medida la incapacidad de la democracia para abrirse paso en buena parte del mundo musulmán*. Las nuevas circunstancias de las sociedades poscomunistas de Europa Oriental y de la antigua Unión Soviética están configuradas por su identidad, marcada a su vez por una civilización. *Las que cuentan con herencias cristianas occidentales están progresando* hacia el desarrollo económico y una política democrática; *las perspectivas de avance económico y político en los países ortodoxos son inciertas; en las repúblicas musulmanas, dichas perspectivas no son nada prometedoras*” (Huntington, 1997: 23-30, cursivas añadidas).

En este párrafo Huntington postula a las civilizaciones como entes cerrados que desarrollan sus costumbres, filosofías, relaciones sociales y modos de ver el mundo por sí solas, exentas de contacto con otras culturas. Es también de ellas que, desde la lectura del profesor estadounidense, depende su propio desarrollo político y económico, el cual aparece desvinculado de la realidad internacional. De allí que pueda afirmar que la democracia no ha hecho pie en “buena parte del mundo musulmán” debido a la cultura islámica. De esta manera, al esencializar las culturas, Huntington las detiene en el tiempo y, por tanto, las naturaliza. En términos de Balibar, este es “un racismo cuyo tema dominante no es la herencia biológica, sino la irreductibilidad de las diferencias culturales” (1988b: 37).

Esto lleva a posturas aislacionistas, sostenidas sobre el temor a la mezcla cultural. En su célebre libro *El choque*<sup>208</sup> de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial, el académico estadounidense achaca a las identidades culturales (luego denominadas civilizacionales) una conformación “esencialmente” negativa. De esto deduce que las enemistades más peligrosas se darán a lo largo de las “líneas de fractura” culturales, preparando el terreno para la afirmación central del libro: que el Islam, en tanto “civilización” que comparte más líneas de fractura, constituye la mayor amenaza para la mayoría de las civilizaciones<sup>209</sup>.

Así, postula tres fases en la historia de la interacción de las civilizaciones. En la primera habla de contactos escasos, limitados, intermitentes e intensos, signados por la violencia. Los dos ejemplos que proporciona de los mismos son el del encuentro (violento) entre el Islam y Occidente y el del encuentro (también violento) entre el Islam y la India. La segunda fase está caracterizada por el “ascenso de Occidente” (Huntington, 1997: 56). En ésta, se destaca el significante “influencia” para dar cuenta del mismo (Huntington, 1997: 56) y la inexistencia de referencia alguna a la violencia, a pesar de que afirma que

(l)os europeos o las antiguas colonias europeas (en las Américas) controlaban el 35% de la tierra firme del planeta en 1800, el 67% en 1878 y el 84% en 1914. En 1920, el porcentaje llegó a ser aún mayor, cuando el imperio otomano fue dividido entre Gran Bretaña, Francia e Italia (...) En el curso de la expansión europea, las civilizaciones andina y mesamericana fueron prácticamente eliminadas, las civilizaciones india e islámica quedaron sometidas lo mismo que África, y se penetró en China, que quedó subordinada a la *influencia* occidental (Huntington, 1997: 57, cursivas añadidas).

El crecimiento demográfico de los musulmanes deviene, para el autor, una amenaza universal porque “proporciona adeptos para el fundamentalismo, el terrorismo, la

---

<sup>208</sup> La idea de “choque” que se da de modo natural en el encuentro de las civilizaciones, en lugar de utilizar el significante “guerra”, más político, da cuenta de la despolitización que atraviesa la obra huntingtoniana.

<sup>209</sup> La evaluación de las “líneas de fractura” (líneas que separan y encuentran una cultura con otras) en términos cuantitativos que el autor propone no es en absoluto inocente y, por otra parte, da cuenta del valor que se le da en la epistemología dominante en Estados Unidos a los factores medibles. En efecto, lo que el autor busca a través de este tipo de medición es presentar la peligrosidad del Islam como un dato “objetivo”. Lo mismo sucede con la contabilización de los conflictos entre musulmanes y no-musulmanes que el autor efectúa para “probar” la violencia congénita del Islam: “Los musulmanes participaron en veintiséis de los cincuenta conflictos etnopolíticos de 1993-1994 (...) Veinte de dichos conflictos se dieron entre grupos de diferentes civilizaciones, y de ellos quince fueron entre musulmanes y no musulmanes (...) El número de conflictos dentro del islam también fue más alto que en cualquier otra civilización, incluidos los conflictos tribales en África. A diferencia del Islam, Occidente se vio envuelto en sólo dos conflictos dentro de su civilización y dos entre civilizaciones. Los conflictos donde intervenían musulmanes también tendían a causar numerosas víctimas” (Huntington, 1997: 308)

sublevación y la emigración” (Huntington, 1997: 121), amenazando a gobiernos musulmanes y sociedades no musulmanas por igual. El hecho de que el Islam se configure como una amenaza es, siempre según Huntington, una cuestión cultural y no política. Y ya que considera a las culturas como entidades fijas e impermeables, las diferencias entre ellas son imposibles de resolver: “Las diferencias en materia de ideología laica entre el marxismo-leninismo y la democracia liberal al menos se pueden debatir, si no resolver. Las diferencias en el ámbito del interés material se pueden negociar y a menudo zanjar mediante un tipo de compromiso que no es aplicable a las cuestiones culturales” (Huntington, 1997: 152-153). El Islam es descrito como una civilización esencialmente propensa a la violencia y, por eso mismo, peligrosa:

Donde quiera que miremos a lo largo del perímetro del islam, los musulmanes tienen problemas para vivir pacíficamente con sus vecinos. La pregunta nace de forma espontánea: esta tónica de conflicto a finales del siglo XX, entre grupos musulmanes y no musulmanes, ¿se observa igualmente en las relaciones entre grupos de otras civilizaciones? Ciertamente no (Huntington, 1997: 307).

El profesor estadounidense efectúa este razonamiento en un constante contrapunto entre la civilización islámica y la occidental, suponiendo siempre la superioridad de la última.

Esta lectura de las diferencias culturales irreductibles responde más al modelo de la guerra de razas descrito anteriormente y es distinto al racismo que puede detectarse en los discursos de la Casa Blanca de Bush que aquí se analizan. Como se estuvo argumentando hasta el momento, estos últimos estuvieron marcados por un fuerte componente integrador. Sin embargo, es posible hallar un lazo entre las dos concepciones, pues, como se verá a continuación, la administración Bush compartió ciertos supuestos de Huntington. Estos, sin embargo, no afectaban a todos los musulmanes, sino a una parte de ellos: los “extremistas”.

Ya se ha argumentado que en los discursos de la administración Bush no existió islamofobia. Por lo tanto, no se buscó el exterminio de la totalidad de los musulmanes. Aún así, la función de fragmentación se llevó a cabo a través de líneas religiosas. En efecto, como se vio, el enemigo no fue el terrorismo en general, sino, particularmente, el terrorismo islámico (bajo los distintos nombres que a éste se le impusieron). Así, los musulmanes fueron divididos en dos grupos: uno, extremista y cuya eliminación, por tanto,

resultaba necesaria; el otro, moderado y pasible de ser incorporado a la “universalidad” representada por el “Nosotros”.

Ya se ha descrito el modo en el que fueron constituidos los primeros, enemigos absolutos en la GGT. Ya se ha planteado su deshumanización y cómo su exterminio resultaba necesario, no sólo para la supervivencia de la Humanidad, sino para su mejoramiento. En el fondo de esta construcción se encontraba una concepción de la religión propiamente liberal que, se sostenía, era necesario hacer valer, a fin de respetar los derechos individuales de la población mundial. La religión entendida como modo constituyente de la comunidad fue completamente ignorada. Las formas sociales y políticas occidentales fueron declaradas como la norma en torno a la cual era posible medir y evaluar al resto de las sociedades. Estas formas particulares fueron presentadas como universales.

Así, la noción de “libertad”, centro de la racionalidad gubernamental liberal, como se vio en los Capítulos 2 y 3, también ocupó el centro del discurso bushiano. Desde los primeros días luego de los sucesos del 11-S, Estados Unidos fue identificado con la libertad: el “ataque” contra su territorio significaba que “la libertad y la democracia están siendo atacadas”<sup>210</sup>. Incluso llegó a enunciarse que “[los americanos] representamos la libertad humana”<sup>211</sup>. Sin embargo, ésta no era “el regalo de América al mundo”, sino “el regalo de Dios a cada hombre y mujer en el mundo”<sup>212</sup>: “El deseo de libertad no es la propiedad de una cultura, es la esperanza universal de los seres humanos en cada cultura. Aunque seas sunnita o shiíta o kurdo o caldeano o asirio o turcomano o cristiano o judío o musulmán... no importa cuál sea tu fe, la libertad es el regalo de Dios a cada persona y a cada nación”<sup>213</sup>.

Como se vio, el carácter integrador del liberalismo es posible por su componente universalizador. La libertad y la democracia fueron construidas como entes naturales y, por tanto, universales, siendo colocadas más en el plano de la necesidad que en aquél de la

---

<sup>210</sup> CASA BLANCA (2001), “Press Briefing by Ari Fleischer”, (12/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>211</sup> CASA BLANCA (2003), “President Bush Announces Major Combat Operations in Iraq Have Ended”, (01/05/2003). (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>212</sup> CASA BLANCA (2005), “President Addresses Military Families, Discusses War on Terror”, (24/08/2005). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>213</sup> CASA BLANCA (2003), “President Discusses the Future of Iraq”, (28/04/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

contingencia (plano político por excelencia). Si la libertad y la democracia son del plano de lo natural, su despliegue aparece como necesario, culminando esta progresión discursiva en la afirmación de que “(l)os iraquíes han hecho más que formar un gobierno [...] han demostrado que la democracia es la esperanza de Medio Oriente y el destino de toda la humanidad”<sup>214</sup>.

Al igual que en los conflictos que los habían enfrentado al comunismo y al nazismo, se postuló que la guerra era entre “la libertad y el miedo”<sup>215</sup>. Y del mismo modo que en dichos conflictos la libertad había vencido, también lo haría en este caso. Ahora bien, mediante un rodeo discursivo, el significante libertad fue homologado al significante democracia. Se gestionó la polisemia propia del primer término con el fin de convertirlos en sinónimos. De este modo, tanto la liberación de Afganistán como aquélla de Irak implicaron la democratización de ambos países<sup>216</sup>. En efecto, como se fundamentó en capítulos anteriores, la noción abstracta de libertad se concretizó en el concepto de democracia y, más específicamente, en el de democracia de mercado. La libertad fue asociada, entonces, al auto-gobierno y, fundamentalmente, al libre mercado. De esta manera, los valores particulares que el gobierno de Estados Unidos se arrogaba eran transformados a través de un salto discursivo en valores pertenecientes a toda la humanidad.

Así, el modelo socio-político de gobierno de un pueblo era juzgado por medio de la vara de la democracia liberal estadounidense que, de esta manera, se había convertido en un referente valorativo, en lugar de descriptivo. Lo que se aceptaban eran distinciones de forma: la posibilidad de una democracia parlamentaria en lugar de una representativa, por ejemplo. Pero el modo de sujeción de los sujetos, de relación de los sujetos con la política y, por lo tanto, con su propio gobierno, debía copiar el modelo norteamericano. Ciertos

---

<sup>214</sup> CASA BLANCA (2006), “President discusses Global War on Terror”, (22/05/2006). (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>215</sup> CASA BLANCA (2001), “Address to a Joint Session of Congress and the American People”, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>216</sup> Es posible criticar esta aseveración a través de sostener que en ninguno de los dos casos existe *de hecho* una democracia: el Presidente afgano Hamid Karzai está al frente de su país desde el año 2001 y Nouri Al-Maliki, Primer Ministro de Irak, conserva el poder desde las primeras elecciones que tuvieron lugar en el año. También podría convocarse a Sheldon Wolin (2008) quien pone en duda el carácter democrático de la potencia norteamericana. Sin embargo, vuelve a repetirse que aquí no se trata de contrastar el discurso con la “realidad” como si fueran dos cuestiones separadas, sino de encontrar en el discurso, en el entramado de lo enunciable, las racionalidades que permiten el ejercicio del poder en un determinado período histórico.

contenidos, en este sentido, eran insoslayables, y algunos de ellos incluso chocaban fuertemente con las relaciones sociales (históricas) establecidas en los territorios implicados. La redacción de la TAL en Irak, de la que se habló anteriormente, fue testigo de estos choques. Aquellos principios que, se sostenía, debían estar necesariamente en la nueva y naciente democracia iraquí, eran presentados como principios naturales:

Con respecto a lo que efectivamente entra en la Constitución, hemos estado impresionados con que [...] los iraquíes están comprometidos con las nociones de derechos humanos, que están comprometidos con la noción de igualdad ante la ley [...] confiamos en que la gente tiene *instintos* hacia estos valores básicos de derechos humanos y de libertad y de decencia común<sup>217</sup>.

La referencia a “instintos” es, claramente, una referencia al plano de lo natural. Aquí, Condoleezza Rice postula que parte de la naturaleza humana está en el reconocimiento de los Derechos Humanos, cuyo carácter histórico no debe soslayarse, pues los mismos surgieron en un determinado contexto, siendo construidos sobre la idea de derechos individuales. De esta manera, valores particulares y, por tanto, históricos, contingentes, fueron convertidos en valores universales y, por tanto, ahistóricos, necesarios. La afirmación acerca de la igualdad de los hombres se realizó en nombre de un determinado modo de organización socio-política particular, la democracia, sin que, al mismo tiempo, se reconociera dicha particularidad.

De ahí que pudiera existir un segundo grupo de musulmanes (gobiernos, organismos gubernamentales y actores no-estatales) que fueron descritos, en oposición a los primeros, como “moderados”. Estos podían ser incorporados en una alianza entre “el mundo libre y el mundo moderado” con el fin de no permitir a los extremistas expandirse, pues “estos extremistas no están sólo contra la gente occidental, sino también contra la gente moderada”<sup>218</sup>. Esta inclusión era una de carácter jerarquizado, pues estaba condicionada. En efecto, en primer lugar dependió de la decisión que tomaran los gobiernos musulmanes en respuesta al planteo de “o están con nosotros o están con los terroristas”. El caso de Pakistán es paradigmático al respecto. El país asiático fue considerado “moderado” porque

---

<sup>217</sup> CASA BLANCA (2003), “Interview with the National Security Counselor by KXAS-TV, Dallas, Texas”, (11/11/2003). (Online), consultado en febrero 2009, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia, cursivas añadidas.

<sup>218</sup> CASA BLANCA (2006), “President Bush and President Musharraf of Pakistan Participate in Press Availability”, (26/09/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

decidió entregar soberanía y plegarse por completo a la GGT. En segundo lugar, una vez puesta en funcionamiento la “agenda de la libertad”, la inclusión también dependió de la efectuación de reformas políticas y económicas tendientes a la liberalización del país. De esta manera, Arabia Saudita, que en el año 2005 tuvo las primeras elecciones municipales de su historia, fue caratulada como país musulmán “moderado”. Del mismo modo lo fue Egipto del cual se resaltó la realización de las primeras elecciones multipartidarias<sup>219</sup> también en el año 2005.

Por lo tanto, fueron considerados “moderados” aquellos gobiernos o grupos que compartían concepciones económicas, políticas y/o culturales liberales. Así, la población islámica de Indonesia fue considerada moderada porque “la vasta mayoría de musulmanes de dicho país valoran la democracia y quieren tener una vida pacífica”<sup>220</sup> y por su “larga historia de tolerancia religiosa y pensamiento islámico moderado”<sup>221</sup>. Como se argumentó, por “democracia” se entendía una democracia liberal o de mercado y por “tolerancia religiosa” una particular concepción de la religión que la supone restringida al ámbito privado. En palabras de Lewis: “El Islam como tal no es enemigo de Occidente, y hay un número cada vez mayor de musulmanes, tanto allí como aquí, que sólo desean una relación más estrecha y amistosa con Occidente y el desarrollo de instituciones democráticas en sus propios países” (2003: 48).

La noción de “moderación” emergió en el contexto de la “lucha por Irak”, lucha que tuvo lugar tanto en el marco de las instituciones políticas estadounidenses como en el territorio árabe. Según la administración, los extremistas islámicos buscaban ganar Irak a fin de hacer de dicho territorio un lugar “seguro desde el cual lanzar ataques, no sólo sobre

---

<sup>219</sup> En las mismas triunfó una vez más el entonces Presidente Hosni Mubarak y las reformas constitucionales hechas al artículo 76 recibieron múltiples críticas por parte de la oposición que sostuvo que no eran suficientes para abrir el juego político. Sin embargo, no hay que soslayar que estas modificaciones fueron fruto de las presiones por parte de la administración Bush. En este sentido, es necesario situar históricamente las protestas que tuvieron lugar en el mundo árabe a partir de diciembre de 2010 y que recibieron el nombre de “Primavera árabe”. Éstas se dieron en un contexto en el que a la falta de libertades civiles y políticas se sumó la desprotección de la población por parte del Estado en el ámbito económico debido a la aplicación de medidas de corte neoliberal. Todo esto en el marco de un fuerte aumento de los precios de los alimentos.

<sup>220</sup> CASA BLANCA (2003), “Roundtable Interview of the President with Asian Print Journalists”, (16/10/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>221</sup> CASA BLANCA (2003), “U.S. and Indonesia Joint Statement”, (22/10/2003). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

nosotros, sino también sobre los gobiernos musulmanes moderados”<sup>222</sup>. De esta manera, estableciendo una analogía con la Guerra Fría, la GGT fue presentada como “una lucha ideológica entre dos visiones fundamentalmente diferentes de la humanidad”, una acarreada por los extremistas y la otra, por los moderados “que creen que cada vida humana tiene dignidad y valor que ningún poder sobre la Tierra puede quitar”<sup>223</sup>. De lo que se trataba era de “rescatar una religión orgullosa e histórica, de asesinos y cortadores de cabezas que buscan ensuciar el nombre del Islam”<sup>224</sup>.

Ya que, según la ontología liberal, el hombre es perfectible a través de la educación (en palabras de Rice: “la educación es la igualadora y la gran experiencia común”<sup>225</sup>), este segundo grupo podía ser educado y, de este modo, transformado, de acuerdo a los parámetros liberales. Esto explica que, en oposición a concepciones como las de Huntington, se considerara posible la instauración de la democracia *también* en países islámicos, que Islam y democracia no fueran mutua y necesariamente excluyentes. Como se argumentó, esto estaba sostenido sobre la homologación de libertad y democracia y la concepción de que la primera era el regalo de Dios a toda la población mundial. Asimismo, en la base de esta posibilidad se encontraba una concepción de la religión propiamente liberal, ceñida a la práctica privada e individual de la misma. Es decir que, en el afán integrador del liberalismo, los musulmanes que podían ser incorporados (jerárquicamente) eran aquéllos que estuvieran dispuestos a aceptar como válidos dichos presupuestos, considerados universales. Con el resto de los musulmanes, no era posible hallar una solución pacífica al conflicto que los enfrentaba y, por tanto, debían ser exterminados. El asesinato ilegal de Bin Laden por parte de la administración Obama y el modo clandestino en el que se deshicieron de su cuerpo, fue el punto culminante y más gráfico del modo de ejercer el poder soberano de matar al interior de un gobierno liberal mundial.

---

<sup>222</sup> CASA BLANCA (2006), “President Bush and Prime Minister Tony Blair of the United Kingdom Participate in Joint Press Availability”, (25/05/2006). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>223</sup> CASA BLANCA (2007), “President Bush Visits Prague, Czech Republic, Discusses Freedom”, (05/06/2007). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>224</sup> CASA BLANCA (2007), “President Bush Rededicates Islamic Center of Washington”, (27/06/2007). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

<sup>225</sup> CASA BLANCA (2002), “National Security Advisor Speaks at Texas A&M” (08/04/2002). (Online), consultado en febrero de 2009, en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov). Traducción propia.

Este capítulo estuvo dedicado a profundizar el concepto de racismo en Foucault y las funciones a través de las cuales éste se efectúa, así como la posibilidad de dar cuenta de un racismo religioso. Para esto, fue necesario pasar, aunque sea sucintamente, por la relación entre las RRII y la religión. Se sostuvo que es posible hablar del mismo debido a los cambios de los lenguajes articuladores de identidades y otredades que tuvieron lugar en el marco del despliegue de un gobierno liberal mundial con objeto, objetivos, mecanismos de intervención y formas de espacialidad específicos.

De este modo, como se señaló, las líneas de fragmentación se trazaron a través de rasgos religiosos, más particularmente a través de los modos de relación con la religión. Los sujetos construidos como exterminables fueron aquellos musulmanes que no tenían una relación liberal con el Islam y que, por lo tanto, estaban ligados a través de lazos comunitarios. Por el contrario, los musulmanes que profesaban la religión de modo liberal y, por consiguiente, podían escindirla de lo político y relegarla al ámbito privado, fueron incorporados a la universalidad representada por Estados Unidos.

Las próximas páginas estarán dedicadas a efectuar una revisión general de lo trabajado a lo largo de la tesis y hacer un resumen de las principales conclusiones que de ella se desprenden.

## CONCLUSIÓN

*Cuanto más capaces seamos de abandonar nuestra patria cultural, más capaces seremos de juzgarla a ella y al mundo entero con el distanciamiento espiritual y la generosidad necesaria para verlos como son verdaderamente, y estaremos también más capacitados para juzgarnos a nosotros mismos y a otras culturas con la misma combinación de intimidad y distancia (Said, 1990: 307-308)*

En los primeros meses de su desarrollo, la llamada “Primavera árabe” fue analizada como un momento más del despliegue necesario de la democracia alrededor del mundo (Cohen, 2011; Kristof, 2011; Valenzuela, 2011). Lo que entonces se sostuvo fue que dicho modelo de gobierno se habría impuesto con la Revolución Americana en 1776, luego –una vez terminada la Segunda Guerra Mundial- habría vencido a los totalitarismos europeos y japonés, más tarde a las dictaduras de América Latina, a los autoritarismos soviéticos de Europa central y oriental (con el fin de la Guerra Fría) y, finalmente, habría hecho pie en el mundo árabe. Esta lectura, compartida por intelectuales de las más diversas tendencias políticas, daba razón a las palabras que pronunciara Zizek en el año 2008 cuando afirmaba que todos, incluso los pensadores de izquierda, hemos devenido fukuyamistas<sup>226</sup>.

Asimismo, estos análisis señalaban que este movimiento, descrito como democrático, nada tenía que ver con la religión: “los ‘islamistas’ juegan un papel menos importante de lo que creíamos. Estos pueblos reclaman la democracia y la libertad, no los *mullahs*” (Misik, 2011). En efecto, se resaltó una y otra vez el carácter exento de peligros que revestía la “Primavera árabe”, remarcando la ausencia de grupos o simbología islámica en los procesos populares.

“El gobierno ‘a distancia’”, sostiene Rose, “se vuelve posible cuando cada uno puede traducir los valores de los otros en sus propios términos, de modo tal que ellos

---

<sup>226</sup> Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=NdUloI9mAKY>. Consultado en febrero 2011.

provean las normas y los parámetros para sus propias ambiciones, juicios y conductas” (2004: 50). De este modo, el hecho de que parte de la población de los países árabes afectados por estas insurrecciones desee la democracia, no responde a cuestión alguna ligada a la naturaleza o esencia del ser humano. Responde, por un lado, al hecho de que el ejercicio del poder liberal y neoliberal es consumidor y, por tanto, productor de libertad; y, por otro lado, a la homologación de esta última con la democracia (liberal).

Ahora bien, el proceso con el que se inaugura este epílogo tuvo lugar luego del famoso discurso de Obama titulado “Un nuevo comienzo” (“*A new beginning*”) del año 2009 en El Cairo, en el que el flamante Presidente de Estados Unidos llamó a la coexistencia pacífica entre Occidente y el Islam. Asimismo, este proceso ocurrió una vez terminada la Guerra Global contra el Terror (GGT), a la que la administración Obama dio un cierre formal en la *Estrategia de Seguridad Nacional* del año 2010. En dicho documento el enemigo dejó de ser el terrorismo en general y fue restringido a la red *Al-Qa’ida*. Es decir que la “Primavera árabe” estalló una vez concluida la administración cuyos discursos constituyen la unidad de análisis de la tesis que fue presentada. Aún así las lecturas de este proceso son invocadas en la presente conclusión. Esto se debe a que en ellas se ponen en evidencia dos elementos fundamentales que se trabajaron durante el recorrido de la tesis. Por un lado, la naturalización de la democracia y su consiguiente universalización. En efecto, estos enunciados son interesantes porque demuestran que existe un alto grado de consenso acerca del carácter positivo de esta última, sin ser cuestionada la polisemia de la misma como concepto (lo que habilita, entre otras cosas, la intervenciones militares en su nombre). Por otro lado, la centralidad que continúa teniendo la religión islámica y sus fieles en la construcción de las amenazas a nivel mundial<sup>227</sup>. En las lecturas presentadas esto puede corroborarse en que los movimientos políticos sostenidos sobre la identidad islámica continúan siendo responsabilizados por las situaciones de violencia, al tiempo que se deslinda al Islam de cualquier relación con la democracia.

---

<sup>227</sup> De hecho, al momento de escribir estas líneas de cierre, la explosión de dos “dispositivos explosivos improvisados” en la ciudad norteamericana de Boston levantó una multiplicidad de voces señalando al Islam y a los movimientos políticos islámicos como culpables de la misma.

La presente conclusión se abordará a través de dos ejes. El primero está constituido por una defensa del uso de la perspectiva aquí adoptada para el estudio de la política mundial. El segundo establece un rápido repaso de lo que se sostuvo a lo largo de la tesis.

Sin embargo, en primer lugar es menester subrayar aquello que no formó parte de ella, no porque fuera indigno de interés, sino porque se tomaron otros caminos y se formularon otras preguntas. La tesis no estuvo centrada en la religión. De este modo, no incluyó elementos teológicos, ni se preguntó acerca de las razones del resurgimiento religioso en el ámbito internacional, ni de las mismas en las prácticas discursivas racistas de la Casa Blanca. Tampoco centró su atención en el espacio que ocupa la religión en la resistencia de los pueblos y de las culturas no liberales. Su tema, en cambio, fue el racismo, y es en este marco que la religión en tanto significante polisémico jugó un papel importante en ella, aunque bajo otra forma. Lo que se rastreó fueron las prácticas discursivas de racismo religioso que atravesaron los discursos de la Casa Blanca durante la GGT.

*Primer eje: el post-estructuralismo en las RRII.*

Uno de los rasgos fundamentales del pensamiento post-estructuralista radica en poner en el centro de sus análisis al contexto histórico en tanto configuración particular de relaciones de poder. De este modo, rechaza la lectura que entiende a la historia como un proceso unidireccional, como un desarrollo necesario y progresista de una esencia inmodificable. De allí que su propia lectura histórica sea radicalmente distinta a aquella que plantea que el mundo no se ha modificado desde la época de Tucídides hasta hoy y que, por tanto, no hace falta sumar nuevas herramientas o nuevas perspectivas para su análisis o añadir variables al mismo. Sin negar la posibilidad del anterior, el post-estructuralismo sostiene que éste es sólo *un* modo de leer la historia. Modo que está ansioso por encontrar en ella continuidades y, de esta forma, reconocer la necesidad del presente en el despliegue de una “esencia” que se habría originado en el pasado; lo que explica la permanencia y fortaleza de teorías que continúan funcionando efectivamente para explicar esos caracteres contruidos como esenciales. Así, en tanto y en cuanto sigan existiendo Estados (rasgo del sistema internacional que no parece desaparecer en el corto o mediano plazo), éstas pueden afirmar que, en última instancia, su objetivo final es la supervivencia o acumulación de

poder, entendido en términos materiales, y el medio para tal fin es, también en última instancia, el uso de la fuerza militar.

No obstante, como se ha visto a lo largo de la tesis, también es posible otra lectura que se enfoque en las discontinuidades, en los cambios que han sufrido las relaciones de poder en el ámbito mundial y que, por lo tanto, precise de nuevas herramientas, nuevas perspectivas y nuevas variables. Ésta ha sido la función del análisis del discurso, del post-estructuralismo y del estudio de la constitución de subjetividades en las RRII a partir de lo que fue dado en llamar el “giro lingüístico” en la disciplina. Quienes han emprendido esta tarea han partido de la necesidad de historizar la propia práctica de producción de conocimiento, de pensar el presente históricamente. Esto supone situar el conocimiento que nosotros mismos generamos al interior de determinadas relaciones de poder que también contribuimos a (re)producir. Supone aceptar que existe un sentido común científico y disciplinario, que “más que ser un esfuerzo intelectual ‘objetivo’ y desafectado, el discurso académico de las RRII sobre las relaciones Norte-Sur se encuentra imbuido en su totalidad con representaciones imperiales que lo han precedido” (Doty, 1996: 166) y que también desde el Sur somos responsables de aceptar acríticamente y de (re)producir. Por lo tanto, efectuar un análisis centrado en la constitución de subjetividades y en los modos específicos que ésta adopta en el ámbito mundial no supone desvirtuar una supuesta esencia de las RRII. En cambio, apunta a una dimensión escasamente explorada en la disciplina y, sin embargo, de fundamental importancia para el actual modo de gobierno liberal mundial.

El análisis de la constitución de las subjetividades no puede desligarse ni de una determinada concepción del discurso, ni de una determinada noción de identidades y diferencias. El Capítulo 1 ha estado dedicado en su totalidad a dejar en claro qué se entendería por discurso a lo largo de la tesis. El mismo fue definido a partir del pensamiento de Foucault, aunque también se tomaron elementos de aquél de Laclau y de Mouffe. En este sentido, la cuestión de la significación adquirió un lugar fundamental. Algunos de los rasgos del discurso que se subrayaron fueron: su relación con el poder, su materialidad y la contingencia del significado.

En primer lugar, se sostuvo que el discurso se encuentra inescindiblemente ligado al ejercicio del poder, ya que el poder no puede funcionar sin una producción de verdad. De

allí que se hiciera hincapié en el carácter productivo del discurso. En segundo lugar, y vinculado al primer punto, se criticó la separación tajante establecida por el pensamiento moderno entre materialismo e idealismo a través del concepto de performatividad. Por un lado, se afirmó que el discurso tiene efectos materiales tanto en su aspecto estratégico (condición de posibilidad) como en aquél táctico (práctica social). Por otro lado, se enfatizó que dicha afirmación no supone (como sostendría una filosofía idealista vulgar) una postura voluntarista según la cual el discurso podría construir realidad desvinculado del contexto en el que se desarrolla. De este modo, se señaló que existe una posición de sujeto que le da cierta jerarquía en la economía distributiva del discurso: las palabras tienen mayor o menor capacidad para formar discurso de acuerdo al lugar que ocupe en la configuración de poder el portador del mismo. Esto no significó que el discurso emanara del sujeto, sino que se comprendió al sujeto como estando atravesado y, por tanto, siendo constituido por él.

En efecto, y esto conduce al tercer punto, a través de la asignación de significados a determinados significantes, el discurso constituye identidades y diferencias. Las mismas, vinculadas a la práctica discursiva racista, fueron definidas en el Capítulo 5 como significantes que homogeneizan una multiplicidad a través del adosamiento a ellos de distintos significados. Ahora bien, ya que este último (contenido contingente que se le dio a determinado significante) se naturaliza, la formación de identidades supone un *plus* de ahistorización que permite que se emitan enunciados del tipo “los musulmanes *son* violentos”. La tesis sostuvo que ya que la relación entre significado y significante es una de continuo deslizamiento, no existen identidades naturales. Éstas, por el contrario, comparten los mismos rasgos que los postulados para el discurso, incluyendo que no existe voluntarismo en su constitución. Para resaltar su carácter de constructos, se optó por utilizar el concepto psicoanalítico de “procesos de identificación”. A través del mismo, se buscó historizar a las identidades que fueron definidas junto a Grimson como “procesos sociales cosificados”. De este modo, las identidades, sostenidas sobre una lógica relacional Yo/Otro, fueron definidas como inescindibles de las relaciones de poder.

Por lo tanto, la identidad y la otredad son efectos y no condiciones preexistentes del ser. Así, las representaciones de los Otros, a quienes se relega a un papel pasivo, rara vez son producidas por ellos mismos y las imágenes y palabras que los describen hablan más de

“Nosotros” que de “ellos”. Más aún cuando esos Otros viven en regiones que, por pertenecer al “Tercer Mundo” y, por tanto, disponer de menor cantidad de recursos, poco hemos visitado, o cuyo idioma nos resulta de mayor complejidad y al cual es más difícil acceder. De allí que resulte más cómodo repetir algunos adjetivos naturalizados acerca de los habitantes de Medio Oriente o que cuando se hace referencia a “ellos” se utilicen significantes tales como los de tradición, irracionalidad, sobrepoblación, desorden, caos, fanatismo, etc. Las imágenes que suelen acompañar a estas descripciones no hacen más que reafirmarlas.

Sin embargo, la pregunta que guió a la tesis no apuntó a la constitución de los habitantes mezz-orientales en general. En cambio, se preguntó por cómo fueron constituidos los sujetos exterminables durante la GGT. ¿Cómo fue posible? ¿A través de qué mecanismos se proclamó la necesidad de la muerte de los otros? Así emergió la cuestión del racismo. En efecto, se intentó demostrar que el racismo se encuentra en el centro del gobierno liberal mundial, puesto que es fundamental para la constitución de sujetos exterminables en dicho marco gubernamental. A esta pregunta se añadió otra: ¿en torno a qué lenguaje específico se articuló el racismo? Y entonces la religión islámica se presentó con todas sus fuerzas. De este modo, la tesis buscó pensar, contextualizar y teorizar acerca del racismo religioso que emergió durante la GGT.

Si fue posible elaborar el concepto de racismo religioso (un “racismo sin razas” al decir de Balibar) fue porque, tal como sostiene Stoler, “los racismos no son y nunca se trataron sólo de la raza” (1995: 204), es decir, nunca tuvieron que ver únicamente con cuestiones somáticas. Los racismos están sobredeterminados: “han sido parte de la consolidación de los proyectos burgueses, de la formación de los Estados nacionales [tal como se vio en la presente tesis] (...), del problema de la diferencia de clase” (Stoler, 1995: 204).

*Segundo eje: el recorrido.*

Como se vio, Foucault postuló al racismo como un mecanismo propio de la biopolítica, que implicaba la posibilidad de actualizar el poder soberano de muerte en el marco de un poder que tenía como objetivo “hacer vivir” a la población. Cuando se propuso desarrollar en profundidad esta tecnología, el investigador francés “se vio obligado” a

abandonar el concepto y, en su lugar, privilegió aquél de liberalismo, “marco general de la biopolítica”. Allí fue ubicado en esta tesis el concepto de racismo. Por lo tanto, para ello se debió primero poder modificar el concepto de liberalismo de Foucault, desarrollado en el Capítulo 2, y hacer de él una noción aplicable a las relaciones de poder globales.

El liberalismo fue entonces definido no como una ideología, sino como una grilla de inteligibilidad, como un determinado modo de actuar políticamente y de reflexionar en torno a dicha acción. Esta racionalidad de gobierno así descrita, incluyó, respecto a la “razón de Estado”, nuevos objetos, objetivos, mecanismos de intervención y una nueva relación con la espacialidad (cuestión para la que se utilizó mayormente el pensamiento de Schmitt). Ninguno de estos rasgos implicó una desaparición del Estado, pero sí una transformación del mismo, sobre todo en el concepto de soberanía que perdió fuerza y devino contingente. El Estado dejó de ser el centro de toda política y su lugar fue ocupado paulatinamente por el individuo. En efecto, el liberalismo supone un ejercicio del poder que no puede ser desvinculado de la libertad individual.

Y ya que el objeto principal de gobierno deja de ser el Estado y su objetivo, la supervivencia del mismo, los mecanismos de intervención y la espacialidad se modifican. Ya no se trata de reglamentar la conducta de los individuos imponiéndoles acciones, sino de encauzarla a través de la modificación del ambiente en el que sus vidas se desarrollan. Las intervenciones, por tanto, suponen transformaciones en la vida institucional de los Estados en los que se aplica.

La tesis se resistió a abandonar el concepto de guerra, señalando, no obstante, la especificidad de la misma en el marco del gobierno liberal mundial. Se habló, entonces, de guerras liberales que se libran en nombre de la salud de la población mundial (humanidad), con el objetivo no sólo de salvaguardar, sino de mejorar su vida. A tal fin, la soberanía de los Estados deviene contingente, condicionada a que se apliquen las normas liberales al interior de los mismos. El enemigo, entonces, pasa a ser un enemigo de la humanidad y, por tanto, se le despoja de carácter político, resultando este tipo de guerras en guerras de exterminio. De allí que las últimas “intervenciones humanitarias” -dentro de las cuales se han ubicado discursivamente los dos “campos de batalla” de la GGT, Afganistán e Irak, pero también la intervención en Libia en el año 2011- se hayan propuesto un “cambio de

régimen” que invariablemente supuso el establecimiento de una democracia liberal y la muerte de aquéllos que se resistían al mismo (los asesinatos de Saddam Hussein, Osama Bin Laden y Muammar Gaddafi, acompañados por referencias a que el mundo se encuentra “mejor” sin ellos, son elocuentes al respecto). Este movimiento estuvo fundamentado por dos conceptos que –se argumentó– juegan un rol cada vez más destacado en la política internacional, alentados por académicos y políticos por igual: la Responsabilidad de Proteger (RDP) y la Teoría de la Paz Democrática (TPD). Combinados, ambos convergen hacia la homogenización del mundo a través de la instauración de regímenes liberales.

Ahora bien, dicha homogeneización supone la transformación y consiguiente integración de las poblaciones en cuestión (se vio que el gobierno liberal se conduce a través de estrategias expansivas integradoras). Para esto, es necesario eliminar sus diferencias, hacer de éstas “diversidades”<sup>228</sup>. De este modo, como se argumentó, las distintas religiones fueron “toleradas”, siempre y cuando la relación de los individuos con ellas fuera una de tipo individual-liberal. Fue así como los “musulmanes moderados” fueron considerados como parte de la “comunidad internacional”, del “mundo”, o de la “humanidad”. Aquéllos que se resistieron a la incorporación bajo esos términos, los “musulmanes extremistas”, “islamo-fascistas”, etc., fueron declarados fuera de la humanidad y, por tanto, su exterminio se hizo no sólo posible, sino también necesario, pues se los constituyó como amenaza.

Aquí se puso a jugar el racismo. En la concepción foucaultiana, el mismo actúa a través de dos funciones. La función de fragmentación es la que permite al poder que tomó a su cargo la vida establecer una cesura entre lo que debe vivir y lo que debe morir. Como quedó en evidencia a través de lo expuesto, en los discursos emanados desde la Casa Blanca de Bush durante la GGT, esta función se efectuó a través de líneas religiosas. Así, se estableció una primera ruptura entre musulmanes y no-musulmanes al colocar en los mismos hilos discursivos los significantes “terrorismo”, “Guerra global contra el terror”, “Islam” y “musulmán”. El mundo musulmán quedaba, de este modo, atado simbólicamente al terrorismo. Asimismo, en dicho movimiento, el terrorismo era especificado: no se trataba

---

<sup>228</sup> Grüner efectúa una distinción entre las nociones de diversidad y diferencia según la cual la primera sería una suerte de diferencia domesticada, pasible de ser incorporada a la identidad yoica. La segunda, por el contrario, sería una diferencia total, no integrable.

de una guerra contra éste en general, sino contra el de origen islámico en particular. Una segunda línea de fragmentación fue trazada entre los “musulmanes moderados” y los “musulmanes extremistas”. Ambos grupos aparecían definidos por el significado que, se suponía, le daban a la religión y, por tanto, por su relación con ésta. Siempre según los discursos analizados, mientras que para los primeros la religión se entendía desde la individualidad, como adscripción voluntaria a cierto dogma, los segundos la entendían como constituyente de sí mismos y de una comunidad.

La segunda función, a la que se denominó función de mejoramiento de la vida, apunta a que la relación que establece el racismo liberal no es una relación guerrera que postula que es necesario matar para vivir, sino que la muerte es necesaria para *mejorar* la propia vida. Ya que la particularidad de la identidad del portador del discurso en el discurso racista queda oculta tras la homologación con una universalidad que ahora excede las fronteras del Estado, esta segunda función se encuentra ligada al mejoramiento del mundo. Al respecto, se han citado varios pasajes en los que desde la administración Bush se hace mención a que la muerte de los enemigos (“islamo-fascismo”, Saddam Hussein, etc.) supone el mejoramiento del mundo.

De este modo, se sostuvo que el racismo posee una dimensión universal que impide la construcción de los enemigos en términos políticos y, en cambio, alienta la misma en términos biológicos (absolutos). Así, se llegó a la conclusión de que, en un primer momento, el racismo se articuló a través de un lenguaje religioso en el que los sujetos musulmanes fueron colocados del otro lado de la línea de fragmentación, aquél en el que se ubican aquellos sujetos cuya muerte es necesaria para el mejoramiento de la vida del “Nosotros”, homologado con la universalidad (en este caso, la humanidad). Más tarde, por cuestiones coyunturales, se hizo hincapié en el carácter político del enemigo al que se enfrentaba. Sin embargo, la ideología de este último fue descrita de tal manera negativa que una guerra justa contra el enemigo injusto resultaba posible.

Íntimamente vinculado como está al concepto de liberalismo, el de racismo se ha presentado como sumamente fructífero. Por un lado, para entender la importancia de las prácticas discursivas en el ejercicio del poder a nivel mundial, la importancia que tiene la

afirmación de que no es posible ejercer el poder sin una producción y una distribución de verdad. Y esto cuenta también para las prácticas discursivas constitutivas de sujetos. No es posible en el actual contexto histórico ejercer el poder soberano de matar sin antes y al mismo tiempo constituir un sujeto exterminable. Y esto sólo puede hacerse –siempre en el actual momento histórico- si el mismo es construido como una amenaza para la humanidad en su conjunto. La importancia de la distribución de los discursos de verdad (y no de los discursos verdaderos) hace imprescindible el pensamiento crítico también en las RRII, espacio disciplinario en el que la reproducción del discurso dominante es moneda corriente. Si esto resulta imprescindible es porque, a través de sus análisis acrílicos, los estudiosos de las RRII permiten y fomentan “intervenciones humanitarias” cuya últimas prácticas (que prometen repetirse cuanto menos en el corto y mediano plazo –la situación en Siria constituye un claro ejemplo-) dejaron un sinfín de muertos, heridos y refugiados.

Por otro lado, el concepto foucaultiano de racismo prestó nuevas herramientas para comprender y analizar los cambios en las relaciones de poder a nivel mundial. En efecto, permitió pensar la nueva economía de poder que se ha desarrollado desde la caída de la Unión Soviética no desde las tradicionales categorías de las RRII, sino desde una lógica que apunta a la comprensión de la política mundial como texto. Así, pudo definirse un nuevo modo de ejercicio de poder (liberal) a nivel mundial que permitió leer las discursividades que lo acompañan (no sólo desde los Estados individuales, sino desde las organizaciones internacionales y desde los análisis académicos) no como mera retórica que oculta intereses inconfesables, sino como constitutivas de sujetos (auto)governables. Si bien la tesis se ha alejado de la concepción althusseriana de ideología y estas palabras fueron enunciadas por el autor en otro contexto histórico, las mismas son elocuentes: “el individuo *es interpelado en tanto que sujeto (libre) para que se someta libremente a las órdenes del Sujeto, para que acepte (libremente) por tanto, su sujeción*; por tanto para que ‘cumpla por sí mismo’ los actos y los gestos de su sujeción. *Sólo hay sujetos para y por su sujeción*. Por esto ‘caminan por sí mismos’” (Althusser, 2005: 148).

Pero así como los sujetos (auto)governables son producidos, también lo son los exterminables. Y es este punto el que el concepto de racismo en particular permitió trabajar. Pues funcionó como herramienta para pensar los modos de exterminio de un poder cuyo

objetivo fundamental (instituciones internacionales mediante) radica en salvaguardar y mejorar la vida de la población mundial, objeto de su ejercicio.

De esta manera, la tesis se presentó como un análisis crítico del liberalismo, nuestra “patria cultural”, mostrando su rostro bifronte, como poder que se ejerce a través de la vida (“hacer vivir y dejar morir”), pero también mediante la muerte. Como se vio, Foucault se centró en el primer rasgo, interesado como estaba en los rasgos productivos del nuevo gobierno; Schmitt, en cambio, fue una herramienta útil para comprender el ejercicio del poder soberano del liberalismo. A éste, definido por el lema “hacer morir y dejar vivir”, pudo accederse a través de la noción de racismo que, como se argumentó, en el marco de la GGT, adoptó la específica forma de un racismo articulado en torno a un lenguaje religioso.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA.

AGAMBEN, Giorgio (1998), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-textos.

— (2007), *Estado de excepción*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

AHMED, Nafeez Mossadeq (2012), *Race and reform. Islam and muslims in the british media*, London: Unitas Communications.

ANDERSON, Benedict (2006), *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*, New York: Verso.

ANNAN, Kofi (1999), “Two concepts of sovereignty”, *The Economist*, 18 de septiembre de 1999.

ARENDT, Hanna (1998), *Los orígenes del totalitarismo. Segunda Parte: Imperialismo*, Madrid: Taurus.

ASHLEY, Richard K. (1989), “Living on border lines: Man, poststructuralism and war”, en Der Derian, James y Shapiro, Michael J. (comp): *International/Intertextual Relations. Postmodern readings of world politics*, Massachusetts: Lexington.

— y WALKER, R.B.J. (1990), “Conclusion: Reading Dissidence/Writing the Discipline: Crisis and the Question of Sovereignty in International Studies”, en *International Studies Quarterly*, vol. 34, N°3, pp. 367-416.

AUSTIN, John L. (1962), *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*, Barcelona: Paidós.

BALIBAR, Étienne (1988a), “Raza y nacionalismo”, en Balibar, E. y Wallerstein, I., *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA, pp.63-110.

— (1988b), “¿Existe el neorracismo?”, en Balibar, E. y Wallerstein, I., *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA, pp. 31-48.

— (2005), *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*, Barcelona: Gedisa.

BARBER, Alexander D. y DÉBRIX, François (2009), “Au-delà de la souveraineté biopolitique: Schmitt, Arendt, Foucault et les usages de la violence dans la politique internationale”, *Études internationales*, vol. XL, n°1, pp. 95-124.

BARAKAWI, Tariq y LAFLEY, Mark (1999), “The imperial peace: democracy, force and globalization”, en *European Journal of International Relations*, vol.5, n°4, pp. 403-434.

BARAKAWI, Tariq (2004), “Connection and constitution: Locating war and culture in globalization studies”, en *Globalizations*, vol.1, n°2, pp.155-170.

— (2011), “From war to security: Security studies, the wider agenda and the fate of the study of war”, en *Millennium: Journal of International Studies*, pp.1-16.

BAXTER, Kylie y AKBARZADEH, Shahram (2008), *US foreign policy in the Middle East. The roots of anti-Americanism*, New York: Routledge.

BELLAMY, Alex J. (2008), “The responsibility to protect”, en Williams, P. (ed.), *Security studies. An introduction*, New York: Routledge, pp.422-438.

BIALASEWICZ, Luiza; CAMPBELL, David; ELLEN, Stuart; GRAHAM, Stephen; JEFFREY, Alex y WILLIAMS, Alison J. (2007), “Performing security: The imaginative geographies of current US strategy”, en *Political Geography*, n°26, pp.405-422.

BIDET, Jacques (2006), “Foucault y el liberalismo. Racionalidad, revolución, resistencia”, en *Nueva época*, año 19, No.52.

BIGO, Didier (2011), “Security: A field left fallow”, en Dillon, Michael y Neal, Andrew W. (comp): *Foucault, on politics, security and war*, Hampshire: Palgrave Macmillan, pp. 93-114.

BISHAI, Linda S. y BEHNKE, Andreas (2007), “War, violence and the displacement of the political”, en Odysseos, L. y Petito, F. (eds.), *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, pp.107-124.

BRAVO LÓPEZ, Fernando (2009), *Islamofobia y antisemitismo: la construcción discursiva de las amenazas islámica y judía*, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid.

BROWN, Chris (2007), “From humanized war to humanitarian intervention: Carl Schmitt’s critique of the just war tradition”, en Odysseos, L. y Petito, F. (eds.), *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, pp.56-71.

BRZEZINSKI, Zbigniew y SCOWCROFT, Brent (2008), *America and the world*, New York: Basic Books.

BUENFIL BURGOS, Rosa N. (1996), “Foucault y la analítica del discurso”, Ponencia para Coloquio Aniversario del Nacimiento de Michel Foucault, organizado por ENEP-Iztacala, México.

BULL, Hedley (2002), *The anarchical society. A study of order in world politics*, New York: Palgrave.

BUTLER, Judith (1997), *Excitable speech. A politics of the performative*, New York: Routledge.

— (2003) “Reescenificación de lo universal: hegemonía y límites del formalismo”, en Butler, J.; Laclau, E.; Žizek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México DF: FCE, pp. 17-48.

BUZAN, Barry y HANSEN, Lene (2009), *The evolution of international security studies*, New York: Cambridge University Press.

CAMPBELL, David y GEORGE, Jim (1990), “Patterns of Dissent and the Celebration of Difference: Critical Social Theory and International Relations”, en *International Studies Quarterly*, vol. 34, N°3, pp. 269-293.

CAMPBELL, David (1998a), “Why fight: Humanitarianism, principles and post-structuralism”, en *Millenium Journal of International Studies*, vol.27, n°3, pp. 497-521.

— (1998b), *Writing security. United States Foreign Policy and the politics of identity*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

CARVALHO, Elizabeth (2012), “Las visiones rebeldes de América Latina sobre las rebeliones árabes”, en Le Monde Diplomatique (coord.), *Las revoluciones árabes. Causas, consecuencias e impacto en América Latina*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

CASTRO, Edgardo (2011), *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Buenos Aires: Siglo XXI.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago (1993), “Ciencias Sociales, violencia epistémica y el problema de la ‘invención del otro’”, en Lander, E. (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Clacso.

— (2010a), “Siglo XVIII: el nacimiento de la biopolítica”, *Tabula Rasa*, n°12, pp. 31-45.

— (2010b), *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

- COHEN, Roger (2011), “Tehran 1979 or Berlin 1989?”, *The New York Times*, 07/02/2011.
- CONNOLLY, William E. (1989), “Identity and difference in global politics”, en Der Derian, James y Shapiro, Michael J. (comp): *International/Intertextual Relations. Postmodern readings of world politics*, Massachusetts: Lexington, pp. 323-342.
- (1991), *Identity/Difference. Democratic negotiations of political paradox*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- COX, Robert W. (1986), “Social forces, states and world orders: beyond International Relations theory”, en Keohane, Robert O. (ed.), *Neorealism and its critics*, New York: Columbia University Press, pp. 204-254.
- CZEMPIEL, Ernst-Otto (1992), “Governance and democratization”, en Czempiel, E. y Rosenau, J., *Governance without government: Order and change in world politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- DE BENOIST, Alain (2007), “Global terrorism and permanent exception”, en Odysseos, L. y Petito, F., *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, pp.73-97.
- DEAN, Mitchell (2002), “Liberal government and authoritarianism”, en *Economy and Society*, vol.31, n°1, pp.37-61.
- DÉBRIX, François (2003a), “Introduction”, en Débrix, F. (ed.), *Language, agency, and politics in a constructed world*, New York: M.E.Sharpe.
- (2003b), “Language, Nonfoundationalism, International Relations”, en Débrix, F. (ed.), *Language, agency, and politics in a constructed world*, New York: M.E.Sharpe.
- DELEUZE, Gilles (2003), *Foucault*, Buenos Aires: Paidós.
- y Guattari, Félix (2004), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Pre-textos.
- DER DERIAN, James (1989), “Boundaries of knowledge and power in IR”, en Der Derian, James y Shapiro, Michael J. (comp): *International/Intertextual Relations. Postmodern readings of world politics*, Massachusetts: Lexington, pp. 3-10.
- DERRIDA, Jacques (1967), *De la grammatologie*, Paris: Les éditions de minuit.
- DÍAZ-BONE, Rainer et al. (2007), “El campo del análisis del discurso foucaultiano. Características, desarrollos y perspectivas”, en *Qualitative Research*, Vol.8, N°2.

DILLON, Michael y REID, Julian (2001), "Global liberal governance: biopolitics, security and war", en *Millennium: Journal of International Studies*, vol.30, n°1, pp. 41-66.

DILLON, Michael (2008), "Security, race and war", en Dillon, M. y Neal, A., *Foucault on politics, security and war*, New York: Palgrave Macmillan.

DILLON, Michael y LOBO-GUERRERO, Luis (2008), "Biopolitics of security in the 21st century: an introduction", *Review of International Studies*, N°34, pp. 265-292.

DILLON, Michael y REID, Julian (2009), *The liberal way of war. Killing to make life live*, New York: Routledge.

DILLON, Michael y NEAL, Andrew W. (2011), *Foucault on politics, security and war*, Hampshire: Palgrave Macmillan.

DOTY, Roxanne L. (1996), *Imperial encounters*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan (2011), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires: Siglo XXI.

ELDEN, Stuart (2009), *Terror and territory. The spatial extent of sovereignty*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

ESPÓSITO, Roberto (2006), *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires: Amorrortu.

FIERKE, Karin M. (2003), "Breaking the silence: Language and method in International Relations", en Débrix, F. (ed.), *Language, agency, and politics in a constructed world*, New York: M.E.Sharpe.

FINNEMORE, Martha (2003), *The purpose of intervention. Changing beliefs about the use of force*, New York: Cornell University.

FOLLARI, Roberto A. (2011), *La alternativa neopopulista. (El reto latinoamericano al republicanismo liberal)*, Rosario: Homo Sapiens.

FOUCAULT, Michel (1982), "El nacimiento de la medicina social", en *Medicina tradicional México*, vol. 3, No. 11, pp. 3-16.

— (1985), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires: Siglo XXI.

— (1988), "El sujeto y el poder", en Dreyfus, H.; Rabinow, P.: *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México D.F.: UNAM.

— (1992), “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta.

— (1994), *Dits et écrits. III: 1976-1979*, Paris: Gallimard.

— (1996a), “‘Omnes et singulatim’: hacia una crítica de la razón política”, en Foucault, M., *¿Qué es la Ilustración?*, Madrid: La Piqueta, pp. 17-66.

— (1996b), “¿Qué es la Ilustración? (1984)”, Foucault, M., *¿Qué es la Ilustración?*, Madrid: La Piqueta, pp. 83-111.

— (2000), *Defender la sociedad*, Buenos Aires: FCE.

— (2002), *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.

— (2003), *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.

— (2004), *Securité, territoire, population*, Paris: Seuil/Gallimard.

— (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: FCE.

— (2008), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires: Siglo XXI.

FOURNIER, Phillipe (2012), “Michel Foucault’s considerable sway on International Relations theory”, en *Bridges: Conversations on global politics*, vol.1, n°1, pp. 17-43.

FOX, Jonathan y SANDLER, Shmuel (2004), *Bringing religion into International Relations*, New York: Palgrave Macmillan.

FUKUYAMA, Francis (1989), “¿El fin de la historia?”, traducción y publicación de *Centro de Estudios Públicos*, Chile, pp. 5-31.

— (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires: Planeta.

— (2007), *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Barcelona: Ediciones B.

GABILONDO, Ángel (1990), *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*, Madrid: Anthropos.

GARCÍA FANLO, Luis (2008), “Sobre usos y aplicaciones del pensamiento de Michel Foucault en Ciencias Sociales”, en *Discurso y argentinidad*, Año 2, N°2.

GARTON ASH, Timothy (2007), "After 10 years Blair knows exactly what he stands for", (26/04/2007), en *The Guardian*. (Online), consultado en agosto 2012, en <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2007/apr/26/comment.labour>

GHELLER, Frantz (2010), "Le contexte sociopolitique du projet de paix perpétuelle d'Emmanuel Kant", en *Études Internationales*, vol. XLI, N °3.

GILROY, Paul (2000), *Against race. Imagining political culture beyond the color line*, Cambridge: Harvard University Press.

GRIMSON, Alejandro (2012), *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires: Siglo XXI.

GRÜNER, Eduardo (2005), *La Cosa política o el acecho de lo Real*, Buenos Aires: Paidós.

GRUZINSKI, Serge (1991), *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, México: FCE.

HABERMAS, Jürgen (2003), "Interpreting the fall of a monument", en *German Law Journal*, vol.4, n°7, pp.701-708.

HALLIDAY, Fred (1999), "Islamophobia reconsidered", *Ethnic and racial studies*, vol.22, n°5, pp.892-902

HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2002), *Imperio*, Buenos Aires: Paidós.

HARVEY, David (2003), *The new imperialism*, New York: Oxford University Press.

HATZOPOULOS, Pavlos y PETITO, Fabio (2003), "The return from exile: An introduction", en Hatzopoulos, P. y Petito, F., *Religion in International Relations. The return from exile*, New York: Palgrave Macmillan, pp. 1-20.

HINDESS, Barry (2001), "Liberal government of unfreedom", en *Alternatives: Global, local, political*, vol. 26, n°2, pp. 93-111.

HOBBS, Thomas (1980), *El Leviatán*, México D.F.: FCE.

HOBSBAWM, Eric J. (1992), *Nations and nationalism since 1790. Program, myth, reality*, Cambridge: Cambridge University Press.

— (1994), "Barbarism: a user's guide", en *New Left Review*, n°206, pp.44-54.

HOFFMAN, Stanley (1991), "Una ciencia social norteamericana: relaciones internacionales", en Hoffman, S., *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*, Buenos Aires: GEL, pp. 17-36.

HOPF, Ted (1998), "The promise of constructivism in International Relations theory", en *International Security*, vol.23, N°1, pp. 171-200.

HUNTINGTON, Samuel P. (1997), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires: Paidós.

IKENBERRY, John (2011), *Liberal Leviathan. The origins, crisis, and transformation of the American world order*, Oxford: Princeton University Press.

JABRI, Vivienne (2006a), "La guerre et l'État libérale démocratique", *Cultures et conflits*, n°61, pp.9-34.

— (2006b), "War, security and the liberal state", *Security Dialogue*, vol.37, n°1, pp. 47-64.

— (2007), "Michel Foucault's Analytics of War: The Social, the International, and the Racial", en *International Political Sociology*, 1, pp.67-81.

— (2010), *War and the transformation of global politics*, New York: Palgrave Macmillan.

JÄGER, Siegfried (2003), "Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos", en Wodak, R. y Meyer, M. (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa, pp. 61-99

JOSEPH, Jonathan (2010), "The limits of governmentality: Social theory and the international", en *European Journal of International Relations*, vol.16, N°2, pp. 223-246.

KALDOR, Mary (2005), *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*, Barcelona: Tusquets.

KANT, Immanuel ([1795] 2000), *La paz perpetua*, Buenos Aires: Bureau Editor.

KELLY, Mark (2004), "Racism, nationalism and biopolitics: Foucault's Society must be defended, 2003", en *Contretemps*, n°4, pp. 58-70.

— (2010), "International biopolitics. Foucault, globalization and imperialism", en *Theoria*, vol. 57, No. 123, pp. 1-26.

KEOHANE, Robert O. (1988), "International Institutions: Two Approaches", en *International Studies Quarterly*, vol. 32, N°4, pp. 379-396.

KRASNER, Stephen D. (2001), *Soberanía, hipocresía organizada*, Barcelona: Paidós.

KRATOCHWIL, Friedrich (2000), “Constructing a new orthodoxy? Wendt’s ‘Social Theory of International Politics’ and the constructivist challenge”, en *Millenium – Journal of International Studies*, Vol. 29, N°1, pp. 73-101.

KRAUTHAMMER, Charles (2004), “In defense of democratic realism”, en *The National Interest*, n°77, pp. 15-25.

KRISTOF, Nicholas (2011), “Arab world is experiencing its versión of 1776”, *Dayton Daily News*, 21/02/2011.

LACLAU, Ernesto (2004), “Discurso”, en *Revista Estudios, Filosofía, Historia, Letras*, n°68, México: ITAM, pp.7-18.

— y Mouffe, Chantal (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires: FCE.

LAUSTSEN, Carsten Bagge y WAEVER, Ole (2003), “In defense of religion: Sacred referent objects for securitization”, en Hatzopoulos, P. y Petito, F., *Religion in International Relations. The return from exile*, New York: Palgrave Macmillan, pp.147-180.

LEONE, Jacopo (2010), “Post-sovereign security and the absence of the political”, en *Journal of Peace, Conflict and Development*, N°16, pp. 87-109.

LEWIS, Bernard (1990), “The roots of muslim rage”, en *The Atlantic*, vol. 266, n°3, pp. 47-60.

— (2003), *La crisis del Islam. Guerra santa y terrorismo*, Barcelona: Ediciones B.

LITTLE, Douglas (2008), *American orientalism. The United States and the Middle East since 1945*, North Carolina: The University of North Carolina Press.

MANN, James (2004), *Rise of the Vulcans. The history of George W. Bush cabinet*, New York: Viking, Penguin books.

MARTÍN MUÑOZ, Gema (2003), *Iraq: Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Barcelona: Tusquets.

MEIER, Heinrich (2008), *Carl Schmitt, Léo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Buenos Aires: Katz.

MENDIETA, Eduardo (2007), “‘Hacer vivir y dejar morir’: Foucault y la genealogía del racismo”, *Tabula Rasa*, n°6, pp. 138-152.

MERKE, Federico (s/f), “Identidad y política exterior en la teoría de las Relaciones Internacionales”, IDICSO, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, Buenos Aires.

MILLIKEN, Jennifer (1999), “The study of discourse in International Relations: A critique of research and methods”, en *European Journal of International Relations*, Vol. 5, N°2, pp. 225-254.

MISIK, Robert (2011), “Los árabes también aman la libertad”, *Der Standard*, 04/02/2011.

MOUFFE, Chantal (2007a), *En torno a lo político*, Buenos Aires: FCE.

— (2007b), “Carl Schmitt’s warnings on the dangers of a unipolar world”, en Odysseos, Louiza y Petito, Fabio (comp.), *The international political thought of Carl Schmitt*, New York: Routledge, pp. 147-153.

NARDIN, Terry (2003), “Epilogue”, en Hatzopoulos, P. y Petito, F., *Religion in International Relations. The return from exile*, New York: Palgrave Macmillan, pp. 271-282.

NAVARIS, Cornelia (2008), “Liberalism”, en Williams, P. (ed.), *Security studies. An introduction*, New York: Routledge, pp.29-44.

NEUMANN, Iver B. y SENDING, Ole Jacob (2006), “Governance to governmentality: Analyzing NGOs, States and power”, en *International Studies Quarterly*, N°50, pp.651-672.

ODYSSEOS, Louiza (2007), “Crossing the line? Carl Schmitt on the ‘spaceless universalism’ of cosmopolitanism and the War on Terror”, en Odysseos, Louiza y Petito, Fabio (comp.), *The international political thought of Carl Schmitt*, New York: Routledge, pp. 124-143.

— (2007), *The subject of coexistence. Otherness in International Relations*, London: University of Minnesota Press.

— y PETITO, Fabio (ed.) (2007), *The international political thought of Carl Schmitt*, New York: Routledge.

— (2008), “Liberalism’s war, liberalism’s order: Rethinking the global liberal order as a ‘global civil war’”, paper preparado para Liberal Internationalism, workshop pre-ISA, 25 de marzo de 2008, San Francisco.

— (2009), “Humanité, hostilité et ouverture de l’ordre politique dans la pensée internationale de Carl Schmitt”, en *Études internationales*, Vol. XL, N°1, pp. 73-93.

— (2010), “Human rights, liberal ontogenesis and freedom: Producing a subject for neoliberalism?”, *Millenium: Journal of International Studies*, vol.38, n°3, pp. 747-772.

OJAKANGAS, Mika (2001), “Sovereign and plebs: Michel Foucault meets Carl Schmitt”, en *Telos*, spring 2001, pp. 32-40.

ONUF, Nicholas (2003), “Parsing personal identity: Self, other, agent”, en Débrix, F. (ed.), *Language, agency, and politics in a constructed world*, New York: M.E.Sharpe.

PETITO, Fabio (2007), “Against world unity: Carl Schmitt and the Western-centric and liberal global order”, en Odysseos, L. y Petito, F., *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, 166-185.

PROZOROV, Sergei (2006), “Liberal enmity: the figure of the foe in the political ontology of liberalism”, en *Millenium: Journal of International Studies*, vol. 35, No. 1, pp. 75-99.

QUIJANO, Aníbal (1993), “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, E. (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Clacso.

RABINOW, Paul (ed.) (2004), *The Foucault reader*, New York: Pantheon Books.

RASCH, William (2003), “Human Rights as Geopolitics: Carl Schmitt and the legal form of American supremacy”, en *Cultural Critique*, No.54, spring 2003, pp.120-147.

RASHID, Ahmed (2009), *Descenso al caos. Estados Unidos y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central*, Barcelona: Península.

RAYNAUD, Philippe y RIALS, Stéphane (eds.) (2001), *Diccionario Akal de Filosofía Política*, Madrid: Akal.

REID, Julian (2006), *The biopolitics of the war on terror. Life struggles, liberal modernity, and the defence of logistical societies*, New York: Manchester University Press.

RICE, Condoleezza (2008), “Rethinking the national interest. American realism for a new world”, *Foreign Affairs*, Vol.87, N°4, Julio/Agosto 2008, pp.2-26.

ROSATI, Jerel (1993), *The politics of United States Foreign Policy*, New York: Harcourt Brace Jovanovich College Publishers.

ROSE, Nikolas (2004), *Powers of freedom. Reframing political thought*, London: Cambridge University Press.

ROSENAU, James (1992), “Governance, order and change in world politics”, en Czempiel, E. y Rosenau, J., *Governance without government: Order and change in world politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

ROY, Olivier (2007), *Secularism confronts Islam*, West Sussex: Columbia University Press.

— (2008), *The politics of chaos in the Middle East*, New York: Columbia University Press.

RUGGIE, John Gérard (1993), “Territoriality and beyond: Problematizing modernity in International Relations”, en *International Organization*, vol. 47, n°1, pp.139-174.

SAID, Edward (1990), *Orientalismo*, Madrid: Libertarias.

— (2004), *Cultura e imperialismo*, Barcelona: Anagrama.

SALOMÓN, Mónica (2001/2002), “La teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, N°56, pp. 7-52.

SANTA CRUZ, Arturo (ed.) (2009), *El constructivismo y las Relaciones Internacionales*, México D.F.: Editorial Centro de Investigación y Docencia Económicas.

SAUSSURE, Ferdinand (1961), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires: Losada.

SEMATI, Mehdi (2010), “Islamophobia, culture and race in the age of Empire”, *Cultural studies*, vol.24, n°2, pp. 256-275.

SCHMITT, Carl (1941), “El concepto de imperio en el Derecho Internacional”, *Revista de Estudios Políticos*, n°1, pp.83-102.

— (2006 [1963]), *El concepto de lo político*, Buenos Aires: Struhart&Cía.

— (1966), *Teoría del partisano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos Constitucionales.

— (2005), *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del ‘ius publicum europaeum’*, Buenos Aires: Struhart&Cía.

— (2007), *Tierra y mar. Una reflexión sobre la historia universal*, Madrid: Trotta.

— (2009), *Teología política*, Madrid: Trotta.

SHAPIRO, Michael J. (1989), "Textualizing global politics", en Der Derian, James Shapiro, Michael J. (comp): *International/Intertextual Relations. Postmodern readings of world politics*, Massachusetts: Lexington.

— (2004), *Methods and nations. Cultural governance and the indigenous subject*, London: Routledge.

SINGH MEHTA, Uday (1999), *Liberalism and empire. A study in nineteenth-century british liberal thought*, Chicago: The University of Chicago Press.

STOLER, Ann Laura (1995), *Race and the education of desire. Foucault's History of sexuality and the colonial order of things*, London: Duke University Press.

STRAUSS, Léo (2008), "Comentario sobre El concepto de lo político, de Carl Schmitt", en Meier, Heinrich (2008), *Carl Schmitt, Léo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Buenos Aires: Katz editores.

TELLO, Ángel (2010), *La teoría de las relaciones internacionales desde un punto de vista político-polemológico. Sistema mundo y uso de la fuerza: nuevos escenarios y actores. El rol del instrumento militar y los caminos hacia la paz*, Tesis doctoral.

THOMAS, Scott (2005), *The global resurgence of religion and the transformation of International Relations. The struggle for the soul of the twenty-first century*, New York: Palgrave Macmillan.

TODOROV, Tzvetan (2000), *Nosotros y los otros*, Buenos Aires: Siglo XXI.

TURNER, Bryan S. (2002), "Sovereignty and Emergency: Political Theology, Islam and American Conservatism", en *Theory, Culture and Society*, vol. 19, no. 4, pp. 103–119.

VALENZUELA, Javier (2011), "El Berlín 1989 de los árabes", *El País*, 11/02/2011.

VAN DIJK, Teun A. (2008), *Ideología y discurso*, Barcelona: Ariel.

WALLERSTEIN, Immanuel (1988), "Posfacio", en Balibar, E. y Wallerstein, I., *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA, pp. 353-358.

WALKER, R.B.J. (1993), *Inside/outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge: University of Cambridge.

— (2006), "Lines of insecurity: International, imperial, exceptional", en *Security Dialogue*, vol.37, No. 65, pp. 65-82.

WALTZ, Kenneth (1988), *Teoría de la política internacional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

— (2001), *Man, the state and war. A theoretical analysis*, New York: Columbia University Press.

WALZER, Michael (2006), *Just and unjust wars. A moral argument with historical illustrations*, New York: Basic books.

WENDT, Alexander (1992), “Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics”, en *International Organization*, Vol. 46, No. 2, pp. 391-425

— (1999), *Social Theory of International Politics*, New York: Cambridge University Press.

WILLIAMS, Michael C. (2003), “Words, Images, Enemies: Securitisation and International Politics”, en *International Studies Quarterly*, No. 47, pp. 511–31.

WILLIAMS, Paul D. (2008), “War”, en Williams, P. (ed.), *Security studies. An introduction*, New York: Routledge, pp.151-170.

WODAK, Ruth (2003a), “De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, en Wodak, R. y Meyer, M. (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa, pp. 17-33.

— y Meyer, Michael (comp.) (2003), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa.

WOLIN, Sheldon (2008), *Democracia S.A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Buenos Aires: Katz editores.

ZIZEK, Slavoj (2003), *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires: Siglo XXI.

## **Documentos citados**

AMNESTY INTERNATIONAL (2012), Choice and prejudice: discrimination against Muslims in Europe.

ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS (1990), “Declaración Mundial sobre la supervivencia, la protección y el desarrollo del Niño”.

ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS (1993), “Declaración y Programa de Viena”.

ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS (1994), “Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo”.

ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS (1995), “Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social”.

ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS (1995), “Informe de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer”.

AUTORIDAD PROVISIONAL DE LA COALICIÓN (2004), “Law of administration for the state of Iraq for the transitional period”, disponible en [web.archive.org/web/20090423064920/http://www.cpa-iraq.org/government/TAL.html](http://www.cpa-iraq.org/government/TAL.html)

CASA BLANCA (2002), The National Security Strategy of the United States of America, Washington D.C.

COMISIÓN INTERNACIONAL SOBRE INTERVENCIÓN Y SOBERANÍA ESTATAL (2001), “La responsabilidad de proteger”, Ottawa: International Development Center.

CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS (1998), “Acta de liberación de Irak”.

CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS (1992), Resolución 794: “Somalia”.

CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS (2001), “Agreement on Provisional Arrangements in Afghanistan Pending the Re-establishment of Permanent Government Institutions (‘Bonn Agreement’)”

CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS (2003), Resolución 1511: “La situación entre el Iraq y Kuwait”.

DEPARTAMENTO DE DEFENSA (2005), Strategy for homeland defense and civil support.

*Kellogg-Briand Pact* (1928).

INSTITUTO IBEROAMERICANO DE DERECHO COMPARADO (1920), *El Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes*, Madrid.

NATIONAL COMMISSION ON TERRORIST ATTACKS UPON THE UNITED STATES (2004), *The 9/11 Commission Report*.

ONU (1945), “Carta de las Naciones Unidas”

PNUD (1994), *Un programa para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*, Cap.2: “Nuevas dimensiones de la seguridad humana”.

SOCIEDAD DE NACIONES (1919), *Pacto de la Sociedad de Naciones*.